



Juan A. Ortega y Medina

“Humboldt desde México”

p. 17-210

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 4. Humboldt*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

344 p.

Mapa

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6960-8 (volumen 4)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/644/humboldt.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

# HUMBOLDT DESDE MÉXICO

A nuestro amigo y colega Arturo Arnáiz y Freg, sinceramente.

Cuando Humboldt vino en 1803 a estudiar a México, se encontró con que los propios mexicanos ya lo habían empezado a estudiar, conforme a un método científico, y aprovechó cuanto dato pudo reunir en menos de un año para hacer su magnífico *Ensayo político sobre la Nueva España*. Esta obra es una sistematización de los datos para lograr el conocimiento de México en una síntesis general. Ciertamente es la obra de un alemán, que aplica el método y el rigor de la disciplina germánica. Su visión de México es la de un europeo, pero es de justicia hacer notar que en esa obra han colaborado secretamente los sabios mexicanos del siglo XVIII a quienes Humboldt, sin citarlos, debe mucha información sobre diversas cuestiones que trata en su libro.

Samuel Ramos, *Historia de la filosofía en México*



## Presentación

19

El espíritu y la obra de Humboldt están ligados permanentemente al desarrollo cultural y material de nuestra nación; y esto explica, sin duda, la constante preocupación mexicana, aun en los días más aciagos de las turbulencias revolucionarias de los siglos XIX y XX frente al famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Este enfoque casi exclusivo sobre dicha obra obedece a razones políticas, económicas, estadísticas y sociales bien conocidas; pero nos ha privado de una visión más general revalorizadora de la obra de Humboldt en conjunto y, sobre todo, nos ha conducido a la interpretación instrumental y al callejón sin salida de las repeticiones, de las anécdotas archisabidas y, por consiguiente, al aburrimiento; lo que se comprueba con facilidad visto al alud de artículos intrascendentes sobre Humboldt que inundan las páginas de los diarios y revistas de ayer y de hoy, especialmente los de este último ante la importancia que adquirió el centenario humboldtiano.

En verdad el *Ensayo* ya no puede dar más de sí en tanto que no se cambie el método tradicional de abordaje por otro más en consonancia con las inquietudes intelectuales de nuestro tiempo; sus posibilidades se han mermado bastante después del intenso trasiego trivial que han sufrido sus materiales informativos. Nuestro estudio tiene fundamentalmente por objeto el poner al descubierto el largo proceso de disolución del tema humboldtiano ante el continuo uso y abuso de la única fuente trasegada en México; empero justamente

cuando un tema ya no puede estirarse más, es la señal casi infalible de que se prepara un cambio importante en la perspectiva histórico-filosófica, que es precisamente lo que ha ocurrido no ha mucho en México. A lo largo de nuestro examen desfila la imagen constantemente cambiante del Humboldt que la conciencia mexicana se ha venido creando, destruyendo y recreando de acuerdo con las circunstancias históricas y de acuerdo también con las vivencias filosóficas y políticas vigentes en cada crítico y en cada época. Si bien vemos las cosas, todas esas imágenes captadas poseen su íntima verdad, porque no son sino tesis, antítesis y síntesis de una gran representación dialéctica, constante y eternamente fluctuante de Humboldt.

Nuestra revisión es esencialmente historiográfica y se limita, por tanto, al examen de los materiales históricos o de los que pueden catalogarse para el caso legítimamente como tales (discursos, alocuciones), dejando a un lado todos aquellos, que no son pocos e inimportantes, que corresponden mejor a la especialización histórico-científica. Resulta muy curioso comprobar que en definitiva sólo hay un libro mexicano sobre Alejandro de Humboldt, el de Pereyra, quien además lo escribió y publicó por la década de los veinte en Madrid, cuando se hallaba trasterrado, porque de los otros cuatro que existen, tres son traducciones (Rau, Von Hagen y De Terra) y el cuarto procede de un joven investigador norteamericano, Stevens-Middleton. Lo que sí hay, y muy mexicanos, son discursos, muchísimos discursos y alocuciones de todas calidades y extensiones, de todas intenciones y en todas las épocas. La conciencia mexicana frente al tema de Humboldt se presenta así tenazmente oratoria y grandilocuente como atañe a nuestra cultura y como corresponde, según creemos, a una utilización exclusivamente político-instrumental de dicho tema. Junto a esto hay que poner modernamente unos diez o doce ensayos, algunos excelentes, un prólogo (Vito Alessio Robles) y una pertinaz y casi siempre insustancial lluvia aerológica, y como tal pesada, de artículos periodísticos y referencias de segundo y tercer orden.

Creemos que hemos recogido lo mejor y más descollante de lo que se ha pensado en México sobre Humboldt durante más de siglo y medio; pero necesario será aclarar que de ningún modo pretendemos sostener que hayamos examinado y tamizado todos los materiales;<sup>1</sup> aunque sin jactancia podemos

1 Aunque hemos buscado y rebuscado con ahínco y preguntado y molestado a más de un consagrado bibliófilo, no hemos podido hallar esos cuadernillos de una frustrada

asegurar que no han sido pocos los diarios y revistas que hemos leído, si bien con escaso provecho para nuestra pesca o acoso crítico. Acotado así el campo de nuestra exploración, convendría acaso adelantar en este momento una opinión sobre la calidad o la importancia de los materiales utilizados; pero creemos que es preferible que el propio lector se abra paso crítico a través de su meditada lectura y sin que nuestro previo juicio influya en sus justipreciaciones. Es conveniente aclarar asimismo que habíamos terminado nuestro estudio precisamente a fines de abril de este año y antes de emprender un rápido viaje que nos mantuvo alejados de México todo el mes de mayo; pero habiendo vuelto al país a principios de junio, más de un estudioso amigo nos indicó la conveniencia de prolongar la investigación crítica para abarcar en ella lo más importante de lo dicho o escrito en torno a una fecha tan significativa como lo fue la del 6 de mayo ya pasado, en que se cumplían cien años de muerto Humboldt. Aceptamos el consejo y hemos añadido como apéndice unos nuevos comentarios en los que estudiamos las opiniones que sobre Humboldt han expresado últimamente unos cuantos destacados mexicanos. Tampoco pudimos recoger todo lo que se ha dicho alrededor de un día tan humboldtianamente significativo, porque en su mayor parte es material todavía inédito o porque con en el caso del curso de verano de nuestra Facultad de Filosofía en honor de Humboldt, se tiene el proyecto de racimar esas conferencias y publicarlas en un adecuado y digno volumen conmemorativo.

Pudiera ser que a alguien le pareciera extraño o inapropiado que en esta revisión o rendición de cuentas de la conciencia histórica mexicana frente a la figura y obra de Humboldt hayamos incluido estudios, libros y opiniones de extranjeros; empero no estará por demás advertir que entre las muchas razones que pudieran alegarse para justificar la inclusión, al cabo tendría primacía el hecho de que tales trabajos no pueden ser tan extraños supuesto que han visto la luz desde y en México.

Dividimos nuestro trabajo en dos grandes secciones, amén del apéndice ya citado, y lo hemos hecho así no únicamente por la bondad fácil que nos proporciona el método expositivo cronológico directo, sino porque separándolas y enlazándolas se encuentra a su vez la primera década del siglo en

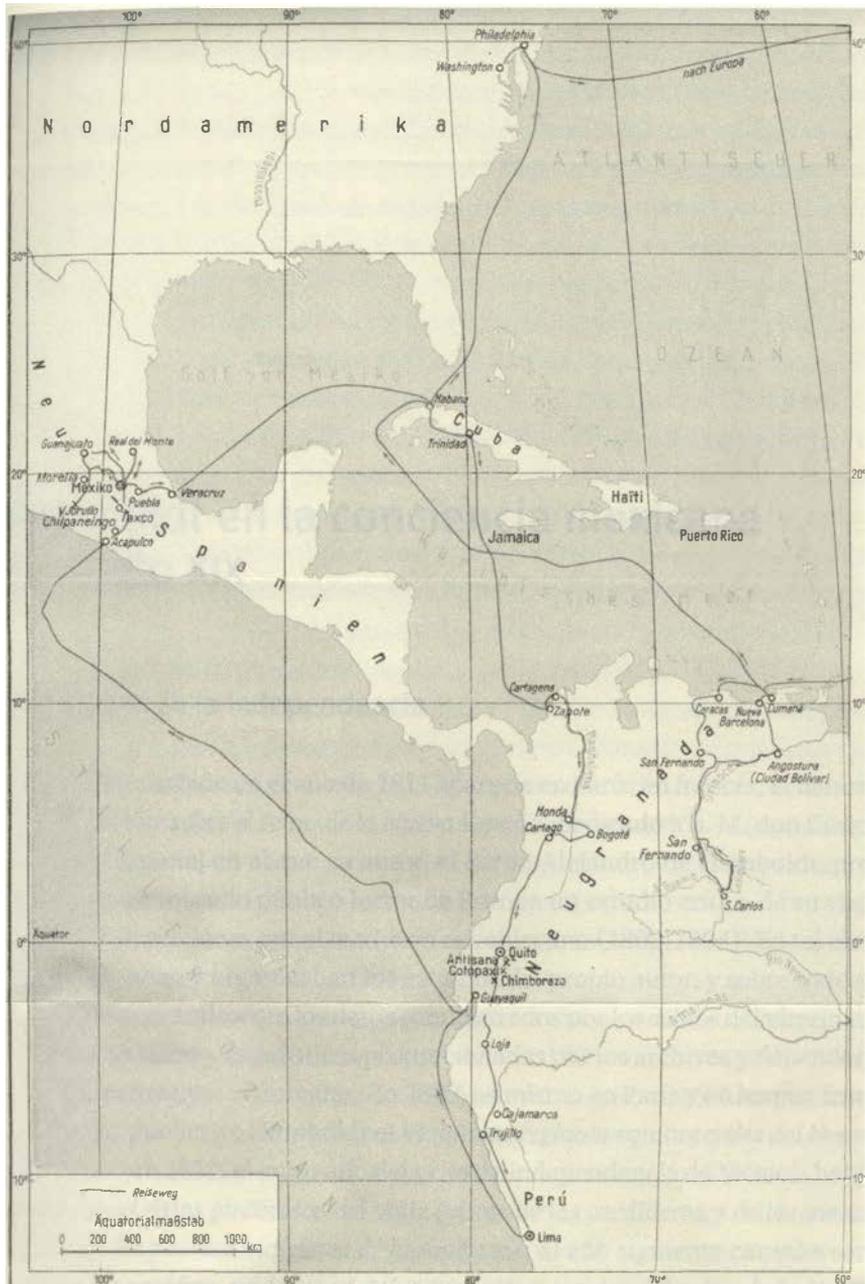
edición del *Ensayo* prologada por don Luis González Obregón y editados en París-México en 1918 por la editorial Viuda de Bouret, que anuncia Vito Alessio Robles en la nota al prólogo del *Ensayo político*, México, Pedro Robredo, 1941, t. I, 85 bis, y t. IV, p. 250.



curso en la que se disuelven los temas anteriores y en la que se renuevan los mismos gracias a los nuevos enfoques. También hemos añadido a guisa de conclusión un capítulo final, con el que pretendemos trabar los cuadros analíticos para poder dar de este modo a todo el libro la estructura necesaria.

En todos los casos hemos puesto al día la ortografía y la puntuación, particularmente, como bien lo comprenderá el lector, en los párrafos que hemos arrebatado de los textos pertenecientes a la primera mitad de siglo XIX. Cabe asimismo explicar que este libro ha sido realizado, desarrollado y escrito en el seno del Seminario de Historiografía Moderna Mexicana que dirigimos en la Facultad de Filosofía y Letras. Desde hace tiempo sabemos que no hay nada mejor para enseñar a los seminaristas a investigar que ponerse el propio profesor a hacerlo, presentando a sus alumnos las dificultades, las soluciones halladas y la manera de resolver los conflictos y salir del atolladero en que más de una vez se encuentra cualquier investigación. Si un profesor conductor desea que su seminario progrese, la mejor receta, acaso la única, es la que acabamos de dar. Por último sólo nos resta añadir que nuestro trabajo es un modesto homenaje que dedicamos a Alejandro de Humboldt en el centésimo aniversario de su tránsito.

Ciudad Universitaria, México, junio de 1959.



**Viajes de Humboldt por América, 1799-1804**  
(*Zeitschrift für den Erdkundeunterricht*, 4, 1959.) W. Heidenreuter





## Humboldt en la conciencia mexicana del siglo XIX

25

### El incitador de la Independencia

Como es bien sabido en el año de 1811 aparecía en París, en francés, el famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, dedicado a S. M. don Carlos IV, rey de España, en el que su autor, el barón Alejandro de Humboldt, presentaba al asombrado público lector de Europa un estudio crítico de su viaje y de sus observaciones por el territorio novohispano (1803-1804). En tal obra se concentraban y organizaban los estudios del propio autor, y sobre todo se resumían magistralmente los datos suministrados por los sabios del virreinato así como las cifras y estadísticas proporcionadas por los archivos y dependencias administrativas virreinales. En 1807, asimismo en París y en lengua francesa, había publicado Humboldt el *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*; en 1810, el mero año del grito de independencia de México, había aparecido el *Atlas pintoresco del viaje (vistas de las cordilleras y de los monumentos de los pueblos indígenas de la América)*; al año siguiente causaba sensación cartográfica evidente el *Atlas geográfico y físico del reino de la Nueva España* (1811) y por último en 1814 se desplegaba ante la mente ilustrada de Europa el *Atlas geográfico y físico del nuevo continente*. Todas estas publicacio-

nes redescubrían a Hispanoamérica a la mirada científica imperial y mercantil de Europa y, por supuesto, redescubrían a nuestro México recién independizado, especialmente el famoso *Ensayo político*.

Las primeras reflexiones mexicanas sobre la obra de Humboldt presentan naturalmente un matiz favorable; la revelación humboldtiana contribuye a afirmar el autoconocimiento y por consiguiente enraíza la incipiente conciencia nacional e incluso contribuye a la formación de un clima espiritual y político de orgulloso criollismo mexicano, que se finca en buena parte en las imaginadas riquezas reales y potenciales puestas de manifiesto por el ilustre viajero alemán. El *Ensayo político* contribuía a fincar las esperanzas nacionales políticas, económicas y culturales de un México ya redimido y de futuro glorioso.

Pero antes bien que estudios críticos en torno a la obra del barón, lo que se hace en México durante la primera mitad del siglo XIX es cantar alabanzas y recrearse en la potencialidad descrita, la cual, gracias a la libertad alcanzada, iba a ser posible actualizar y beneficiar políticamente. El *Ensayo político* se convierte así en un inexhausto filón de posibilidades, y los políticos y los arbitristas, los comentaristas e historiadores, así oficiales como oficiosos, tanto si liberales como si conservadores, utilizan en su turno los materiales de la obra para justificarlo todo y para fundamentar sus esquemas y actividades de cualquier orden. Por esta razón se puede decir que el *Ensayo*, aunque cronológicamente no pudo servir a la insurgencia mexicana, sí pudo perfectamente orientar la Independencia y encaminar los primeros pasos del México imperial y después del republicano. Para los hombres que hicieron y consolidaron la Independencia no cabe la menor duda que la descripción de la situación social, política, económica y espiritual de la Nueva España a principios del siglo XIX, tal y como se presenta y analiza en el *Ensayo político*, les sirvió para rechazar o justificar la obra de España, y en consecuencia para dirigir la flamante nave del nuevo Estado por los rumbos juzgados más certeros. Al igual que Humboldt no se recata en agradecer públicamente a los sabios y autoridades del virreinato los informes y materiales valiosos recibidos, así también los hombres públicos mexicanos aprovechan cualquier ocasión que se les presenta para manifestar la deuda de gratitud contraída con el sapiente barón. Alamán, Mora, Zavala y el padre Mier, para no citar sino a estos cuatro más representativos, admiten cuánto debieron ellos mismos al *Ensayo*, sobre el cual levantaron el edificio respectivo de sus propias opiniones y actuaciones. Nuestro historiador Carlos Pereyra es bien claro al respecto:

El *Ensayo político* ha sido la fuente de todos los errores y de todos los aciertos. Ese libro fue el inspirador de Mora y de Alamán, de Zavala y del doctor Mier. Sus páginas animaban a los agentes de Jackson y Polk en sus planes de filibusterismos. La obra de Humboldt puso celajes magníficos en las obsesiones insensatas de Napoleón III. Y no pudo estar ausente en los planes reconstructivos de Díaz y Limantour.<sup>1</sup>

Pereyra no sólo reconoce el valor sugerente de la obra de Humboldt para los hombres de la Independencia, sino que la considera como el eje inspirador de toda la historia moderna de México. Aún está por hacerse un balance serio por medio del cual se establezca la relación político-económica inmediata entre el México del siglo XVIII y las realizaciones del México independiente durante la primera mitad del siglo XIX. Falta, por lo mismo, como asienta también Sánchez Sarto, obtener el cuadro completo geográfico-económico de México en el siglo XVIII, para descender luego fácilmente “a las repercusiones de la obra del barón en las ideas de Mora, Alamán, Zavala y Mier, y aun ulteriores planes de resurgimiento”.<sup>2</sup> Sánchez Sarto está, como puede comprobarse, dentro de la línea reivindicativa marcada por Pereyra y nos añade tan sólo un esbozo del probable método comparativo a seguir. Para Rayfred L. Stevens la susodicha influencia le parece imposible, porque como el *Ensayo político* apareció en francés (1811), “eran pocos los habitantes de la América española que pudieron leer el *Ensayo* hasta que se publicara la traducción española en 1822, cuando ya estaba casi consumada la Independencia”.<sup>3</sup> Por supuesto Stevens confunde aquí la insurgencia con la Independencia y no ha sabido, por tanto, marcar el fino matiz distintivo que separa política e ideológicamente los dos momentos y a sus hombres representativos; una necesaria operación de deslinde efectuada por nuestro historiador contemporáneo Arturo Arnáiz y Freg. Además el juicio de Stevens-Middleton resulta un tanto ingenuo puesto que bastaría para acusar la posible influencia del *Ensayo* con demostrar que los políticos directivos, esos “pocos habitantes”, sabían bien su francés, lo cual está por otra parte más que archiprobado.

El historiador Lucas Alamán, político militante de su tiempo, que por supuesto sabía perfectamente su francés, reconoce en diversos lugares de su *His-*

1 Pereyra, p. 193.

2 Sánchez Sarto, 1942, p. 143.

3 Stevens-Middleton, p. 189.

toria la inspiración humboldtiana; pero como un análisis de esta clase, que respondería a la directriz Pereyra-Sánchez Sarto, no es fácil ni además adecuado para utilizarlo aquí, preferimos mejor estampar como muestra una carta del propio ministro Alamán dirigida a Humboldt, en la que manifiesta sin ambages su deuda y la de México:

México, julio 21 de 1824

Señor barón don Alejandro Humboldt:

Los luminosos escritos de V. S. relativos a América, frutos de sus talentos y de sus viajes a esta parte del globo, han sido recibidos generalmente con aquella estimación que reclaman sus interesantes materias y las noticias de que abundan. Ellas hacen formar un cabal concepto de lo que podrá ser México bajo una buena y liberal Constitución, por tener en su seno los elementos todos de la prosperidad, y su lectura no ha contribuido poco a avivar el espíritu de Independencia que germinaba en muchos de sus habitantes, y a despertar a otros del letargo en que los tenía una dominación extraña.

La nación toda está penetrada de gratitud por los trabajos de V. S., pues ellos les proporcionaron que el mundo conociera su aptitud y disposición para hacerse feliz por sí misma, y el Supremo Gobierno encargado de su administración pública está de acuerdo en esta parte con el voto general. En consecuencia se ha servido disponer que, como su ministro de Estado y Relaciones, lo diga a V. S., así como que teniendo entendido que V. S. se propone volver a este país, sería esto de la mayor satisfacción para S. A. S., pues desea vivamente que lleve V. S. adelante esta idea, complaciéndose en lo de poder contar entre los habitantes de esta República con hombre tan ilustre y dignamente estimado en el mundo civilizado.

Al comunicar a V. S. estas ideas y sentimientos de mi Gobierno, tengo la mayor satisfacción, que me proporciona la de repetirle mis consideraciones y respetos.

Lucas Alamán<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Transcrita en el periódico *El Universal* (8 de junio de 1918), reproducida por el doctor Manuel Mestre Ghigliazza (Leopoldo Archivero) en sus *Migajas de historia*. Cit. por Alberto María Carreño, p. 47.

Zavala, siendo gobernador del Estado de México, llevó su reconocimiento hasta el punto de obtener un decreto del congreso local (29 de septiembre de 1827) por el que se proclama a Humboldt y a su compañero Bonpland ciudadanos del Estado en gracia de la deuda científica contraída con los dos sabios. S. A. S. don Antonio López de Santa Anna, cuando ya su dictadura oprobiosa se tambaleaba ante los embates del plan y revolución de Ayutla, buscando consolidar su prestigio en el exterior no se le ocurrió nada mejor que otorgar al ilustre barón la “Gran Cruz” de la una vez más resucitada y desprestigiada “Orden Nacional de Guadalupe”, que Humboldt, cortés y pacientemente acepta y agradece (22 de diciembre de 1854), convirtiéndolo así, como podría haber dicho el padre Mier, de haber vivido para entonces, en un acreditado *huehuenche*. El oportunismo de Santa Anna resultaba innoble y (según nos parece) para disimular esta afrenta el presidente Comonfort promulgó el decreto del 14 de septiembre de 1857, fecha significativa, por el que se honraba a Humboldt al proyectar la fundación de una ciudad que llevaría su noble nombre. Ni qué decir tiene que los tiempos no estaban para tales fundaciones pacíficas y honoríficas, y la ciudad nunca fue establecida “en la sierra que divide las llanuras del mar Pacífico, de las del Atlántico”, como reza en el artículo primero del decreto de Comonfort.<sup>5</sup>

Como dijimos, la obra de Humboldt relativa a México tuvo el valor de una insólita y asombrosa revelación. Contrariamente al malhadado C. de Pauw, otro germano, esta vez sabio y generoso, mostraba las excelencias de América y la *madurez* de su flora, de su fauna, de su tierra y de sus habitantes.

Otro alemán –escribe Zea–, el barón Guillermo [*sic*] de Humboldt, viene, por el contrario, a mostrar a los americanos el valor de su naturaleza y cultura, influyendo grandemente en la tarea que éstos inician para conocerse mejor, para mostrar al mundo, y concretamente a España, su ca-

5 En 1936 se logró del gobierno de Oaxaca que se agregase a la municipalidad de Guevea el nombre de Humboldt, por gestiones de la Sociedad México-Alemana Alejandro de Humboldt, fundada en 1934 por el bibliófilo alemán don Carlos Linga. Dicha sociedad adquirió también en Taxco, Guerrero, la casona colonial donde pernoctó el ilustre viajero, la cual se llama hoy Casa de Humboldt. Al presente se habla, a petición del embajador de México en Alemania, señor don Alfonso Guerra, de denominar a la carretera que une Acapulco con Veracruz y pasa por México, Carretera de Humboldt. (Vid. *El Nacional*, 20 de marzo de 1959.)

pacidad para manejarse solos, para la independencia. En las numerosas expediciones botánicas y en los estudios históricos y culturales que realizan los hispanoamericanos poco antes de iniciar la lucha por su independencia política de España, el naturalista alemán está siempre presente con sus ideas.<sup>6</sup>

Este testimonio contemporáneo está, pues, en la dirección misma iniciada modernamente por Pereyra; pero al fin de cuentas esta orientación mexicanista se remonta incluso hasta la época colonial y por consiguiente incluye a los propios novohispanos que convivieron con Humboldt en 1803. Con motivo de la visita que hizo Humboldt al Tribunal de Minería, la *Gaceta de México* (11 de noviembre de 1803) se hacía lenguas ponderando la intervención del ilustre sabio viajero en los exámenes de los alumnos del Real Seminario Metálico, como entonces se decía, lo que sirvió de motivo para que el canónigo doctor don José Mariano Beristáin interviniese patrióticamente y presentase como *modelo* a seguir por los alumnos la vida activa y dedicada del propio estudioso barón:

Se congratuló –se lee en la *Gaceta*– con los alumnos y sus maestros, y para estimularlos a la aplicación, les presentó un modelo en el señor barón de Humboldt, de cuya ilustre persona hizo un corto diseño, ponderando la instrucción, virtudes y prendas tan recomendables que constituyen el distinguido mérito de un héroe literario, digno de elogios superiores, y de ponerse a la vista de unos jóvenes que, dirigidos por los sentimientos del honor, deben alentarse para no desmayar en sus tareas.

Pero el discurso de Beristáin fue todavía más expresivo de lo que registra la *Gaceta*:

Un joven –se lee en el manuscrito que conservara el profesor de Minería don Manuel Tejeda–, que en Quito ha escalado la famosa montaña del Chimborazo a una altura a la que no llegaron La Condamine, Bouguer ni don Jorge Juan; un joven que ha examinado nuestro Jorullo y la Laguna de Toluca, y que en menos de un año se ha instruido de cuanto raro y pre-

<sup>6</sup> Zea, 1956, p. 65.

cioso contienen nuestras minas; un joven por último (y hablo como ministro de la religión pura), cuyas costumbres austeras desmienten la corrupción del depravado siglo en que vivimos. Este joven, pues, ha sido testigo de vuestro lucimiento, jóvenes colegiales; le habéis llenado la expectación, que es el mayor elogio que puedo haceros, y vuelve a Europa convencido de que hay en México un establecimiento para la instrucción de los mexicanos en las ciencias útiles.<sup>7</sup>

Beristáin terminó agradeciendo la presencia del barón y pidiéndole licencia para hacer un retrato de su persona y colocarlo en una de las salas o gabinetes del colegio.<sup>8</sup> El acto que nos relata la *Gaceta* fue sin duda exclusivamente docente, inofensivo; pero el despliegue de aquella vida, la del barón, consagrada toda ella a la búsqueda de la verdad de la ciencia hubo de impresionar sin duda vivamente a aquellos seminaristas, y alguna relación habría de hallarse entre aquellas visitas de Humboldt al seminario y la transformación del mismo, poco tiempo después, en un auténtico semillero de audaces jóvenes insurgentes (Jiménez, Valencia, Dávalos); con lo que no queremos insinuar que el mancebo Humboldt se dedicase allí a conspirar, sino que su ejemplo era el más real y excelso que podía presentarse de renuncia a todo con vista a un sólo objetivo, a la par que ideal real.

## El ensayo como vademécum de viajeros

El *Ensayo político* desplegó ante los ojos inquisitivos de Europa y de Norteamérica toda una serie de atrayentes y fáciles cuadros inversionistas. Con la publicación del susodicho *Ensayo* se cumplía por fin el antañón y anheladísimo sueño de penetración y conocimiento que desde el propio día del Descubrimiento había atraído hacia la América española la águila mirada de la Europa moderna. El florón más rico de las Indias Occidentales, la Nueva España (México), quedaba abierto al comercio intelectual y mercurial.

7 El profesor señor Tejeda se lo proporcionó al ingeniero J. Velázquez de León (*vid. infra*).

8 Beristáin, por acuerdo del Tribunal, hizo entrega allí mismo a Humboldt de un juego de medallas de la erección del Tribunal, un ejemplar de sus Reales Ordenanzas y otro de las obras del Seminario. En cuanto al retrato, se encargó al excelente pintor Mariano Jimeno, quien recibió 160 pesos por su obra, la cual aún existe por fortuna.

Habiendo alcanzado México su independencia en 1821, a partir de ese mismo año comenzó la nueva nación a abrirse al trato y a las relaciones internacionales, y por tal motivo comenzó a desfilar por los dos puertos principales de su costa atlántica (Tampico y Veracruz) un rosario ininterrumpido de viajeros extranjeros, cuyo vademécum peregrino excitante e incitante no era otro sino el consabido *Ensayo*: la Biblia de todas las aspiraciones viandantes de aquel tiempo.

Ingleses, alemanes, franceses, italianos, etcétera, inician la toma de contacto con México a partir de la consumación de la Independencia, y sin exceptuar uno se traen muy leído y releído y anotado su Humboldt, con el que se las prometen muy felices así ellos como las compañías que representan. Como se sabe Humboldt vivió hasta el 6 de mayo de 1859 y repartió la mayor y mejor parte de su tiempo entre París y Berlín. A la *Oranienburgerstrasse* y sobre todo al cuarto piso de la casa número 26, sita en el muelle de la Escuela (Napoleón), acudían los viajeros para hablar con Humboldt y para procurarse, si podían, una buena carta de recomendación con la que abrirse las puertas de México, como le sucedió a Becher, el primer inspector de la Unión Minera Germano-Mexicana, una compañía en la que el propio rey de Prusia (Federico Guillermo III) era uno de los más fuertes accionistas, lo que explica la carta de presentación dirigida al propio don Lucas Alamán.<sup>9</sup> Entre los “seguidores” de Humboldt, Guillermo Pferdekamp<sup>10</sup> coloca justamente en primer término a C. G. Koppe con sus dos obras sobre México, en las cuales se percibe fácilmente la inspiración humboldtiana.<sup>11</sup> Tras de éste habría que poner a J. Burkarts, a C. B. Heller, a E. Mühlenpfordt, a Sartorius y a cien más, pues que todos ellos acusan la influencia de Humboldt. De acuerdo con lo que escribe el barón Rudt von Collenberg, ministro de Alemania en el México de 1936, la obra de Humboldt fue una chispa que “encendió una llama tan grandiosa, que de pronto todo el mundo en Alemania se ocupó de México”. Humboldt deshacía el absurdo prejuicio que envolvía a las naciones ibéricas, y su brazo protector, prosigue el embajador, se extendía también sobre las primeras relaciones comerciales entre México y Alemania: “Con cartas de recomendación de Humboldt, los comerciantes alemanes lograron

9 Becher, Carta 2 (*Cartas sobre México*, 1959).

10 Véase su ensayo *Mexiko in deutschen Schriftum*, p. 207.

11 *Ibid.*

que se les abriesen las puertas de México”. Humboldt inauguró, por consiguiente, la etapa del interés alemán (científico, minero y mercantil, según se ha visto) por México.

De tal manera –escribe el citado embajador–, el interés por México fue fomentado al principio por los hombres de ciencia alemanes. La Universidad de Bonn dedicó a los asuntos mexicanos un amplio espacio en su plan de estudios y fue de estos círculos que posteriormente salieron hombres como: Burkart, Noeggerath y Gerolt, que trabajaron en México como geólogos y minerólogos. Es obvio que de acuerdo con las descripciones de Humboldt de la prolífica minería mexicana, se dirigieron a México por de pronto mineros.<sup>12</sup>

La obra de Humboldt provocaba, por tanto, inversiones y nuevos libros. Pero lo que dice el barón de Collenberg de sus compatriotas puede hacerse también cómodamente extensivo, según se sabe, a todos los viajeros de aquel tiempo, particularmente a los ingleses. Las inversiones mineras movieron el ansia aventurera de los viajeros anglosajones, y dieron pie asimismo a una larga serie de curiosos diarios e impresiones viajeras. La única novedad notable en esta literatura viandante de lengua inglesa es que ella no es sólo británica sino también norteamericana. En Londres el *Ensayo político* se puso de moda entre los banqueros y negociantes de la City; según Pereyra era el “oráculo financiero que tenía su trípode en la bolsa de Londres”.<sup>13</sup> El capitalismo inglés, bajo la fe del *Political Essay of the Kingdom of New Spain* y tal vez sin tomarse el trabajo de leerlo envió a México tres millones de libras esterlinas sólo para la explotación minera. Y las compañías interesadas en aquellos negocios imprimían un tomo de *Selections on Mexico* de las obras del barón de Humboldt, a quien se ofreció la dirección general de las negociaciones inglesas, lo que por buenas razones “él no aceptó”. Humboldt, como escribe Sánchez Sarto, “se indignaba contra ese pueblo que le trataba como un comerciante de paños y le ofrecía la dirección de unas abominables empresas para la explotación mercantil de aquellas tierras”.<sup>14</sup>

12 *Ibid.* Véase también nuestro artículo (Ortega, *passim*) y la obra de Koppe.

13 Véase su conferencia, p. 245.

14 Pereyra, *op. cit.*, p. 246.

Sin embargo, hoy sabemos, de acuerdo con la investigación llevada a cabo por el historiador José Miranda, “que el autor del *Ensayo* no tuvo reparo en respaldar a unos ‘enganchadores’ poco escrupulosos en procurarse inversionistas”.<sup>15</sup> La “indignación” hay, por tanto, que ponerla en duda a la luz que nos proporciona Miranda, quien pese a todo justificará a Humboldt presentando su intervención como un acto de buena fe con el cual creía el barón “que prestaba un gran servicio a los capitalistas ingleses y al pueblo mexicano”.

Los móviles de los viajeros norteamericanos, los Poinsett, Conder, Forbes, Guillian, Thompson, Mayer, etcétera, son menos financieros naturalmente; su interés, amén del mercantil, es histórico, político y estratégico. Los trabajos históricos, arqueológicos, estadísticos y geográficos de Humboldt sirven también de inspiración a Prescott, y son como punto de partida para la obra española e hispanoamericana del historiador estadounidense. Con el *Ensayo* y con la obra cartográfica de Humboldt, así como con el auxilio de los textos viajeros, el estado mayor norteamericano planeó sus campañas fulminantes contra México en 1847.

Mr. Ward, el primer embajador de Inglaterra en México, se leyó por vía obligada de información el *Ensayo* y otras cosas del barón; sin la lectura previa de Humboldt era casi imposible escribir un libro sobre México.<sup>16</sup> En forma semejante se expresan Poinsett<sup>17</sup> (el primer embajador norteamericano en la República Mexicana, cuyas diplomáticas notas debieron mucho también a la obra del barón, según afirma Stevens-Middleton,<sup>18</sup> y está en lo justo) y Latrobe; según este último el *Ensayo* era asimismo un necesario libro de texto para todo visitante.<sup>19</sup> Realmente, e insistiendo sobre lo dicho, la obra de Humboldt “dio la única información científica digna de confianza sobre México [hasta bien entrado el siglo XIX], o influyó como ninguna otra, en la proyección y realización de numerosas expediciones y viajes en el país durante el primer cuarto de siglo (1821-1845) de su vida independiente”. Como el autor

15 Miranda (inédito) [Ortega y Medina se refiere a la investigación publicada dos años más tarde: José Miranda, *Humboldt y México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962].

16 Ward, II, p. 706.

17 Poinsett, p. I (Introducción).

18 *Op. cit.*, p. 195.

19 Latrobe, p. 82.

del párrafo transcrito, Manuel Maldonado Koerdell, es un hombre de ciencia, se imagina sinceramente que todos los viajeros posteriores a Humboldt vinieron a México “ávidos de comprobar cuanto [éste] había dicho sobre sus rocas, plantas y animales, a verificar sus datos estadísticos y ampliar el conocimiento científico del país que tan espléndidamente había presentado en el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*”.<sup>20</sup> Mas hay que admitir, aunque sea melancólicamente, que durante la primera mitad del siglo XIX la curiosidad científica de los viajeros estuvo siempre subordinada a otros intereses y que incluso hay relaciones inteligentes donde la ciencia está en verdad ausente. Si la marquesa Calderón de la Barca (Frances Erskine Inglis), si Lyon, Taylor, Ruxton, Robinson, Penny, Conder, Kendall, Hardy, Hall, Forbes, Bullock, Beaufoy y tantos otros más<sup>21</sup> leyeron el *Ensayo* previamente a su viaje a México no fue porque la comezón científica les hormigueara interiormente, sino porque dicha lectura les era imprescindible para sus particulares negocios; lo cual no quiere decir que alguna que otra vez la inquisición científica no les detuviese un breve momento ante tal o cual fenómeno o raro espécimen.

En el *Ensayo político* se descubren, describen y exageran también, como es notorio, las posibilidades infinitas de un México al que todavía no le habían arrebatado injustamente sus prometedoras provincias fronterizas (Texas, Nuevo México y California). Cosío Villegas ha llamado la atención en lo relativo a los orígenes históricos, sociales, económicos y psicológicos de la leyenda sobre el *eldorado* o paraíso mexicano de fabulosas riquezas. Tal leyenda se inicia, según el ensayista, con la propia conquista española y con las ansias de lucro de los primeros capitanes y soldados de la empresa; se continúa a lo largo de los tres siglos de explotación colonial y alcanza los días de Humboldt en México (1803). Cosío Villegas censura al barón por haber sido uno de los animadores y difusores de la idea de un México dueño de una riqueza potencial increíble; los errores de Humboldt se debieron por un lado a la falsa idea de un mejor rendimiento de la tierra, cuando ésta fuese “bien cultivada”, haciendo por ello depender del hombre lo que realmente dependía entonces y aun hoy de las condiciones naturales difícilmente modificables, a pesar de la técnica, y por el otro fueron causados por el conocimiento parcial que el viajero

<sup>20</sup> Maldonado-Koerdell, p. 98.

<sup>21</sup> Sobre el tema de los viajeros de lengua inglesa, véase nuestro *México en la conciencia anglosajona*, México, Porrúa/Obregón-Robredo, v. 1 (1953) y v. 2 (1955).

tuvo de la Nueva España, que le hizo pensar, juzgando por lo visto, que lo que le faltaba por ver sería mejor. A esto añade todavía Cosío Villegas una tercera explicación: Humboldt veía a México con ojos ajenos, extraños; es decir su visión era colonialista, un México proveedor de materias primas. Humboldt, concluye Cosío Villegas, juzgaba el futuro de México con ojos de extranjero.<sup>22</sup>

Los ingleses llegados a México a principios del siglo XIX e interesados en las explotaciones mineras no poseyeron naturalmente elementos de juicio tan claros como los que utiliza Cosío Villegas en su artículo; ellos solamente miraban el saldo realmente negativo que les arrojaba la diferencia entre las ganancias imaginadas en un principio y las conseguidas prácticamente; a la fantasía inversionista fabulosa y al entusiasmo viajero enajenado sucede, como no podía menos de ocurrir, un súbito cambio o desinfe producido por el choque con la realidad mexicana. A la fe ciega en el *Ensayo* sucedió la desconfianza y el descrédito; la pésima traducción inglesa de Black, que tanto amargó a Humboldt, así como las selecciones de John Taylor<sup>23</sup> perdieron en la década de los veinte del siglo XIX todo su prestigio. Cuando Ward escribe su libro sobre México, lo hace fundamentalmente para aconsejar el justo medio en la empresa minera inglesa; su intento será frenar el optimismo inversionista de sus compatriotas y hacerles ver las posibilidades reales de la explotación minera en México. Según Stevens las críticas inglesas contra Humboldt, que se prolongan incluso hasta 1906, señalaban el tratamiento ligero dado por el barón al problema de la mano de obra.

Pero el sabio –prosigue el comentarista citado–, no se propuso escribir una guía para enriquecerse pronto en las minas de México, ni se jactaba de haber tratado completamente el problema, lo que en sí es bastante disculpa debido a que los descontentos alegaban errores de omisión más bien que de comisión. Lo cierto es que Humboldt en sus pocas observaciones sobre la mano de obra minera mostró más entendimiento y simpatía hacia el obrero mexicano que los criticones ingleses.<sup>24</sup>

Tenemos que acudir de nueva cuenta al estudio de José Miranda que es muy claro y preciso en el asunto de deslindar la responsabilidad de Humboldt

22 Cosío Villegas, p. 95-98.

23 Taylor, Londres, 1924.

24 *Op. cit.*, p. 175.

en lo que se refiere a las negociaciones mineras, fundamentalmente las inglesas. Llegada la catástrofe inversionista Humboldt hubiera contraído una grave responsabilidad por haber servido de cebo “para la pesca de accionistas”, y por haberse jactado más de la cuenta del determinante papel que él representó en las inversiones inglesas en México. Mas para fortuna de Humboldt pronto se perfilaron las verdaderas causas de la catástrofe: la saturación de capital experimentada en Inglaterra entre 1821 y 1825, y la subsiguiente locura inversora que se desencadenó en el público inglés. La responsabilidad del autor del *Ensayo* se aminora también notablemente, según Miranda, cuando sabemos que las compañías mineras inglesas utilizaron obras parecidas al *Ensayo* o confeccionaron expresamente otras para atraer inversionistas al Perú, a Guatemala y a Colombia. “Por consiguiente –afirma el articulista–, Humboldt puede descansar con la conciencia tranquila; con su intervención o sin ella, hubiera habido inversiones inglesas en las minas de México, y de no haber existido el *Ensayo político*, otra obra hubiese sido buscada o preparada para realizar la función de señuelo que interesaba a los empresarios mineros de la Gran Bretaña.”<sup>25</sup>

Con todo, para el viajero inglés residente en México, a quien las cifras y las repercusiones inversionistas se le escapaban necesariamente, solamente cobraba sentido su realidad inmediata, sus negocios al día, que eran los que le llevaban a opinar y los que le hacían quejarse acerbamente de los engaños de Humboldt. Pero aunque la mayoría de los ingleses residentes en México abominasen de Humboldt, los viajeros norteamericanos no coincidían en este punto; en su mayor parte se mostraban americanamente orgullosos de la obra mexicanista del ilustre hombre de ciencia y rechazaban escandalizados el juego de palabras con que, a decir del irascible Beaufoy, los ingleses se referían a Humboldt: “El barón Humbug”, es a saber el barón Trampantojo.<sup>26</sup>

### *De consolatione patriae*

En la noche del 17 de noviembre de 1850, con motivo de la solemne y tradicional velada de distribución de premios a los alumnos más destacados del Colegio Nacional de Minería, el profesor de geología y zoología, coronel don Joaquín Velázquez de León, pronunció un discurso en elogio del ilustre barón

<sup>25</sup> Artículo cit.

<sup>26</sup> Beaufoy, p. 256.

Federico Alejandro de Humboldt, cuya vida y obra presentó a la consideración de los jóvenes alumnos, en el que hizo destacar especialmente los valores paradigmáticos de tan purísimo modelo.<sup>27</sup> Comenzó el orador su discurso echando mano del socorrido extremo de presentar su propia insignificancia frente a la gran figura universal, a la que comparó con el Sol que difunde su benéfico influjo a los planetas que en torno de él giran. Recordó a sus oyentes que hacía 47 años que Humboldt, en aquel mismo local, concurrió simpáticamente como réplica en los actos de Matemáticas, de Física, de Química y de Mineralogía, demostrando así los adelantos y los aprovechamientos de los examinados de entonces y mostrando también que dichos actos merecieron la aprobación de todos y especialmente la del canónigo Beristáin, que agradecido entonó un ampuloso discurso laudatorio en honor del joven, sabio y honesto replicante.

Velázquez de León consideró una verdadera fortuna el hecho de que México fuese visitado y reconocido por una persona tan famosa como Humboldt, el autor del no menos famoso *Ensayo*. Esta obra es para el orador la gran novedad porque ella rasga el veto de misterio que ocultaba a la Nueva España dando por “primera vez a conocer con exactitud al mundo entero lo que era y valía el descubrimiento de Colón, lo conquistado por Cortés, la preciosa alhaja poseída por el gobierno español y todo lo que era susceptible de ser en lo sucesivo esta parte privilegiada de la tierra”.<sup>28</sup> Velázquez se nos presenta, por tanto, visto el párrafo transcrito, como uno de los primeros mexicanos que nos ha dejado constancia de su visión negativa, ahistórica, del mundo novohispano cara a la ciencia; pero esta justipreciación nuestra quedaría incompleta si junto al rechazo de Velázquez de León no pusiésemos su afirmación original, que consiste nada menos que en el intento de equiparar o situar en un mismo plano reivindicatorio científico la obra de Del Río con la del barón: “Es necesario confesarlo –escribe–, nosotros mismos no conocíamos nuestras posiciones en tan diferentes géneros, y sólo un hombre como el señor Del Río en sus obras y otro con conocimientos tan extensos y variados en todos los ramos como el señor Humboldt pudo presentar un cuadro tan verídico, tan instructivo, tan ameno y tan interesante de nuestra patria”.<sup>29</sup>

27 Joaquín Velázquez de León, *Discurso*.

28 *Op. cit.*, p. 1306.

29 *Ibid.*

Asentado esto se dedica Velázquez de León a presentar ante los alumnos las principales ideas científicas del barón, extraídas para este objeto del inmenso arsenal enciclopédico que eran las obras de éste. “¿Quién es este privilegiado, quién este hombre omniscio, si es que puede darse alguno sobre la tierra? Y la respuesta será: el autor del *Cosmos*, el único que podía en la actualidad describir el universo.”<sup>30</sup> Ésta es, de acuerdo con lo que piensa el comentarista, la máxima obra de Humboldt; la que no dejará de leerse en las edades futuras, pese al progreso rápido de la ciencia y de los conocimientos humanos. Solamente un Humboldt pudo haberla creado y sólo él pudo con ella darnos el resumen de las ideas y de los conocimientos del hombre a fines de 1844, año de la aparición de la obra. El comentarista únicamente glosa el gran libro y entresaca algunos elementos científicos demostrativos de la riqueza y variedad del contenido. No sin cierta vanidad expresa que lo que le mueve a presentar tales extractos críticos es el hecho de que el *Cosmos* todavía (1850) no estaba traducido al español.<sup>31</sup> Por último, termina Velázquez de León su discurso haciendo hincapié, al igual que su inspirador Beristáin, cuyo borrador de 1803 tuvo en sus manos, en el valor moral-intelectual que como *modelo* había de tener la vida del sabio para todos los allí reunidos. Hoy comprendemos perfectamente este noble afán didáctico del orador, el cual se mostraba deseoso de hallar un digno patrón científico con el que orientar el noble afán juvenil, emuladorio y creador. Eran tiempos de reconstrucción, de restañar heridas y de enderezar la nación que había quedado destrozada, mutilada y desalentada después de la desastrosa guerra de 1847 contra los Estados Unidos; nada mejor, por lo mismo, que volver los ojos al héroe puro y presentarlo como ejemplo de superación y de grandeza para el porvenir:

Los alumnos de la escuela mexicana de minas tienen en el barón de Humboldt el mejor modelo que se les puede presentar en su carrera científica: aspiren pues a reunir como el sabio naturalista, a ese sobresaliente saber un alma pura y bondadosa, a esa perspicacia para aprovechar en un reconocimiento facultativo, y muchas veces en una simple mirada, todo lo

<sup>30</sup> *Op. cit.*, p. 1370.

<sup>31</sup> Efectivamente, si bien al año siguiente se publicaría la traducción de Francisco Díaz Quintero, impresa en México en la imprenta de Vicente García Torres: *Cosmos o ensayo de una descripción física del globo* (1851), que es anterior a la edición y traducción españolas de Giver y de Fuentes (Madrid, Imprenta Gaspar y Roig, 1874-1875).

que la ciencia necesita para sus adelantamientos, todo lo que el viajero desea recoger en el menor tiempo posible, y de que el sagaz y acostumbrado observador saca una utilidad desconocida al ignorante y perezoso: el arte de descubrir, ha dicho Fontenelle, es más precioso que la mayor parte de las cosas que se descubren; este arte brilla en un punto culminante en las obras del señor Humboldt; sigan nuestros alumnos este seductor ejemplo, acostumbrándose también, como el sabio naturalista, a contar con la ciencia y el saber de los demás hombres instruidos en cada ramo especial y a corresponder a los afanes del establecimiento a que deben su educación moral y científica.<sup>32</sup>

### Una visita a Humboldt en 1855

La inestable situación política de México durante la primera mitad del siglo XIX no era precisamente la más apropiada para dar ocasión a las reflexiones críticas de los estudiosos. No era posible que florecieran estudios de esta clase, que exigen tranquilidad y dedicación, en medio de las 237 revoluciones sufridas por México, de acuerdo con la cuenta particular del viajero Jorge Federico Ruxton, cuenta que aunque exagerada no lo es tanto, si se considera bien la constante inseguridad de la República hasta la consolidación del Porfiriato (1880).<sup>33</sup> A pesar de esto, todo lo que se escribe y se comenta así en lo político como en lo cultural, lleva la impronta inspiradora de Humboldt. Los trabajos históricos de Bustamante, los de Fernando Ramírez y los de Lacunza, los ensayos arqueológicos y museógrafos de Isidro Gondra, de José Mariano Sánchez y Mora, exconde del Peñasco, y de José Gómez, exconde de la Cortina, el *Ensayo* de Mariano Otero, los libros de José María Tornel, etcétera, a poco que se los examine acusan el estudio de los trabajos humboldtianos, que les sirven de punto de partida en más de un tópico o aspecto.

El 20 de abril de 1853 ocupaba una vez más la presidencia el general Santa Anna, quien el 6 de diciembre decretaba la dictadura perpetua a su favor, con manifestaciones de agrado por parte de los más de los conservadores y de disgusto total por el lado de los liberales. Pese a una situación tan ominosa, en la capital mexicana un grupo de heroicos estudiosos reeditaba

<sup>32</sup> *Id.*

<sup>33</sup> Ruxton, p. 199.

(1854-1856) y ampliaba con asientos mexicanos el *Diccionario universal de historia y geografía* publicado en España, y ni qué decir tiene que se copiaba íntegra la nota biográfico-bibliográfica correspondiente a Humboldt.

Uno de los colaboradores más brillantes de la edición mexicana del *Diccionario* fue el licenciado José Fernando Ramírez, a quien vemos en 1855 visitando nada menos que a Humboldt en Berlín. Penetra en el “santuario” del sabio y considera aquella emocionante visita “como un tributo de admiración y respeto debido al Sumo Sacerdote de las ciencias naturales y matemáticas”.<sup>34</sup> La publicación de los pormenores de su entrevista con Humboldt entraña el latente deseo de ampliar el conocimiento que se tiene del sabio y de testimoniar también que a través de él, de Ramírez, el pueblo de México tomaba directo contacto con su afectuoso y desinteresado redescubridor; es decir con el mundo y con la humanidad. Los títulos generales y particulares que adornan a Humboldt y por los cuales los mexicanos le debían reconocimiento, son ciertamente de fundamentación histórica.

Para un mexicano es una verdadera deuda de gratitud y un tributo de justicia hacia el sabio distinguido que primero dio a conocer nuestro país al mundo civilizado; que abrió una nueva y brillante senda a los estudios históricos y arqueológicos americanos; que desenterró sus antiguos monumentos jeroglíficos, olvidados en el polvo de las bibliotecas de Europa; que preparó con sus escritos la interesante y espléndida colección de antigüedades de Lord Kingsborough y que ha enriquecido nuestra historia con excelentes publicaciones; el hombre en fin, que profesa a México un afecto especial, que habla siempre de él con una tierna efusión, y que en todas ocasiones hace fervientes votos por su dicha y prosperidad. A títulos tan sagrados reunía para mí el muy singular de ser él el que me produjo las impresiones y formó el gusto por el estudio de la arqueología mexicana, siendo, por decir así, mi mentor y mi guía en esta especie de investigaciones.<sup>35</sup>

La media hora de plática sostenida con el barón giró naturalmente en torno a los temas arqueológicos y filosóficos americanos, que eran los prefe-

<sup>34</sup> José Fernando Ramírez (*La Cruz*, t. v).

<sup>35</sup> *Ibid.*

ridos por ambos; mas no dejó Humboldt de interesarse por la situación política mexicana, y puesto al tanto por Ramírez “del estúpido despotismo del general Santa Anna” censuró la conducta de éste y predijo el desenlace que muy presto tuvo.

El Humboldt premonitorio de José Fernando Ramírez traspasa casi los límites de lo humano y parece representar espiritualmente “la bienaventuranza del hombre sobre la tierra”; no le alcanza la maledicencia y hasta la envidia se bate en retirada levantando frente a él coros de hosannas. Humboldt es, por último, para el admirado y amante contemplador como un astro que toca ya su ocaso; pero más brillante que cuando se encontraba en el cenit de su inmensa esfera: Humboldt es, pues, el ser privilegiado de su época, es decir el que la trasciende. José Fernando Ramírez no se contenta con esta semblanza espiritual e ilustrada y nos da a continuación la descripción física del sabio, que se complementa y avala más aún gracias al retrato que enriquece el folleto:

El día 14 de junio de 1855, en que tuve el honor de presentar mis respetos al ilustre y noble barón, cumplía S. E. exactamente, *ochenta y cinco años y nueve meses*, pues nació el 14 de *septiembre* de 1769, edad inconcebible en el vigor corporal e intelectual que presentan su físico y sus potencias. El barón es de una estatura muy poco más que la común; robusto, sin aproximarse siquiera a obeso, y más bien de pocas carnes; tinte perfectamente blanco y regularmente sonrosado; cabello y barba enteramente blancos; ancha y bien formada frente; hermosas y nobles facciones; fisonomía sumamente viva y animada, que revela el genio, templado con la modestia; y una franca expresión de afabilidad y benevolencia. Su aspecto, aunque modesto, es noble y desembarazado, y me pareció que comenzaba a inclinársele el cuerpo, circunstancia que cuadra admirablemente a su edad y condición. Su traje en ese día era sumamente sencillo, y no recuerdo haberle visto ninguna condecoración. La misma sencillez se advertía en el menaje de su habitación. No había objeto alguno que pudiera llamarse lujoso o superfluo. Nada que excediera a una mediana condición.

El retrato adquirido por Ramírez en Berlín, y amablemente dedicado por Humboldt, lleva de puño y letra de éste la siguiente dedicatoria: “Al señor Fer-

nando Ramírez, en recuerdo de un anciano que muestra el más afectuoso interés en la prosperidad de México, fundada en instituciones libres y sabias. –Alejandro de Humboldt, dado en Postdam, el 14 de septiembre de 1855”.<sup>36</sup>

Y Fernando Ramírez comenta breve y gravemente la dedicatoria, afinándose en su posición clave como intermediario entre Humboldt y México: “Ese recuerdo, más que a mí, toca a México, siendo así un inequívoco testimonio del tierno y profundo afecto que ha conservado a nuestro país”.<sup>37</sup>

### Un héroe utilitante para los hombres de la Reforma

El 6 de mayo de 1859 moría Humboldt, y el encargado de los negocios diplomáticos de México en Francia, licenciado don José María Lafragua, quedó comisionado para dar público y ostensible testimonio del pesar del gobierno y del pueblo de México. Precisamente el 29 de junio del mismo año, en plena guerra civil de Reforma, el presidente interino constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, don Benito Juárez, que a la sazón se hallaba refugiado con sus ministros en la ciudad de Veracruz, ordenaba un importante decreto por el que se declaraba “Benemérito de la Patria al señor barón Alejandro de Humboldt”, y se mandaba hacer en Italia “una estatua de tamaño natural, de mármol, que representase al señor Humboldt, para colocarla en el Seminario de Minas de la ciudad de México, con una inscripción conveniente”. Lo que más interesa en este proyecto, que por supuesto no pudo realizarse, es el exordio explicativo del decreto en el que se apela en nombre del gobierno al público recuerdo del pueblo de México, el cual había conservado viva y fresca la memoria “del ilustre sabio y benéfico viajero Alejandro, barón de Humboldt”. Todo México estaba en deuda con Humboldt y le debía “gratitud especial por los estudios que hizo en él sobre la naturaleza y productos de su suelo, sobre sus elementos económico-políticos y sobre tantas útiles materias que publicadas por su incansable pluma, dieron honor y provecho a la República cuando aún se llamaba Nueva España”.<sup>38</sup>

36 “A Mr. Fernando Ramírez, en souvenir d’un vieillard qui prend le plus affectueux intérêt à la prospérité du Mexique, fondée sur des libres et sages institutions”, Alexander de Humboldt, Postdam, 14 de septiembre de 1855.

37 *Ibid.*

38 Dublán y Lozano, VIII, p. 672-673.

Es un decreto de oportuna e interesada gratitud política. Dada la precaria situación de los liberales, asediados casi en Veracruz, aquella ordenación legal nos conmueve; mas hay que verla no sólo como una tregua intelectual, sino también como un necesario y legítimo recurso propagandístico. Según parece la idea de la adquisición y erección de la estatua partió de Lafragua, que estaba de paso por París al morir Humboldt a principios de mayo. El decreto sobre Humboldt es hermano en el tiempo de los promulgados en julio, denominados Leyes de Reforma. El gobierno juarista a la par que destruía el poder clerical le demostraba a la Europa de los políticos y de los sabios, singularmente a los de Francia, que asumía la responsabilidad política e intelectual del país, que interpretaba su determinación liberal y que tenía, por tanto, la suficiente madurez, prestigio y capacidad de agradecimiento para honrar al gran hombre que había redescubierto a México. El decreto sobre Humboldt habíase promulgado en Veracruz, la resonancia hábilmente buscada debería repercutir provechosamente en todo el mundo civilizado.

### Paralogismo histórico

En tanto que el general Miramón realizaba a mediados de noviembre del año de 1859 su breve y fulminante campaña sobre Guadalajara y Colima, Juárez se disponía a resistir la embestida definitiva que sobre dicho puerto desencadenarían poco después las tropas conservadoras triunfantes. Pero en la capital de la nación todo estaba por el momento en calma, si bien Miramón se preparaba activamente para marchar cuanto antes contra Juárez y los suyos y acabar así con el régimen liberal que desde el puerto continuaba dictando audaces y definitivas leyes. En ese mismo mes de noviembre el Colegio de Minería, denominado a la sazón Escuela Práctica de Minería, organizaba una vez más un acto para honrar a Humboldt, aunque ahora lo dedicaba naturalmente a su memoria, dado que el 6 de mayo de ese mismo año había fallecido el “ilustre sabio” y “distinguido investigador de las ciencias en el antiguo y nuevo continente”.<sup>39</sup> Para el orador, don Miguel Velázquez de León, así como para el de 1850, Humboldt fue “uno de aquellos genios superiores enviados por Dios a la tierra como una muestra del poder de la inteligencia”;<sup>40</sup> uno de

<sup>39</sup> Miguel Velázquez de León, *Discurso*, p. 69.

<sup>40</sup> *Op. cit.*, p. 70.

esos hombres cuya larga vida, enteramente consagrada al cultivo de las ciencias, fecunda en descubrimientos útiles, está “*predestinado* a impulsar activamente el progreso de la humanidad”.<sup>41</sup> Velázquez de León reconoce en Humboldt a un ilustrado; pero su caracterización está toda mechada, como no podía ser menos, de providencialismo. Todos los pueblos cultos que le debían bastante en perfeccionamiento intelectual, tributaban homenaje de veneración y gratitud a su inmortal memoria, y México, como pueblo culto que era, aunque en ese momento se encontraba desgarrado por una guerra fratricida, se sumaba gozoso al homenaje y por boca de uno de sus hijos más representativos rendía un sentido elogio fúnebre al egregio sabio.<sup>42</sup> Este elogio semioficial resultó a pesar de todo mucho más intelectual y científico que lo que las circunstancias conservadoras hubieran acaso deseado; el orador se limitó a recontar la biografía de Humboldt y a presentar el resumen apretado de las investigaciones, de los viajes y exploraciones del sapiente e incansable viajero. El biógrafo sigue a Humboldt en sus excursión por los Andes, le acompaña por las montañas mexicanas y lo rastrea en sus exploraciones e investigaciones arqueológicas: Humboldt queda de esta suerte consagrado como el creador de esa “nueva, curiosa y difícil ciencia de la Arqueología”.<sup>43</sup> Mas el biógrafo no se queda aquí sino que sigue a su héroe en el viaje de regreso a Europa, vía Cuba y los Estados Unidos, y nos lo presenta además en compañía del famoso Gay-Lussac y del no menos famoso geólogo Leopoldo de Ruch en la cima del Vesubio. Después se refiere Velázquez a los viajes al Asia del barón; en donde desvanecerá errores y disipará la niebla que oscurecía aquellas vastas regiones.<sup>44</sup> Realizado esto sólo le faltaba al orador exponer los servicios que Humboldt prestó a México en 1803, gracias a los cuales se disipó asimismo la nube de errores que envolvía a la Nueva España y que impedían que fuera conocida. México pagaba, por cierto, aquella noche de noviembre parte de la “inmensa deuda de gratitud al sabio que le dio a conocer al mundo civilizado”.<sup>45</sup>

Velázquez de León comienza a enumerar con justicia y con conocimiento del asunto los valiosos datos científicos y técnicos que aportó Humboldt para el redescubrimiento de la Nueva España; su entusiasmo humboldtiano y re-

41 *Id.* subrayado nuestro.

42 *Op. cit.*, p. 72.

43 *Op. cit.*, p. 73.

44 *Id.*

45 *Op. cit.*, p. 74.

publicano le llevará, empero, a otorgar todo el mérito al sabio y a sólo ver en la segunda mitad del siglo XVIII mexicano “una oscuridad casi completa” en todo lo referente a la astronomía y geografía.<sup>46</sup> Según el comentarista, únicamente había “algunos datos exactos sobre las posiciones astronómicas de la parte más poblada del país debidos a los distinguidos sabios de México, Sigüenza, Gama, Alzate y el ilustre fundador del Seminario”;<sup>47</sup> otras noticias de valor, como son las coordenadas de los puertos costeros, procedían, añade el orador, de las observaciones y noticias de la marina española, como asimismo la situación de unos cuantos minerales provenían de Elhuyar: “lo demás era un conjunto de errores o de conjeturas más o menos fundadas”.<sup>48</sup> Por lo que toca a la estadística, y de acuerdo con lo que opina el apasionado crítico, las noticias que se tenían eran, asimismo “muy inexactas y aun las recogidas en el año citado [1794] por orden del virrey Revillagigedo eran tan incompletas como poco exactas”.<sup>49</sup> No obstante el subconsciente parece traicionar al orador cuando al elogiar la obra estadística concentrada por Humboldt no puede menos que aplaudir “el sagaz criterio con que comparó y discutió todos los datos que supo adquirir el celebre viajero”.<sup>50</sup> Lo expuesto no va a ser el único resbalón crítico experimentado por el orador, porque al afirmar líneas más delante el claroscuro científico novohispano y al asentar inmediatamente la total oscuridad incurrió en la segunda y más grave contradicción. Hoy sabemos perfectamente, y tampoco lo ignoraba don Miguel Velázquez de León, que el merecimiento más que en saber adquirir datos consistió en ordenar los que se le proporcionaron generosamente cumpliendo con las órdenes virreinales. Con referencia a la minería el profesor del Colegio asienta que Humboldt la ilustró con sagaces observaciones; el laborioso estadista, prosigue Velázquez incurriendo otra vez en el equívoco, “acopi[ó] los datos más preciosos sobre la producción metálica desde los tiempos de la conquista”.<sup>51</sup> Es lógico pensar que sin tales datos jamás hubiese podido Humboldt beneficiar su obra. La última contradicción brota unas cuantas líneas más abajo al reflexionar el orador sobre la ingente tarea de recopilación y de ajuste crítico que revela el *Ensayo*:

46 *Id.*

47 *Id.*

48 *Id.*

49 *Op. cit.*, p. 75.

50 *Ibid.*

51 *Op. cit.*, p. 76.

Cuando se reflexiona que este inmenso cúmulo de observaciones tan variadas y exactas que hubieran exigido la dedicación absoluta de diversos sabios por espacio de algunos años, y que en el transcurso de más de medio siglo de entonces acá, no se han igualado en número de importancia en nuestro país; cuando se reflexiona, digo, que esto ha sido la obra del insigne Barón en los doce meses de su permanencia en estas regiones, apenas puede uno formarse idea de su vasta inteligencia, y del celo e interés que le hicieron consagrar todos sus instantes al estudio de nuestra virgen patria; y así como algunos literatos, asombrados con la lectura de Homero han llegado a dudar, si realmente existió el poeta griego, y si sus inmortales poemas no serán más bien el parto de varios genios extraordinarios, tal vez en los venideros siglos inspirarán las mismas dudas las magníficas obras del viajero. En ellas no sólo dio a conocer al mundo la riqueza física y material de la Nueva España, también señaló su riqueza intelectual, borrando indignado las groseras calumnias que la ignorancia, las preocupaciones, y acaso también algunas miras políticas habían hecho pesar sobre las razas indígenas y mixtas, suponiéndolas embrutecidas, degradadas e incapaces de toda cultura. Justo y competente apreciador del mérito, y distinguiéndose de otros viajeros charlatanes que caminan con la censura en los labios y viendo todo a través de un prisma desfavorable, sin dejar de apropiarse las noticias que no son capaces de desempeñar, el señor Humboldt hizo la debida justicia a nuestros modestos sabios, que sin estar inscritos en las academias cultivaban con fruto y provecho de su patria la astronomía, la física, la química y las ciencias exactas naturales.

El colegio en cuyo nombre tengo el honor de dirigiros la palabra, y los discípulos de Velázquez de León, de Elhuyar, de Del Río, de Oteiza y de Sudner, que encontró ya diseminados en los distritos minerales, y entre los cuales podéis contemplar todavía al venerable decano de nuestros maestros, merecieron al distinguido expedicionario la mayor estimación y confianza, de la cual es una prueba haber encargado a los alumnos don Rafael Dávalos y don Juan José Rodríguez, la construcción de muchas cartas geológicas que ha publicado en sus obras, tributando sus elogios y reconocimientos a sus jóvenes ayudantes.<sup>52</sup>

52 *Op. cit.*, p. 77.

Prosigue Velázquez de León hablando del cariño que siempre tuvo Humboldt por el Colegio, de los regalos (en realidad ventas) que le hizo al mismo de instrumentos y del tratado de Pasigrafía Geognóstica escrita para los alumnos del mismo (México, 1804). Otros testimonios del aprecio del eminente geólogo alemán fueron, de acuerdo con el orador, las numerosas cartas y perfiles que allí mismo levantó y las diversas especies minerales que analizó y clasificó ayudado por los ilustres profesores del seminario metálico.<sup>53</sup> Nosotros no podemos menos que preguntarnos cómo es posible que un científico como Velázquez de León creyera que Humboldt solo y en el espacio de un año pudiera realizar tantas y tan importantes observaciones y estudios. Únicamente como milagro podría admitirse, lo cual, acaso para el comentarista, criado y educado a fin de cuentas al calor del último rescoldo histórico providencialista de la colonia, no fuera difícil de conceder; por lo menos su Humboldt resulta bastante más providencialista que ilustrado según anotamos. Pero como a pesar de todo Velázquez tiene que dudar del milagro, lo resuelve mejor comparando a Humboldt con un héroe homérico intelectual y así su duda se convierte en la de sus lectores. El párrafo termina con el elogio de nuestros “modestos sabios” y con el reconocimiento expreso de la ayuda científica que recibió Humboldt por parte de los profesores y de los alumnos más distinguidos. ¿Qué fue, por tanto, lo que llevó al orador al desliz entimemático y que lo que le impidió unir –¡hubiera sido tan sencillo!– la cabeza introductoria del largo párrafo transcrito con la cola conclusiva del mismo? De haberlo hecho como decimos hubiera deducido lógicamente lo contrario de lo que niega. Todo el discurso de don Miguel Velázquez de León puede reducirse a este curioso silogismo paralógico: durante la colonia poco o casi nada se había cultivado la ciencia; pero llega Humboldt y todo queda realizado en este campo tal y como lo demuestran sus obras, el *Ensayo* principalmente: luego es evidente que tuvimos sabios y aprendices de sabio que “aunque modestos” hicieron progresar la ciencia y aun ayudaron con sus datos y observaciones al ilustre viajero prusiano.

Conviene que insistamos otra vez en nuestra pregunta y que nos preocupemos por saber qué fue lo que le impidió a Velázquez de León y qué lo que ha impedido a la legión de sus seguidores y predecesores justipreciar serenamente las cosas y admitir abierta y gozosamente la importantísima y honrosa

53 *Id.*

contribución novohispana en la obra del ilustre autor del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. A nuestro entender nada más y nada menos que la restricción que les imponía la conciencia histórica liberal. El clima político de la época no era tampoco el más adecuado para permitirse el comprometido y sospechoso elogio de lo colonial a que llevaban las implicaciones lógico-deductivas. Todo ese párrafo contradictorio viene a ser como el canto ahogado del pájaro dialéctico que en vano intenta salir de la férrea jaula del *Barbara Celarent*. No hay síntesis afirmativa porque los principios lógico-políticos contribuyen a fortalecer la negación histórico-sistemática del pasado colonial considerándolo ajeno; de aquí la necesidad y la urgencia de convertir al Humboldt ilustrado en un Humboldt providencial; mejor admitir el milagro científico de Humboldt que aceptar la valoración de la colonia con todas sus consecuencias. A sabiendas o tal vez con callado dolor se minimiza la importancia del ayer para agigantar la del hoy; dramática situación provocada por la peligrosa aventura de rechazar como impropio el pasado histórico que medularmente fue y es nuestro vivir presente; es decir la más auténtica razón vital que se tiene para ser como se es.

Termina su discurso el orador lo mismo que lo terminó Beristáin en 1803 y el profesor de Minería en 1850: Humboldt es el modelo, el ejemplo a seguir. Los jóvenes estudiantes no tenían sino que orientarse por el rumbo científico trazado por Humboldt, con vista a la gloria propia y teniendo en cuenta la opima cosecha científica que podría levantarse en el campo vastísimo de la patria.

### Compás de espera: un “segundo Colón” y un Humboldt indiferente

Se cuenta que unos cuantos meses antes de morir Humboldt le visitó en Berlín el señor Lafragua. Cambiados los saludos de rigor el anciano barón le preguntó al visitante a quemarropa: “¿Qué habéis hecho de mi paraíso?”.<sup>54</sup> El paraíso mexicano había perdido ciertamente todas las cualidades edénicas gozadas antaño por el preclaro viajero, y ardía de punta a cabo en terrible lucha fratricida. Pues bien, pese a la caótica situación política de ese tiempo (Guerra de Reforma, 1858-1861; Intervención francesa e imperial, 1862-

54 Así lo expresa el Exmo. señor don Nicolás Corpancho. Véase su discurso, p. 61.

1867) aún se encontraba algún estudioso que empleaba los ratos disponibles en el análisis crítico de la obra de Humboldt. El ingeniero Francisco Díaz Covarrubias para hurtarse acaso a la triste realidad de la patria invadida por el llinapoleónico general Elías Federico Forey, se dedica a la *Determinación de la posición geográfica de México* partiendo de los datos del propio Humboldt y rectificándolos en algunos casos. Díaz Covarrubias se declara un admirador respetuoso de Humboldt y lamenta que la ciencia tuviese que deplorar la pérdida de aquel hombre, “cuyo recuerdo vivir[ía] siempre en el corazón de los mexicanos”. Pero le interesa también reivindicar la ciencia novohispana, de la cual él, como mexicano, se siente orgulloso y legítimo heredero, y no halla mejor razón sino la de afirmar, y está en lo cierto, que las mediciones de Dionisio Galiano y de Antonio de León y Gama fueron más apropiadas que las del sabio alemán. No obstante esto reconoce que Humboldt llevó a cabo con una constancia sin ejemplo, los grandiosos y verdaderos trabajos que dieron a conocer al antiguo, las maravillas del nuevo mundo.<sup>55</sup> Comienza, pues, a perfilarse en aquellos atribulados tiempos la imagen mexicana de un Humboldt descubridor de los prodigios naturales de América. Un “segundo Colón” lo llamará el doctor Manuel Nicolás Corpancho, representante en México de la República del Perú, en su discurso de ingreso como miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadísticas (1863). El discurso de Corpancho se refiere principalmente a la figura de Colón y secundariamente a la de Humboldt. En la nota 15, pues que éste es un discurso con todo y acotaciones, afirma el conferenciante que gracias al viajero pudo Europa *conocer* a América; todos los americanos debían sentir, por lo mismo, gratitud por Humboldt; “pero particularmente los mexicanos, y en alto grado, por haber sido México el tema de uno de sus libros más completos, y donde llevó a cabo sus tareas más laboriosas”. Corpancho no cree que sea exagerado llamar a Humboldt “el segundo Colón”, por haber sido uno de los pocos que “han descubierto el velo que ocultaba a las miradas vulgares las explicaciones de los fenómenos singulares que bajo todos los aspectos ofrece la América en su suelo, en sus mares y en su firmamento”.<sup>56</sup>

Junto al Colón *histórico* descubridor pone el peruano el segundo Colón descubridor *científico*; es decir a Humboldt, el hombre que reveló los secretos

55 Díaz Covarrubias, t. X, p. 144.

56 Corpancho, *op. cit.*, p. 50.

americanos y dio las explicaciones de los fenómenos singulares a las miradas ignorantes del vulgo. Corpancho es un hombre inteligente que acusa incluso la lectura del *Cosmos*; al lado del *a priori* descubridor colombino el *a posteriori* científico humboldtiano: oposición dialéctica que tiene por síntesis el *conocimiento* del ser de América.

El 26 de marzo de 1864 entrega el sabio polígrafo don Joaquín García Icazbalceta sus *Observaciones acerca de la proyectada reimpresión de la Biblioteca Hispanoamericana Septentrional del doctor Beristáin* a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.<sup>57</sup> El observador se declara partidario de la reimpresión siempre que se la modernizara y se retocaran otros artículos, entre ellos el correspondiente a Humboldt, asimismo añadido y rehecho y, pues, mejorado y puesto al día. García Icazbalceta conoce bien la obra de Humboldt, ha leído el *Cosmos* y también las cartas privadas del barón en la edición francesa de 1860. A nuestro sabio le duelen sobre todo las ideas religiosas de Humboldt, las cuales se le “aparecen bajo el aspecto más triste, dejándo[le] lleno el corazón de amargo desconsuelo”. Es, como puede apreciarse, la primera alusión de un fiel católico mexicano referente al deísmo naturalista que compartió el barón: el Humboldt admirado pero no amado; el Humboldt bandera de todas las heterodoxias espirituales y políticas que cruzaban el ambiente histórico mexicano.

## La religión de la humanidad y su primer servicio en México

### El programa y su intención

El 28 de junio de 1869, restablecidas ya la normalidad en la república y la actividad liberal del gobierno juarista, aunque no por ello quedaban totalmente libres de las esporádicas arremetidas pronunciantes (Yucatán, 1868; Sinaloa, Perote y Puebla, 1868; San Luis Potosí, Zacatecas y Aguascalientes, 1869, etcétera), ni los trastornos consiguientes ocasionados por un déficit presupuestario superior al 50%, la benemérita Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, fiel reducto del liberalismo, queriendo recuperar ávidamente el tiempo perdido para la ciencia mexicana y deseando también resarcirse del

<sup>57</sup> Publicado con fecha atrasada en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, núm. 89, p. 81.

oneroso periodo de “silencio y de inacción” provocado por los graves trastornos políticos, se dispuso a reanudar sus habituales labores culturales y científicas por medio de una circular firmada por los socios directivos,<sup>58</sup> en la que se invitaba a las personas interesadas y a otras sociedades capitalinas a una reunión matinal extraordinaria, “seria y digna”, para solemnizar el centésimo aniversario del nacimiento de su ilustre miembro, el ciudadano mexicano Alejandro de Humboldt. La sesión extraordinaria se celebraría, naturalmente, el 14 de septiembre, fecha del aniversario que conmemora y víspera del tradicional “grito”. La Sociedad invitó al coincidente acto a la Escuela de Ingeniería, a la Sociedad de Historia Natural y a la Sociedad Humboldt, que “habiendo sido disuelta años atrás, a causa de los acontecimientos políticos” volvió a reorganizarse para tomar parte en el homenaje y señaló por su representante y orador a don Gabino Barreda. La Escuela de Ingenieros designó a su vez al joven don José Bustamante y la Sociedad de Historia Natural a don Pedro López Monroy. La Sociedad convocante, de acuerdo con el punto 4º. del programa previo, nombraría a su representante, tras un “escrutinio secreto”, para que pronunciase un discurso sobre “la influencia que ejercieron en la geografía y estadística de México los trabajos del barón de Humboldt”. La elección recayó en la venerable figura de don Ignacio Ramírez, “el Nigromante”. Como no fue posible amenizar la sesión extraordinaria con los acostumbrados intermedios musicales, puesto que alegando motivos de trabajo y brevedad así lo acordaron los socios, se nombró al joven poeta don Santiago Sierra, para que cerrase el acto leyendo una poesía escrita por él mismo. Se invitó también a los directivos del Club Alemán y a los representantes de la Escuela de Medicina, de la Escuela de Jurisprudencia, del Colegio de Abogados, de la Asociación Gregoriana, de la Sociedad Lancasteriana y de la extrañísima Sociedad Filoiátrica, es decir de amantes de lo médico.

De acuerdo con la convocatoria y programa ya citados del 28 de junio, se trataba de enaltecer al “sabio esclarecido” y ponerlo a la consideración de la juventud mexicana y del pueblo de México. La conmemoración se pensó que debería ser “digna de la cultura de México y del espíritu ardiente de estudio, de civilización y de adelanto” alcanzado por el país pese a todas las vicisi-

58 Los señores José Fuente y Muñiz, Alfredo Chavero, Antonio García Cubas y Luis Malano. Véase la circular, la convocatoria y los discursos y reseñas periodísticas en el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 2a. época, t. I, 1869.

tudes y a pesar de que éste había sido “trabajado por tan hondos infortunios”. El homenaje proyectado tenía indudablemente un valor inequívoco de iniciación puesto que aspiraba a llevar a la juventud por el verdadero camino del *saber* y del *adelanto*. Los fines de aquella reunión eran asimismo didácticos dado que presentaría las “verdades fecundas de la ciencia, los tesoros de la industria y las recompensas magníficas que brinda el trabajo a quienes le fían sus destinos” a base del *modelo* Humboldt. Era también aquel acto una acción de justicia y agradecimiento que se le hacía al hombre que “midiendo nuestras revoluciones con la profunda e imparcial mirada de su genio”, nos hacía la justicia de encontrar en ellas, hasta cierto punto, un reflejo de nuestra configuración física, disculpando nuestros errores con la escasez de nuestros elementos de libertad civil al hacernos independientes, y con los obstáculos que la naturaleza nos opone a la marcha de la civilización; y no desconfiando, sin embargo, de que como todas las sociedades humanas, llegásemos a encontrar nuestro equilibrio interior, nos juzgaba, con sus propias palabras, “demasiado grávidos felizmente para que sea posible la imposición de un yugo extranjero”. La Sociedad Mexicana comprendía cuán grande era la deuda de gratitud contraída con “el hombre generoso que así se expresaba de nuestra nacionalidad escarnecida y que fue el primero que en sus estudios elevados y profundos dio al mundo un cuadro fiel de nuestras cualidades morales, de nuestros adelantos y aptitudes y de los ricos elementos del país”. Véase que va por delante como supremo valor, el acordado al descubrimiento moral del ser y del hombre mexicanos realizado por Alejandro de Humboldt. El sentido latente de esta reunión hay que interpretarlo como la respuesta victoriosa de México contra España y especialmente contra la derrotada Europa intervencionista. Altamirano, alma de la revista literario-política *El Renacimiento*, reseñaba la sesión y comunicaba a sus lectores “que en la república entera y aun en la Europa hallará eco la voz de la ciencia que allí resonó, elocuente y majestuosa, para tributar la debida alabanza a los trabajos de un hombre quizás el más eminente de su siglo”.

Unos cuantos renglones arriba vimos cómo la Sociedad plantea en primer término la capacidad moral del mexicano deduciéndola del propio testimonio de Humboldt, y se habla también de la “nacionalidad escarnecida”, hábil manera de utilizar una justificación del pasado y aplicarla al presente; en segundo lugar tales cualidades morales de los mexicanos hablaban muy alto de México y situaban al mismo nivel la justicia del homenaje y la justicia de Que-

rétaro. El *campanazo* queretano no era consecuencia de la barbarie ni del resentimiento; el México que fusilaba a Maximiliano (19 de julio de 1867) era el mismo que honraba a Humboldt: haz y envés de una misma digna decisión nacional.

Resulta muy significativo que los únicos representantes diplomáticos invitados y presentes en la ceremonia fueron el de la Confederación Alemana y el de Estados Unidos. Don Blas Barcárcel, ministro de Fomento y presidente de la Sociedad, con su presencia reglamentaria y oficiosa respaldaba la solemne sesión. Pero dejemos por el momento el análisis crítico de los discursos y reseñemos con atención otros festejos menos solemnes que tuvieron lugar en la capital mexicana con motivo del centenario ya indicado. El Club Alemán y la H. Colonia Alemana organizaron en la noche del 13 de septiembre un desfile de antorchas, que partiendo del número 5 de la segunda calle de San Francisco (hoy Madero) se dirigió, encabezado por la banda de zapadores, a la casa que en México habitó Humboldt; se cantó allí el *Heil Dir im Siegeskranz*, con el aire del himno nacional inglés, y después se dirigieron los alegres manifestantes al Zócalo donde formaron un inmenso círculo, en cuyo centro se consumieron los hachones en colosal pira. El Club Alemán dio una fiesta suntuosa, en la que el vino del Rhin corrió a raudales en honor del venerable patriarca de la ciencia moderna. A los brindis habló el ministro alemán, y fuera de programa intervino por aclamación el general Nelson, embajador de los Estados Unidos, quien haciendo dúo al representante de la Confederación Germánica –¡oh, sombras del año 70!– insistió en que las glorias de Humboldt no fueron alcanzadas mediante hazañas guerreras ni éxitos militares; que su triunfo fue el de la ciencia y el de las laboriosas investigaciones para beneficio de sus conciudadanos, y que Humboldt fue el benefactor y no el destructor del género humano. Humboldt, según el embajador norteamericano, fue el magnífico representante de la raza teutónica que trajo a Europa con las invasiones la semilla de la libertad, esa raza que aportó los principios constitucionales, que desarrolló el republicanismo en Estados Unidos, que lo llevó después a México y que lo extendió más tarde por el resto del continente americano. La andanada democrática, como lo habrá adivinado el lector, iba dirigida contra la Francia del Segundo Imperio; en la víspera de Sedán la diplomacia germano-americana sumaba sus fuerzas donde fuese necesario.

## La deificación positivista: resurrección subjetiva de Humboldt

En el programa de la Sociedad Mexicana no aparece como invitada la Sociedad Humboldt, aunque después, según dijimos, tomaría parte en el acto. Dicha Sociedad había sido disuelta, según se expresó, a causa de los acontecimientos políticos. De acuerdo con lo que dice el propio Barreda, la Sociedad Humboldt había sido fundada en 1861 “por feliz inspiración de los jóvenes ingenieros encargados en aquella época de levantar la carta hidrográfica del valle de México, tomando por patrono al ilustre sabio”. Los “trastornos públicos”, prosigue Barreda, produjeron en mayo de 1863 la dispersión involuntaria de un gran número de sus socios. Los trastornos a que se refiere el padre del positivismo mexicano no fueron otros sino los provocados por la ocupación de la capital por las tropas francesas al mando del general Bazaine y por los acontecimientos políticos que dieron paso a la regencia. Bajo la égida liberal juarista resurgía la Sociedad Humboldt, y en verdad que no podía haber buscado una ocasión más bella ni más significativa que la que le procuraba el homenaje a Humboldt. Reorganizada sobre la marcha, la Sociedad Humboldt eligió a Gabino Barreda para que la representase y para que por su mediación tomase “la parte que justamente le tocaba en [aquella] función científica”. De esta suerte se procuró celosamente darle a la sesión matutina toda la solemnidad y seriedad positivas que se juzgaron posibles; se suprimió todo lo que pudiera ofrecer el aire de una diversión ordinaria y se rechazó muy cortésmente el gentil ofrecimiento de la Sociedad Filarmónica para amenizar el acto. Como escribe Altamirano en su penetrante y dinámica crónica publicada en *El Renacimiento* (18 y 25 de septiembre), fue una función “digna del ilustre cuerpo que la dispuso. Severa, majestuosa y notable por mil títulos”: un “verdadero banquete científico”. “No hubo –prosigue– nada de música; pero no hizo falta, gracias a Dios, pues la voz de la ciencia se hace oír más sonora y más majestuosa cuando no la acompañan los roncos sonidos de las trompas o los gemidos de los oboes.” Y añade, curándose en salud: “no somos enemigos de la música; pero creemos que hay ocasiones en que no sería oportuna, como en el salón de Minería el día 14, en la mañana”. La supresión de la música y del canto fue intencional; además de la austeridad propia de aquella reunión se quiso ahuyentar intencionalmente a los “elegantuelos de traje abigarrado y de rizada cabellera, ignorantes y pretenciosos, que sólo [iban] a las funciones a oír música y a camelar a sus conocidas”. Se quiso, y se consiguió

—el testimonio es también de Altamirano—, que la concurrencia fuese varonil, severa y digna del acontecimiento que se celebró. Conviene que el lector recuerde ahora que por lo que toca a la clasificación de las artes, el positivismo pone en primer lugar a la poesía (cada positivista debía ser “una especie de poeta” de acuerdo con el *Catecismo*) y, a continuación de la misma, sitúa con riguroso orden a la música (canto), a la pintura, a la escultura y a la arquitectura. Éste es un dato que conviene tener presente para comprender la significación religiosa humanitarista y positiva que se le dio a la sesión-homenaje de la mañana del 14 de septiembre de 1869, en donde *colectivamente* y con confesada *plena subjetividad* se adoró directamente a la *Humanidad* en el recuerdo subjetivo del Humboldt indicado por Barreda.<sup>59</sup>

El discurso de éste, escribe Altamirano, fue largo, profundamente científico y desprovisto de las galas de la imaginación. Era, naturalmente, un discurso sin aderezos ni latiguillos literarios efectistas; un discurso “propio del profesor que planta su tesis y la desarrolla vigorosamente, haciendo resaltar a cada paso sus consecuencias entre las dificultades de la argumentación”. Fue, prosigue el cronista, una pieza oratoria “precisa y terminante como una demostración matemática”: demostrar, ahí no es nada, la positivamente subjetiva y real materialización espiritual de Humboldt.

Barreda, que ya llevaba más de un año de actuar en la orientación y reorganización de la enseñanza en el país (Ley del 2 de diciembre de 1867),<sup>60</sup> comienza su oración refiriéndose a las vicisitudes de la Sociedad Humboldt, que tomó por patrón o modelo el nombre de aquél “que supo inmortalizarse consagrando su larga vida al servicio de la humanidad”.<sup>61</sup> Él desea en su discurso asentar las bases o allanar el camino conceptual a los oradores que le van a seguir, poniendo de manifiesto que siempre los hombres se han sentido impelidos a tributar homenaje público de gratitud y respeto a los que se han distinguido. Subraya que en tales casos la ovación otorgada es tanto más solemne cuanto más esclarecidos son los servicios prestados, y que el auditorio convocado es tanto más numeroso cuanto mayor ha sido el beneficio general recibido. Pasa a continuación a ejemplificar estas ideas por el camino de la historia mítica y de la historia, siguiendo un método que recuerda

59 Véase la reseña de Altamirano en el citado boletín.

60 Zea, 1943, p. 55-56.

61 Véase su discurso en el citado boletín.

mucho la triple legalidad comtiana: homenaje a los héroes míticos; homenaje a los servidores de la teocracia y glorificación apoteótica de los héroes científicos del mundo moderno: Galileo, Watt, Fulton, los Gamas, Franklin y naturalmente Humboldt. Es ya la época en que la humanidad se encuentra lo suficientemente avanzada para no dar a las glorias militares sino el lugar que les corresponde, reservando la glorificación póstuma para los que combaten por la independencia de la patria (es decir los liberales), y conservando el anatema de la posteridad para los ambiciosos perturbadores, que bajo diversos pretextos intentan resucitar el dominio del sable y la orgía militar (es a saber los conservadores, los imperialistas y los franceses partidarios de Napoleón el Chico).

Barreda medita sobre el tema de la autentica heroicidad y nos entrega la fórmula de la glorificación: “el presente viene a glorificar el pasado con objeto de mejorar el porvenir”. Esta fórmula se aviene como se ve con el ideal histórico del positivismo; la memoria de los verdaderos héroes ya idos debe anidar en el corazón de cada quien; la vida inmortal que se otorga al héroe auténtico –en este momento piensa en Humboldt–, “sin dejar de ser real y eficaz, es sin embargo puramente subjetiva y no existe sino dentro de nosotros mismos”. La vida queda así gobernada por las ideas de los muertos, los cuales nos asisten en el presente “en espíritu y en verdad”; es decir con su genio y con sus obras. A la influencia subjetiva, pero real y poderosa ejercida por Humboldt se debía, según Barreda, aquella reunión y aquel homenaje, lo que demostraba el irresistible dominio de un digno héroe muerto sobre las generaciones vivas de mexicanos merecedores. Esa evocación espiritual íntima del patrón –modelo– héroe Humboldt, le proporcionaba a éste, en las mentes de los allí reunidos, “una vida nueva e inmortal, no sólo exenta de las groseras necesidades de la existencia corporal, no sólo sustraída a las leyes de la física y de la mecánica, sino también a las más inevitables exigencias matemáticas y a las incompatibilidades del tiempo y del espacio; una vida, en fin, positivamente espiritual, que le permite de hecho y sin ficción, *estar en todas partes a la vez, y todo en cada una de ellas...*” (cursivas de Barreda), es decir ser omnipresente e indivisible como el Dios cristiano.

Barreda va llevando conscientemente a cabo la recomendación del *Catecismo positivista* (1852) relativa al verdadero espíritu del culto positivo, “en el que el presente glorifica el pasado para preparar mejor el porvenir, cancelando espontáneamente entre ambos la inmensidad”.<sup>62</sup> Más aún, la invocación

62 *Vid. Catechisme positiviste*, Edic. de París, 1890, p. 127.

yla evocación subsecuente consisten en una contemplación interior de lo que sólo existe en nosotros mismos y que no puede verse exteriormente. El buen positivista, como aconseja el *Catecismo*, debe cerrar los ojos durante sus efusiones secretas a fin de ver mejor la imagen interior. A tanto no llegó Barreda, en efecto, en su discurso; pero no estuvo muy lejos de ello, como se ha de ver.

El patrón o modelo Humboldt podía quedar *recreado* interiormente gracias a esta visión introspectiva. De acuerdo con Barreda, la recreación consiste esencialmente en una “resurrección subjetiva”, en un “*revivir en el género humano por haber vivido para el género humano*”. No se trata, como en el *Catecismo* prudentemente se llama la atención, de abrir los ojos, como hacen los teologistas, para percibir fuera un objeto imaginario, sino se trata de una “utópica teología”, como la llama Barreda, de gran eficacia práctica y de un esplendor poético no alcanzado por la teología sobrenatural. Esta teología utópica sólo era *comprendida* por los suyos, y únicamente ellos *estaban de acuerdo* con la misma. En este discurso, Barreda les propone ni más ni menos a sus oyentes de “alma digna” la sustitución del viejo y decadente catolicismo por la nueva religión positivista o religión de humanidad, en la que Humboldt, pese a que no figurara en el famoso *Calendario positivista* de Comte, recibiría un culto especial por parte de los mexicanos.

La inmortalidad duradera que ansiaba Humboldt fue alcanzada por éste, según Barreda, gracias a sus escritos, a su laboriosidad y a su ardiente ambición literaria. Merced a esta última, que se traducía en él en un legítimo y humano deseo de perpetuarse en la memoria de los hombres, alcanzó la inmortalidad positiva. Humboldt, el “héroe pacífico”, hubo de estar dotado durante su vida orgánica y *objetiva* con suficientes dones, y la prueba para Barreda era que bajo la irresistible influencia humboldtiana se habían reunido allí los presentes “para merecer la beatitud inmaterial y subjetiva que, como parte de la humanidad y a nombre de toda ella [venían] a acordarle”.

Como Comte, Barreda arrebató términos y categorías religiosos ya consagrados y le expresa a su auditorio que aquel acto que allí los había reunido era *una canonización puramente humana, y sobre todo, francamente humana* (cursivas de Barreda), de uno de los santos de la ciencia y del progreso. Barreda actúa en plan de sumo sacerdote positivista y por eso invita a su auditorio a que escuche “con recogimiento verdaderamente solemne y religioso, los rasgos característicos de la vida pública y privada del héroe”. Este discurso de Barreda tiene por objeto la presentación de una religión nueva penetrada

por el positivismo y vaciada de todo contenido dogmático. La propia sesión es la prueba misma de la nueva religión del amor, del orden, de la organización y del progreso, y, por ende, de la libertad del hombre. En el cielo de la inmortalidad positivista sólo podían tener entrada los que se sintiesen “inflamados de un ardor irresistible hacia lo bueno, y hacia lo grande”; los réprobos eran todos aquellos que no se decidían a hacer cosas grandiosas y que no estaban de acuerdo en consagrar sus facultades enteras al servicio de la humanidad, a *vivir para otros con el fin de revivir en otros* (cursivas de Barreda). En definitiva el infierno de Barreda es aquel mismo antro olvidado visitado por Dante, en donde éste puso “a todos aquellos que *vivieron sin infamia y sin elogio y que sólo fueron para sí; a quienes la misericordia y la justicia desdeñan igualmente; y de quienes no vale la pena ni aun hablar*”.

Así termina Barreda su catecuménico y eficiente discurso; y así hubo de acabar, como todo buen creyente positivista, invocando al poeta y leyendo en italiano un fragmento del *Infierno*, porque el Dante, hay que recordarlo, fue también caro a Comte, quien en su *Calendario* le dedicó el mes 8º, la epopeya moderna.

El Barreda que en 1877 no pudo ocupar con el culto de la humanidad la vacante de la religión católica, había ya tratado cuando menos en 1869 de presentar a su auditorio el espíritu de la verdadera fe positivista. La Sociedad Humboldt no fue otra cosa, según nos parece, sino el primer intento fallido para establecer el culto oficial positivista en México. El acto de 1869 en honor de Humboldt se nos figura también como el primer oficio de la capillita positivista, y las circunstancias todas parecen así indicarlo. No hubo ciertamente banderas blanquiverdes ni estuvo presidiendo el acto la imagen maternal de la diosa del amor, del orden y del progreso; mas no faltó solemnidad, recogimiento, poesía, el *alma del culto* positivista, y sobre todo no faltó la emocionante *resurrección subjetiva* del santón Humboldt por obra y gracia de la palabra y de la fe científica del gran sacerdote y corifeo Barreda.

### El Humboldt de López Monroy y el de Bustamante

Al discurso introductorio y subjetivamente resurreccional de Barreda siguió el del representante de la Sociedad de Historia Natural.<sup>63</sup> Según Altamirano

63 Pedro López Monroy, Boletín I.

la voz de López Monroy era débil, debilísima, y al acabar el discurso se vio el esfuerzo sobrehumano que el orador había realizado para dar fin a su larga pieza. López Monroy tenía unos treinta años y se veía extremadamente flaco y endeble; a pesar de todo, prosigue el cronista, “supo cautivar la atención del auditorio, y por apagada que fuera su voz se hacía escuchar, merced al silencio profundo que reinaba en el salón”. Revivida ya la sombra ideal del gran Humboldt, le queda únicamente a López Monroy el recurso de agradecerle la distinción que en vida tuvo para México. Invoca el orador a otra sombra subjetiva, la de Horacio, y recuerda que a él, como al latino, el genio lo ofusca y su peso le agobia; es decir la obra y la fama de Humboldt. El discurso de López Monroy fue el más largo de los cuatro; el orador tenía que desplegar ante su auditorio los valores científicos del Humboldt como naturalista, botánico, mineralogista, astrónomo, físico, arqueólogo e historiador, y los desplegó, afirma Altamirano, demostrando un estudio no simple de la obra del barón. El *Cosmos*, y es otro de los pocos mexicanos que lo menciona y que lo lee además con ánimo científico, es el examen noble y ávidamente hecho por Humboldt del conjunto de la creación; un encantador y espléndido cuadro del universo, con sus maravillosas armonías y admirable enlace de todas sus partes. Este discurso es también positivista oración de agradecimiento, mediante la cual los hombres presentes le agradecen a Humboldt los beneficios que reportó a la humanidad; de esta manera el nombre del sabio viviría “asociado perpetuamente al recuerdo de todos los grandes hombres cuyo asiento se encuentra en el capitolio de las ciencias”.

Bajó López Monroy de la tribuna en medio de respetuosos aplausos, los cuales agradeció él con la misma queda unción con que leyó su oración. El representante de la Escuela de Ingenieros subió a la cátedra y comenzó su disertación.<sup>64</sup> Empezó por declarar que tenía fe en el progreso de su siglo de acuerdo con lo que le revelaba la historia de la ciencia, la cual era para él la auténtica historia del hombre y la que constituía su verdadera adoración. Hecha esta declaración de fe positivista el joven Bustamante recurrió a su erudición histórica e hizo desfilar con estudiados contrastes las épocas de oscuridad y de luz. No sin cierta gracia poética, como correspondía al positivizado ambiente, llama a la Edad Media la época mágica y romántica de la ciencia enclaustrada, lo que significa un progreso conceptual frente a la anticuada y

<sup>64</sup> Bustamante, *ibid.*

negativa valoración de los hombres ilustrados. Como se ve, la admiración de Bustamante por Humboldt no es simplemente ocasional, circunstanciada, porque el sabio alemán aun siendo ilustrado desbordó a la Ilustración. Prosi-gue Bustamante su desfile histórico hasta quedarse anclado en la época mo-derna, en la que irrumpe Humboldt personificando la ciencia del siglo XIX, y en la que aparece, siguiendo la del sabio, su propia generación. La trilogía metodológica tan grata a la conciencia positivista se revela también en Bus-tamante y Chico: Humboldt es el héroe de la ciencia moderna así como lo fue Aristóteles de la antigua y Galileo de la intermedia. El sabio alemán domina, por tanto, el estado positivo contemporáneo y por ello mismo le impone la exigencia al joven orador de relatar la biografía de su héroe para con ella poder caracterizar históricamente su tiempo, el de la ciencia. Bustamante nos describe el nacimiento y la infancia de Humboldt, sus estudios, el proceso de su formación científica; nos habla de sus viajes, de su paso por España, ha-ciendo justicia –caso raro en este tiempo– a la España de aquella época, a Car-los IV y al ministro Urquijo que tanto influyó en el viaje del barón a América. Nos describe después rápidamente las correrías del viajero por el sur del con-tinente y se refiere por último a su viaje a México y por supuesto al *Ensayo po-lítico*. Según Bustamante los escritos de Humboldt sobre la Nueva España deberían servir de base para todos los trabajos mexicanos que se emprendie-sen en el futuro, así como habían ya servido a otros en el pasado. Humboldt fue asimismo para Bustamante un verdadero ciudadano de México por los grandes servicios que había prestado al país, porque sufría cuando le llegaban noticias de los padecimientos del pueblo mexicano, porque había predicho, hablando con un mexicano durante la época de la dominación de Santa Anna –recuerde el lector la visita de José Fernando Ramírez–, el triunfo de la revo-lución y porque anhelaba que la felicidad de México descansara sobre insti-tuciones sabias y libres. Estas cuatro virtudes cardinales del auténtico ciudadano mexicano, que paradójicamente son las que adornan a Humboldt, eran un excelente y patriótico recurso de Bustamante para abominar de los héroes de sable y entorchados que en sus ambiciones y luchas habían desviado a México del verdadero camino de la libertad, del orden y del progreso.

Su valoración del *Cosmos* es positiva. Humboldt es el físico, el naturalista, el astrónomo, el arqueólogo, el diplomático y el político “que trabaja por la libertad del hombre”; “pero sobre todo es la conciencia profundamente me-ditante que se muestra en el *Cosmos*, el producto más grandioso de la inteli-

gencia de este siglo”. Lo que le entusiasma a Bustamante de la obra es su generalidad creciente; la síntesis férrea que somete a su riguroso sistema racional todo lo creado: desde el infusorio a la nebulosa. “El *Cosmos* –añade–, descifra en parte ese inmenso jeroglífico conocido con el nombre de universo físico.”

Bustamante imagina la posible estatua que se debiera levantar (¿en México?) a la gloria de Humboldt, una estatua que fuese digna del genio alemán: el pedestal no sería de mármol ni bronce, sino que lo sueña o, digamos mejor con Barreda, lo subjetiviza y lo ve íntimamente forjado por las ciencias “unidas y elevadas hasta la altura a que las llevó su genio”. Todavía, observe el lector, no es el monumento de la creciente generalidad (positividad) en que se remata la pirámide del saber sociológico; pero es ya una metáfora mexicana progresista disparada al blanco mismo apuntado por Comte. La gloria de Humboldt, la auténtica apoteosis, consistía en la recreación subjetiva, dicho sea en términos barredianos, llevada a cabo en aquella sesión matinal. “¿Qué gloria más resplandeciente –pregunta y se pregunta el orador– que la que le circunda, rodeado de sabios, y objeto de la admiración de éstos, por sus notables obras?”.

Como Bustamante no podía tampoco desentenderse de la realidad política de su tiempo, tiene que referirse a ella cuando al comentar la muerte del gran sabio afirma que la patria mexicana, *su patria*, “la nación que abre los brazos a todo lo que es grande, llegó, no la última, con su pabellón tricolor chorreando la sangre de la guerra civil, a llorar sobre los restos de su hijo benemérito”. México, dicho sea con rigor positivista, se abrió a todas las grandezas, a las auténticas que son las inmortales, y se inclinaba, pues, ante el Humboldt muerto cuando todavía no se cerraban las espantosas heridas de la guerra civil. La alusión a la justicia distributiva mexicana nos parece bien clara; mucho más transparente que la que reconocimos en el texto del decreto juarista ya analizado. Alusiones, ilusiones, podrá comentarse irónicamente; ¿pero es que existe acaso algún pueblo más sutilmente alusivo que el mexicano cuando quiere referirse a las cosas sin nombrarlas?

### La “humboldtización” de México

Montó al estrado el último tribuno, el magistrado de la Corte Suprema de Justicia, socio de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, literato de

fama e historiador incisivo, don Ignacio Ramírez. Su discípulo Altamirano nos relata el impresionante momento en que “el Nigromante” subió a la tribuna:

Al verlo aparecer con aquellos ojos llenos de luz, con aquella frente de inspirado, sobre la cual se agitaban algunos mechones de cabellos blancos, contrastando con su negra cabellera de indio y con su cutis tostado, hubo un movimiento general en el salón, los que se sentaban en los bancos lejanos corrieron a tomar asiento en los más próximos a la tribuna; el auditorio se hizo compacto en derredor de Ramírez y un silencio solemne, en el que podía escucharse el vuelo de un insecto, como suele decirse, precedió a las primeras palabras del gran orador.

Para Altamirano, analizar el discurso de Ramírez<sup>65</sup> era como examinar una tragedia de Esquilo o un canto del Dante, dada la grandiosidad de las sublimes imágenes y excelsos pensamientos, y dada también la inmensa sabiduría del orador. Lo que hacía o decía Ramírez se destacaba siempre por encima de lo común; podría tener errores, pero no vulgaridad. Ramírez sabía a la perfección administrar la comunión de su palabra; sarcástico y volteriano a ratos, tan pronto provocaba el estallido incontenible de la risa como elevaba a su auditorio a las más altas regiones de lo sublime. Aquel concurso tan sobrio en aplausos, como expresa el cronista, interrumpió una y otra vez al orador con cataratas de palmas. El discurso de don Ignacio Ramírez es un canto y una alabanza a la centuria ilustrada y al contenido filosófico iluminista de la misma. Ve al siglo XVIII desposado con la experiencia y contempla gozoso los frutos de esa unión, la revolución y el progreso, que posibilitaron la transformación de la humanidad y declararon inútil al diablo. El sentido poético de este discurso histórico, sus cortes sabios y efectistas y las felices síntesis filosóficas reflejan más que la influencia francesa la germánica, la schilleriana. El modelo tácito de esta alocución es el famoso discurso inaugural de Schiller en la Universidad de Jena.<sup>66</sup>

Ramírez comienza puntualizando que no se le ha escogido como portavoz de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística porque él fuese digno intérprete del saber de la Sociedad, sino justamente con el deseo de ver refle-

65 Ignacio Ramírez, *ibid.*

66 Schiller, *Filosofía de la historia* (Discurso).

jado el entusiasmo de un hombre lego y poco favorecido de la ciencia: “Yo no vengo –dice–, a tomar la medida de la gloria [de Humboldt], sino a ofrecerle incienso”.

El conocimiento geográfico que se tenía de la Nueva España en el siglo XVIII era, según el orador, escaso y oscuro. En España y en las Indias, “donde la Inquisición y el despotismo dominaban”, en vano se empeñaban algunos genios privilegiados en aplicar algunos de los nuevos principios, pero el temor al poder político y espiritual se oponía a las tentativas más inocentes. Las hipótesis científicas europeas se extraviaban por faltarles la legalidad de la experiencia; es decir, por faltarles el campo virgen americano donde verificar las hipótesis de la ciencia. El continente americano poseía así, y al mismo tiempo, los caracteres de la realidad y del misterio. El continente descubierto, conquistado, colonizado y repartido entre los europeos seguía siendo después de tres siglos un arcano. Mas he aquí que de pronto se presenta Humboldt en nombre del progreso, que es tanto como decir en nombre de la Ilustración, y realiza su desposorio regenerador e inquisidor con la virgen americana; la hace suya, la redescubre y es, por ello, el primero que puede alcanzar la gloria de decir: “ésta es la América”.

Humboldt es, por tanto, el instrumento de la Europa ilustrada; el elemento redentor mediante el cual América comenzó a dejar de ser botín de los corsarios y de los sacerdotes, esos contrabandistas de los bienes materiales y de las ideas, escribe sardónicamente Ramírez. Humboldt viene a ser como el ángel laico portador de la luz del progreso, que permite librar a América de la oscuridad secular; gracias al ilustre joven prusiano la prosperidad se abrió paso en estas tierras y toda la América (Ramírez piensa, por supuesto, en Iberoamérica) se entregó a la ciencia, al comercio y por ende a la libertad. Al comentar Ramírez en su discurso la labor regeneradora de Humboldt convertía la tribuna, como observa Altamirano, “en la trípode de la ciencia y de la libertad”. El ilustre barón es, por tanto, el Colón del progreso, y gracias a él la Europa civilizada completa su visión cósmica e incorpora a su conocimiento el de un continente hasta entonces sólo conocido por las indiscreciones del contrabando. América es redescubierta, regenerada por un nuevo conquistador y misionero de una nueva filosofía no especulativa sino práctica. Humboldt trae a esta América una sola preocupación: “observar a la naturaleza”.

Ramírez se sitúa frente a Humboldt en un triple plan o aspecto justipreciador: lo siente *romántico* en tanto que lo que más le interesa de la obra del

famoso viajero son sus juicios históricos; lo siente *progresista* por cuanto que la propia obra humboldtiana es heredera en buena parte del espíritu de la Ilustración, y lo siente, por último, positivo porque a Humboldt le preocupa fundamentalmente la observación, la realidad y las relaciones de los hechos entre sí.

Ramírez, que poseía una vigorosa cabeza pensante, tenía además la preciosa facilidad de expresar su pensamiento con exactitud y vigor. Sin muchos rodeos afirma que el ejemplo, las conversaciones y los escritos del sabio alemán obraron de tal suerte sobre la inteligencia del pueblo mexicano, que la impulsión regeneratriz (ciencia y libertad) resultó incontenible. “Desde aquella época –asienta Ramírez con inspirada precisión neológica–, se puede asegurar que la nación entera humboldtiza.” Humboldt, promoviendo la ciencia promueve la libertad, y es, por lo tanto, motor de la Independencia. La obra de Humboldt, el *Ensayo* fundamentalmente, resultó *sibilina*, un verdadero *oráculo* y el más exacto “proceso del régimen colonial”: “El oráculo había revelado que el sistema colonial era ruinoso, que las clases privilegiadas eran incompatibles con la industria, la agricultura y el comercio, y que la libertad era la esperanza del mundo, y nuestros padres decretaron la independencia y descargaron los primeros golpes, de cuyas cicatrices no se curarán jamás los hombres de la espada y del incensario”.

En su homenaje a Humboldt, llama la atención Ramírez que sería injusto honrar al viajero alemán sin recordar a su compañero francés. Él no quiere hacerse cómplice de la ingratitud del Paraguay, donde el dictador Francia había encarcelado a Bonpland. Ramírez termina por consiguiente su discurso con estas o parecidas palabras: si la sombra de Humboldt nos contempla, la de su compañero la acompaña.

Para cerrar la sesión y como broche de oro de la misma, como entonces se solía decir, el señor Santiago Sierra, hermano de don Justo, “joven de figura simpática y franca y de talento precoz”, según reseña Altamirano, montó a la tribuna y leyó la oda que para aquella ocasión le había encargado la Sociedad. Altamirano, que en achaques poéticos no era lerdo, filia al joven poeta a la escuela de Víctor Hugo por la entonación y profundidad de los versos, aunque reconoce que éstos eran menos conceptuosos que los de don Justo. La oda denominada “Humboldt” es una composición dedicada al progreso personificado en el audaz viajero, al que se le llama titán, genio, coloso atrevido, dominador y ordenador del caos. El héroe tiene también alma de poeta y

empuña en su mano el “hacha del progreso” con la que descubre “lo ignorado”. La patria mexicana, coronada su indiana frente con tropicales flores, va también a tributar al héroe sus recuerdos de amor a su memoria. En aquellos momentos el salón de actos de Minería era realmente un anticipado templo del progreso mexicano, y sintiéndolo así el poeta añadía lo siguiente:

Que has jurado avanzar, que las naciones  
al sonoro rumor de tus cantares,  
flameando verán tus pabellones  
del templo del progreso en los altares;  
que la ciencia de hoy más será el santuario  
que de los odios sellará el abismo;  
todo un pueblo será su sacerdote,  
su incienso el patriotismo,  
y de noble destino en la esperanza,  
el holocausto harás de tus recuerdos  
sobre el Arca sagrada de la Alianza.

¡Progreso es redención! y ya la estrella  
que trocará tu duelo en alegrías  
en tu horizonte mágico destella  
sobre la inmensa cuna del Mesías.

México, por boca de Santiago Sierra, sellaba la sima de los odios fratricidas, y convirtiéndose todo él en sacerdote del progreso se redimía y trocaba así su llanto en gozo. Mas el camino a recorrer para alcanzar la dicha progresista exigía el conocimiento científico del cual habrían de brotar el amor y la concordia de la nación. El programa de la salvación por la ciencia y, por ende, de la libertad de la patria postulado por el positivismo mexicano se encuentra ínsito en las estrofas finales que hemos transcrito. Todos los cantos y versos anteriores en honor de Humboldt, quien con su ejemplo señala el venturoso itinerario del progreso redentor, preparan la invocación final, que es por la que, en verdad, se *compromete* el poeta y que es por lo mismo la que *suen*a más sincera.

La sesión, a gusto de todos, terminó con poesía en lugar de música, empero recordemos por vez postrera que se trató de una sesión casi ritual en sentido progresivo y positivista.

## El Humboldt romántico

La reunión descrita estimuló el interés mexicano por Humboldt, lo que explica la reimpresión jalapeña (1869-1870) del *Ensayo político* sobre la mediana traducción del afrancesado español don Vicente González Arnao. El nivel de la preocupación mexicana por Humboldt ya no bajó a pesar de que las eternas dificultades políticas no eran las más apropiadas, según apuntamos arriba, para tales estudios y reflexiones. A partir de dicha famosa sesión de 1869 el interés por Humboldt crece, pero va dejando poco a poco de ser tratamiento político y literario para convertirse en científico, habiéndose de admitir incluso dentro de esta clasificación la preocupación historiográfica.

La década de los setenta es también de agitación política; en 1873, entre otras cosas, se declara en rebeldía el indígena y cacique Manuel Lozada y amaga Guadalajara; lo combate el general Corona en la Mojonera y obtiene una increíble y espléndida victoria. El año de 1874 es el de la discutida reelección de Lerdo, un problema político que acabaría en 1876 con el Plan de Tuxtepec y con la victoria y entronización del general Díaz.

Entre 1873 y 1874, volvamos a nuestro tema humboldtiano, el señor Isidoro Epstein traduce y publica en México los seis volúmenes de Heriberto Rau, *Alejandro de Humboldt. Novela histórico-biográfica*. Como lo indica el subtítulo, se trata de una obra típicamente romántica cuyo mayor mérito ha sido la de proporcionarnos una visión sentimental del joven alemán, al que vemos arrastrado en el torbellino del *Sturm und Drang*: un Humboldt agitado, combatiente, vendavalista; viajero incansable, borracho de naturaleza y dipsómano de paisajes tropicales. La obra, como escribe el prologuista, hablaba al mismo tiempo a la memoria, al entendimiento y al corazón, visceral, diana del flechazo sentimental.<sup>67</sup> En esta biografía histórica no se relatan las andanzas de Humboldt por México, ni su viaje a Cuba ni su breve estancia en Estados Unidos. Esta fantástica obra, recargada de datos, curiosidades y falsedades, ha servido y todavía sirve a los biógrafos de Humboldt de preciosa mina de informes, y ha sido responsable en parte del fabuloso anecdotario humboldtiano.

Dicha novela, alemana por los cuatro costados, sólo de modo subsidiario es expresión de la conciencia histórica mexicana cara a Humboldt. Ahora bien,

<sup>67</sup> Rau, p. 1 (prólogo).

el hecho de su publicación en México no puede ser fortuito y tenemos, por tanto, que relacionarlo con el clima y preocupación intelectuales del México de entonces. El traductor, Isidoro Epstein, escribe en su prólogo que ha traducido la obra a causa del “gran movimiento intelectual que él observa en México”. Lo dedica también, lo cual es asimismo muy significativo, al literato y distinguido jurisconsulto, licenciado don Ignacio Ramírez. La fecha de su publicación tampoco es azarosa, responde su aparición a la hegemonía prusiana en Europa después del 70, así como a la proyección de esa hegemonía en territorio mexicano. Conviene recordar la oposición del presidente don Sebastián Lerdo de Tejada al proyecto de utilizar capitales norteamericanos en la construcción de los ferrocarriles mexicanos; recuérdese también la famosa frase, no importa si original o atribuida: “¡Entre la fuerza [Estados Unidos] y la debilidad [México], el desierto!”, y téngase por último presente su decidida inclinación por el capital europeo en cuestión de inversiones: el inglés y el alemán principalmente (1873).

El *Humboldt* de Rau fue la mejor carta de presentación que podía utilizar la creciente influencia germánica, que aspiraba a ocupar la vacante dejada por el momento –realmente hasta 1879–, y por fuerza de las circunstancias históricas, por Francia. Esta obra constituye hoy día una rareza bibliográfica en México y no es fácil de encontrar ya en las bibliotecas públicas ya en las privadas. El influjo de esta biografía novelada acabó, al parecer, al terminar la influencia de Lerdo y al ser liquidada la reelección (26 de noviembre de 1876): acabó también cuando se terminó la moda romántica en México.

## Los primeros intentos de revaloración de la geografía novohispana

En 1881, primer año de la administración del general don Manuel González, aparecieron en México los *Apuntes para la historia de la geografía en México* escritos por el infatigable sabio y erudito Manuel Orozco y Berra. En esta obra, en verdad insuperada todavía desde el punto de vista histórico, su autor dedica un capítulo, el vigésimo tercero (*Humboldt. Fin de la dominación española*) a la explicación del impulso que recibió la geografía mexicana por obra del sabio alemán. Comienza Orozco y Berra por reseñar brevemente la historia del desarrollo alcanzado por la geografía durante los siglos XVI, XVII y XVIII. La primera centuria colonial se caracteriza “por los primeros pasos dados en

el camino de la ciencia, vacilantes y torpes como todos los pueblos han dado al principio de su carrera”;<sup>68</sup> la segunda, que nada notable ofrece, es época de reposo e inmovilidad, de abulia gubernamental. Con todo algunas personas realizan por su cuenta “la determinación absoluta de la ciudad de México por sus coordenadas geográficas, y el primer plano geográfico, con pretensiones de científico”;<sup>69</sup> se trata, por tanto, de una época no del todo estéril. Con el siglo XVIII se inaugura propiamente la ciencia geográfica; es “el siglo brillante de la colonia”, que gobernada por una administración ilustrada sabe bien comprender las inmensas ventajas que podían sacarse de generalizar las ciencias.<sup>70</sup> Se renuevan los métodos, se fundan establecimientos científicos, la Escuela de Minas el principal de todos ellos; se realizan por la costa del noroeste exploraciones de altura patrocinadas por el gobierno virreinal y se llevan por lo tanto a cabo, prosigue el autor, “esa serie de viajes científicos, no bien conocidos y estimados”.<sup>71</sup> Los virreyes Bucareli y Revillagigedo alientan los reconocimientos y recorridos que los diversos exploradores realizan del país, promueven los avances topográficos y el levantamiento de cartas y mapas: la geografía tuvo así “más incremento en el último tercio del siglo, que en todos los tiempos precedentes”.<sup>72</sup> Todo esto formó incuestionablemente un valioso acervo de conocimientos útiles aunque no perfectos, los cuales reunidos y aprovechados podían servir para formar la carta geográfica de la Nueva España, que aunque imperfecta por lo que se refiere al número y calidad de los datos, resultaría siempre con menos errores que los de las cartas existentes. Orozco y Berra rompe audazmente con las viejas opiniones, justifica el atraso y otorga el valor debido a lo logrado hasta entonces:

La razón es obvia; hubiera sido imposible por los gastos y la ejecución, un plan rigurosamente geográfico del inmenso suelo de la colonia, mayor que el de algunas potencias de Europa reunidas, las que cada una de por sí, con más elementos no habían ni aun pensado en llegar a semejante término, que sólo pueden traer con los siglos, los esfuerzos combinados de muchas personas: esta última perfección llega de una manera lenta,

68 Orozco y Berra, p. 334.

69 *Op. cit.*, p. 335.

70 *Op. cit.*, p. 336.

71 *Ibid.*

72 *Ibid.*

es sucesiva, y se logra a medida que lo vayan requiriendo las exigencias públicas y sociales. Por otra parte los materiales andaban dispersos, en los archivos del gobierno los unos, en poder de los particulares los otros, y mientras no se le diera aplicación, eran poco menos de inútiles; era menester una inteligencia privilegiada que los uniera, los comparara y sacara los mejores resultados y les diera forma metódica.<sup>73</sup>

En llegando aquí el lector podría ya adivinar cuál será el rumbo crítico que en lo sucesivo seguirá Orozco y Berra al introducir en este escenario geográfico-histórico la figura genial cósmica, es decir ordenadora, del científico gigante alemán. Pero conviene adelantar que el papel de coordinador jerárquico que va a acordar a Humboldt solamente puede otorgarlo un historiador que, como Orozco y Berra, se atreve a romper con la consigna tradicional y oficial por vez primera, ofreciéndonos así un panorama científico dieciochesco que indudablemente desentonaba de la visión histórica que el liberalismo se había encargado sincera e ingenuamente –recuérdese el punto de vista de “el Nigromante”–, de presentar como verdad. Orozco y Berra restituye de esta suerte al pasado su valor histórico sustancial, no incidental; es decir devuelve al ser histórico de México una parte no desdeñable de su realidad. Llega, pues, su Humboldt

rico en variados y profundos conocimientos, precedido de la fama que en Europa y en América había alcanzado con sus viajes y sus escritos; protegido ampliamente por el gobierno español y recomendado por las autoridades de la colonia, quienes lo recibieron de la manera más franca, ninguno como el célebre viajero podía tomar por su cuenta y llevar a cabo la empresa de aprovechar los materiales dispersos de la geografía de la colonia. Humboldt en México tuvo los archivos a su disposición, fueron liberales con él todas las personas instruidas que se apresuraron a poner en sus manos los documentos y el saber que poseían, y todo género de obstáculos quedaron allanados por el buen querer de la autoridad.<sup>74</sup>

Orozco y Berra, al revés de casi todos los comentaristas precedentes, presenta sin tapujos la riqueza documental que se poseía en relación con el esce-

<sup>73</sup> *Id.*

<sup>74</sup> *Op. cit.*, p. 338.

nario geográfico de la Nueva España e introduce dentro de él a Humboldt no en plan de maravilloso demiurgo, como hasta entonces se había hecho, sino en el plano, no por modesto menos importante, de activo y extraordinario organizador. Hecho esto, a Orozco y Berra únicamente le falta presentarnos el balance de la obra humboldtiana; es a saber de los valores del *Ensayo* y del *Atlas* que lo acompaña:

La *Carta* de Humboldt vino a ser como el resumen de los adelantamientos de la colonia, la última expresión de lo que el gobierno y los habitantes de la Nueva España habían ejecutado para conocer la geografía del país. La carta, lo repetimos, es muy superior a todo lo antes conocido; pero no es perfecta, no podía serlo por la naturaleza misma del trabajo; paso agigantado en el camino de la ciencia, que disminuye la distancia hacia el término apetecido, aunque no la hizo desaparecer toda.<sup>75</sup>

Lo que expresa Orozco y Berra sobre esta carta en relación con los materiales utilizados, lo hace asimismo extensivo a los demás planos del *Atlas*, y nuestro crítico alaba en Humboldt el reconocimiento expreso, aunque recordado, que éste hace de sus fuentes novohispanas. Para Orozco y Berra, según puede verse, no hay presente sin pasado, no hay progreso sin comienzos. La ciencia geográfica mexicana empieza con Cortés y termina, por lo que toca a la etapa colonial, con Humboldt, adelantando tres siglos en todos sus ramos y “llegando a la perfección relativa de su tiempo”.<sup>76</sup>

Fruto también de los viajes, observaciones, estudios y recopilaciones y selecciones de Humboldt es el celebrado *Ensayo político*. Lo que nos insinúa Orozco y Berra es que el sabio prusiano está por encima de los materiales y fuentes informativos, que los domina en todo momento brillando en tal tarea su gran capacidad organizadora, su inteligencia selectiva, creadora, fecunda y teleológica; es a saber intencional y finalista.

El *Ensayo político* –escribe–, comprende la geografía y la estadística de la Nueva España. Es un libro metódico, claro, con un lenguaje fácil y elegante, a veces pintoresco y elocuente. Las diversas materias se siguen y

<sup>75</sup> *Op. cit.*, p. 341.

<sup>76</sup> *Op. cit.*, p. 342.

se enlazan de una manera lógica; en cada uno los materiales, aun los que más se desprenden, están agrupados con tino, recogidos con acierto y comparados con penetración: las consecuencias son rigurosas, las indicaciones verdaderas, forma algunas hipótesis, adopta algunos sistemas, apoyados en razonamientos deslumbradores. Si una parte del trabajo pudiera creerse superior a otra, daríamos la preferencia a los capítulos sobre población y sobre riqueza mineral. Todo está juzgado con franqueza; las apreciaciones son terminantes, luminosas, y se comprenden las aplicaciones que pueden tener en multitud de casos públicos y sociales. Como obra científica es muy superior a todo lo que en su línea se había escrito hasta entonces relativo a la colonia, ya en ésta, ya en el extranjero. Abrió nuevos caminos para el estudio de la geografía y enseñó de bulto de cuánto puede servir la estadística: durante los años transcurridos muchas circunstancias son ya absolutamente diversas; no poco se ha modificado, una parte está mejor conocida, y como consecuencia de todo, han sobrevenido distintas maneras de discurrir y de apreciar; sin embargo, el *Ensayo político* sirve todavía de autoridad, y ninguna persona medianamente instruida deja de consultar y de citar el libro, cuando se trata de lo antiguo y cuando se trata de comparaciones con lo nuevo.<sup>77</sup>

Por último Orozco y Berra censura a los que imaginaron con la lectura del *Ensayo* que las riquezas de México permitirían que esta nación fuese la más poderosa del mundo. Tal juicio no es que sea inexacto totalmente, piensa Orozco y Berra. Dejando a un lado la exageración de dicho pensamiento, lo que hizo Humboldt fue escribir un libro con amor, sin salirse de los límites de la verdad. “Si los mexicanos—prosigue Orozco y Berra—, formaron por ello un concepto exagerado de su patria, la experiencia de medio siglo ha venido a confirmar el juicio del uno y el concepto de los otros, porque ningún pueblo hubiera resistido cincuenta años de porfiadas revoluciones, sin haberse hundido en la miseria más espantosa. Por último, el *Ensayo* enseñó a la Europa lo que la Nueva España era, ya que hemos visto las erradas nociones admitidas aun por hombres eminentes.”<sup>78</sup> No le faltan tampoco a Orozco y Berra razones para darle a Humboldt ciertos lanzazos críticos; mas la presentación de los

<sup>77</sup> *Op. cit.*, p. 339.

<sup>78</sup> *Ibid.*

mismos la dejaremos para más adelante; para el ensayo final de conclusiones e imbricaciones temáticas.

## El Humboldt de Chavero

Entre 1884 y 1889 se publica en México-Barcelona la voluminosa obra intitulada *México a través de los siglos* (5 volúmenes). La paz porfiriana, que es la que corresponde ya a un México preocupado fundamentalmente en su progreso económico a base de poca política y mucha administración, permite realizar a un equipo de historiadores, dirigido por Riva Palacio, el balance de la historia mexicana, que viene a ser a fin de cuentas el balance de lo alcanzado por el régimen porfirista entonces vigente. Toda la obra está escrita bajo el vuelo de la inspiración positivista; es, por tanto, una obra de historia científica y erudita en la que desde la primera página a la última la causa que se ventila es la del progreso y la del desarrollo y culminación del patriotismo (libertad) mexicano.

Naturalmente Humboldt tiene mucho que ver en esta historia considerando las veces que se le cita a lo largo de la misma, ya para rectificar o ratificar sus juicios. Sería curioso huellar (*sic*) algún día entre las páginas las citas utilizadas; este rastreo histórico podría muy bien darnos un curiosísimo *Humboldt a través del “México a través de los siglos”*.

De los cinco colaboradores de Riva Palacio nos interesa destacar para nuestra tesis a Alfredo Chavero. Lo que le preocupa sobremanera a Chavero son los temas históricos nacionales y así, para bien aprehenderlos, se siente obligado a establecer un método para la historia colonial.<sup>79</sup> Nos previene contra la del siglo XVI, que es la de la conquista, porque tiene fallas de crítica y porque los historiadores de entonces, los cronistas, se dedicaron simplemente a transcribir todo lo que les contaban los indios sin someterlo a un serio juicio; en la del siglo XVII, aunque ya está despierta al espíritu crítico, las ideas religiosas exageradas de la época “extravían nuestra historia y principian a quitarle su carácter propio y nacional”; esto es su carácter indigenista, con lo que hay, por consiguiente, que pensar que se reflejaba en el estadio previo, aunque sin haber pasado a través del cedazo discernidor; por último alaba la del siglo XVIII, que si bien sigue las mismas tendencias, supuesto que contiene y prolonga la misma época social, posee ya una obligada ordenación y los historia-

<sup>79</sup> Chavero, t. I.

dores se ven compelidos a darle forma. Aunque todavía, prosigue Chavero, la mayor parte de los historiadores de tales historias se reducen a copiar lo que otros habían rescrito antes, aparece ya la crítica rigurosa buscando arreglo de la cronología y de la sucesión lógica de los hechos.<sup>80</sup>

Esta división de la historia colonial recuerda sin mayor dificultad la triple división comtiana de los momentos o estadios que recorre la humanidad en su evolución progresista. El ordenamiento cronológico-lógico, considerado a la luz de la crítica de los hechos de la tercera etapa histórica, no es todavía la total emancipación de la razón que se alcanza en el tercer estadio (positivo) de Comte; pero ya va en camino de ello.

El siglo XIX, en que culmina el proceso histórico crítico mexicano moderno, se inaugura históricamente –no cronológicamente– con el descubrimiento (estudio) del sabio Antonio León y Gama, en 1790, de las dos famosas piedras (la Coatlicue y el Calendario Azteca). León y Gama *avisa* a los futuros historiadores “que solamente en el estudio de los antiguos monumentos [prehispánicos] habían de encontrar la verdad”.<sup>81</sup> El mensaje de León y Gama se cumple en Humboldt; él llega poco después y se consuma la profecía: “Nadie más a propósito que Humboldt para trazar con mano firme la nueva vía: estudia los jeroglíficos que encuentra en los museos de Europa, viene y examina nuestros monumentos y su poderoso genio abarca, ya no los relatos de los cronistas, sino la comparación y la historia de las civilizaciones, enseñándonos que nuestras antigüedades, deben escribirse con nuestras fuentes primitivas”.

Véase que la historia que le interesa a Chavero es la indígena, la de las grandes culturas prehispánicas, y que su método positivo, inspirado en Comte, culmina con las investigaciones arqueológicas. Realmente la etapa ya alcanzada por el propio Chavero es la última que conduce en derecho a la visión progresista y generalizadora; aunque todavía le fallen ciertos datos o tenga que conectar o ajustar algunos otros. Chavero, desde su pedestal crítico positivo, positiviza estrechamente a Humboldt y lo critica si viene al caso; lo alaba porque éste, con su intuición, con su talento y sus grandes enseñanzas como científico abrió nuevos caminos a los estudiosos mexicanos; pero lo censura porque también en su obra, *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, anda buscando las probables relaciones culturales entre

80 *Op. cit.*, I, p. 16-18.

81 *Op. cit.*, Introducción, p. LVII.

las antiguas civilizaciones americanas y los pueblos asiáticos. A Chavero no le inquieta mayormente la exageración que haya en esto; lo que le subleva es que una tesis así “podía quitar, en sentido distinto de los cronistas anteriores, la nacionalidad de nuestra historia”.

Chavero, armado de sus ideas y partiendo de León y Gama y Humboldt, aporta a la ya creciente conciencia indigenista del México de fines del siglo un fundamento científico, positivo, afirmador de la nacionalidad, que reclama la autarquía cultural y exige una especie de progresismo autóctono: exigencia de su método histórico-crítico. Paralela a esta revaloración histórica antigua se desarrolla la revalidación de la estética indígena. Aquí también la fuente de Chavero se encuentra en León y Gama y especialmente en Humboldt. A éste, que en 1803 visitó la Academia de San Carlos,<sup>82</sup> no se le ocurrió nada mejor que pensar que sería un curioso contraste ver junto a los vaciados de esculturas clásicas, que en la Academia se conservaban, algunas de las estatuas colosales de basalto y pórfido, cargadas de jeroglíficos aztecas: antítesis entre las obras de un pueblo semibárbaro y las formas nacidas bajo el cielo de Grecia e Italia.<sup>83</sup> Humboldt quería no únicamente ilustrar por este medio la idea del progreso tan cara al idealismo alemán como al positivismo francés, sino también hacer patente el relativismo cultural que explica románticamente (herderianamente) el contraste establecido entre las artes por circunstancias no sólo físicas sino también morales y religiosas. Pero de esta idea humboldtiana se desprende naturalmente una interpretación artística que encontraría cierto eco en Chavero, quien servirá a su vez de puente entre la interpretación estética del siglo pasado y la del presente. Justino Fernández destaca certeramente que la portada del tomo primero del *México a través de los siglos* se compone, y no por casualidad, “con elementos de arquitectura antigua, de la Piedra del Sol, de la Piedra de Tízoc y otros, así como con dos figuras humanas idealizadas”<sup>84</sup> y que el interés de Chavero, aunque esencialmente histórico, da paso a la admiración y a la visión estética de los “ídolos”. Chavero, según lo ve Justino Fernández, posee ya “una idea distinta de la tradicional y clásica belleza, y un sentido estético que le descubre perfecciones allí donde otros no encontraron sino la negación del arte”.<sup>85</sup>

82 Arnáiz y Freg, 1938, t. I.

83 Humboldt, II, p. 122.

84 Justino Fernández, p. 71.

85 *Op. cit.*, p. 72.



Con Chavero se enlaza asimismo la tesis positivista humboldtiana de 1869 con la de 1910, centenario de la Independencia, expuesta por don Francisco Sosa, que a su vez es el eslabón clave por donde se encadena científicamente la serie correspondiente al siglo XX. Tarea no fácil ni tampoco muy breve a la que daremos curso en la segunda parte de este ensayo.



## Humboldt en la conciencia mexicana del siglo XX

77

### Los tres discursos de 1904

Al cumplirse el primer centenario de la estancia en México del barón de Humboldt y de Bonpland, se celebró una velada conmemorativa a la que asistió el presidente de la república don Porfirio Díaz. Los oradores fueron el licenciado Victoriano Salado Álvarez y los ingenieros José G. Aguilera y Agustín Aragón León: el primero era por entonces un *científico*, el segundo lo era por partida doble (política y profesionalmente) y el tercero además de destacado profesionalista era un entusiasta filósofo y propagandista del positivismo. El general Porfirio Díaz gozaba de su sillón presidencial por sexta vez y se preparaba a ocuparlo una séptima pese a los riesgos y a la actitud antidemocrática que tal decisión entrañaba, puesto que desde un punto de vista institucional sería la que don Francisco Bulnes llamaba la sexta reelección; la última y la más necesaria por cierto, según pensaba, para dejar a la Ley por legítima sucesora del eterno presidente.

El 9 de febrero de 1904 se celebraba, pues, la velada en memoria de los dos extraordinarios viajeros que visitaron México en 1803. Don Porfirio estaba

presente y tal vez su presencia en la sala se debía más que a su curiosidad por Humboldt al valor quizás que como propaganda podía tener aquel acto, supuesto que el 1 de diciembre de ese mismo año se llevaría a cabo su reelección.

La ceremonia tuvo lugar en el aula magna del Palacio de Minería, que se hallaba rebosante de un público patriótico y reeleccionista, el cual se iba a dar gusto contemplando a su eterno presidente. Motivo de máximo interés eran también los marinos alemanes, de marcial presencia, y los representantes de la colonia germana. En el gran salón se hallaban asimismo el comodoro Schroeder, jefe de la escuadra alemana surta en Veracruz, el embajador de Alemania, barón de Floeckher y el cónsul señor Pablo Kosidowski. Los miembros del Club Reeleccionista se mostraban satisfechísimos por aquel inesperado respaldo teutón que en verdad les venía de perlas. Cuando el presidente don Porfirio Díaz apareció en la puerta, la orquesta del Club Alemán atacó con todo brío el himno nacional, terminado éste resonaron en el salón las graves notas del himno imperial alemán.<sup>1</sup>

## Nueva positivización de Humboldt

El primer orador que subió a la tribuna fue el ingeniero Agustín Aragón León, que leyó su alocución en nombre de la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos de México.<sup>2</sup> El objetivo de esta Sociedad era conmemorar dignamente el primer centenario de la visita y exploración del territorio nacional efectuadas por el propio barón de Humboldt y su ilustre compañero Amadeo Bonpland. Esta Sociedad de Arquitectos no es, por supuesto, la antigua Sociedad Humboldt resucitada oportunamente por Gabino Barreda en 1869; tampoco el orador primero de esa noche resistía la comparación con el gran oficiante e introductor del positivismo en México; sin embargo, a pesar de estas diferencias, a las que hay que sumar las históricas, no es por casualidad que Aragón León, destacado puntal del positivismo mexicano y director de la *Revista Positiva*, fuese el encargado de ofrecer los servicios solemnes en honor de los dos intrépidos y sabios extranjeros, y declarar la apoteosis o glorificación de los mismos:

1 Véase el diario *El Imparcial*, 11 de febrero de 1905.

2 Aragón León, *ibid.* Véase también en Alocución.

La “Sociedad de Ingenieros y Arquitectos”, representada en esta ocasión por mi voz sin autoridad, con poco honor para ella y singular honra para mí, poseída de un sentimiento de gratitud y veneración por los grandes investigadores de la naturaleza, ha organizado esta *apoteosis* de los dos sabios inmortales que con su infatigable labor dirigida por su abierta inteligencia y secundada por sus perseverantes propósitos, dilataron el dominio del saber y enriquecieron el inmensurable libro de la ciencia. La misma *Sociedad* me ha encomendado que dé a conocer al selecto auditorio que la favorece al concurrir a esta velada, los motivos de la *glorificación* que ha promovido de los dos *héroes pacíficos* que en *espíritu* y por sus obras aquí nos acompañan. Emprendo esta labor no sin temor de fracasar, pero con tanta más complacencia cuanto que el prestigio irresistible de los dos nombres famosos y dignos de admiración y respeto que son en estos momentos *nuestros patronos*, ha de ser óbice para que mis insuficiencias se exhiban en todo su relieve.

Los subrayados de este párrafo, intencionalmente realizados por nosotros, no tienen otro objeto sino llamar la atención del lector, de nueva cuenta, sobre esas expresiones positivistas que, *mutatis mutandis*, tanto se parecen a las religiosas y tanto, por lo mismo, se asemejan a las empleadas por Barreda en su discurso de 1869. La alocución de Aragón León es mucho más apretada que la de su maestro y modelo; da la sensación de que hablaba para un público que en parte se antoja ya iniciado en el lenguaje típico del culto positivista. Ambos héroes se merecían aquel homenaje por lo mucho que habían ahondado en la ciencia experimental y por la capacidad no común que ambos tuvieron, pero especialmente Humboldt, para la “sana generalización”.

La posteridad –prosigue el orador–, ha dado ya su fallo final sobre Humboldt y Bonpland; su juicio, de los que han contribuido al progreso social e incidentalmente a la *vida póstera* de su propia existencia, es juicio definitivo y no es menester recordarlo todo, para justificar una festividad como la que aquí nos consagra, en identidad de pareceres y conformidad de acción.<sup>3</sup>

3 Subrayado nuestro.

Con admiración y recogimiento el orador agradece los esfuerzos de los dos entusiastas y cultos viajeros, de almas llenas de fe, por dar a conocer la civilización y los recursos americanos. Según Aragón León los dos exploradores veían su papel como “una misión y no un oficio”; lo cual resultó trascendental para los destinos de América. El conocimiento científico de América realizado especialmente por Humboldt era para una mente positivista como la del orador, heredera al fin y al cabo del positivismo inserto en toda la obra humboldtiana, uno de los escalones previos para alcanzar la nueva era señoreada por el espíritu científico, dominada por el industrialismo, la internacionalización de los mercados y la actividad pacífica. La quiebra del positivismo en cuanto pensamiento filosófico y actitud político-económica se nos presenta, por tanto, y dicho sea de paso, como imprevisión o confianza histórica: la gran ilusión que arruinó a la doctrina fue justamente, entre otras cosas, su fallida premonición pacifista universal. Pero si Aragón León se equivocó en la profecía, no erró cuando hizo destacar ante el auditorio los valores intelectuales éticos y estéticos que poseen muchas de las páginas de los libros de Humboldt. Para los que tienen del positivismo una concepción excesivamente prosaica bueno será recordarles que la poesía, dicho sea en términos del *Catecismo positivo*, es “el alma del culto”; y mucho mejor será transcribir este párrafo de la alocución de Aragón León por los valores esteticistas y morales que él descubre y con los cuales nos demuestra que el positivismo no fue insensible a la belleza:

En las páginas de los libros del barón de Humboldt, que relatan sus viajes y exploraciones en el mundo de Colón, no sólo hay elementos de enseñanza intelectual, sino también de educación moral y estética, porque en ellas se ve la predicación con el ejemplo, del esfuerzo en favor de los demás, y se aprende a sentir la belleza de los panoramas descritos, y a profesar a los intérpretes de los fenómenos que nos impresionan y a veces nos maravillan y nos pasman, toda la admiración de que son dignos.

Aragón León se pregunta acto seguido por qué los ingenieros mexicanos conmemoraban a los dos sabios. La respuesta resulta un tanto desconcertante para aquellos que se han acostumbrado a entender la tesis positivista ideal como una interpretación positiva de la vida y del mundo. Ahora bien, la ré-

plica del orador siempre será válida en tanto que tenga vigencia su denuncia contra la decadente y descompuesta sociedad crematística, orgullo de la civilización técnica, que nos ha tocado vivir.

Los ingenieros mexicanos –escribe–, organizamos esta conmemoración de dos voluntarios de la ciencia, porque su obra fue de altruismo, pues trabajaron sin pensar en que pudiesen más tarde ampararse tras su sacrificio para pedir honores y dinero a los tributos de la vanidad. La palabra mágica de “ciencia” ponía a latir sus corazones y con la frente irradiante de entusiasmo vinieron a las temidas regiones equinocciales, y surcaron nuestros mares, y remontaron nuestros ríos, recorrieron nuestras ciudades y detuviéronse en nuestras aldeas, conocieron nuestros colegios, atravesaron nuestras selvas y pasearon por nuestras sabanas y entraron a nuestros hospitales, para aumentar el caudal científico e inscribir así sus nombres en el catálogo de los inmortales: allí resplandecen cada día más grandes y más amados que en los días más brillantes de su gloria.

Si el siglo XIX mexicano puso el mayor énfasis crítico, como era natural, en el *Ensayo político*, supuesto que el contenido de la obra afectaba más inmediatamente a cualquier suerte de actividad nacional, fundamentalmente la política, la social y la económica; el siglo XX, es decir lo que ha corrido del mismo hasta llegar a nuestros días, pone su acento más bien en las otras obras del barón y especialmente sobre el *Cosmos*. No es que se abandone el *Ensayo*, sino que el centro de interés se desplaza buscando valoraciones más generales, sinópticas, universales y filosóficas, las cuales ya no puede satisfacer el tratado sobre la Nueva España. Nadie mejor que Aragón León para marcar la divisoria en el interés mexicano. A partir de él el *Cosmos* comienza a ser cada vez más el objetivo primordial de la curiosidad intelectual mexicana, que culminará, según veremos, con O’Gorman, con el padre Garibay y por último con Graef Fernández.

Los títulos de la gratitud americana se universalizan cuando se reflexiona en la importancia creciente adquirida por la ciencia; Humboldt se convierte gracias a ella en un ciudadano de la humanidad, como lo atestigua su *Cosmos*, máxima creación filosófica y generalizadora, según opina Aragón León. El *Cosmos*, prosigue el orador, fue la muestra más completa de las cualidades de escritor que poseía Humboldt; fue la consecuencia más lejana y la más madurada.

Si sus primeros trabajos [los de Humboldt] le dieron un lugar preeminente entre los sabios especialistas y los geniales escudriñadores del mundo, su *Cosmología sintético-concreta*, embellecida por la poesía, pero de base estrictamente científica y que abarca en un mismo conjunto todo el cuadro del mundo externo al hombre y la impresión compleja que causa a la humanidad, y en el que el punto de vista estético se halla felizmente asociado al científico, le da asiento entre los grandes constructores de síntesis que elaboran las generalizaciones fecundas de donde se infieren deducciones precisas y seguras.

Esta síntesis estética a base de poesía y ciencia otorga al *Cosmos* la primacía ética; por eso el orador hará suya la comparación de Dove, para quien el *Cosmos* era comparable con el *Código de Justiniano*. La obra inmortal queda valorada en el plano histórico-científico como un grado avanzado, positivo, en el orden eterno del progreso; pero que ya había sido superado filosóficamente por Spencer y Herbert.

Para terminar su alocución el orador intenta una tímida invocación o resurrección subjetiva, como le correspondía hacer por su cargo de sumo pontífice de la filosofía positivista mexicana:

La manifestación de amor que aquí nos reúne para rendir culto a los que fueron orgánicamente y son hoy en el recuerdo de sus pósteros, es altamente beneficiosa a nuestras almas. No sólo nos guía el entusiasmo, sino nos mueve también asociada a él la reflexión, y aunque sea modesta nuestra ofrenda si se la compara con los grandiosos e imponentes resultados de los esfuerzos del sabio y filósofo hijo de Berlín y del naturalista francés, trabajaremos siempre por imitarles, sin desperdiciar un solo día, y procuraremos honrarlos no sólo con estas fiestas de grata recordación, sino también con los silenciosos homenajes que en la esfera del trabajo de la vida diaria pongan de manifiesto cada vez que es mayor en nosotros la decisión, la voluntad, el empeño y la constancia de seguir la senda que nuestros dignos predecesores trazaron a las generaciones del porvenir.

De acuerdo con nuestra información la velada fue alterada (amenizada) por música y cantos; se quiso, esta vez, al revés que en 1869, que la atención del auditorio se perdiese con cosas ajenas a la solemne seriedad de una tenida

positivizante más o menos disimulada. Ahora bien, cuando el orador publicó su alocución en la *Revista Positiva* y en la edición oficial de la Secretaría de Fomento (1904), quiso dejar constancia de su filiación positivista y la calzó, con el mero fasto día de su pronunciamiento: el 12 de Homero del año 116, dedicado a Lisipo de acuerdo con el calendario positivista; es decir, modesta y gregorianamente, el 9 de febrero de 1904.

### Y nuevo paralogismo

Habiendo terminado su discurso el señor Aragón León, subió a la tribuna el ingeniero señor Aguilera para pronunciar el suyo.<sup>4</sup> Esta oración tuvo también dos partes bien marcadas: señalar la contribución de Humboldt a la ciencia, sirviéndose para ello del análisis del *Cosmos*, e indicar asimismo la aportación de Humboldt a la ciencia mexicana, utilizando para esta operación el *Ensayo político*. Para realizar esto último el orador sigue con fidelidad la trayectoria crítica anticolonialista marcada ya por el discurso de 1850 y especialmente por el de 1859, sobre el cual calca el suyo, incurriendo por lo tanto en las mismas contradicciones y negaciones ya analizadas en los discursos de los Velázquez y León: Humboldt pasó por México de marzo de 1803 a marzo de 1804 disipando con la luz de su genio las tinieblas que envolvían a la entonces Nueva España. Pero cinco páginas más adelante Aguilera afirma que el sabio, “sorprendido de lo adelantado de la civilización de Nueva España respecto a la de los países de América del Sur que acababa de visitar, le vino el deseo de estudiar de modo particular la estadística de México e investigar las causas que habían influido en los progresos de la población y de la industria”. Cae por consiguiente el orador en la misma incompreensión cuando se pone frente a la cultura dieciochesca colonial, o la ignora cuando así conviene al hilo de su discurso; pero sobre todo incide en lo mismo de los dos oradores de los cincuenta, al afirmar por un lado la oscuridad total y al admitir líneas abajo la relativa luz. Los *Apuntes* de Orozco y Berra tampoco parecen haberle hecho patente su capciosa oposición.

La geografía de la enorme extensión de tierra que constituía el dominio de la Nueva España era casi completamente desconocida antes de la ve-

<sup>4</sup> Aguilera, *Discurso*. Véase también el diario arriba citado.

nida de Humboldt, y sólo se tenían algunos datos relativos a las coordenadas geográficas de algunos de los puntos más importantes del territorio, gracias a los esfuerzos de los sabios mexicanos Sigüenza, Gama, Alzate y Velázquez de León. Consecuencia era este estado del aislamiento en que España mantenía a sus colonias y también del atraso de la geografía en Europa.

Después de lo dicho ya no será necesario insistir más acerca de la exigencia histórico-política que yace bajo tales afirmaciones; sin que ello quiera decir por nuestra parte que neguemos los trabajos geográficos, del gran viajero y los adelantos que introdujo en el conocimiento de la geografía mexicana. Los aciertos de Aguilera son de otra índole, los más importantes se desprenden del balance crítico que establece entre las ideas científicas de Humboldt y los conocimientos científicos modernos. Nos habla de los estudios botánicos sobre la flora mexicana realizados por Humboldt y Bonpland y nos subraya los acertamientos del primero por lo que se refiere a sus opiniones sobre la minería novohispana, sobre la riqueza agrícola y sobre el desarrollo industrial del vasto país. Aguilera estima también que Humboldt fue el padre de la arqueología mexicana a cuenta de los estudios y viajes del barón a Cholula, Teotihuacan y Xochicalco, con lo cual ignora asimismo que no era Humboldt el que por primera vez araba sobre tales terrenos, sino que más bien recogía también en cierta manera la cosecha de los sabios novohispanos. El ingeniero Aguilera se interesa, como no podía ser menos, en el *Cosmos*, pero su interés es específicamente científico; es decir le atrae esta obra más bien por sus valores telúricos y uranólogos que por los filosóficos:

El año de 1845 –escribe–, será recordado siempre como la data de la publicación del primer volumen de la grande obra de Humboldt, *Cosmos*, en la cual se manifiestan, de la manera más brillante, muchos de los hechos principales sobre las ciencias físicas y las relaciones de unos con otros. Esta magnífica descripción física del mundo, da una medida completa del conocimiento de las ciencias naturales en todas las razas civilizadas, hasta mediados de la pasada centuria. Es una obra superior a cuantas habían sido acometidas antes por un solo hombre, y un trabajo que indudablemente no será intentado otra vez en el futuro. Como ha dicho Peschel, el *Cosmos* de Humboldt comprende millares de hechos,

de medidas, de cálculos, reconocidos en acuerdo con los métodos científicos más exactos de su época; es una *imago mundi*, o un espejo fiel del mundo.

El orador termina su discurso agradeciendo a Humboldt sus trabajos sobre la Nueva España, porque ellos permitieron destruir “las groseras calumnias” propaladas por Europa, y porque dieron a conocer la realidad al indicar también la “riqueza intelectual” del país. Recordando vagamente el estilo invocante positivo, el orador alza su vuelo retórico y se despide de la sombra subjetiva evocada en los siguientes términos:

Tal es tu obra, ilustre barón Alejandro von Humboldt, naturalista insigne, geólogo eminente, orgullo de tu patria, honra de la ciencia humana, a ti, que enseñaste a descifrar los misterios de este microcosmos en que vivimos, que llegaste a trazarnos con mano maestra la sublime imagen del Mundo, en tu maravilloso *Cosmos*, la Asociación de Ingenieros y Arquitectos de México, por amor a la ciencia te admira embelesada, por su amor a la Patria te venera con reverente gratitud. Dije.

### La germanofilia de Victoriano Salado Álvarez

Comenzó el tercer orador de la velada preguntándose por qué se honraba aquella noche la memoria de Humboldt en lugar de hacer preferentemente el elogio de algunos de los hombres de ciencia mexicanos que el propio Humboldt conoció (Elhuyar, Del Río, Alzate, Gama, Velázquez de León, etcétera).<sup>5</sup> Su respuesta es que la presencia de los dos naturalistas en el nuevo continente eclipsaba las más extraordinarias hazañas mitológicas o caballerescas. Olvidando inmediatamente a Bonpland el orador singulariza sus epítetos y se complace en hacer resaltar los rasgos de ingenio y valor que adornaron a Humboldt y que se encuentran asimismo expresos en el *Ensayo*. En las páginas de esta obra halla junto a la riqueza del colorido, cabe a la verdad, sinceridad y calor humano, un interés extraordinariamente poético que no desentona en comparación con las páginas mejores de la lírica antigua. La llegada a la Nueva España de Humboldt, después de haber recorrido las regiones equi-

<sup>5</sup> Salado Álvarez, *Discurso*. Véase asimismo *El Imparcial*, 11 de febrero de 1904.

nocciales del Nuevo Continente, la califica, con notoria injusticia, como el paso de la barbarie a la vida civilizada, al refinamiento de una sociedad casi perfecta: transitó hacia un pueblo en vía de formación que experimenta ya apetitos emancipadores. Efectivamente Humboldt había recorrido las regiones salvajes de parte de la América del Sur; pero a su paso por Caracas, Bogotá, Quito, Trujillo y Lima, para no citar sino a las ciudades más importantes de su vasto viaje, pudo asimismo encontrar refinamientos y ansias semejantes a los que halló en México, y también sociedades, personas y establecimientos parecidos a los de la capital de la Nueva España.

Salado Álvarez incurre en las habituales contradicciones al referirse al *Ensayo* por hacer hincapié en la ignorancia y en la oscuridad que según él reinaba en la Nueva España antes de la llegada de Humboldt. Como podemos ya colegir, el punto de vista del orador pertenece por inercia o por conveniencia al siglo XIX, a pesar de que habla en 1904; su discurso marca un sensible retroceso frente a la visión más justa y equilibrada e incluso liberal de Orozco y Berra:

El *Ensayo* –escribe–, señala una verdadera fecha en los conocimientos relativos a México. Alcedo había demarcado la situación de unos cuantos lugares y hecho mención de unos cuantos detalles pertinentes a nuestras cosas; Acosta era más erróneo que incompleto –y era incompletísimo–; la obra de Hernández no era conocida y las de Mutis y Mociño se referían a especialidades que tocaban a los sabios y no al común de las gentes. Humboldt hizo más que ellos en cantidad, en calidad y en intensidad: en un año lo examinó todo, instituciones políticas, relaciones entre gobernantes y gobernados, trabajo de la tierra, industria minera, situación de los lugares, botánica, geología, demografía, usos, costumbres y suerte posible de la raza; todo un poco desordenado, algo oscuro, muy al vuelo; pero con una verdad, con una amplitud de miras y con una exactitud que maravillan, porque no parecen la tarea de un solo hombre, sino de un grupo de sabios laboriosos y llenos de buena voluntad.

Si en el último párrafo hubiese escrito Salado Álvarez “son” en lugar de “parecen” habría hecho más justicia a la ciencia novohispana que tanto ayudó a Humboldt en la elaboración de la obra. Refiriéndose también a la estadística el orador transita por los tópicos negativos usuales, que pide presta-

dos ahora a los Velázquez, cuyas ideas hace suyas, especialmente las del discurso de 1859. Humboldt fue el absoluto creador de la estadística en México y obtuvo sus datos de las parroquias y de las secretarías del virreinato; sus cifras, sus alusiones a la defensa militar y sus otras diversas notas científicas fueron una revelación para los mexicanos, los cuales quedaron maravillados.

Una vez terminado el examen crítico del *Ensayo* desde el punto de vista técnico-científico, pasa Salado Álvarez a analizar los valores político-sociales del mismo:

Pero si por lo que tiene de científico es admirable el *Ensayo*, por lo que tiene de político es verdaderamente maravilloso y extraordinario. Creo que no me ciega la vieja y honda veneración que siento por Humboldt; pero en el libro del sabio está comprendida toda nuestra sociología: allí están el criollo altivo y desdeñoso, que se complacía en declarar que era americano y no español; el mestizo inteligente y discreto, apto para los estudios y hábil para el comercio; allí el *casta* débil y tornadizo e inconsciente; allí, por último, el *zaragate* negligente, burlón y osado. Era menester no saber leer entre líneas o no saber leer de ningún modo, para no darse cuenta de que en México, tanto en el campo como en las minas, no había servido de nada la abolición del repartimiento y de la encomienda, porque unos y otros habían sido sustraídos por el látigo del capataz y por la deuda al dueño del predio. ¿Cómo no echar de ver los vicios del sistema colonial cuando se leían aquellas tiradas en que no hay indignación, ni encono, ni sátira disimulada o manifiesta, y en que se prueba que el pueblo que pagaba pecho al señor, tributo al rey, diezmo al cura, costas al juez, soborno al alguacil y subsistencia al prioste, tenía que rebelarse más tarde o más temprano para vengar añejas y profundas injurias? ¿Cómo no fijarse en la diferencia que entrañaba la capital, llena de jóvenes, capaces de hacer los cálculos más sutiles de matemáticas, de copiar o modelar una figura, o de describir una planta, y las enormes extensiones en que no existía una escuela de primeras letras?

Salado Álvarez creía como un honrado, optimista y nuevo Pangloss porfiriano que su tiempo era precisamente el mejor de todos los posibles; lo colonial era el pasado, lo negativo. ¿Cómo fue que el gobierno colonial no se fijó en aquellos párrafos en que Humboldt alude al hecho de que la Nueva Es-

paña “era el país de la desigualdad”? ¿Cómo no previó con tales denuncias la separación de la colonia? ¿Cómo no puso remedio a la lastimosa situación del indio, que vivía, según lo vio Humboldt, en el atraso y en la esclavitud? ¿Y qué no decir de los onerosos tributos, tan antiigualitarios y tan antieconómicos? ¿Cómo no se percibió, por último, que las Leyes de Indias eran inoperantes? El optimismo crítico con que por contraste veía Salado Álvarez su presente, le impedía caer en la cuenta que muchas de sus propias preguntas podían servir también para procesar al régimen porfirista.

Humboldt es para el orador una especie de sóter y precursor de la Independencia y de la Reforma; el extracto que envió a Iturrigaray sirvió para madurar las ideas del partido criollo; es decir del partido formado por los Talamantes y Verdades, quienes maduraron así la idea de independencia.

Humboldt –expresa inflamado de entusiasmo y enardecido el orador–, es por tanto el Moisés que vio y señaló antes que nadie, la tierra de promisión; la blanca paloma que anunció había ya pasado el diluvio [los 300 años de coloniaje] y que la tierra estaba enjuta; el animoso precursor que en nombre de la ciencia hizo brotar a Hidalgo, el Cristo noble y grande de nuestra redención [...]. Pero, no limitó a eso su papel; con la elocuencia de los números probó que la iglesia era dueña de casi toda la propiedad territorial; probó que mientras cuatro obispos de la Nueva España tenían juntos rentas que se acercaban a medio millón de duros, había párrocos rurales que ganaban ocho duros al mes –algo menos que un peón de hacienda– y probó, en fin, que a la hora en que la inmensa propiedad rural y urbana entrara en circulación, las desigualdades sociales irían disminuyendo y se iría acentuando el bienestar general. ¿No equivale esto a la prédica clara y franca de la buena nueva reformista?

Este evangelio reformador tenía, por cierto, su evangelista; pero nombrar a don Benito Juárez delante del general Porfirio Díaz, que lo había desconocido en 1871 (Plan de la Noria), resultaba de un pésimo gusto, porque refrescaba y ponía en primer plano paradójico los ardores antirreeleccionistas del que a la sazón se había reelegido por quinta vez y se preparaba una otra más a prorrogar su mandato. “Mientras vivió [Humboldt] –prosigue Salado Álvarez– fue amigo de México; alababa sus instituciones, celebraba sus adelantos y cultivaba la amistad de sus hombres eminentes; y como si hubiera sido el

buen genio de la patria, no cerró sus ojos a la luz, sino cuando vio que México había afianzado su bienestar mediante la expedición de las Leyes de Reforma, que marcan la etapa más bella de nuestra historia. ¡Siempre se marchaba de entre nosotros cuando el alba empezaba a iluminar las cumbres!”.

Al igual que Orozco y Berra nuestro orador se refiere también a la leyenda áurea que sobre México, según expresan Alamán y Bulnes, *inventó* Humboldt. Salado Álvarez sale al frente de esa imputación y señala que en el *Ensayo* no se alude a tal leyenda dorada en ningún momento, que todo se debe a la mala interpretación y por lectura de la obra. Este argumento, tan parecido al de Orozco y Berra, nos demuestra que Salado Álvarez había leído los *Apuntes*, pero que sólo los utiliza allí donde conviene a sus propios intereses.

La segunda parte del discurso de Salado Álvarez no tiene que ver casi nada con la primera. Interpretando sin duda la tendencia del régimen, que mostraba ya una cierta inclinación y simpatía por la jactanciosa Alemania de principios del siglo, como contrapeso de la presión norteamericana, Salado Álvarez comienza exaltando la cultura alemana y llama la atención sobre la contribución de la misma a la gran corriente cultural universal. Alemania, de acuerdo con el orador, proporcionaba al mundo un espectáculo único: “la creación de una patria por la ciencia de sus hijos, por la habilidad de sus hijos, pero el vigor y por el noble impulso de sus hijos”. Al llegar aquí se crece el orador y, dueño de su tema, nos presenta un conciso, sustancioso y notable resumen de la cultura alemana y de su contribución extraordinaria a la del mundo. El catálogo que nos presenta el entusiasta orador es en verdad impresionante: “[1] Alemania despertaba enseñándole al mundo la libertad personal con Fichte; [2] la poesía de sentido moral con Schiller; [3] la fe en la humanidad con Herder; [4] el deber abstracto con Kant; [5] la ciencia con Loder y Voigt; [6] el culto de la forma bella con Goethe y [7] con Humboldt la concepción nueva del mundo”. Al llegar aquí interpola Salado Álvarez un pensamiento histórico y se complace en oponer su entusiasmo germanófilo al de los partidarios de la cultura francesa, que en 1904 no eran pocos en México ni estaban exentos de mérito. En tanto que la revolución francesa había levantado patíbulos y el gran debelador de imperios, Napoleón, hacía y rehacía el mapa de Europa, “brotaba como la Minerva mitológica, apercebido para el combate y armado de todas armas, un pueblo filósofo, racional, enemigo de las viejas supersticiones, que enarbolaba como bandera de combate la justicia y el ideal”. La simpatía intelectual del orador completaba el cauto viraje germa-

nizante del régimen. Lo que nos interesa destacar es que el conocimiento de la cultura alemana que manifiesta Salado Álvarez proviene de la lectura de la *Historia alemana* de Lamprecht, que comenzó a aparecer en 1891 y que popularizó la llamada historia de la cultura. En lugar del positivo *cómo en verdad sucedió* (*wie ist es eigentlich gewesen?*) a Salado Álvarez le interesa, de acuerdo con Lamprecht y variando ligeramente el sentido de la pregunta ránkiana, el *cómo ciertamente devino* (*wie ist es eigentlich geworden?*); lo que aplicado a México se contesta con una sola y significativa palabra: Humboldt.

Pero Alemania no se contentó –según el comentarista– con labrar su gloria interior, con levantar el edificio patrio, con disquisiciones de filósofos, con meditaciones de sabios, con estrofas de poetas, con notas de música, con inducciones de filólogos, con voces de pedagogos y con enseñanzas de historiadores y estudios de teólogos; hizo algo más: [8] la armonía divina de los Bach y Beethoven; [9] el espíritu inmenso de los Wieland y de los Klopstck; [10] el amor a la belleza de los Winckelmann y los Jacobi lo esparció sobre el mundo, como Dios esparció su rocío sobre las tierras áridas y sobre las feraces, como manda su luz sobre los buenos y sobre los perversos. Alemania se convirtió en el misionero del ideal, en el caballero cruzado de la democracia y la ciencia. Yo la bendigo desde lo hondo de mi corazón, como la bendicen todos los que aman la verdad y el bien.

Este espíritu novomisionero que manifiesta Salado Álvarez no le impediría ciertamente a Alemania intervenir violentamente en Venezuela (1903) y sumar además a esta intervención los desplantes internacionales del káiser; sin embargo el orador únicamente ve lo que quiere ver:

Mandó sus misiones –expresa–, a todas partes del mundo y durante mucho tiempo se pudo estar seguro de que donde existía una colonia de sabios o de pensadores o de artistas, había dejado su huella la planta de un alemán. En la academia de San Petersburgo medraban grandemente las ciencias geográficas merced a los alemanes; en Oxford y en Londres vivían filólogos como Max Müller y Auprecht, que extendían sin cesar el pensamiento alemán; en Leyden, en Holanda, Dory empuñaba el cetro de la investigación histórica; en Zurich vivía el insigne Hitzig. ¡Que más,

en Asia, en el centro de África, había admirables investigadores de las antigüedades y viajeros insignes, y no eran sino alemanes. Por donde quiera los alemanes, a manera de nuevos Bedas o Sectos de la ciencia!

El lector puede ya imaginar a donde irá a parar Salado Álvarez por este camino: a Humboldt naturalmente. Dentro de este expansivo espíritu misionero le cupo en suerte a México de que lo *descubriera* –y el orador aclara que no retira la palabra–,

uno de los más grandes sabios germanos, uno de esos hombres tan superiores al resto de los humanos, que casi los sentimos de especie distinta de la nuestra, porque se asemejan a las grandes cimas que sirven de guía y de consuelo a los viajeros, porque les traen nuevas del infinito. Por Humboldt y otros como él, dijo poco ha el altivo, penetrante y noble Guillermo: “En el dominio de los descubrimientos nuevos, no hay obra notable que no haya sido compuesta en alemán; y en el dominio científico, no ha habido pensamiento que no se haya puesto en práctica y adaptádose por alemanes. Ése es el imperio del mundo que reclama el germano”.

Salado Álvarez busca acto seguido el modo de relacionar el espíritu misionero científico de Alemania con México, y la mejor manera para hacerlo será enlazando la figura egregia del inmortal sabio prusiano, *descubridor* de nuestro país, con la cabeza política representativa del mismo, es decir con el general Díaz, presidente de la república. El orador hace recuento de las veces que se había homenajeado a Humboldt en México y agradece a la colonia alemana, que se hallaba representada en aquel acto, la contribución que prestaba al desarrollo social y económico de la nación mexicana. Invoca finalmente a Humboldt, con cierto subjetivismo resurreccional poético que recuerda algo la sesión famosa de 1869, y termina suplicando al presidente que asocie para siempre su nombre y su obra al del ilustre sabio alemán:

Vos, señor, estáis destinado a levantar ese monumento [la estatua de Humboldt], a erigir esa ciudad [en Tehuantepec, la determinada por el Congreso Nacional en 1857]. ¡Qué espectáculo tan bello! ¡Alejandro Humboldt celebrado por Porfirio Díaz! ¡El profeta de México honrado

por el realizador de México! ¡Cristo glorificando a Isaías! ¡Alejandro rindiéndole a Homero pleito homenaje! ¡Que durante vuestra vida, señor, veáis elevado en honor de Humboldt un monumento tan bello y tan alto como es alta y bella la figura del gran alemán! ¡Que durante vuestra vida oigáis, entonado por los dos océanos, el himno de la patria en honor de Humboldt, y en la ciudad que lleva su nombre!

Las comparaciones son desde luego desorbitadas, disparatadas; lisonjero incienso a un régimen y a un hombre que se juzgaban a sí mismos satisfechos por boca de uno de sus corifeos. Con unción religiosa positivizante Salado Álvarez oficia y pronuncia su credo laico, científico, político y económico; optimista, en suma, humboldtiano:

Padre, te diremos, tú nunca desesperaste de nuestro destino, nunca pensaste que no tuviéramos remedio; nunca confundiste esas convulsiones que en los individuos se llaman fiebres de crecimiento y en los pueblos ansia de constituirse, con la incapacidad para gobernarnos; tú nos comprendiste y creíste en nosotros porque nos amaste. Hoy que la patria, como en la bella imagen del poeta, pasa “rimando risas y regando rosas”, hoy que cosechamos entre cantos de regocijo la mies que sembramos entre lágrimas de desesperación; hoy que vivimos felices, modesta y holgadamente, ni envidiados ni envidiosos, ni humildes ni altivos, podemos decirte que no te equivocaste en tu sentir, que una vez más fuiste el clarividente, que no criaste ingratos, y que te amamos como a uno de nuestros númenes más queridos, como a uno de nuestros héroes más grandes... Padre, ¡bendito seas!

¿Y Bonpland?, se preguntará el lector al recordar que la velada se celebraba en honor de los dos héroes viajeros. Pues de Bonpland, salvo su nombre en el título de la conferencia y un par de desvaídas alusiones, nada. Bonpland, como fue francés, desentonaba indudablemente en el estupendo marco germanófilo tallado hábilmente por el orador y encuadrado convenientemente por la cívico-bélica representación alemana. Tan satisfechos quedaron todos, particularmente los extranjeros, que el embajador alemán, entusiasmadísimo, salió disparado rumbo a la tribuna, subió a ella, dio las gracias y dirigió desde allí tres magníficos y sonoros hurras en honor del presidente Díaz, que fueron

coreados con calor. “Entonces presenciamos –escribió el reportero de *El Imparcial* (11 de febrero de 1904)– algo extraordinariamente conmovedor para nosotros, pero que es de sencilla grandeza en el fuerte y tierno germano, y al grito de ¡hurra! y al marcial ademán con que fue lanzado, contestaron todos los alemanes como un solo alemán, y un solo grito, breve y potente, un ¡hurra! magnífico que a intervalos iguales estremeció los ámbitos del aula.”

## El “Día Alemán” en la fiesta del Centenario

En 1910 conmemoraba México el centenario de su Independencia, y con tan jubiloso motivo todo el país se vistió de fiesta. El gobierno de don Porfirio echó, como se dice, la casa por la ventana. Entre los festejos, conmemoraciones, estrenos de servicios públicos, bailes, saraos, banquetes, desfiles, juegos pirotécnicos, exhibiciones porfírescas, mascaradas y otras diversas celebraciones, revistió un inusitado éxito la inauguración, el día 13 de septiembre de 1910, a las 13 horas en punto de la tarde, en el jardín de la Biblioteca Nacional, de la estatua de Humboldt, regalo del emperador de Alemania Guillermo II. Por fin tenía México la estatua anhelada, la estatua tantas veces proyectada y nunca erigida; una hermosa pieza de mármol blanco, sobre zócalo de granito, como para simbolizar “la pureza de sentimientos y la firmeza de la amistad alemana”, según declaró en su discurso el excelentísimo embajador especial de Alemania, doctor Carlos Bünz.<sup>6</sup> Frente a la Biblioteca, y para darle realce bélico al festejo, se hallaban desplegados marcialmente los guardias marinas del buque escuela alemán *Freya*, llegado días antes a Veracruz (entre los cuales se encontraba el príncipe de Holstein, sobrino del emperador), y el batallón de zapadores con su escuadra de batidores, banda y bandera desplegada. El brillante mundo diplomático de entonces hacía multicolor acto de presencia por el jardincillo de la Biblioteca en espera del presidente de la república, don Porfirio Díaz, que al cabo apareció, rígido en su uniforme de gala de general de división, cubierto el pecho de cruces, medallas y placas así nacionales como extranjeras. Junto a la estatua, todavía velada, se congregaron todos los representantes de la Europa y de la América culta para honrar a Humboldt y con ello festejar también los cien años de vida independiente. Los alemanes residentes en México reventaban de gozo y no cabían en su piel; el embajador

<sup>6</sup> Bünz, Discurso (*Memoria científica*).

germano, sus ayudantes, los agregados y otros oficiales no cabían tampoco en sus espléndidos uniformes diplomáticos o militares. El pueblo de México, tras la valla de soldados y marinos, contemplaba gozoso la escena y, según lo que escribe el emocionado cronista de *El Imparcial*, lanzaba vivas a México y hurras a Alemania. Ciertamente aquél fue “El Día Alemán”, como aparece impreso en grandes caracteres en la primera plana de dicho periódico (14 de septiembre de 1910), donde se reseña la fiesta de la inauguración y se publican en dos grandes óvalos enlazados el retrato del káiser Guillermo II, con su puntiagudo casco de coracero y las agresivas guías de su bigote, y el bondadoso del barón de Humboldt, tomándolo del publicado por José Fernando Ramírez años atrás.

La inauguración de la estatua en honor del noble sabio Alejandro de Humboldt venía pintiparada para fortalecer las relaciones económicas, políticas y culturales mexicano-alemanas. Don Porfirio viraba cauto y previsor buscando fortalecer las inversiones y relaciones con Alemania, y ésta, belicosa y necesitada, se dejaba arrastrar orgullosa con grave disgusto del representante norteamericano, de la Casa Blanca y sobre todo de Wall Street. El acto inaugural pronosticaba un futuro excelente entre las dos naciones. El cronista citado de *El Imparcial* del día 14, escribe que bien se podría “alcanzar una finalidad completa si en lo venidero las cancillerías de los dos países continúan su labor muy cordial y sincera como lo han empezado en esta ocasión”.

El embajador extraordinario de Alemania, que no se paraba en mientes, encontró razones para justificar la hermandad futura germano-mexicana y recurrió a Humboldt para expresar por vía cultural las aspiraciones materiales del porvenir. Alemania y México venían a ser hermanas en Humboldt, hijo natural de la una y de adopción ciudadana de la otra; en nombre de ese parentesco honorable y para dar constancia y fe del mismo, S. M. el emperador regalaba a México la estatua del hijo de ambos países. El embajador añadía que el autor del *Cosmos* pertenecía al mundo, el hombre de ciencia a Alemania y el autor del *Ensayo* a México. De esta suerte todos quedaban diplomáticamente contentos; más el que reventaba de placer por sus adentros era el ídolo presidencial, especialmente cuando el orador se refirió a las bellezas, a las riquezas y a las posibilidades reveladas por Humboldt con respecto a México, país del que fue su confaloniero moderno, progresista y civilizador. Pero aún faltaba, con todo, lo mejor y más desatinado que pudiera imaginarse y que con dificultad hasta el propio don Porfirio habría de admitir, a pesar de que estaba

acostumbrado a que se le comparase con los más grandes héroes bélicos de la historia, e incluso con Cristo, como hizo Salado Álvarez. “Otro Alejandro Humboldt –leyó el doctor Bünz, al punto que señalaba con su índice al presidente– hijo nativo de México, vino, y por su inteligencia, por su amor a la patria, por la energía de su carácter, por el peso de su mano en caso necesario, formaba un nuevo México, un Estado digno de ocupar un puesto honroso en la comunidad de las naciones civilizadas.”

La comparación no sólo era absurda sino injusta para ambas partes, especialmente para la científica. El gobernador del Distrito Federal, que lo era don Guillermo de Landa y Escandón, en nombre del presidente de la república contestó al embajador, y en nombre también del gobierno y del pueblo mexicano le agradeció los términos expresados.<sup>7</sup> Consideró muy *significativo* el presente del soberano alemán, y subrayó que aquella fiesta consagraba el sentimiento de amor y de concordia entre las dos naciones.

México –prosiguió el gobernador–, cuya política internacional se ha inspirado siempre en la justicia, y que sabe que, en las relaciones entre los pueblos pueden conciliarse y de hecho concilian el fomento de los intereses materiales y el mantenimiento de la amistad de los Estados que rinden culto al Derecho, ve en el generoso sentimiento que movió al soberano alemán, una nueva prueba de su devoción a la política de paz entre los pueblos, que ha desarrollado con aplauso del mundo entero.

Le ruega además que transmita al emperador la satisfacción de la nación mexicana por el regalo recibido. Además agregaba:

os serviréis decirle que ésta, joven, animosa en el trabajo y deseosa de avanzar más cada día en el camino del verdadero progreso, bajo el amparo de la paz, que ha establecido el ilustre Primer Magistrado que preside esta ceremonia, agradece y estima en cuanto vale la muestra de los sentimientos del monarca, cuya poderosa personalidad impone respeto a propios y extraños. Servíos expresar también, señor Embajador, que la política de amor y de concordia que traduce el acto de S. M., ha impresionado hondamente al pueblo mexicano, que considera que la fraterni-

<sup>7</sup> Véase su discurso en la citada *Memoria*.

dad entre los Estados, es prenda de progreso, porque está fundada en la justicia. No extrañéis, señor Embajador, que así me exprese. Traduzco una impresión que considero exacta y efectiva.

¿Y Humboldt? –se preguntará el lector–, ¿qué papel representa entre estos sobreentendidos y entre estas finezas y cortesías diplomáticas? Si aquel acto inaugural, a pesar del brillante concurso nacional y extranjero, no era *oficial*, de acuerdo con el programa guía del centenario, ¿por qué no ceñirse al tema de Humboldt y a los inciensos y loas acostumbrados en casos tales, en lugar de dedicarse a bordar sutilezas políticas internacionales? Humboldt, dijimos páginas atrás y repetimos aquí, era el magnífico pretexto que permitía, al amparo de su nombre, estrechar relaciones y hacerlas oficiosamente públicas sin temor a sumirlas en el tembladero de la diplomacia. Es verdad que durante las fiestas de centenario se pronunciaron muchos discursos y se descubrieron otras tantas estatuas; pero ninguna inauguración alcanzó el consenso popular, hay que decirlo, como la de la tarde del 13 de septiembre de 1910. La germanofilia del gobierno y del pueblo de México en 1910 es patente y en el jardín de San Agustín se yergue todavía la estatua de Humboldt, más como prueba de unas aspiraciones internacionales frustradas que como testimonio de los vínculos culturales entre las dos naciones por la época del Centenario. No fueron la sombra o el recuerdo de Humboldt ni el agradecimiento mexicano, ni la generosidad alemana los que erigieron la estatua al héroe, y nos lo prueba don Francisco Sosa cuando nos refiere que el emperador Guillermo II, encontrándose indeciso entre elegir una estatua en honor de Gutenberg u otra en enaltecimiento de Humboldt, decidió se esculpiese la del segundo “porque éste amó con predilección a México, y es aquí por todos reverenciado”, aunque no ignoraba, según escribe Sosa, “que el prodigioso invento del primero fue utilizado en México antes que en ningún otro de los pueblos de Hispanoamérica”. Es decir, no es la idea (Humboldt) la que decide a Alemania a regalar la estatua, sino que es la realidad de las relaciones políticas internacionales entre Alemania y México, la que determina *a priori* levantar una estatua en México y la que dispone *a posteriori* que represente, entre los dos personajes posibles a elegir, a Humboldt.<sup>8</sup>

8 Pereyra escribe que la idea de erigir la estatua fue cosa del señor Salado Álvarez, y que el emperador alemán, enterado del proyecto, decidió costear la estatua (*op. cit.*, p. 85).

## El punto de vista de Francisco Sosa

Antes de la ceremonia de la develación de la estatua tuvo lugar en el gran salón de lecturas de la Biblioteca Nacional un breve acto conmemorativo, en el que el director de la misma, sobre el estrado levantado bajo el símbolo de Cronos, leyó un interesante discurso. Éste lo construye Sosa con los materiales y con la orientación manifiesta que encierra el Boletín de 1869. El *Boletín* de Sosa de 1910 está inspirado en el de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1869); pero no alcanza ni con mucho las excelencias literarias y filosóficas de su modelo, cosa que el mismo orador admitirá. Él está solo, no tiene a su lado dos personalidades tan vigorosas como Barreda y Ramírez, y como no es tonto tampoco se le escapa la intención verdadera que persiguen ahora los actores de la nueva sesión convocada so capa de inaugurar la estatua de Humboldt en el gracioso jardincillo. El homenaje alemán no estaba dedicado a su compatriota, ni siquiera al pueblo de México, como reza la inscripción del pedestal; el homenaje estaba consagrado real y verdaderamente a don Porfirio. Los fotógrafos del centenario lo comprendieron muy bien, y en particular el de *El Imparcial*, que recogió la escena culminante en la que los actores principales prodigan sus *poses* monumentales, en tanto que allá por arriba, traslúcida y medio borrosa se ve parte de la estatua del pobre Humboldt completando simplemente la decoración del fondo.

Comienza Sosa su discurso utilizando la misma apertura que empleó “el Nigromante”: él no venía a tomar la medida del héroe, sino a ofrecerle incienso.<sup>9</sup> Aclara que su disertación no va a ser académica ni teórica, tampoco analítica ni doctrinaria, sino generalizadora y sintética, con lo que espera no producir el cansancio y el tedio de los que solamente aspiran a la distracción pasajera y fugitiva. Sosa comprendió que la ocasión, la concurrencia oropeltesca y diplomática, y el aire todo aparentemente solemne del festejo no eran los más a propósito para discurrir con mucha hondura. Su oración recoge los tópicos usuales sobre Humboldt, y de esta suerte los dones espirituales del barón van sirviéndole de comparación con los accidentes más ingentes y extraordinarios de la geografía del Nuevo Mundo. Glosa también Sosa lo ya dicho por otros, en general lo expresado por los cuatro oradores de 1869, y singularmente lo manifestado por Bustamante. Admite que el mejor homenaje

<sup>9</sup> Sosa, *Discurso* (Bibliografía).

que podía tributarse a Humboldt es el de nuestra gratitud y añade que los trabajos de 1869 no habían sido ni podrían ser superados: tales estudios formaban y formarían siempre la más preciada corona de inmortales depositada por México en el templo de la gloria de un sabio. Para su coeto acaso pudo pensar que tocante a la calidad intelectual del auditorio, el que tenía por delante dejaba, en general, bastante que desear.

Como Sosa es un intelectual honesto no podía, no quería quedarse en el mero comentario de las ideas ya analizadas del Boletín de 1869; él deseaba honradamente añadir algo de su propia cosecha; tenía que recrear, en suma, su propia imagen de Humboldt. Lo que se destaca en éste, según él piensa, es su noble *formación moral* que posee un valor semejante a la *fisonomía científica* estudiada por otros. El acento interpretativo de Sosa recae sobre la ética del personaje, altruista sumo para todo el mundo y hombre digno hasta el extremo de alejarse de su soberano antes de que sus convicciones más profundas chocasen o hiriesen las de éste. Sosa alude aquí con complacencia al espíritu liberal que siempre cargo consigo el noble sabio.

Realiza también Sosa la defensa de Humboldt contra los ataques que, provenientes de los grupos pietistas alemanes, habían emponzoñado la memoria del gran hombre. A Sosa le irritaba la falsa piedad de los que le reprochaban al gigante intelectual que no se acercaba al cielo por la oración (por la rezandería, puntualiza); pero a Sosa le parece, por el contrario que Humboldt sí se elevaba hasta su Creador; empero por la vía de la más pura y limpia oración jamás pronunciada por nadie, la que se encuentra en las sublimes páginas de sus obras y en la comunión constante del sabio con la naturaleza, como explorador del cielo y de la tierra. Sosa, con resuelta convicción deísta afirma que Humboldt “no necesitaba vivir envuelto en las nubes del incienso de las viejas catedrales, ni repetir automáticamente las plegarias de los pietistas para acercarse a Dios y pedirle perdón por haberse hecho sacerdote, ¡qué digo! –añade–, pontífice máximo de la ciencia”. Su Humboldt adora a Dios, pero lo adora como lo hacían los hombres de conformación positivista, “en espíritu y en verdad”; es decir negándole científicamente toda trascendencia. Humboldt revela la grandeza del Eterno, escribe Sosa, no por medio de las “trilladas frases que todos los papagayos llegan a aprender y repetir con aburridora insistencia”. “Sus meditaciones en las cimas del Himalaya y del Chimborazo llegaron al cielo antes que los rezos de los míseros mortales, que se arrastran como las orugas sobre el haz de la tierra.” De acuerdo con

estos pensamientos, el Humboldt de Sosa se nos perfila claramente como un sacerdote de un nuevo culto, en el que la meditación científica ha reemplazado a la vulgar y anticuada plegaria. Si este nuevo culto en el que piensa Sosa no es el de “la religión de la humanidad”, cuando menos está inspirado en él. Sosa, situado él mismo en este momento en la línea del progreso científico positivista, tenía por fuerza que colocar a su héroe en un plano que fuese paralelo a la de su propia visión del mundo.

### La *Memoria científica* de 1910

No nos toca referirnos al contenido científico de los diez trabajos que forman esta obra; mas sí conviene decir que, por lo que se refiere a México, los señores Ernesto Wittich y Hermann Beyer, que concibieron la idea de la memoria, pudieron en buena parte llevarla a cabo gracias al “valiosísimo auxilio” –como ellos aclaran– de los principales historiadores, arqueólogos, naturalistas, geólogos e ingenieros mexicanos de entonces. Estos auxilios, aunque importantes, fueron de revisión de textos y de selección y entrega de material gráfico; mas lo que nos importa en nuestro caso no es tanto el alcance cuantitativo y cualitativo de la colaboración, sino lo que ella significa como obra científica típicamente alemana publicada y traducida en México, y expresión por lo mismo de una conciencia espiritual en torno a una realidad histórica como la nuestra. La Alemania intelectual rinde cuentas de su preocupación por México, y es ciertamente un haber valioso; pero éste, con todo, no hubiera sido tan favorable si la colonia alemana de entonces no hubiera contribuido poderosamente a la edición, y si el encargado de negocios, el barón Hartmann de Richthofen, y el cónsul general alemán, doctor F. C. Rieloff, no hubiesen prestado también su apoyo: nuestra deuda de gratitud es, pues, completa.

Al final de los diez trabajos científicos que constituyen la obra se imprime el discurso que leyó el doctor Wittich en el acto de hacer entrega de la *Memoria científica* al presidente de la república, y al embajador especial de S. M. el emperador de Alemania, aquella misma tarde del 13 de septiembre de 1910 en que se inauguró la estatua de Humboldt. El doctor Wittich presenta a Humboldt como un héroe prometeico revelador de México, previsor del porvenir histórico, soberano en el reino de las ideas, alemán de origen, ciudadano de dos continentes y maestro del mundo entero. La *tierra mexicana* tuvo el privilegio de revelar al genio de Humboldt las más trascendentales verdades que

rigen al cosmos; de aquí que el viajero inmortal sea merecedor en México, en justa compensación, de una extraordinaria veneración, y de que su memoria se haya conservado como la de los grandes acontecimientos históricos.

Humboldt es también el Colón de la Edad Moderna; pero es un sabio que, a diferencia de los medievales, no es especulativo, porque la observación y la experiencia fueron para él las condiciones del conocimiento y la base para sus grandísimas investigaciones. Planteada así la *novedad* que representa Humboldt, Wittich estudia la labor del mismo sobre el campo de la naturaleza moral; nadie como el sabio alcanzó un juicio tan claro como el que él se formó de México y de sus habitantes a principios del siglo XIX; para él quedó bien clara la situación social, se le revelaron los misterios del porvenir y previó por tanto la Independencia. Humboldt comprendió, añade Wittich, que el peligro mayor de México lo constituía la “incuria de los gobernantes, que, desconociendo las leyes del progreso, ahogan la libertad para producir la desesperación y, como consecuencia, la revolución que destruye, pero que en seguida reconstruye sobre bases más amplias y más sólidas”. Y añade además el orador: “Los sucesos históricos vinieron a comprobar la exactitud de estas observaciones”. A continuación realiza el estudio del trabajo de Humboldt en el mundo físico; es decir, el análisis de sus méritos científicos, de los cuales dos, afirma Wittich, merecen el reconocimiento del pueblo mexicano: las consideraciones geográfico-físicas y las geográfico-políticas. Podemos concluir, escribe Wittich, “que desde la venida de Humboldt empezó México a llamar la atención del mundo científico entero”. Humboldt es asimismo el digno maestro y guía de los alemanes en sus andanzas por México y es también el primer “científico” del país; él les enseñó a admirar el cielo azul mexicano, a valorar la hospitalidad, la caballerosidad, el patriotismo y el valor de sus hombres, así como la dulzura y la gracia de las mujeres mexicanas. La herencia intelectual de Humboldt la comparten por igual alemanes y mexicanos, y él, Wittich, y los demás autores de la memoria se declaran humildemente discípulos que procuran seguir las huellas del gran sabio.

## El brindis del dictador

Al día siguiente, el 14, la colonia alemana dio un banquete en honor del presidente Díaz, y en llegando a los postres se levantó don Porfirio para brindar él primero, y dijo:

Este artístico monumento [se refiere a la estatua], será siempre el símbolo de las cordiales relaciones entre nuestros respectivos países, y será además un motivo de simpatía para el noble pueblo alemán, pues la peregrinación del barón de Humboldt por el territorio mexicano lo ha hecho acreedor, desde hace cerca de un siglo, a nuestras consideraciones, ya dándole el título de ciudadano del Estado de México, ya ordenando que una ciudad de Tehuantepec lleve su nombre, ya declarándolo Benemérito de México, ya colmándolo, como bandera de prestigio, con el título de sociedades científicas y ya dando su nombre a algunas de las principales calles de esta capital. Los honores han sido justos por la noble labor científica del ilustre barón de Humboldt; por su estudio de las riquezas naturales de nuestros valles, ríos, lagos y montañas, fijando sus alturas con admirable precisión sobre el nivel del mar, y haciendo justo elogio de las riquezas minerales que tanto llamaron su atención al ascender hasta los lugares mis elevados de la Sierra Madre. Su obra *Ensayo político sobre la Nueva España* es un monumento.

Para esta capital tuvo la galantería de llamarla “la Ciudad de los Palacios”, y esta misma ciudad se honra en estos momentos al recibir su estatua, como expresión de amistad del imperial gobierno alemán, en los días de gloria en que México celebra con entusiasmo el Centenario de su Independencia.

Señor embajador, señores: brindo por la salud de su majestad Guillermo II, augusto emperador de Alemania y rey de Prusia.<sup>10</sup>

Este banquete no era tampoco oficial ni estaba, por cierto, programado en la guía del centenario; pero la presencia del jefe de la nación era más que suficiente para acordarle un significado especial. Este texto es el único documento histórico que poseemos sobre la idea que se había hecho el presidente de Humboldt. Pone por delante, según se ve, y con poquísimo tacto, los honores que México había tributado al héroe, y ni siquiera le preocupa pensar que él, que llevaba ya gobernando cosa de treinta años, todavía no había contribuido ni poco ni mucho personalmente a la memoria del barón hasta aquel momento, y, naturalmente, hasta el del día anterior, inauguración de la estatua, en donde tuvo que actuar como obligado figurón. Además, si hubiese te-

10 Brindis del día 14 de septiembre de 1910. Véase *El Imparcial*, 15 de septiembre de 1910.

nido la curiosidad o cuando menos la precaución de mirar la *Memoria científica* que el día antes le habían regalado, hubiese comprobado que la mayor parte de los honores y conmemoraciones habrían quedado en meros proyectos. ¿Ignoraba acaso el presidente, que en Tehuantepec no se había fundado aún la ciudad Humboldt ordenada por el decreto de Comonfort? Si uno se pregunta por qué no decretó don Porfirio que el grupo de *científicos* que le rodeaba ordenase a su vez una decorosa edición mexicana del *Ensayo*, la única respuesta posible será pensar que tal proyecto nos indicaría que existió una verdadera preocupación intelectual por Humboldt, que fue precisamente la que no hubo durante la famosa celebración de las fiestas del centenario. Humboldt se nos aparece por ende como un buen comodín para estrechar los lazos político-económicos con Alemania y como una excusa inmejorable para exhibirse en las fotos de los periódicos y revistas. Empero del Humboldt auténtico y de lo que significó (y aún significa) su mensaje mexicanista, pocos, muy pocos fueron los que se acordaron, porque en definitiva se creyó optimista, pero falsamente, que los problemas planteados antaño por Humboldt en su obra habían sido ya totalmente superados. Ocho años antes del centenario, en el *México, su evolución social*, otro trabajo (histórico-sociológico) en equipo, dirigido esta vez por Justo Sierra, el espacio que se le da a Humboldt es ruín. Sólo se dice que “en la constitución de la ciencia positiva en México desempeña un papel notable un extranjero notable: el barón de Humboldt”.<sup>11</sup> Para estos *científicos* la obra del notable extranjero refleja únicamente un punto de la evolución social ya superada, y pues ellos, como buenos sociólogos, persiguiendo las normas generales de la historia no reparan ya en hechos que pertenecen a la prehistoria social evolucionista; es decir, no les interesa mayormente la historia política contada por Humboldt en su *Ensayo*, aunque a veces ciertamente la aprovechan.

En la segunda parte del brindis reconoce el ilustre comensal la justicia de los honores acordados a Humboldt a cuenta del *Ensayo*, y en la tercera le satisface proclamar la galantería que tuvo Humboldt al llamar “Ciudad de los Palacios” a la capital de la nación. Hoy sabemos que Humboldt jamás escribió tal título y, por consiguiente, que don Porfirio erraba, como erraba entonces

11 T. I, v. 2, p. 442. Por supuesto en el tomo segundo Justo Sierra utiliza las ideas de Humboldt y los datos de éste, aunque de pasada, para estructurar la parte correspondiente a la historia política de México (Insurgencia).

la mayor parte de la gente a este respecto, supuesto que la famosa expresión que ha dado la vuelta al mundo, fue acuñada, según ha demostrado Valle Arizpe, por el viajero inglés José Latrobe.

## Un Humboldt cristiano

Para 1919 la gran marejada revolucionaria que azotaba el país desde fines del año de 1910 (lo que comprueba que la celebración de la famosa fiesta del centenario había sido la última máscara risueña de un régimen archipodrido, que intentó capitalizar para sí un festejo que era real y verdaderamente de todo el pueblo mexicano), iba cediendo lentamente su violencia; aunque a veces soplaban ráfagas esporádicas de ambiciones desordenadas en las que peligraban no sólo las nuevas instituciones que al fragor de la lucha revolucionaria se iban forjando, sino también los hombres que las representaban y defendían. Para 1919, decimos, el problema político más serio era el de la sucesión presidencial. Cada grupo, de los tres que contendían (carrancista, obregonista y gonzalista), sostenía su respectiva candidatura: Bonilla, Obregón y Pablo González. A pesar de estas dificultades o, por mejor decir, contando con ellas, el 13 de septiembre de dicho año, en el viejo salón de actos de la Escuela de Minería, el mismo donde reiteradamente se han oído discursos y loas en honor de Alejandro de Humboldt, y pues el mismo donde las lumbreras de 1869 invocaron subjetivamente (positivamente) a Humboldt, el profesor Alberto María Carreño, montado sobre la venerable tribuna, dio lectura a su discurso sobre el genial barón. La respetable Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y la Sociedad Científica Antonio Alzate sumaban sus esfuerzos intelectuales para dar resonancia a la velada, pese a que las circunstancias políticas no eran las más apropiadas para celebrar el 150 aniversario del natalicio de Humboldt. Honra pues al orador y a las dos sociedades científicas mantenedoras del acto, el hecho de que se preocuparan en tributar dicho homenaje en una época en que sólo muy pocas personas podían estar interesadas en semejante conmemoración. No espere ciertamente el lector encontrar un Humboldt revolucionario, como hubiera convenido a los nuevos tiempos; el orador no era de esa fibra y su discurso, de corte tradicional, no transparenta ningún desasosiego por las inquietudes del momento; es un discurso *au-dessus de la mêlée*.

En el encabezado del discurso impreso de Carreño se copian sendos párrafos del de Barreda y del de Sosa:<sup>12</sup> del segundo la comparación retórica del genio con la geografía exúbera del continente americano; del primero aquello de que Humboldt “supo inmortalizarse consagrando su larga vida al servicio de la humanidad”. Comienza el orador partiendo del pie conceptual que le proporciona el parrafillo de Barreda, y comenta además lo que éste dijera en relación con el deseo de los hombres de perpetuar la memoria de los acontecimientos más notables así de un pueblo como de un héroe. Carreño, que no comulga con el sentido subjetivo positivista con que Barreda se expresaba sobre tales monumentos conmemorativos, imagina que éste se refería a monumentos materiales, y por tanto, previendo juiciosamente que el tiempo los consume todos, piensa que los monumentos más dignos e impercederos son los que se levantan del “*amor tradicional* que los padres transmiten a los hijos y los hijos a los nietos” y por lo mismo que Humboldt es uno de esos hombres merecedores de tan maravillosa conmemoración.

El programa que se apresta a exponer el orador es bien sencillo: quiere en primer término agregar un nuevo florón en los corazones mexicanos en honor del “sabio insigne” y del “viajero notable” que, “enamorado de la obra grandiosísima de Dios, la escudriñó paciente y la analizó sagaz, dejándonos como legado de incomparable valor el resultado de sus meditaciones y de sus vigiliass”. Esta declaración no es ociosa, no solamente porque Carreño era entonces y lo sigue siendo hoy un profundo creyente católico, sino porque en este punto su discurso es un contradiscurso o réplica velada frente a la postura deísta de su amigo y maestro Sosa. En segundo lugar, Carreño se propone recordar detalles aislados (anécdotas intelectuales del viajero) de Alejandro de Humboldt en su paso por la Nueva España; desea llamar la atención sobre la estima que los españoles (europeos y criollos) tuvieron por el sabio, y quiere por último analizar un aspecto poco estudiado de la vida del barón: “su psicología, tal como podemos descubrirla a través de sus obras, a través de sus cartas íntimas”. Confesamos que al llegar aquí nos quedamos asombrados, porque el programa era tentador si, como presumimos por un momento, Carreño se iba a atrever a hablarnos del hombre, de las cartas íntimas de Humboldt de acuerdo con la naturaleza de las mismas revelada por Alberto

12 Carreño, *op. cit.* Existe además de la impresión de 1919 la de 1922, *Memoria de la Sociedad de Alzate*, t. 30, p. 527-561.

Leitzman en 1915 y 1919. Pero Carreño no iba por ahí y él sólo se proponía hablar del altruismo, de la generosidad, de la bondad, del desinterés, de la modestia, de la sencillez de carácter y vida del noble barón que revelan las otras cartas editadas por el doctor Hamy; es decir, hablarnos de Alejandro de Humboldt el Bueno. A Carreño más que la figura del sabio, lo que le encanta es la ecuanimidad y sencillez aristocrática del hombre; “porque ¡la sabiduría –comenta– puede adquirirse; pero la nobleza del alma es don del cielo!”: Humboldt es así el ideal que se sueña a sí mismo el buenazo de Carreño. Las cualidades morales con que Carreño adorna justicieramente a su héroe son las mismas o parecidas, adjetivamente, a las que utilizó Sosa para engalanar el suyo; mas la diferencia estriba en que en tanto que la moral analizada por Carreño nos remite al fondo trascendental cristiano de la misma, la de Sosa nos descubre su filiación inmanente. La lección de Humboldt, que es también la de su orador, va apuntada contra los “hombres hinchados de soberbia, que creen sobreponerse a los demás con vanos alardes de lujo, de mando o de saber”. Para enseñanza de tales hombres presuntuosos, el propio discurso de Carreño se intitula significativamente *Federico Alejandro, barón de Humboldt*, contrariando a posta la propia voluntad de Humboldt, que no quería que su título de nobleza se pusiese en la portada de sus libros, y que aconsejaba que en el texto se imprimiese, si acaso, sólo una vez.

Como Carreño no está empeñado en procesar al régimen colonial como lo estuvo don Ignacio Ramírez, quien utilizaba como argumento los que él sacara de Humboldt, es el primer mexicano que recoge con positiva satisfacción las declaraciones del viajero en el *Ensayo*, referentes a la cultura y administración del régimen novohispano. Carreño asienta que gracias a la actitud comprensiva del virrey (Revillagigedo), del arzobispo (Lizana y Beaumont) y del provisor del arzobispado (Fonte) pudo Humboldt adquirir “datos valiosísimos [sobre] el gobierno civil y militar de la colonia”. Según Carreño, Humboldt utilizó también el famoso informe de Revillagigedo y los datos estadísticos de toda la Nueva España: El “resultado de este esfuerzo colectivo serán las *Tablas geográfico-políticas del reino de la Nueva España* en el año de 1803, que constituyen el germen que se convertirá mas tarde en el *Ensayo político sobre la Nueva España*”. Nos relata también en su discurso el respeto y el reconocimiento expreso que tuvo Humboldt de la obra de los sabios y artistas novohispanos, así como las gratas maneras con que acogía a los viajeros mexicanos que le visitaban, por ejemplo a los militares Vicente Antigora y Bruno Aguilar;

si bien nos extraña que Carreño pase por alto la entrevista cordial de José Fernando Ramírez con Humboldt en 1855.

Frente a la censura de Humboldt contra la religión católica, que en la Nueva España en lugar de favorecer a los indios se vio envilecida al recibir los religiosos encomiendas y esclavos, opone Carreño el aplauso del mismo Humboldt por la misión augusta desempeñada por los religiosos a favor de la raza indígena. “Y si el etnólogo –añade Carreño– endereza sus reproches a los españoles encargados del gobierno de los indios, vitupera con acritud a los indios que son los peores enemigos de su raza cuando escalan el poder.” Carreño revela así su ingenua concepción judicial de la historia, tan cara al siglo XIX y aun a lo que corre del XX, que consiste en su caso en oponer Humboldt a Humboldt para anular o cuando menos empatar el juicio histórico, y, por tanto, dejarlo en suspenso: tal en el ejemplo de Cortés. Carreño incurre en el mismo error que don Porfirio, al creer que fue Humboldt el que acuñó la célebre frase encomiástica sobre la ciudad; pero le perdonamos este pecadillo a cambio de esta tan inconcusa cuanto mexicana y poética verdad: las ligas de Humboldt con México “habrán de perdurar lo que las nieves perpetuas en las cimas de nuestros volcanes, lo que las ondas agitadas en nuestros mares, lo que la luz radiante y esplendorosa con nuestro incomparable cielo azul”.

Termina Carreño su discurso como conviene a un prudente creyente, imaginando a Humboldt situado en “un mundo mejor que el nuestro” –el cielo sin duda–, contemplando desde allí –desde lo alto a no dudar–, a los sucesores de los sabios novohispanos reunidos en aquel viejo salón, y sintiéndose por lo mismo satisfecho no tanto por el homenaje que se le rendía, sino porque se lo rendía el México que tanto amó y que a través del tiempo había podido complacer algunos de sus más nobles deseos de sabio. Frente al Humboldt deísta de Sosa, Carreño erige, fallidamente, su Humboldt cristiano que incluso goza ya del cielo.

El autor celebrado, su obra en el olvido.  
El Humboldt defensor de la hispanidad

Posterior al discurso de Carreño es la obra de Carlos Pereyra, *Humboldt en América*, publicada en Madrid, sin fecha, por la editorial que dirigía el ilustre venezolano Ruffino Blanco Fombona, con el que se puso en contacto el desterrado desde su arribo a Madrid en 1915. En seguida acusa la lectura de esta

obra al historiador de oficio; sus 275 páginas de texto son las primeras y las únicas mexicanas pensadas y escritas para dar con ellas una visión de Humboldt. Pereyra, que se encuentra en la villa y corte por circunstancias de orden político, y en la que vivirá hasta su muerte en 1942, de cierta manera revive la aventura humboldtiana, y escribiendo sobre el aventurero itinerario del ilustre viajero alemán, viaja él también en espíritu por la América del Sur y sueña con su querido y nostálgico México: libro incitatorio y no erudito, histórico y no especialmente científico. Se acerca nuestro historiador a la obra de Humboldt atraído por el encanto literario de las descripciones de la naturaleza tropical americana y por las reseñas de las sociedades humanas con las que convivió Humboldt a su paso por América; pero él no se propone reproducir tales emociones, sino llevar a cabo algo más modesto y dentro de sus posibilidades. Pereyra considera que como la figura de Humboldt resulta excepcional para la América española, ésta debería decretar por gratitud y admiración la glorificación del viajero, que para él es “el enamorado caballeresco de América, el admirador romántico de sus paisajes; el huésped simpático de su sociedad y además de esto el geólogo, el naturalista, el geógrafo sobre todo y el genial fundador de la filosofía social en los países americanos”.<sup>13</sup>

Con todo y ser ello muy importante, no es hombre Pereyra que se ponga a meditar sobre Humboldt para repetir o glosar lo que ya otros habían dicho; él quiere escribir en general para la juventud, y como no especifica la de ningún país, hay que entender que lo hace para toda la juventud de lengua española, con lo cual trasciende el historiador su limitación nacional mexicana. Por la vía magistral quiere presentar un *modelo* a dicha juventud; el de un joven, Humboldt, consagrado al bien, a la verdad y a la belleza; programa mucho más ideal y alado que el reseco de la fórmula barrediana: libertad, orden y progreso. Pereyra se nos presenta, pues, en esta obra ya totalmente liberado de sus rezagos positivistas. El Humboldt de Pereyra es ideal; el hombre que el propio historiador hubiese querido ser; héroe desinteresado, donador generoso de obras e ideas; héroe modesto enemigo de los pedestales y de los disfraces oficiales consagrados. “No nos aplasta –escribe Pereyra– con su grandeza, y tuvo el supremo buen gusto de pasar por la vida sin solemnidad”: un programa puro que también en su propia vida cumplió, aunque a medias, el historiador transterrado. Como Humboldt, Pereyra siempre aspiró

<sup>13</sup> Pereyra, p. 8.

a ser un huésped amable; las circunstancias políticas le llevaron, sin embargo, ya hacia el fin de su vida, a ser un huésped resentido. En un punto además diverge radicalmente Pereyra de su modelo, en el generoso liberalismo de éste.

Lo que debía atraer a los americanos, según Pereyra, con exclusión del interés científico que tenga la obra para cada quien, era el hombre mismo: Humboldt, su paso por América, sus recuerdos personales, lo que cargó consigo. El programa de su libro excluye el anecdotario humboldtiano e implica la selección de temas; él se propone “presentar un resumen conciso y fiel de todo lo que en un orden general, fuera de la competencia de los especialistas, realizó el barón Humboldt durante sus viajes por América, y fijar sobre todo los rasgos de las imágenes poéticas que recogió en su espíritu al pasar por los países americanos”. El abordaje de Pereyra es histórico y no científico, aunque a veces, como él mismo aclara, no tenga más remedio que “discutir los resultados científicos de la expedición [de Humboldt], porque es imposible que prescindamos de ellos en absoluto”.<sup>14</sup>

Hay un tema humboldtiano entre otros que preocupa a Pereyra: la pintura moral y cultural hecha por Humboldt de la sociedad americana; retratos que reivindicativamente les presenta el historiador a los europeos altivos y calumniadores. “Europeos –escribe– que nos habéis injuriado y que después de haber comido abundantemente el pan con que os regalamos, volvisteis la espalda para no recordar sino nuestros defectos para inventar en nuestro daño cuando os plugo, leed estas líneas del barón de Humboldt, leedlas y en presencia de su juicio unánime pensad que mientras vuestras obras efímeras han perecido, las de él perdurarán”.<sup>15</sup>

Las críticas de Pereyra no van únicamente contra los calumniadores, sino también contra los incensadores, tan peligrosos o más que los primeros:

Y vosotros también –añade– europeos aduladores, que por granjerías nos elogiáis, recoged vuestra literatura mercenaria que no necesitamos. Habéis defraudado a vuestros editores o habéis sustraído fondos de nuestras arcas públicas a algún gobernador pícaro. Que os aproveche el lucro, si lo hubisteis, y si no, bien merecido el fracaso. Pero pensad también, como los calumniadores, que vuestros libros, carentes de sinceridad, no nos in-

<sup>14</sup> *Op. cit.*, p. 76.

<sup>15</sup> *Op. cit.*, p. 52.

teresan, aunque estén bien escritos, que casi nunca lo están, y que nos asquean por venales.<sup>16</sup>

En su ardoroso afín defensor llega incluso Pereyra, apoyado por supuesto en los textos del gran viajero alemán, a evocarnos y recrearnos la figura de aquel “Humboldt indígena”, el humilde indio guaicure que como guía sirvió a Humboldt y Bonpland en el interior del continente durante 16 meses, y sin el cual los ilustres sabios viajeros no hubieran podido dar un solo paso. Rencoreso, Pereyra se revuelve y escribe a propósito de este significativo ejemplo: “cuántos generales y poetas, presidentes y ministros quisieran un poco del prestigio póstumo de que disfruta Carlos del Pino”.<sup>17</sup> Desde Madrid se levanta, pues, Pereyra para defender América contra las calumnias europeas de siempre; apoyándose en los textos de Humboldt, se sitúa en la misma línea defensiva iniciada por Eguiara y Eguren (1755), mexicano también como él. Pereyra la emprende también contra tales detractores, que escriben sobre un pueblo ignorándolo todo y que no poseen además un firme carácter moral: descalificación por partida doble.

Mas las críticas de Pereyra no se quedan aquí; sus censuras no únicamente alcanzan a los extranjeros sino también a los americanos y españoles que en Iberoamérica y España, respectivamente, han cometido el *crimen* de “creerse desligados de la obligación de conservar el monumento levantado a la cultura humana, por el barón de Humboldt”. Y para que el lector perciba por sí mismo la hondura del crimen, estampa Pereyra las propias declaraciones de Humboldt, que se refieren al contenido del *Ensayo político* y al de las *Vistas de las cordilleras y monumentos*, que son luminosamente reveladoras de la positiva obra de España en América. La catilinaria histórica de Pereyra se dirige a Venezuela, a Colombia, a Ecuador, al Perú, a Cuba, a México y a España: “Tenemos en América, escribe, muchos monumentos y estatuas en honor del barón, pero ¿en dónde están las ediciones monumentales de la obra de Humboldt?”. Existe, prosigue, una *criminal inercia* al respecto; “una de las [obras] más importantes, la *Historia de la geografía del Nuevo Mundo*, que España debería contar entre las obras cuya difusión exige el patriotismo, ha sido

<sup>16</sup> *Op. cit.*, p. 53.

<sup>17</sup> *Op. cit.*, p. 112.

objeto de una impía mutilación, en que el impudor de los editores llegó hasta la adulteración del título”.<sup>18</sup>

Por lo dicho ya podemos colegir cual es el interés patriótico, hispanoamericano de Pereyra, que utiliza a Humboldt contra los otros y contra nosotros mismos. La solución para nuestro descrédito colectivo y para nuestra propia abulia histórica consistía en la edición de la obra total de Humboldt, una tarea que todavía no ha podido realizarse. Pereyra criticaba a los gobiernos americanos y al de España porque no habían realizado semejante empresa editorial. Él asienta firme y entusiastamente, seguro de la saludable repercusión interior y exterior, “que las obras de Humboldt merecen y esperan la reproducción facsimilar de las primeras ediciones, la anotación erudita, la abreviación inteligente en pequeños volúmenes de vulgarización, y todo en fin lo que hacen para honrar a un gran hombre los países deseosos de sustraerse a la barbarie de la riqueza estulta o a la barbarie de las agitaciones fratricidas”.<sup>19</sup>

El conocimiento de Humboldt mediante las ediciones eruditas y populares de su obra, significa lograr junto al acrisolamiento la regeneración; es decir la salvación moderna de Hispanoamérica y de España. Nuestra historiografía tiene que hacer lugar a la obra humboldtiana, mendiga hasta entonces de nuestra historia. Todavía España e Hispanoamérica no habían pagado la deuda editorial contraída con la obra del barón; en lugar, pues, de levantar monumentos públicos en su honor, Pereyra quiere terminar con nuestra indigencia histórica. La obra de Humboldt debía ser editada íntegramente, porque con ella nos reincorporaríamos a la historia universal. En vez del Humboldt científico, positivo y revelador, un Humboldt reivindicador y justiciero. El mensaje hispanoamericanista de Pereyra, dado por la década de los veinte desde Madrid, vale tanto o acaso más que el ibérico de Unamuno o el europeizante de Ortega y Gasset; cuando menos tiene a su favor una programación histórica redentora y científicamente utilitaria, que traspasa el simple objetivo nacional y presupone la reanudación de una historia futura fundada en el estudio del pasado común. Pereyra presentaba un programa de acción, un quehacer multinacional galvanizador de las energías dispersas; precisamente el programa que el Diógenes madrileño buscaba inútilmente. Para España en

<sup>18</sup> *Op. cit.*, p. 86.

<sup>19</sup> *Idem.*

particular, el conocimiento de Humboldt sería la mejor defensa de su obra americana; pero leamos mejor lo que el propio Pereyra escribe sobre este punto:

¿Y que diré de España? Este pueblo más que ningún otro, a pesar de la emancipación americana, o precisamente por la emancipación americana, debió haber buscado desde hace mucho tiempo los libros de Humboldt como título preferente de su reivindicación histórica, en el único sentido posible que puede tener esta palabra en nuestro tiempo; a saber, el estudio de lo que contiene de noble y duradero el pasado común, si hemos de reanudarlo en una coordinación de esfuerzos vigorosos y fraternales.<sup>20</sup>

Humboldt es el instrumento intelectual que arbitra Pereyra para rescatar América, re-ganar su México y ganar (¿por qué no?) su España. Para Pereyra el *Ensayo político* es una obra esencial no únicamente para México, sino también fundamentalmente para toda la América Española. Es “la obra maestra y la más profunda que se haya escrito sobre la colonización española, que figura entre los libros más conocidos por su fama que conocidos aun de vista. Cuántos son los hombres de estudio que poseen un ejemplar en español del *Ensayo*?”. Mas el mensaje requisitorio de Pereyra no se queda aquí; con sarcasmo continúa escribiendo de la manera siguiente: “Este libro se lee más en Alemania que en Inglaterra; más en Inglaterra que en los Estados Unidos; más en los Estados Unidos que en Francia”. En la América Española se lee menos el libro de Humboldt que en Europa. Y en España, ¿quién lee en España al barón de Humboldt?<sup>21</sup> Nadie efectivamente, ni siquiera Ortega; nadie salvo un poco menos que desconocido historiador mexicano, Carlos Pereyra, con quien era fácil tropezarse casi todas las mañanas en la Biblioteca Nacional y en las tardes en la del famoso Ateneo matritense.

Pereyra se complace en su obra en comentar aquellos pasajes de Humboldt en los cuales el docto e intrépido viajero alemán hablaba complacido de la hospitalidad del hombre hispánico, de la sencillez del trato por dondequiera que fue y de la calidad científica de algunos de los sabios con los que tuvo que

<sup>20</sup> *Op. cit.*, p. 80.

<sup>21</sup> *Op. cit.*, p. 88.

relacionarse en su tránsito americano: Del Pozo, Mutis, Unánue, Cisneros, Del Río, Elhuyar, Cervantes, etcétera. Pereyra es un historiador que no por hacer justicia a los méritos científicos del barón comete entuertos; antes bien está interesado en hacer resaltar el fondo científico informativo iberoamericano que permitió el éxito extraordinario del estudioso viajero. De la propia obra de Humboldt recoge aquellas declaraciones donde éste aplaude la hábil labor administrativa del virrey Revillagigedo, que hizo posible el beneficio científico de los riquísimos materiales documentales acumulados en los archivos o mandados expofeso a hacer. Como lo pensó también Carreño, Pereyra está seguro que “algún día se escribirá puntualmente, y será un acto de justicia, lo que debe Humboldt a Revillagigedo”; también lo que debió a los informes de Abad y Queipo y a los de fray Antonio de San Miguel.

Pereyra alaba asimismo los valores literarios de Humboldt, el exquisito amigo de la “verdad y la belleza”. Le llama extraordinariamente la atención el retrato literario que Humboldt hace del padre Las Casas, y lo utiliza a su vez para personificar al barón. El estilo de Las Casas y de Humboldt “es la expresión del carácter, el reflejo de la parte íntima”; estilo vital, no composición artificial. A pesar de la coincidencia en este punto, Pereyra destaca lo que diferencia a estos dos grandes hombres y apasionados viajeros: la imaginación de Humboldt no es seca y no se limita, como la del padre Las Casas, a dos o tres ideas fecundas. Humboldt se impone la autocensura para no decir muchas cosas a la vez ni decir demasiado; para no decir tampoco lo inoportuno y para no utilizar sino el número de palabras indispensables y, no tolerar sino aquellas que no rompan el ritmo de la expresión.<sup>22</sup> El problema que se ventila aquí es estilístico, mas Pereyra lo aprovecha para dar su lanzazo crítico-histórico al padre Las Casas.

La prosa de Humboldt es también equilibrada y bella, está puesta al servicio de la verdad y no del alegato partidista, como conviene a un héroe en el cual ve Pereyra, en oposición a Las Casas, el defensor máximo de la obra de España en América. Como lo exigían los retóricos clásicos, la verdad lo es tanto más cuanto mejor y más bellamente esté expresada, una razón que conoce Pereyra y que percibe especialmente en el estilo poético que invade al *Cosmos*, cuyo objeto descriptivo consiste en “comunicar al lector el sentimiento de la sublimidad”. Humboldt es así un poeta transfigurado, visionario,

<sup>22</sup> *Op. cit.*, p. 95-96.

cuyas *descripciones* son como los grandes temas sinfónicos de Beethoven, a quien se parece el barón según Pereyra.

En suma –concluye– tendencia a ver en grande –cósmicamente– los aspectos de la naturaleza, completando la impresión directa de la realidad con la visión imaginativa de los grandes conjuntos derivado del conocimiento científico; expresión artística de esta masa total de ideas transformadas en impresiones emocionantes. Este modo de considerar el mundo da al estilo una serenidad y a la cláusula un ritmo que recuerda las páginas de las grandes cosmogonías.<sup>23</sup>

## Nueva utilización diplomática

El 16 de noviembre de 1937, el barón Rudt de Collenberg, ministro de la Alemania nazi en el México postrevolucionario del presidente Lázaro Cárdenas, dio lectura en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística a una interesante conferencia que intituló así: *México y Alemania, sus relaciones culturales, económicas y diplomáticas a través de los siglos*. Lo que de esta conferencia es motivo de nuestra preocupación, se refiere lógicamente a lo expresado por el conferenciante en relación con Humboldt.

Collenberg aclara que el tiempo de que él disponía no le podía permitir dar más detalles sobre la vida de Humboldt que los utilizados habitualmente, y que, por tanto, la brevedad del tiempo le impedía asimismo resaltar la importancia de Humboldt para la ciencia o referirse a la fama del viajero como un *Segundo Descubridor de América*; obligada comparación que, como hemos visto, se repite diligentemente entre los comentaristas, poniendo de manifiesto la idea de un Colón, descubridor físico del mundo americano, y de un Humboldt descubridor del mundo científico, con lo que dejan en entredicho los tres siglos (ahistóricos) de la etapa colonial. El embajador alemán utiliza también la figura de Humboldt para estrechar los lazos de amistad germano-mexicanos, e imagina para tal objeto que el genio protector se alzaba amorosamente cobijando a México y a Alemania, en el momento en que las dos naciones se disponían a expresarse su mutua simpatía: el lenguaje así como la intención son los mismos de 1910.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, p. 17.

Para el orador, Humboldt fue el precursor de los tiempos modernos y por lo mismo el precursor de las relaciones entre ambas naciones; fue además el que despertó el interés alemán por México, al que el propio Goethe no fue incluso ajeno.<sup>24</sup> Humboldt contribuía así a destruir el “absurdo prejuicio” levantado contra las naciones de ascendencia hispánica, “ibérica”, escribe el embajador, y abría las puertas de México a los científicos y mineros alemanes. La propia Universidad de Bonn daba entrada en sus planes de estudio a los asuntos mexicanos, señalando así los rumbos respectivos a hombres como Burkart, Nöggerath, Gerolt, etcétera. A consecuencia también del genio protector (Humboldt) se estableció la primera explotación minera alemana en México y se efectuaron las primeras transacciones comerciales.

El conferenciante, en llegando aquí, reconoce sinceramente que toda su información la debía a su consejero, el señor Guillermo Pferdekampf, quien desde entonces preparaba lo que sería (o que ya es) su obra definitiva sobre México: *Mexiko deutsche in der Nachfolge Humboldts*, y nos adelanta además que dicha obra sería traducida al español para provecho de México. El orador terminó su discurso con esta inaudita y satisfactoria noticia: que a partir de la obra de Humboldt sobre México habían aparecido en Alemania más de tres libros cada año relativos a nuestra nación.<sup>25</sup>

El discurso del barón de Collenberg, por lo que puede deducirse, fue bastante prudente, y aunque enfocó sus ideas con vista a la propaganda alemana, no convirtió por fortuna la noble figura del barón Alejandro de Humboldt en una vulgar trompeta reclamista del III Reich.

Al año siguiente, el día 5 de abril, la misma ilustre Sociedad Mexicana, movida por el legítimo empeño de honrar una vez más a Humboldt y honrarse, por tanto, a sí misma, realizó una velada especial para otorgar el diploma de socio honorífico al señor barón don Guillermo de Humboldt-Dachroeden, descendiente adoptivo de Guillermo de Humboldt, hermano de Alejandro. El homenajeado agradeció emocionado la distinción, sin escapársele, por supuesto, que más que a sus merecimientos se debía aquel honor al nombre de su ilustre antepasado. En un excelente español añadió después que le conmovía extremadamente la veneración que guardaba la intelectualidad mexicana por Humboldt, precisó también, refiriéndose al *Ensayo político*, que los problemas

24 *Cfr.* Collenberg, p. 245.

25 *Op. cit.*, p. 250.

económicos tratados en dicha obra, eran todavía de actualidad y que sería útil hacer un estudio comparativo de las condiciones reinantes en aquella época y las que predominaban en 1938.<sup>26</sup> No dijo más el señor Humboldt-Dachroeden; pero basta con lo que dijo para que nos demos cuenta de que los estudios de México (“la intelectualidad mexicana”) no desaprovechaban cualquiera buena ocasión –¿y cuál mejor por entonces?– para honrar la memoria de un Humboldt siempre vivo y presente en México.

## Un prólogo descoyuntado

En 1941 aparecía en la capital la tan esperada y necesaria traducción del *Ensayo político* realizada por el historiador Vito Alessio Robles, la cual va precedida de un prólogo en el cual su autor reconoce que

las bellas frases de Pereyra justificaron ampliamente la necesidad de nuevas ediciones. Así lo comprendió el antiguo librero y ahora editor don Pedro Robredo –continúa el prologuista–, al encomendarme el arreglo de una edición crítica y revisada de la obra fundamental de América, el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Hacía mucha falta una edición de este género, presentada con la esplendidez con que lo ha hecho en estas obras el mismo editor. Desde luego cabe advertir que la versión española fue completamente revisada y que se incluyeron en esa edición todas las ilustraciones relacionadas con México y algunas que se refieren a la América del Sur. En lo demás, a falta de aptitud para seguir a Humboldt en sus altos y enciclopédicos vuelos, puse el mayor amor, empeño y diligencia en el arreglo de la dicha magna edición, que pretende subsanar, siquiera sea en parte, los enormes yerros tan justicieramente señalados por Pereyra”.<sup>27</sup>

A nosotros, por supuesto, no nos toca dictaminar sobre lo apropiado o impropio de la edición, aunque mucho habría que decir sobre ella, sobre los aciertos o las fallas de la revisión técnica realizada por Alessio Robles; tampoco es de nuestra incumbencia escribir sobre las ventajas o los inconvenien-

<sup>26</sup> Humboldt-Dachroeden, 1938, p. 361-362.

<sup>27</sup> Prólogo al *Ensayo*, *op. cit.*, p. 87. Edición de la Secretaría de Educación Pública.

tes que presenta la susodicha publicación; lo que nos interesa es examinar el prólogo del historiador y editor, porque aquél sí pertenece al círculo de la investigación historiográfica que nos hemos trazado y porque dicho prólogo encaja perfectamente en el plan de revisión crítica que nos hemos propuesto.

Lo primero que se observa en este prólogo al tomo primero es que la tarea de traducir, revisar, anotar, cotejar y editar ha anulado al historiador; éste no se pregunta por el significado general y particular que tiene el *Ensayo*; no reflexiona sobre la significación mexicanista del mismo; no se interesa por el sentido que cobra la historia en manos de Humboldt y no le preocupa nada la orientación filosófica que informa al texto y el valor que adquiere en él la enciclopédica educación científica y humanística, ilustrada, romántica y positiva del docto escritor y viajero. Lo único que se sabe después de la lectura del prólogo, en donde ni la vida ni la obra del sabio alemán reciben el tratamiento metódico que era de esperarse y de exigirse, es que el prologuista tiene la mirada y el entendimiento puesto en el pensamiento de Pereyra, al que sigue fielmente cuando puede, y al que le debe toda la inspiración. Vito Alessio Robles utiliza, pues, la obra pereyriana y despliega temáticamente su estudio siguiendo el programa ya formulado, sin darse cuenta de que su misión de prologuista era muy distinta a la que se propuso su modelo Pereyra. Como la situación de Vito Alessio Robles no es la situación de Pereyra, su prólogo se queda en noticias biográficas, en el trazado del itinerario humboldtiano (utilizando el de Wittich), en el relato de anécdotas y en la descripción, como lo hace su dechado, de algunos cuadros. Cuando tiene algo que decir sobre el alcance del *Ensayo político* cita a Pereyra; pero no sigue, eso sí, a éste en la idea regeneracional y salvadora ínsita en la obra de Humboldt.

Una ojeada a este prólogo mediocre revela al instante la falta de un auténtico plan; sólo se salva en parte tal introducción por la restitución historiográfica cierta en lo que respecta a las actividades de Humboldt en México. Así por ejemplo restituye el buen nombre del sabio alemán, cuyo honor había sido ligeramente empañado por las juveniles acusaciones de Arnáiz y Freg, quien en 1936 denunció ardorosamente al barón por la “mala pasada” que le jugó a nuestro pobre científico Del Río a cuenta del descubrimiento del plomo pardo (vanadio).<sup>28</sup> Vito Alessio Robles reduce la “traición perfectamente comprobada”, según Arnáiz, a una lamentable pérdida.<sup>29</sup>

28 Arnáiz y Freg, 1936, p. 34-36. *Idem*, 1939, p. 75-76.

29 *Op. cit.*, p. 91-92.

## El monstruo heráldico del Orinoco. Un proyecto editorial vulgarizador

La publicación del *Ensayo político* en 1941 avivó el interés de los lectores, historiadores y especialistas en la figura y obra de Humboldt. En 1942, en la revista *Cuadernos Americanos*, que cumplía por entonces dos años de existencia, el economista español Manuel Sánchez Sarto publicó un ensayo sobre Humboldt, cuyo título precisamente hemos utilizado para encabezar esta sección. El intento de Sánchez Sarto es defender la cultura alemana y lo mejor del espíritu alemán, destruidos a la sazón por la barbarie de la guerra y por la sevicia nazi, de una feroz propaganda aliada, que persiguiendo sus objetivos propios hacía tabla rasa, en el descrédito general, de todos los valores. Frente a una propaganda que no hacía distinciones por el momento, la labor de Sánchez Sarto, rescatando en la figura de Humboldt a toda la cultura alemana amenazada desde dentro y desde fuera, resulta airosa como hija de una firmeza de espíritu y de una hidalga nobleza.

Para el ensayista, Alejandro de Humboldt es un peculiar alemán aquejado de la dolencia típica germana de la diáspora; la tendencia a la dispersión, a los viajes, a los desplazamientos. Pero Humboldt quería ver y explorar para la humanidad entera, no para un país exclusivamente. Tampoco iba, añade Sánchez Sarto, “como mercader de nadie, sino como inventor de unos ideales bienes para repartirlos luego con largueza entre científicos, políticos, artistas y colonizadores”. Humboldt es un monstruo, “un salvaje del Orinoco”; un europeo septentrional desplazado, admirador de la ciencia y apasionado de la naturaleza americana. Más, como añade Sánchez Sarto, “para comprender América y presentarla –tal como es, íntegra en sus perfiles– por vez primera ante Europa, hacía falta un hombre superdotado, monstruoso: una mente que infundiera miedo por su capacidad vastísima”. De aquí que Humboldt se convierte en “un nuevo descubridor de América”; es decir en “un nuevo Colón”, “pasma de los máximos genios”. Sánchez Sarto descubre bajo la efigie del sabio Epicarmo, que se dibuja en el libro segundo de los *Cuadros de la naturaleza*, al propio Humboldt: hombre apartado de la corte, amante de la libertad y ocupado con la naturaleza y sus fenómenos.

Al igual que Pereyra, nuestro escritor quiere salvar la instancia española e hispanoamericana por medio de los testimonios del propio Humboldt. Sánchez Sarto acude a aquellos ejemplos humboldtianos donde se manifiesta la

claridad real de América y la lealtad y hombría de bien del hombre hispánico. Se trata de rescatar nuestra desdeñada cultura y de defendernos de la vieja leyenda negra, en la cual se incluye lo mismo al hombre iberoamericano que al español.

El autor no se acerca al sabio por mero afán erudito; siguiendo también en esto a Pereyra nos presenta su proyecto editorial para vulgarizar el pensamiento de Humboldt. Él está asimismo al tanto de que dicho pensamiento es poco conocido en México y en general en toda Hispanoamérica. Como complemento del *Ensayo político* propone una edición popular en castellano de los *Cuadros de la naturaleza*, “como una mínima contribución americana a la tradición humboldtiana”. Él sabe bien que esta última obra es “poco conocida aun en latitudes tan humboldtianas como las de México”. Esta edición popular, continúa el articulista, no sólo serviría de complemento al *Ensayo*, sino que daría a los lectores una idea del sentido cósmico y estético del barón, a la par que les despertaría el anhelo y la exigencia de penetrar en la visión del *Cosmos*. Para realizar tal edición considera Sánchez Sarto la necesidad de contar con un completo equipo de científicos e historiadores que den el justo matiz crítico moderno a las notas y apéndices de los *Cuadros*. Esta labor resitutiva debería iniciarse, según el comentarista, reuniendo y compulsando toda la obra del barón, fundamentalmente las primeras ediciones que el autor cuidó personalmente. Tarea difícil que no por ello, piensa el articulista, debería dejarse hacer. Sánchez Sarto piensa asimismo que el conocimiento de Humboldt quedaría incompleto si junto a la edición popular no se hiciese otra erudita del *Cosmos*, la cual “ofrecería a los científicos actuales enormes posibilidades de estudio y complemento, en provecho de la cultura universal y singularmente de la americana”. Este proyecto de Sánchez Sarto responde a una muy justa necesidad; con la realización del mismo, México pagaría, aunque parcialmente, la deuda contraída con Humboldt. Además, “su realización resultaría sencilla, aportando la cuota mexicana a la plena valoración científica de la figura de Humboldt, y superando de una vez esta etapa de estancamiento en que la crítica humboldtiana –mero trasiego de anécdotas y errores– se halla por desgracia en esta tierra”. Opinión esta última que, por desgracia, resulta certísima.

Los valores y alcances del *Ensayo político* no son para Sánchez Sarto tan absolutos como comúnmente se juzga. Completando además la idea de Pereyra, cree que sería utilísimo partir del *Ensayo* para llegar a las bases docu-

mentales que sirvieron de fuente a Humboldt, y descender después hasta la proyección de las ideas humboldtianas en el pensamiento político mexicano correspondiente a la primera mitad del siglo XIX. Pero más que nuestro comentario conviene que el lector lea a este respecto lo que escribe el propio autor.

El Humboldt del *Ensayo político de la Nueva España*, más cercano a la conciencia y al interés de los mexicanos, no da una idea de la capacidad poligráfica del barón. En esa obra se volcó más bien el cameralista a la germánica, el minero de Freiberg, el arbitrista económico. Aparte de una preciosa experiencia directa, su acopio de materiales no pudo ser exhaustivo: el breve periodo de su estancia, la dificultad de procurarse una documentación perfecta redujeron considerablemente la importancia de la obra. Él mismo se lamenta, en una carta escrita desde Verona, de no haber podido ver más que una vigésima parte del país descrito. Hoy sería utilísimo remontarse, en la investigación, desde el *Ensayo* de Humboldt, por los Censos del virrey Revillagigedo y los fondos del Archivo Arzobispal (que Alejandro utilizó, en algunos casos, gracias a los buenos servicios del arzobispo don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, y de su provisor y sucesor en el arzobispado, don Pedro José de Fonte), hacia una exposición completa del cuadro geográfico-económico de México en el siglo XVIII. Establecida esa base, naturalmente sería fácil descender, luego, a las repercusiones de la obra del barón en las ideas de Mora, Alamán, Zabala y Mier, y aun en ulteriores planes de resurgimiento.<sup>30</sup>

En diversos lugares de su ensayo, Sánchez Sarto se refiere a la obra *Cuadros de la naturaleza* en parangón con la pintura de paisajes; idea que también está en Pereyra y que el ensayista español beneficia inteligentemente, con profundidad y en extensión. Pero no es este lugar para meditar sobre ello, y nos reservamos, por tanto, nuestro análisis para más adelante.

## La recaída romántica

Ocho años más tarde del ensayo de Sánchez Sarto, se publica también, y en la misma revista, un estudio del peruano Estuardo Núñez titulado así: “Amé-

<sup>30</sup> *Op. cit.*, p. 143.

rica en la pasión de Humboldt”. Este trabajo adolece todo él del vicio criticado años atrás por Sánchez Sarto, porque se encuentra aún en la *etapa de estancamiento* y del *mero trasiego de anécdotas*; pero su lectura nos agrada e interesa, pese a todo, por causa del ambiente sudamericano en que transcurren las inéditas aventuras de un Humboldt apasionado de la América meridional. Es un Humboldt construido más bien con anticuados elementos sentimentales que con recursos científicos y humanísticos modernos; en suma, un trasnochado Humboldt romántico con todo y su amor por la naturaleza tropical y por los ojos negros y ardientes de una hermosa quiteña. Este Humboldt, como buen romántico, es presa de un destino inexorable que le va marcando, quién sabe por qué, un rumbo viajero occidental y fatalmente sudamericano. “Las rutas externas las señala el destino, no el hombre. Pero la vocación indolegable hacia la ciencia y la investigación la realizó plenamente el hombre, allí donde el destino quiso dirigirlo. La América meridional le debe al azar la visita memorable y trascendente del sabio”.<sup>31</sup>

Con esta teoría histórica tan clásica y tan azarosa se corre el tremendo riesgo de negarle al hombre Humboldt su libre albedrío y, pues, su libertad. Si se trata de considerar una concepción histórica tan antigua, mejor sería hablar del *hado* latino o de la *moira* griega, con ellos sería posible incluso explicar como destino ineludible el propio nacimiento de Humboldt, su inclinación tardía a los estudios y su posterior redescubrimiento de América: curiosa cadena de casualidades históricas a la que se vincula el propio Núñez, quien sin los previos eslabones fortuitos tampoco sabemos cómo hubiera podido nunca escribir su artículo.

De acuerdo con Núñez, la experiencia andina de Humboldt fue decisiva en su vida, en su obra y en el desenvolvimiento espiritual posterior. La naturaleza andina lo dotará para siempre de un sentido cósmico, telúrico, trascendental. Lo que persigue fundamentalmente el articulista es presentar ante el lector iberoamericano en general y en particular ante el mexicano, la etapa peruana viajera de Humboldt: el remanso limeño, el tránsito por “el país nublado”, sus relaciones con el sabio Unanue y sus distinguidos contertulios. Núñez aprovecha su artículo sobre Humboldt para hacer destacar al célebre don Hipólito y para familiarizarnos con la culta tertulia que tenía lugar en la casona de la calle del Lechugal. Por supuesto tal interpretación cultural re-

31 Véase en *Cuadernos Americanos*, México, núm. 2, 1950, p. 256.

sulta legítima y hasta patriótica; por lo mismo el señor Núñez entra en deuda con toda la cultura hispanoamericana por no habernos escrito, no ya un ensayo, sino un libro en el que estudie minuciosamente las relaciones intelectuales de Humboldt con aquel famoso círculo científico limeño, y en el que nos explique también la manera como el Bajo Perú obró en el espíritu de Humboldt.

Este ensayo, por último, resulta demasiado anecdótico y está asimismo inspirado en el plan de Pereyra a base de pequeños *cuadros* biográficos y naturalistas; pero lo que era virtud en el Pereyra de los veinte no puede serlo igualmente en un Estuardo Núñez que escribe en 1950. Núñez realiza una labor semejante –censurable– a la de Vito Alessio Robles; en su haber cuenta, sin embargo, que su artículo no prologa ni nos introduce en ninguna obra de Humboldt.

### La donjuanización de Humboldt

Cuando la famosa marquesa Calderón de la Barca estuvo en México entabló amistad con la no menos famosa doña María Ignacia Rodríguez, a quien todo México llamaba la Güera Rodríguez. Cuenta la incisiva y parlanchina marquesa en sus preciosas cuanto vitriólicas cartas, que la propia Güera le relató la manera como conoció a Humboldt cuando éste, encontrándose de visita cierto día en la casa de la señora doña María Ignacia Osorio, y habiéndose interesado por conocer en una finca cercana a la capital una tupida nopalera, oyó que desde el extremo del salón, y en lugar opuesto a donde la noble señora recibía en el estrado a los visitantes, le respondía una juvenil y deliciosa voz: “Nosotras lo podremos llevar, señor, en el carruaje de la casa, a ese sitio que apetece para que conozca ese animalejo minúsculo, cuyo cuerpo al res-tregarse se convierte todo en encendida sustancia”.<sup>32</sup>

Volvióse el barón hacia donde la voz partía, y vio a una preciosa joven que cosía sentada, arrimada a uno de los grandes ventanales del fondo. Según la marquesa, Humboldt quedó deslumbrado por la belleza de la joven; la madre de ésta, la señora de la casa, se apresuró a aclarar al sorprendido visitante que aquella beldad era su hija, que ya estaba casada y era madre de dos pequeños hijos. A partir de aquella inolvidable tarde el barón de Humboldt quedó prendado de los veinticinco gentilísimos años de doña María Ignacia

<sup>32</sup> Calderón de la Barca, p. 133-134.

Rodríguez de Velasco, y según el cronista de los cronistas de esta muy noble y muy leal “Ciudad de los Palacios”, don Artemio de Valle Arizpe, quedaron ambos bien amistados, uniéndose estrechamente “aquella sabia aridez con este fuego donairoso que calentaba hasta la frialdad incorpórea de una ecuación algebraica”.<sup>33</sup>

Cuando la marquesa conoció a la Güera Rodríguez, ésta pasaba ya con creces de los sesenta, pero se conservaba aún fresca del rostro, aguda de ingenio y harto vanidosa todavía como para no enorgullecerse frente aquella dama extranjera de un cortejo y de unas solicitudes amorosas a las que sólo la distancia del recuerdo y la fama lograda por el pretendido admirador, así como la experiencia amatoria alcanzada por la célebre amante, de acuerdo con el cronista suscitado, podían dar realidad. La marquesa, que como buena escocesa lo regateaba todo, disminuyó el alcance de aquella conseja amorosa senil y la redujo al nivel de la admiración intelectual:

En lo sucesivo [Humboldt] procuró estar con ella constantemente, más enamorado de su talento que de su belleza, considerándola una especie de Madama Staël de Occidente, todo lo cual me induce a imaginar que el gran viajero estuvo bajo la influencia de la fascinación que ejercía la joven, y que ni las minas ni las montañas, ni la geografía o la geología, ni las conchas fósiles o los *Alpenkalstein* (piedras calizas alpinas), lo embarcaban de tal manera que no pudiera concederse a sí mismo el placer de un ligero *stratum* de coqueteo. Es un consuelo el pensar que “a veces, hasta el gran Humboldt dormita”.<sup>34</sup>

A partir de la marquesa todo el mundo repitió la historia y la aderezó a su gusto; otro viajero, esta vez un francés (1856), relata la conseja del encadenamiento amoroso del “sabio viajero” adelantando un prudente “se dice”.<sup>35</sup> Los hombres que convivieron con Humboldt en México, así como los de la generación siguiente, correspondiente a la segunda mitad del siglo XIX, fueron asimismo discretos a este respecto y no nos proporcionan mayor luz sobre tan incitante cuanto reservado asunto. Empero llega la fecha de 1910, hay que ce-

33 Valle Arizpe, 1953, p. 130.

34 *Op. cit.*, p. 134.

35 *Cfr.* Mathieu de Fossey, p. 282.

lebrar la fiesta patria del centenario y hay que honrar a México. Arnoldo Krumm-Heller, uno de los alemanes colaboradores de la *Memoria científica* se encarga de escribir el esbozo biográfico del barón Alejandro de Humboldt, y nada mejor se le ocurre para dar color romántico y mexicanista a su héroe, que resucitar la amorosa leyenda: doble homenaje al hombre de ciencia que tanto hizo por el país, y al hombre rendido admirador de la fémina representativa de México: doblado sentimiento.

Desde entonces la leyenda amorosa de Humboldt en México ya no descansa; Vito Alessio Robles la repite cautamente y el cronista Valle Arizpe sabrosamente nos la recuenta; mas lo que puede ser exigencia en la semitrama novelesca de éste, no lo puede ser asimismo en la exposición de un historiador, aunque eche por delante a manera de rodela un prudente y defensivo “se dijo”. Pereyra, en cambio, que es un historiador más circunspecto y enterado, aunque su tema era propicio no dice nada sobre tales deliquios románticos. Alfonso Reyes, sin mayores compromisos con Clío, recoge a su vez la deliciosa historia, acaso forzado por la necesidad de recargar el acento seductor del héroe mexicanizado, para igualarlo al menos con el barón ilustre, padre de cinco apócrifos hijos cubanos, o con el amante sin par de la bella quiteña Rosita Montúfar, hermana de su joven amigo y compañero de viaje, el marqués de Selva Alegre. Alfonso Reyes desde Buenos Aires daba la medida amorosa, mexicana de Humboldt y rendía tributo, ante propios y extraños, a la memoria de la Güera Rodríguez, cuya “cabellera rubia cruza como un cometa aventurero” ante la mirada del inquieto y sumiso galán.<sup>36</sup>

En la geografía histórico-amatoria de Iberoamérica, los tres vértices del triángulo sentimental humboldtiano revelan un mismo curioso y ardoroso afán hispánico de vestir y de dotar al hombre con el máximo atributo individual, varonil y conquistador: un Humboldt Don Juan. Pero realmente el sabio viajero estuvo bien lejos de merecer esa valoración máxima que es tan española y tan hispanoamericana. No es posible negar, en efecto, que Humboldt no se impresionase con la belleza e inteligencia de la Güera Rodríguez o con la hermosura criolla de la ardiente quiteña; pero no hay base ninguna para suponerlo enamorado de dichas damas. Por lo que toca a la ecuatoriana, el testimonio de Rosita, cuando ya era Doña Rosa y peinaba bastantes canas, es inobjetable: “Nunca permanecía [Humboldt] en la mesa más tiempo del es-

<sup>36</sup> Reyes, 1932. Cit. Estuardo Núñez, p. 214.

trictamente necesario para satisfacer su apetito y guardar la acostumbrada cortesía con las señoras. Parecía alegrarse de estar nuevamente al aire libre, examinando rocas y colectando plantas. Por la noche, mucho tiempo después que nos habíamos retirado todos, observaba las estrellas. Para nosotras, jóvenes mujeres, estos modales eran más difíciles de entender que para mi padre, el marqués”.<sup>37</sup> De los amores entre la Güera y Humboldt no hay pruebas directas, y únicamente nos quedan las alusiones no muy comprometedoras de Fanny Inglis y las deliciosas y picantes aventuras urdidas por Valle-Arizpe. En realidad lo que bien pudo fascinar a Humboldt fueron las virtudes intelectuales de doña María Ignacia. Por lo que respecta a estas relaciones el honor y la decencia tradicionales resplandecen, y el pudoroso historiador Arellano puede quedar tranquilo porque la íntima amistad entre la Güera y el barón se deslizó “dentro de los más estrechos límites del respeto que un caballero debe a una señora que no da lugar a que la falten”.<sup>38</sup> A decir verdad, y tomando en cuenta las “oportunas malicias”<sup>39</sup> con que la donosa y decidida dama saludó al oído de Humboldt en la inauguración del *Caballito* (9 de octubre de 1803), la Güera daba pie, y con gusto, para que le faltasen al respeto; mas Humboldt no fue hombre para aprovecharse de tales envites ni para aventurarse por la retozona vía de los devaneos.

En su juventud se sintió Humboldt atraído por una señorita inglesa, amante de las bellas formas, admiradora de los griegos clásicos y lectora fer vorosa de Winckelmann, cuyas ideas estéticas eran para ella la Biblia de la belleza; pues bien, “Miss Cecilia” acabó entregándose al amigo íntimo del joven Humboldt. Como escribe el romántico biógrafo Heriberto Rau, “le aconteció entonces [a Humboldt] con Cecilia, como en todo lo que le sucedió en la vida; ella se hizo para él un problema de estudio intelectual, cuya solución tuvo para él un gran interés”.<sup>40</sup> Por algo Rau llamó a su obra “novela histórica-biográfica” en lugar de haberla denominado, según pensaban él y su tiempo, novela romántico-biográfica; pero es que se dio cuenta a tiempo de que el Werther incólume y tropical de su novela viajera no era Humboldt, sino el decidido Bonpland.

37 *Cit.* De Terra, p. 103.

38 Arellano. *Cit.* E. Núñez, p. 214.

39 Valle Arizpe, 1936, p. 447.

40 Rau, t. 2, p. 71.

No sabemos tampoco si para Humboldt fue efectivamente la Güera un problema intelectual, lo que sí sabemos, aunque duela confesarlo, es que “no se casó jamás porque las mujeres no tuvieron nunca un papel importante en su vida emocional. Su madre le había fallado. Sus amistades siempre serían ardientes. Su temperamento estaba caracterizado por una tendencia homosexual decidida”.<sup>41</sup> La bella leyenda amorosa tejida en torno a la vida de Humboldt queda destruida, y hasta pudiera pensarse que la donjuanesca versión sobre el barón fue la necesaria y compensadora máscara con que los hombres hispanoamericanos han querido disimular o reparar la deficiencia masculina de su héroe.

## Dos traducciones: Von Hagen y De Terra

Resulta difícil encajar en nuestro relato crítico dos obras que, aunque publicadas en México, son traducciones que una vez más nos proporcionan un conocimiento anecdótico casi exhaustivo de la vida de Humboldt. Estas obras, pese a ello, nos pertenecen en parte, si no por el lenguaje inglés en que fueron originalmente escritas, o por su típica elaboración, sí al menos por haber sido traducidas en México al español, con lo cual adquieren una singular significación, por cuanto suponen una manera peculiar de abordar o de herir la conciencia mexicana. Sería absurdo atribuir asimismo al azar las versiones hechas en México, porque ello supondría incurrir en el mismo método histórico que hace un momento censurábamos. Hay pues que admitir que el hecho de las traducciones y ediciones no es fortuito y, por consiguiente, que no hubieran sido posibles sin un ambiente cultural-histórico favorable al tema. Humboldt es para México como un autor nacional, y por lo mismo esto explica que todo lo que se refiere al sabio le interese y le comprometa vivamente; también que le apasione y que le provoque una gran expectación.

La aparición de la obra de Víctor Von Hagen, *Sudamérica los llamaba*, en donde Humboldt es uno de los cuatro llamados (La Condamine, el Barón, Darwin y Spruce), acaso el más conspicuo, interesó naturalmente a los lectores y estudiosos de México, y su fecha de presentación (1945), al encajar precisamente entre la publicación del *Ensayo político* (1941) –seguida al año

<sup>41</sup> De Terra, p. 31. Este autor fundamenta sus juicios en Alberto Leitzman: *Eine Jugendfreundschafts Alexander von Humboldt*, Berlín, 1915, y en *Wilhelm von Humboldt*, Halle, 1911.

siguiente por la reacción crítica de Sánchez Sarto-, y el ensayo de E. Núñez (1950) nos revela que el editor y los librereros, duchos en tomar el pulso de la corriente cultural y del interés temático, comprendieron que había necesidad de satisfacer la curiosidad que despertaba Humboldt. Con la publicación de esta obra no se cumplía ni mucho menos el programa editorial mínimo de Pereyra o el perfeccionado por Sánchez Sarto; mas la presentación de la misma venía indudablemente a satisfacer una apetencia cultural.

Von Hagen no añade mayores novedades al archiconocido anecdotario humboldtiano; él mismo reconoce que sus fuentes son las tradicionales, e incluye entre ellas la obra de Pereyra y la de Vito Alessio Robles.

En 1956 aparece también en México la versión española del libro de Helmut de Terra, *The life and times of Alexander von Humboldt (1769-1859)*, traducido por Eduardo Ugarte (*Humboldt, su vida y su época*). Posiblemente el libro de este alemán norteamericanizado es la más completa biografía moderna del héroe científico, y lo único que nos interesa reseñar, de acuerdo con el plan que nos hemos propuesto, es la favorable aceptación que dicha obra ha tenido en México, en su versión española, dentro de aquellos círculos intelectuales que cultivan la memoria del barón. Sin embargo, es una obra que todavía permanece desconocida para el público a pesar de sus excelencias. A De Terra le interesa Humboldt por los elementos humanos que presenta la vida del sabio, cuyos caminos americanos ha recorrido también él. Le interesa sobre todo porque observó que en México, más que en muchas otras partes, halló activa la tradición de Humboldt. De Terra nos hace también el honor y el favor de imaginar que aquí en México educamos a los estudiantes evocándoles la figura del docto viajero y honrándole oficialmente como a un benefactor de la nación. El encuentro con esta tradición conservada viva en México es lo que llevará a De Terra, según confiesa, “a trazar un bosquejo de su vida [la de Humboldt] bajo una perspectiva más moderna que los biógrafos anteriores no pudieron o no quisieron utilizar”.<sup>42</sup>

Resulta sorprendente comprobar cómo vive por sí misma e independientemente de su autor toda obra literario-científica, si juzgamos por lo ocurrido al libro que en este momento es motivo de nuestros comentarios.

El joven periodista Ramón Lamonedá Izquierdo, movido sin duda alguna por ciertos aspectos parciales que se hallan en la biografía escrita por De Terra

42 *Op. cit.*, p. 10.

escribió un curioso artículo crítico en el que sin dejar de manifestar su admiración general por Humboldt, llama la atención particularmente sobre la satisfacción que le produjo ver cómo el sabio alemán protegió a un joven y desgraciado científico judío, Gotheld Eisentein. El artículo de Lamonedá, de título muy significativo, “Humboldt, México y los judíos”,<sup>43</sup> inspirado –debemos repetirlo– en la lectura del libro de De Terra, presenta a Humboldt como un hombre liberal, “cuando el liberalismo era punto menos que sinónimo de herejía”; lo ve también como un ferviente partidario de la independencia del pueblo de Hispanoamérica, cuando aquélla pertenecía aún al reino de lo utópico; lo presenta, por último “como un defensor decidido de la raza judía, cuando ésta sufría en Europa el más absoluto de los desprecios”. Lo que asimismo le agrada sobremanera a Lamonedá son los rasgos políticos con que De Terra ha adornado a su Humboldt: “un intelectual –escribe el joven periodista–, atento a los problemas políticos y sociales de su época”; de aquí la verdad (su verdad) que extrae Lamonedá de la relación mexicana de Humboldt, en la cual el sabio vislumbró al México de hoy, arguyendo contra los prejuicios sociales y haciendo claras advertencias contra los que cometían crueldades en nombre del Estado y de Cristo. Por último, el periodista aplaude ardorosamente la decisión de Humboldt de ayudar a aquel pobre investigador judío, y extrae de este noble gesto humboldtiano la premonitoria y a la par ingenua declaración siguiente: que aunque no se puede saber qué es lo que pensaría hoy Humboldt sobre el Estado de Israel, es casi seguro que dicho Estado tendría en Humboldt a su más ferviente defensor, supuesto que la causa de Israel es hoy por hoy una de las más nobles del mundo. Lo que se le escapa al joven y silogístico comentarista es que con un método histórico tan pueril como el empleado, se podría transformar al noble Humboldt en ferviente defensor de no importa qué causa. Así, por ejemplo, los nazis lo pudieron presentar como uno de los suyos, y así también los alemanes de Oriente y Occidente, y por supuesto los rusos, buscaron hoy día, con motivo del centenario, razones científicas para apropiárselo. Y no es que ello sea totalmente ilegítimo, lo que pasa es que todo es humano o, como diría Nietzsche, demasiado humano. Con la historia, ya lo hemos dicho alguna vez, ocurre lo que con la famosa dolora de Campoamor, que todo depende del color del *crystal* crítico al través del cual se mira. Póngase, por tanto, en lugar del *crystal* una concepción histórica, la

43 Véase *Tribuna Israelita*, México, núm. 136, 1956.

que sea, y se tendrán tantas verdades cuantos sean los colores ajustados a los quevedos estimativos.

## El geógrafo humboldtiza

De acuerdo con lo que dijimos en nuestro prólogo, tenemos que ocuparnos del libro del norteamericano Rayfred Lionel Stevens-Middleton, *La obra de Alexander von Humboldt en México*, porque dicho libro, además de su perfil científico presenta informaciones humanísticas mexicanas que nos corresponde analizar. Esta obra, que es una tesis profesional que presentó su autor para optar al grado de doctor en ciencias geográficas por la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), es, por tanto, no sólo mexicana por su contenido relativo a México, sino también por el hecho de haber sido una tesis recepcional preparada, dirigida y supervisada por las correspondientes autoridades escolares de nuestra Universidad. Por si fuera poco, los méritos científicos que los especialistas del ramo hallaron en tal tesis movieron a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, al Instituto Cultural Mexicano Alemán Alejandro Humboldt, y al Instituto Panamericano de Geografía e Historia a sumar sus entusiasmos y esfuerzos pecuniarios para que el trabajo del señor Stevens fuese publicado.

El subtítulo de esta obra es revelador, pues que alude a Humboldt como “fundamento de la geografía moderna”; en tal sentido se trata de llevar a cabo un balance científico en el que se ponga de manifiesto lo que debe el México actual a Humboldt como iniciador o complementador de los estudios cartográficos, geológicos, climatológicos, biogeográficos, geográfico antropológicos, tecnológicos y epistemológicos. En su introducción Stevens escribe que la obra de Humboldt sobre México tuvo una “enorme trascendencia para el progreso de la ciencia geográfica”;<sup>44</sup> pues bien, tal explicitación nos revela el sentido de la tesis de Stevens y la valoración que a sus ojos de geógrafo moderno alcanzan los estudios del sabio barón alemán: atisbos geniales hoy comprobados.

Si nos ocupamos de la tesis de Stevens, insistamos en ello, es por el valor epistemológico que presenta la misma a la luz de los resultados obtenidos por Humboldt en México, implícitos en el célebre *Ensayo*, que por tal razón se con-

44 *Op. cit.*, p. 22.

sidera como el prototipo de la geografía regional moderna. Para nosotros estas ideas (cap. VIII), así como los apuntes biográficos (cap. II) y los antecedentes y propósitos de la investigación (cap. I), son los más interesantes desde nuestro punto de vista histórico. Por lo que se refiere a los datos biográficos empleados, éstos son más o menos los habituales, y la única novedad que contienen es que la mayor parte de ellos están presentados cronológicamente en función de la causalidad manifiesta de los éxitos de Humboldt relativos a México; es decir en función de los rasgos biográficos que determinaron la grandeza de Humboldt como geógrafo. En llegando a este punto Stevens la emprende con la obra de Pereyra, la cual le parece excesivamente literaria y poco científica; sin embargo, no tiene empacho en utilizar las ideas del historiador coahuilense e inclusive tomar por propias muchas otras que no son sino prestadas. En Pereyra se inspira, pese a las críticas, para destacar los rasgos de verdad y belleza que poseía la prosa del que fue amigo de Goethe; en Pereyra también, en su crítica contra los geógrafos actuales que han olvidado lo estético y la geografía cultural al apartarse de Humboldt, para el cual no había contradicción entre lo estético y lo científico; de Pereyra toma acaso el dato de que Humboldt se aficionó a las ciencias naturales por la influencia de Wilhelm y Kunth (Gotinga); de Pereyra extrae la opinión de que la parte histórica del *Cosmos* tal vez sea la mejor de ese libro; con Pereyra coincide también en señalar los rasgos de amor filial que experimentó Humboldt por su madre; por Pereyra sabe lo del proyecto de Humboldt de residir en México y fundar un gran establecimiento científico; y en Pereyra hubiese asimismo encontrado, si lo hubiese leído más despaciosa y menos críticamente, que antes que el geógrafo Schaefer, percibió aquella *visión sintética* del *Cosmos*, a la que este último denominó *visión sinóptica del universo*. Empero aún hay más, todo el propósito expreso por Stevens en su tesis, de contribuir con ella a popularizar y hacer aceptable para todos a Humboldt se encuentra de antemano en el volumen de Pereyra, aunque sin la connotación geográfico-científica exhaustiva del laureado doctor. Stevens nos declara también, como ya sabemos, su preferencia por el prólogo de Vito Alessio Robles; pero no cae en la cuenta de que éste sigue la directriz trazada por aquél, al que intenta inútilmente emular. El prólogo y las notas de don Vito son sin duda más anecdóticas y poseen más referencias científicas que las que aparecen en la obra de Pereyra; pero si Stevens hubiese comparado la versión del *Ensayo político*, preparada por Alessio Robles, con el texto de Vicente González Arnao y sobre todo con el de la edi-

ción original parisina, se hubiera dado cuenta de que la labor técnica de aquél adolece de graves errores y deja aún mucho que desear.

Por lo demás, lo publicado hasta ahora por Stevens nos suministra el mejor y único estudio científico que se haya hecho sobre la obra de Humboldt en México, principalmente a base del *Ensayo político*. El capítulo octavo del libro, “Aspectos epistemológicos de la obra de Humboldt”, en su apartado C, relativo a los métodos empleados por el sabio geógrafo, se refiere al apoyo que él prestó al método determinista legal; sin embargo, se echa de menos una explicación sobre los nobles antecedentes (clásicos, renacentistas, ilustrados) de dicho método; e igualmente falta la explicación historiográfica correspondiente al empleo del método histórico (historicismo) por parte de Humboldt. Pero como Stevens no es historiador sino geógrafo, no consideraremos mayormente estas omisiones; una postura crítica que nos hubiera gustado mucho encontrar en el geógrafo en su justipreciación de la obra del historiador Pereyra.

### La pintura de paisaje

En relación con la del Valle de México, Manuel Moreno Sánchez ha contribuido con su Teoría del paisaje mexicano a poner de relieve el papel de Humboldt como autor “de la teoría más aceptable para explicar el conjunto de elementos que dan característica propia al paisaje de nuestro país”.<sup>45</sup> De acuerdo con esta teoría, Humboldt sitúa en la cadena de volcanes alineados a lo largo del paralelo 19 el factor fundamental del paisaje mexicano; esta cordillera o cadena volcánica, de la que sobresalen las ingentes cimas coronadas de nieves eternas, suelda las dos grandes sierras Madres, y origina la “pirámide geológica” que ascendiendo escalonadamente desde las costas forma una serie de valles famosos, entre los que se cuentan el de Puebla, el de México, el de Toluca, el del Mezquital, etcétera. Los elementos montañosos que bordean dichos valles permiten estupendos observatorios desde los cuales otear la llanura; observatorios que son denominados certeramente por Moreno Sánchez “la escuela viva del paisaje mexicano”.<sup>46</sup> Desde el Tepeyac, prosigue el ensayista, encontró Velasco sus más curiosas perspectivas del Valle

45 *Filosofía y Letras*, México, núms. 51-52, 1953, p. 194.

46 *Op. cit.*, p. 197.

de México; el doctor Atl desde la Sierra de Santa Catarina; y el toluqueño Coto eligió la Serranía de las Cruces para el Valle de Toluca.

Estos valores pictóricos poseídos por el altiplano mexicano o estos valores autónomos de la naturaleza en cuanto objeto estético, para Humboldt eran producidos, de acuerdo con la explicación que nos proporciona Moreno Sánchez, por el juego opuesto de contrarios: latitud y elevación sobre el nivel del mar. Este contraste, que es la causa conformativa del paisaje mexicano, impresionó de tal modo al ilustre viajero alemán, que para describirlo tuvo que emplear sus mejores y más significativos adjetivos. Para Moreno Sánchez estas reseñas humboldtianas o *cuadros* de la naturaleza mexicana constituyen sin lugar a dudas las primeras *descripciones pictóricas* del altiplano y son por lo mismo la primera toma moderna de conciencia del paisaje mexicano que abre el camino hacia la pintura descriptiva. Conviene recordar aquí que el propio Humboldt en su trabajo sobre la *Influencia de la pintura del paisaje en el estudio de la naturaleza*, que corresponde al capítulo tercero de la segunda parte del *Cosmos*, reconoce que el hombre posee tres medios para hacer revivir la naturaleza y despertar el interés por ella: la palabra inspirada, poética (descripciones literarias), el dibujo o la pintura y las colecciones botánicas. Para difundir, por consiguiente, el estudio de la naturaleza resultan igualmente a propósito la pintura del paisaje que una descripción fresca y animada; mediante el arte, ligaba Humboldt el mundo visible al invisible, sabia lección que repetirá modernamente y con aliento asimismo poético, aunque aplicándolo a lo estrictamente natural, un esteta de nuestro tiempo, Alberto T. Arai:

Cada parte, cada paisaje en particular nos habla, a pesar de su limitación y de su carácter propio, de la naturaleza toda, de su infinito conjunto, de su inabarcable totalidad invisible. Y es que cada una de estas partes representativas encierra, en su núcleo más profundo, una expresión de ilimitación que hace que presintamos siempre un más allá de su horizonte, unos filamentos sutiles que parecen conectar al espectáculo visible con un mundo mucho más extenso, mucho más amplio, pero que se esconde a la mirada del espectador como cofre de tesoros ocultos del más alto precio.<sup>47</sup>

<sup>47</sup> Arai, p. 114.

La recreación artística, según piensa Humboldt, o la mera contemplación estética anudan, por lo mismo, lo real y lo esotérico de la naturaleza: lo real y posible en las infinitas posibilidades que permanecen soterradas y que en conjunto nos proporcionan una visión de la unidad del mundo, supuesto que cada rincón del globo es, sin duda alguna, un reflejo de la naturaleza entera. Estos rincones del universo o estos cuadros naturales descritos fueron objeto de las alusiones de los oradores de la sesión de 1869; “el Nigromante” los llama “vivas pinturas” enriquecedoras de toda la geografía, y Bustamante se extasía ante los “inimitables y encantadores cuadros de la naturaleza”. Pero fue Sosa el primer mexicano que vio claramente la estrecha relación entre las descripciones de Humboldt y los valores pictóricos de las mismas:

En las relaciones de sus largos viajes describe poéticamente [Humboldt] ciertas regiones con tan exquisita propiedad, con tal precisión y con tanta maestría, que un pintor puede trasladarlas al lienzo sin haberlas contemplado por sí mismo [...]. Los cuadros maravillosos que Humboldt pone ante nuestra vista, nos halagan, entre otras razones, por la de que nos hacemos la ilusión de que no hemos necesitado del sabio guía, del insigne revelador de aquellas magnificencias antes ignoradas.<sup>48</sup>

Sosa se refiere a los *Cuadros de la naturaleza*, al *Viaje a las regiones equinocciales* y sobre todo al *Cosmos*, “poemas inmortales, *Magnificat* arrobador entonado al Ser Supremo, *Sursum corda* dirigido a todos los seres humanos”. Pereyra sabía también ver con ojos de lince; supo catar al artista que había en el barón; los cuadros son asimismo para él impresiones imaginativas que despiertan en el alma emociones elevadas, sublimes. “En el rigor aparente de un análisis de naturalista obtiene efectos del arte más puro.” “Estos cuadros –según Pereyra– hablan a la imaginación y resultan tanto más vivos cuanto más precisos aparecen los rasgos en la descripción literaria o en el paisaje del pintor.”<sup>49</sup> Para Sánchez Sarto, “el astrónomo, el economista, el filólogo que había en Humboldt no cerraron el paso al fino pintor y cantor de los paisajes americanos”.<sup>50</sup> En suma, Humboldt tuvo tendencia “a ver en grande –cósmi-

48 *Op. cit.*, p. 7.

49 Pereyra, p. 114-117.

50 Sánchez Sarto, 1942, p. 147.

camente– los aspectos de la Naturaleza, completando la impresión directa de la realidad con la visión imaginativa de los grandes conjuntos derivados del conocimiento científico, y expresión artística de este mar de ideas transformadas en impresiones emocionantes”.<sup>51</sup>

La pintura del paisaje, que en Humboldt se convierte en descripción poética, abarca también con amplia mirada la naturaleza haciendo abstracción de los fenómenos particulares; pero buscando ciertamente las bellezas propias que posee cada parte de la tierra, cada ignorado girón cósmico. Humboldt, gran viajero y gran lector del inmenso y misterioso libro de la naturaleza, sabe muy bien, y así lo asienta en el *Cosmos*, que la pintura de paisaje de su tiempo y toda la historia de tal pintura no revelaban sino una parte pequeña de la infinita variedad y riqueza de la natura; el campo abierto a la pintura del paisaje se presentaba todavía ilimitado gracias a los tesoros reservados aún entre los trópicos de ambos continentes: la inédita y exótica variedad de la vegetación tropical.<sup>52</sup>

Existe, a nuestro entender, una muy posible relación entre las descripciones poético-pictóricas de Humboldt y las obras pictóricas de la escuela paisajista mexicana, especialmente las de la cabeza representativa y sin par de toda ella, José María Velasco. Se ha estudiado con cuidado lo que el pintor aprovechó de las enseñanzas de su maestro, el italiano Landesio, así como las que extrajo de otros profesores de la Academia de San Carlos (Clavé, Carpio, Mata, Rebull, Uruchi, Cordero); pero se podría incluso admitir que los cuadros del Valle de México de José María Velasco vienen a ser como perfectas ilustraciones que no sólo re-crean bellamente la naturaleza geológica, vegetal, animal, telúrica, en suma, de dicho paisaje-modelo, sino que realizan y verifican con hermosa precisión las ideas o cuadros descriptivos de Humboldt. La técnica científica, literario-poética de Humboldt encuentra su más perfecta replica en la técnica también científica, pictórico-poética del gran Velasco. No hay que olvidar que éste fue naturalista aficionado y que en sus cuadros, por tanto, la planta, la roca, el cielo y la tierra, el ave y la nube se orquestan simbólicamente en una superior visión cósmica semejante a la que exponía Hum-

<sup>51</sup> Pereyra, *op. cit.*, p. 100.

<sup>52</sup> *Loc. cit.* Habría que considerar como inicios de este conocimiento del paisaje americano los grabados de De Bry, Le Moyne, White (siglo XVI) y los cuadros y aguafuertes del pintor holandés Franz Post de Harlem, que residió en Brasil durante la ocupación holandesa (*Cit. Sánchez Sarto, 1942, p. 147*).

boldt en sus *Cuadros de la naturaleza*, que son como el verdadero prólogo de su gran *Cosmos*. Las especies vegetales que incorpora Velasco a sus grandes cuadros están intencionalmente contrastadas en algunos de éstos y expresan, dicho sea con palabras que eran caras a Humboldt, la *fisonomía* propia objetiva y la que aportan por lo mismo al valle. Este Valle de México tan amado por Velasco y tantas veces pintado por él, siempre refleja grandiosamente, no importa el ángulo de visión adoptado, la naturaleza entera; el dinamismo vital de la misma y la parte de belleza propia que le corresponde como provincia cósmica que alude siempre a la totalidad armoniosa del universo. De aquí, de estas ideas humboldtianas, no importa si llegadas a él por la fuente directa (obras) o filtrada a través de los diversos canales culturales e informativos de su tiempo; pero siempre respondiendo a una verdadera vivencia cultural, sacó José María Velasco esa sinceridad auténtica con que caracterizó la experiencia contemplativa del paisaje trasladada por él a la tela. Su extremado realismo pictórico está puesto al servicio de una visión universal-vital; nada mejor, por tanto, que traer aquí a colación lo que O’Gorman ha descubierto, sentido y vivido a la *vista* de los *cuadros* pictóricos de la naturaleza descritos por Humboldt, y que íntegramente podemos aplicar a los de Velasco para intentar explicárnoslos: “porción[es] palpitante[s] y viva[s] de la realidad en su esencia invariable, o sea en lo que tiene[n] de general constante y eterno en medio de las aparentes fluctuaciones de los fenómenos”.<sup>53</sup>

En 1889 viaja José María Velasco por Europa y visita París; pero el impresionismo no hizo mayor mella en su espíritu, y su técnica objetiva se hace cada vez más apta para captar la materia y cada vez más hábil para trasladar al lienzo los elementos del paisaje con su aire y su luz. El impresionismo no le conmueve porque es acendrado sentimiento de una naturaleza limitada y apresada en un individual instante de luminosa revelación, y porque no puede expresar, sobre todo, la totalidad, la armonía universal, sino únicamente la luz que le sirve de base. La grandiosa concepción cósmica y eterna de José María Velasco no podía ser sometida a la estrecha visión personal, instantánea, fugitiva y limitada del devenir impresionista.<sup>54</sup>

<sup>53</sup> O’Gorman, 1951, p. 271.

<sup>54</sup> José María Velasco ensayó, como es sabido, el impresionismo y realizó algunos pequeños cuadros de acuerdo con esta técnica y modo de expresión pictórica; pero pronto desistió descontento con los resultados obtenidos.

## La restauración idealista de O’Gorman

En el libro de Edmundo O’Gorman intitulado *La idea del descubrimiento de América* ocupa un lugar clave la interpretación colombina que proporciona Humboldt en su *Cosmos*. Ahora bien, el intento de hacer asequible dicha tesis humboldtiana de acuerdo con el análisis que lleva a cabo O’Gorman, no es cosa que pueda efectuarse así de sopetón, y por lo tanto nos obliga a presentar los antecedentes precisos del complicado y hermenéutico proceso historiográfico. Para poder apreciar el punto de vista original de Humboldt frente al papel de Colón como descubridor de América, es necesario recorrer, aunque sea brevemente, y sacrificando la claridad a la brevedad, el largo proceso temático.

### El plano verdadero del saber historiográfico

Si a Edmundo O’Gorman se le invitase algún día a escribir una auténtica y definitiva historia universal comenzaría, sin duda, como San Juan el Evangelista, de esta suerte: “En el principio era el Verbo”; es decir la palabra, el comienzo de la aventurosa apertura ontológica, de dotación de sentido a las cosas, porque para nuestro historiólogo el conocimiento histórico consiste en averiguar cómo ha sido provisto de ser historiográfico un acontecimiento (en su caso el llamado Descubrimiento de América); cómo se le ha atribuido una intención; cómo se le ha nombrado y cómo se ha opinado, en suma, sobre él. Parte O’Gorman para su idea de la historia de aquella fina y sutil distinción kantiana entre el *noumeno*, la cosa en sí incognoscible, y el fenómeno; la tarea del historiador no consiste en manejar esencias sino en dotar de sentido a los hechos sobre los cuales dirige su mirada con el fin de revivirlos, aprehenderlos; el historiador tiene que considerar los hechos desde el punto de vista espectacular del fenómeno, porque tales hechos, en cuanto puramente fácticos, en sí, no pueden decirnos nada y permanecen impenetrables. La verdadera historia se presenta como una realidad cuya estructura óptica revela las sucesivas donaciones, dotaciones dirá O’Gorman, que el hombre le ha hecho para hacerla suya: su pasado. Esto explica que cuando O’Gorman se acerca al debatido cuanto famoso tema del Descubrimiento de América, no se refiere a dicho descubrimiento como un hecho en sí, nouménico, sino a la historia de la historia del descubrimiento de América; a él no le interesan sino las *doxai* historiográficas dotadoras de entidad, las *invenciones* para decirlo en su len-

guaje favorito, realizadas por los cronistas y otros diversos autores sobre el Descubrimiento, o lo que viene a ser lo mismo: las ideas elaboradas sobre el hecho de haber sido descubierta América. Como se ve, el problema de O’Gorman se refiere a la *ideación* de la realidad histórica de América, a la significación que cobra América en la conciencia histórica y que pone por lo mismo en crisis de fundamentos el modo tradicional fáctico, causalista de contar el suceso del descubrimiento considerándolo *a priori*, eviternamente, como un hecho en sí. El tema sobre el cual pregunta O’Gorman (lo apariencial o fenoménico) pone inmediatamente de manifiesto el paralogismo flagrante que informa a dicho tema; el autor pregunta por la contradicción que se observa en estas dos tradicionales y contrapuestas afirmaciones colombinas: que Colón *descubrió a América* y que, no obstante, la descubrió por casualidad. La cuestión no es ociosa ni bizantina, porque ella no se refiere al plano físico de la realidad histórico americana, sino al plano superior intelectual interpretativo, entitativo de tal realidad. Se pregunta por la interpretación de un hecho, por la historia de la historia de semejante descubrimiento, según se dijo líneas arriba, independientemente de la verdad o sin verdad física del Descubrimiento. En definitiva lo que le importa a O’Gorman es descubrir la estructura del ser del suceso denominado Descubrimiento de América, no su esencia nouménica; lo que le preocupa es la manera como se ha concebido y explicado el acontecimiento. En el gran bautizo americano del Descubrimiento, O’Gorman no pregunta por la virginal y nouménica criatura, ser sustancial inalterable, preterminado y lustrable (descubrible), sino que interroga a los padrinos y al padre putativo de la criatura América.

O’Gorman destruye, por consiguiente, la concepción apriorística relativa al ser de América, al poner en claro la contradicción que existe en el hecho de imputar a Colón la comisión de un acto (Descubrimiento de América) que sólo puede atribuírsele si se cancela el sentido de los propósitos (objetivo asiático del viaje) que efectivamente le movieron. Planteada así la cuestión y descubiertos los polos contradictorios, pasa O’Gorman a describirnos exhaustivamente, con multiplicado rigor erudito y análisis lógico finísimo de todas las fuentes esenciales, el largo proceso historiográfico de la idea de que el hecho del descubrimiento fue el descubrimiento de América; es decir, O’Gorman nos va presentando la manera como las sucesivas interpretaciones del acontecimiento, que van contribuyendo a su estructuración, acaban siendo, pese a sus contradicciones internas, el Descubrimiento de América. El inquisitivo pregun-

ción no persigue, según se ve, una *cosa* sino una *idea*; no tiene interés por cómo ocurrió el hecho, sino cómo ha sido interpretado y cómo, por tanto, se le ha dado existencia geográfica e histórica a ese pasado al descubrirse que nos pertenece. Para O’Gorman los hechos históricos no son independientes de las ideas que los hombres nos hacemos de ellos, ni las ideas son indiferentes ni están aparte de tales hechos. El hecho histórico queda dotado de sentido; pero éste es el que le damos al acontecimiento según la intención que le atribuimos.

### El sentido de la historiografía colombina anterior a Humboldt

Todo lo expuesto en el apartado anterior era necesario, como lo es también en éste prevenir al lector de que si nos ocupamos en explicitar el proceso ontológico de la idea del Descubrimiento de América, según lo entiende O’Gorman, o, por mejor decir, se lo interpretamos nosotros, es porque en tal proceso se incluye la imagen humboldtiana de un Colón que sirve de divisoria entre la concepción tradicional y la moderna. Es preciso ahora, por lo mismo, realizar un análisis rápido de lo que O’Gorman llama “la etapa antigua” de la historiografía colombina, que se liquida con la concepción que establece Humboldt, la cual inicia a su vez la etapa moderna siguiente. Sin la presentación crítica previa de la etapa antigua no podríamos comprender la interpretación de Humboldt, lo cual permite disolver la aporía existente entre las dos afirmaciones historiográficas citadas arriba.

En primer lugar la debatida leyenda del piloto anónimo se origina en la exigencia de favorecer a Colón a costa de Vespucio, quien identificaba las tierras halladas por Colón como desconocidas o nuevas, no asiáticas. López de Gómara confirmará tal leyenda y Fernández de Oviedo, en quien se halla también implícita, investirá a Colón con el título de sabio para poder así dar entrada a su visión imperialista, católica y española. Fernando Colón, el hijo del almirante, lanzará la cortina de humo historiográfica para disimular la confusión asiática que sufrió su padre, con la cual quedaban en duda los títulos del descubridor. El padre Las Casas, por último, otorga a la empresa colombina una sublimación providencialista con vista a la salvación eterna de todo el género humano.

La etapa siguiente comienza con Herrera, quien sirve de enlace entre la concepción tradicional y la moderna mediante su tesis ecléctica, en la que el *a priori* de don Fernando (un Colón erudito sabidor de la existencia de un nuevo mundo)

y la tesis providencialista del padre Las Casas se conjugan. El eclecticismo herreroiano consiste en imaginar un Colón conocedor *a priori* de su empresa, junto con un Colón de objetivo asiático y descubridor *a posteriori* de América.

El paso que sigue (Beaumont, Robertson y Muñoz) consiste en superar incluso esta contradicción, suponiendo que Colón tuvo en mente dos objetivos, para desembocar más adelante en la concepción de Navarrete e Irving, en donde la empresa intencional del descubrimiento queda reducida a un caso fortuito o casual; interpretación en la que remata el proceso iniciado por Herrera de deshumanización de la historia o de enajenación del pasado como constitutivo de la existencia humana. Washington Irving sabe muy bien que Colón creyó haber tocado Asia; pero eso no le impide al historiador norteamericano proclamar como *Descubrimiento de América* el mero topar físico de Colón con el continente.

### La concepción ilustrada del Descubrimiento

Lo anterior constituía la herencia historiográfica de Humboldt, y él se va a declarar heredero universal de la misma, si bien habrá de articular su propio proceso interpretativo a una visión cósmica grandiosa, en la que el simple hecho casual del Descubrimiento es dirigido por un principio rector que imprime un sentido de progreso a la historia de la humanidad.

O’Gorman analiza las ideas de Humboldt relativas al Descubrimiento de América en el famoso *Cosmos* y en el *Examen crítico*. Para el autor de la *Idea*, Humboldt es un científico romántico, lo cual supone el maridaje del racionalismo y de la poesía, de la ciencia y del sentimiento, todo lo cual presupone naturalmente un hálito de fe de tipo religioso que es lo que le distingue de los sabios de la Ilustración. El antecesor inmediato de Humboldt, por lo que toca al tema del descubrimiento, es Condorcet, el cual, según O’Gorman, despersonaliza el “descubrimiento y lo considera como un suceso sólo significativo si entendido en el amplio marco del destino histórico de la Humanidad”. De esta suerte el Descubrimiento significa un avance en la marcha progresiva del espíritu humano y por lo mismo implica el perfeccionamiento de la razón. La aporía que revela la empresa colombina no le preocupa mayormente a Condorcet; lo que a él le importa, como hombre ilustrado, es que el viaje de Colón a través del océano posibilitó la ampliación de los límites del universo. A Condorcet, según O’Gorman, lo que le interesa es el triunfo alcanzado por la razón

universal gracias (o pese) a tales errores. En camino hacia su idealismo trascendental (Humanidad) Condorcet deshumaniza a la historia y sustrae del hombre Colón su privativo y constitutivo ser-pasado.

### La visión teleológica de Humboldt

La tesis de Humboldt supera las limitaciones que se hallan implícitas en la de Condorcet, el cual permanecía completamente indiferente frente al protagonista histórico del suceso descubridor. Humboldt parte de Condorcet y considera por lo mismo la empresa colombina como un eslabón en la cadena del progreso humano; pero no deja fuera del proceso al hombre Colón, sino que lo incluye al *atribuirle* el acontecimiento del Descubrimiento. Para poder realizar el estudio minucioso de la tesis ideológica teleológica de Humboldt, se siente obligado O’Gorman a estudiar el *Cosmos*, en donde va a apresar el punto de vista americanista del barón. Nuestro historiador es por ello mismo el primer mexicano que se ha puesto en serio a estudiar con interés y profundidad dicha obra y a poner en claro su admirable estructura. Hay que añadir que O’Gorman no tiene interés por el Humboldt anecdótico ni por el positivo y científico que se revela en el *Ensayo político*, dos constantes de la tradicional historiografía mexicana, su preocupación se orienta hacia el Humboldt autor de esa prodigiosa síntesis universal apresada en el *Cosmos*. El estudio pone de manifiesto a un Humboldt ilustrado a la par que romántico, según señalamos arriba; junto al rigor científico de un hombre que busca la verdad fundada en la razón y en la experiencia, hay también lugar para la imaginación y el sentimiento. La ciencia del *Cosmos* presenta un conjunto exacto, científico, bellamente ordenado y descrito: cuadros pictóricos generales de una naturaleza viva y dinámica. Tales *cuadros* son para el lector como soplos vivificadores de una realidad eterna y absoluta hurtada al fluctuante devenir; constituyen, por lo mismo, la más alta disciplina científica y son a la vez la entelequia del discurso histórico. Las etapas previas del progreso que posibilitan la meta final humboldtiana jalonan históricamente el largo camino recorrido por la humanidad. El Humboldt verdadero de O’Gorman, el del *Cosmos* y el del *Examen crítico*, es idealista por cuanto es “el instrumento despersonalizado de que se vale la humanidad para realizar su alto y metahistórico destino”. Para O’Gorman, Humboldt se beneficia así de la línea que representan Herder y el postkantismo, como de la que partiendo siempre de Bossuet pasa por Condorcet y aflora en Comte.

De aquel gran nudo filosófico que es Kant –escribe O’Gorman–, de esa conjunción y hermandad de la razón pura, de la razón práctica y de la razón bella se desprende el pensamiento de Alejandro de Humboldt, el científico romántico, enamorado por igual de la armonía mecánica de las leyes físicas del Universo; de las instituciones de los Estados libres que reconocen como base la unidad fundamental de la especie humana; y de la sublimidad de la bóveda celeste junto con la belleza salvaje de las regiones tropicales de América. Sostén de esos amores es la noción de la humanidad y su destino en este mundo, y dentro de este complejo postkantiano, insertará Von Humboldt al “descubrimiento de América”, todo él trascendido por esta magnífica visión de un cosmos racional, bueno y bello.<sup>55</sup>

La ciencia del cosmos consiste, por tanto, en la transmutación de la visión histórica y relativa del universo en una visión absoluta y eterna; la historia justifica la ciencia del cosmos y ésta, a su vez, revela el sentido de la historia. La historia es, pues, la instancia que permite que el hombre alcance la visión divina del universo; mas en tal visión se cumple y se agota forzosamente la historia.

### Teoría de la contemplación y del goce

La etapa final del destino humano se alcanza mediante el conocimiento científico del mundo exterior, un conocimiento que por lo mismo que libera al hombre de la superstición y del error trae aparejada la perfección moral y, por consiguiente, la salvación y libertad del hombre. Pero el problema que a continuación se plantea O’Gorman es cómo transformar el mero y fáctico acaecer sensible en una historia significativamente ética que encaje perfectamente en el desarrollo histórico de la idea del cosmos. Humboldt, prosigue O’Gorman, crea para ello una teoría de la contemplación y del goce intelectuales; la satisfacción que logra el hombre con la observación de la naturaleza se convierte en el motor del discurrir histórico. El goce alcanzado da razón de la historia; es decir permite que un acontecimiento se convierta en hecho histórico y que por su contenido y dirección supere su historicidad. Al igual que existen dos épocas o planos de la contemplación, hay también dos tipos correspondientes de goce. El primer goce, que corresponde a la época de los

55 O’Gorman, 1951, p. 153.

albores de la humanidad, obra por medio de la intuición contemplativa; el segundo tipo, mediante la razón contemplativa que corresponde a la etapa de la civilización adelantada. El primer goce nos procura noticias puramente imaginativas de la armonía universal; el segundo, que a diferencia del anterior es activo, nos lleva a la conquista racional de las leyes cósmicas.

O’Gorman analiza con suma claridad la, a primera vista, desconcertante división tripartita del *Cosmos*: en la primera parte el “Cuadro de la naturaleza” presenta la visión total, absoluta y científicamente legal del universo; en la parte tercera relativa al “desarrollo progresivo de la idea del cosmos”, está incluido el curso del pasado humano. Precisamente, y aunque parezca obvio decirlo, entre la primera y tercera parte se encuentra la intermedia, gracias a la cual se sueldan el plano histórico y el metahistórico; se conjugan el plano sensible y la revelación. Merced a este dispositivo kantiano o parte intermedia se realiza “la influencia o reflejo del mundo exterior sobre la imaginación y el sentimiento”. Pasa a continuación O’Gorman al estudio cuidadoso del plano histórico sobre el que se levanta la tesis del sistema dialéctico de Humboldt. Éste examina en su bosquejo del mundo exterior las tres maneras arbitradas por el hombre para conocer el mundo e impulsar al estudio de la naturaleza: la expresión literaria, la pictórica y las colecciones botánicas. El *Ensayo histórico* presenta un triple punto de vista: el racional filosófico, que Humboldt desdeña por ineficaz y acientífico; el científico, que consiste en hacer la historia de las ideas del cosmos, considerando las que han ensanchado el campo de la observación; y el técnico que considera los progresos conseguidos asimismo en el campo de la observación. Según Humboldt los acontecimientos que produjeron un ensanche en el campo de la observación de la naturaleza se agotaron en los siglos XV y XVI con las exploraciones geográficas; terminada la centuria decimosexta ya no se dan nuevos acontecimientos, lo único que hay es perfeccionamiento técnico en los medios y en los métodos de observación científica.

### El Colón ilustrado y romántico de Humboldt

De acuerdo con Humboldt, en el despliegue histórico de los acontecimientos que produjeron el ensanche de la observación del mundo exterior, el Descubrimiento de América ocupa un lugar clave. En el descubrimiento colombino culmina la larga etapa de desarrollo del destino humano y comienza también

la tercera jornada de la humanidad, jornada que se caracteriza por el desarrollo incesante de la perfección técnica.

Al examinar Humboldt la hazaña colombina se le presenta necesariamente el problema de la primacía cronológica de los normandos; pero no basta, según él, con tal primacía en el tiempo, lo que importa averiguar es la cuestión de la *intencionalidad* de tal encuentro o descubrimiento por parte de los normandos, si se ven los viajes de éstos a la luz de sus *consecuencias* para la humanidad. Desde luego Humboldt accede a otorgar la primacía cronológica a los normandos por el mero topar físico de éstos con América; pero desde el punto de vista de la intencionalidad la primacía antedicha nada significa; es a saber que el descubrimiento normando no es un verdadero descubrimiento; en cambio Colón, aunque su descubrimiento se nos aparece como fortuito, si consideradas sus intenciones particulares, desde el punto de vista del progreso de la humanidad su hazaña se articula como un paso de avance en el camino del desarrollo del espíritu humano. Por consiguiente los *errores* del navegante genovés no desvirtúan en nada el valor de su descubrimiento, gracias al cual se remontan las tendencias históricas de la época. En realidad, como comenta O’Gorman, el descubridor no es la persona Colón, sino la humanidad, verdadero protagonista de la historia encarnada en este momento por el alucinado almirante.

Las expediciones normandas no satisfacen una necesidad universal como la satisface el descubrimiento de Colón, supuesto que éste sí abre o ensancha el campo de observación científica. La aventura colombina es, por tanto, la decisiva, a diferencia de la normanda, dado que es un acto intencional de la humanidad. El Colón de Humboldt se presenta, por consiguiente, a la vista de O’Gorman como “el instrumento de la teleología idealista de la interpretación romántica de la historia”, y por eso mismo se resuelve la aporía que presenta la primacía cronológica normanda y la supuesta ignorancia de Colón respecto a la existencia de América. Lo que importa es que en la comunicación que hizo Colón de su hallazgo concurren todas las condiciones precisas para atribuir al acto descubridor el valor de *descubrimiento verdadero*.

El Colón de Humboldt presenta los rasgos mismos de su autor: posee instinto de observación, es oráculo y vaticinador del mundo; tiene como él un lenguaje poético de contemplador y ama y goza con igual vehemencia y delectación las exuberantes bellezas de la naturaleza tropical americana. Es un Colón idealista y romántico, y por ello merece justamente el título de descubridor dado que

en él y con él se realiza la *apertura descubridora*. En última instancia este Colón, como observa O’Gorman, como está desprovisto de existencia real a fuerza de haberle inyectado Humboldt su propia naturaleza ideal y romántica, resulta un dócil instrumento de la teleología histórica del famoso viajero y pensador alemán. Con tal recreación ideal, que absuelve al hombre Colón de sus errores y lo declara ideal y metahistóricamente descubridor transfigurado, se alcanza la plenitud del proceso historiográfico en un intento de salvar la contradictoria verdad tradicional; pero a la vez este logro de Humboldt resulta indicio revelador del agotamiento de la tesis teleológica. A partir de Humboldt el tema quedó abierto a todas las interpretaciones mecanicistas, eruditas, polémicas y bizantinas empeñadas en relatar lo “que hizo Colón y no lo que se propuso hacer”. Como indica O’Gorman, en tanto que la historiografía colombina moderna mantenga la tesis del descubrimiento casual de América, que en el *Cosmos* encuentra su articulación y fundamentación conceptual, dicha historiografía no sólo revela que la tesis casualista es aún válida, sino que carece de un objetivo propio, vital y auténtico. Este último relato fatigoso del deshumanizado programa de la historiografía moderna colombina ya no nos corresponde presentarlo aquí, puesto que escapa a las exigencias interpretativas de nuestro propio tema.

Sólo nos toca añadir que este Colón humboldtiano es, de acuerdo con O’Gorman, lo que más se parece al propio Humboldt, así como el Colón de Oviedo se asemeja mucho al imperialista capitán, o como el Colón del padre Las Casas es en todo y por todo el mero calco del tremebundo y providencial dominico. O’Gorman nos ha rescatado a su vez a Humboldt, nos lo ha liberado del aprisionante estanco anecdótico que en México ahoga su figura y su obra, y a la par se ha libertado, y con él nos hemos también librado nosotros, del casi exclusivo Humboldt positivo que se desprende de las páginas del *Ensayo* y de la interpretación científicista única que le han dado a sus páginas en México. El Humboldt de O’Gorman resulta, por consiguiente, y dicho sea por exigencia analógica del método empleado, lo más parecido al propio O’Gorman; por algo Gaos lo sitúa, y no sin razón, como el autor que más merecería ponerse a la zaga inmediata del propio barón.

## Razón, entidad y trascendencia del *Ensayo político*

El historiador José Miranda, miembro del Instituto de Historia, ha escrito una breve ponencia sobre el *Ensayo político*, la cual le había sido solicitada por

una universidad alemana con motivo de la conmemoración del centenario de la muerte de Alejandro de Humboldt. En este trabajo lo primero que se echa de ver es que su autor es un hombre familiarizado con el texto del famoso *Ensayo*, lo cual se explica en primer término por su dedicación historiográfica profesional, y en segundo lugar porque ya va para tres años o más que ha preparado, anotado y prologado una edición crítica de dicha obra para el Fondo de Cultura Económica, la cual, quién sabe por qué misteriosas razones, todavía no ha visto la luz.

En la sección primera de la ponencia indicada líneas arriba analiza Miranda la “razón” o razones históricas (económicas y culturales) que hicieron posible el encuentro de Humboldt con México; un encuentro o conjunción del que resultará el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. El progreso material alcanzado por la Nueva España durante la segunda mitad del siglo XVIII, a base principalmente de la explotación minera (la plata extraída de las minas novohispanas “montaba aproximadamente tanto como la extraída durante el mismo lapso de todas las demás minas del mundo”), sirvió de base a los adelantos en el orden cultural, que aunque modestos y parsimoniosos, como subraya el autor, “calan quizás más que los materiales”. El espíritu iluminista del siglo y el despotismo ilustrado influyeron naturalmente y contribuyeron a la retirada de la escolástica y a la entronización, en suma, de la modernidad, la cual quedó representada en los nuevos establecimientos científicos y culturales: Escuela de Minería, Academia de Bellas Artes, Anfiteatro, etcétera. El espíritu del siglo contribuye a la creación de vastos veneros documentales, cuyo objeto es el conocimiento del país y de sus posibilidades, y que ayuda asimismo al despertar de la ciencia de la cultura destinando a la Nueva España una pléyade de científicos y técnicos de primer orden extraídos de España y del resto de Europa. Según el profesor Miranda todo trabajaba por la feliz conjunción del sabio alemán con la Nueva España.

En el siguiente apartado de su trabajo, denominado “entidad”, analiza el ensayista el *Ensayo político* tal y como hoy se presenta dicha obra a nuestra vista: “como un examen casi general de la vida contemporánea y el pasado de México a la luz de las ideas y los conocimientos modernos”. La gran novedad del *Ensayo* es que en él, por primera vez, una gran región de América quedaba analizada utilizando para ello los instrumentos científicos e históricos de la Ilustración. Para Miranda, Humboldt es el hombre de ciencia, también el sociólogo puesto al servicio del observador y experimentador empíricos.

Aunque Humboldt no sobresale dentro de la corriente filosófica naturalista de su tiempo, pudo, no obstante, como buen enciclopedista, realizar una labor que las grandes lumbreras de entonces no podrían haber llevado a cabo: mostrar a México de acuerdo con los dictados del saber contemporáneo. Humboldt proporciona al Nuevo Mundo el *cuadro* científico auténtico de todo México y abre también con este *cuadro* una ventana hacia el futuro de la nación. Para el articulista algunos de los juicios sociológicos de Humboldt todavía son válidos; de aquí su complacencia por transcribirlos. La falta general de sociabilidad, fundada en las diferencias del derecho y de fortuna, las cuales traen consigo los odios de castas (hoy diríamos de clase), y la situación opresiva en que se encontraban los indígenas (aún hoy, en parte, se encuentran), desprovistos de todo bienestar, no permitirían la prosperidad de la nación.

En la sección última intitulada “trascendencia”, que es la de mayor extensión y la más interesante, Miranda explica que el *Ensayo* fue una de las obras más leídas y mejor aprovechadas de principios del siglo XIX. Ella se convierte en un arsenal de noticias para todos, especialmente para el geógrafo, el viajero y el escritor, los cuales tienen siempre en ella algo que sacar y utilizar. El *Ensayo* se transformó de esta suerte, como afirma magistralmente Miranda, en un “bosque comunal en el que todos cortaron leña”. A través de esta obra de Humboldt, México es “redescubierto”; la lectura de la misma proporcionó a los hombres ilustrados de América y de Europa “el conocimiento de México que la época reclamaba”.

La trascendencia del *Ensayo* la registra primeramente el historiador en el campo de la diplomacia; en el de las primeras relaciones internacionales de las grandes potencias de entonces con el México fabuloso, rico y promisorio que desfila en las páginas de Humboldt. Ya vimos a comienzo de nuestro trabajo cómo Miranda disminuye la responsabilidad de Humboldt en tanto que señuelo de inversionistas, y vimos asimismo que el monto de las inversiones mineras inglesas en México era inferior al capital nominal suscrito en las compañías de Brasil y en las de Chile y Perú.

Tras este somero pero revelador examen económico, Miranda pasa a explicar el segundo punto de la “trascendencia”, que consiste en haber concurrido el *Ensayo* a “robustecer en los criollos el espíritu de la libertad y a agigantar su fe y su optimismo en los destinos patrios”, cosa que reconocieron incluso los primeros gobernantes mexicanos una vez consumada la Independencia.

La importancia de este ensayo de Miranda radica, según lo vemos, en la manera como él, con datos y fuentes económicas de primera mano, reduce a sus justos límites las explicaciones tradicionales, excesivamente exageradas, sobre las famosas inversiones inglesas en las minas de México a raíz de la Independencia.

### La visión humboldtiana de los indios mexicanos

De la gran obra que prepara el doctor José Miranda sobre el barón de Humboldt, ha desglosado y preparado un breve ensayo que ha enviado a París para que sea leído y comentado en la sesión conmemorativa del centenario de Alejandro de Humboldt, que se ha de celebrar por la Société des Américanistes el 4 de noviembre del año en curso. El profesor Miranda ha llevado nuevamente su amabilidad al extremo de proporcionarnos una copia del trabajo, y ello nos permite adelantar al lector una somera glosa del mismo. Comienza presentándonos los dos extremos o imágenes interpretativas sobre el indio forjadas por la conciencia española en el siglo XVI, que se ilustran por los motivos históricos ya conocidos con las actitudes extremas que frente al problema adoptan el apasionado Las Casas y el aristotélico Sepúlveda. Pasa a continuación Miranda a darnos una visión más favorable y halagüeña de la realidad indígena, la cual él personifica escalonadamente en un Mendieta, en un Palafox y en un Clavijero. Esta real valoración, que culmina en el siglo XVIII con el citado Clavijero, no corre paralela con la que se arbitra la conciencia europea ilustrada, que torna a la recaída elaborando una imagen paradisíaca del indio, fundada en la idea del estado feliz de naturaleza y en la de la bondad ingénita del hombre natural. La imagen del “buen salvaje” quedaba nuevamente recreada para oponerla y utilizarla como arma ideológica de combate frente a la opresión política establecida por el absolutismo.

Humboldt, según Miranda, trajo consigo al Nuevo Mundo esta imagen del “buen salvaje”; pero pronto, hubo de desecharla en cuanto se puso en contacto con la auténtica realidad indígena. Sin embargo, nos aclara el ensayista, el joven sabio prusiano no se libró completamente de ciertos elementos sustentantes de la idea del “buen salvaje”; es a saber del soporte edénico tropicalista: feracidad del suelo, dulzura del clima y magnificencia de la naturaleza. Fuera de esto la imagen que del indio sedentario o cultivador se forja Humboldt coincide en lo fundamental con las de Mendieta, Palafox y Clavijero.

Como podrá apreciarlo el lector, Miranda, por un lado, y O’Gorman, más adelante, por el otro, sin previo acuerdo llaman la atención sobre el sentido relativista, no absolutista, que posee la cultura desde el punto de vista humboldtiano; de esta suerte las diferencias culturales entre los pueblos aborígenes americanos y los europeos provienen de las diferencias de idiomas, hábitos y costumbres y sobre todo de la larga opresión que sufrieron los indígenas a partir de la conquista española. “Las reglas que estas declaraciones encierran –escribe Miranda–, sirven muy bien para medir el valor de los asertos y juicios de Humboldt sobre la idiosincrasia indígena; para medir los de él y los de cualquiera, porque a todas luces son reglas obligadas para quienes revisen críticamente esa clase de pronunciamientos y dictámenes”. Por su parte O’Gorman, como ya veremos, explicará estas reglas de oro de Humboldt, fundamentándolas en la influencia que la filosofía herderiana de raíz romántica ejerció sobre el barón. El doctor Miranda subraya que para el cuadro que pintó Humboldt de los indios mexicanos se valió más de los modelos y colores ajenos que de los propios, especialmente del cuadro de Clavijero que aparece inserto en su *Historia antigua de México* (1780); si bien el retrato de Humboldt no es tan favorable como el trazado por el insigne e ilustrado jesuita mexicano. Los tintes sombríos del rostro indígena dibujado por Humboldt se deben, según Miranda, a las opiniones seculares dominantes en la colonia, que calificaban a los indios de indolentes y carentes de imaginación creadora. Apresado el autor del *Ensayo político* entre la opinión culta, favorable y positiva de Clavijero y la negativa, interesada y común de los novohispanos contemporáneos, se decidirá por las opiniones de éstos; aunque atenuará los rigores interpretativos achacando a las influencias del trópico, al régimen de dominación y de explotación los caracteres adversos.

Frente al mundo indígena mexicano Humboldt construye una cosmovisión histórica del mismo, sin dejar, según Miranda, ni un solo cabo suelto. Esta creación humboldtiana comienza por considerar el discurrir histórico del pasado indígena; pero no en el *Ensayo* sino en los *Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*, que es donde aparece el mundo prehispánico con su gobierno propio, despótico y feudal, su cultura avanzada y su explotación de los labradores y de los pueblos vencidos. Con la conquista española y después de ella, la segunda etapa, la destructora, que se considera también como parte de esa visión del pasado indígena, queda aniquilada la antigua cultura y se produce así la degradación intelectual total del pueblo

indígena: vencedores y vencidos quedan fatalmente separados. En la tercera etapa, la del presente, es decir la que fue actual para Humboldt, caracterizada por la explotación de los indios y los sufrimientos de éstos, soportados con paciencia, los sometidos no oponen resistencia y emplean como defensa una *velada astucia* que es interpretada corrientemente por sus explotadores como apatía o estupidez. La cuarta etapa, la futura, deberá ser la que se alcance tras las imprescindibles reformas políticas y el mejoramiento inaplazable de los indios, para impedir la probable explosión revolucionaria de éstos después de siglos de resentimiento y callado rencor. Apoyándose en Abad y Queipo, Humboldt, nos expresa Miranda, propuso medidas en beneficio de los indios, así como la supresión de un sistema político que los obligaba a que formasen un *status in statu*. Humboldt apremiaba a los españoles y a la clase criolla dominante a que sacasen a los indios del estado de barbarie, miseria y abyección en que se encontraban injertos y en el que habían sido sumidos desde hacía siglos. El bienestar de la raza blanca estaba íntimamente ligado al de la felicidad de la raza cobriza. El profesor Miranda termina su interesante ensayo aludiendo, por último, a los dones proféticos de Humboldt: “En esto, como en otras muchas cosas, Humboldt fue un verdadero profeta. El espectro ha seguido cerniéndose sobre América. Pero su influjo maléfico, que el liberalismo intentó conjurar en vano mediante la aplicación de sus principios, se ha sentido mucho más en el orden de la felicidad que en el de la paz, a nada ha afectado tanto como al desenvolvimiento de la economía y al fraguado de la sociedad”.

### Tres artículos periodísticos

Nosotros llegamos a pensar muy seriamente en la necesidad de investigar cuál es la imagen oscilante de Humboldt apresada en las páginas de los periódicos; pero pronto desechamos el proyecto cuando se presentaron ante nosotros los dos inmensos y procelosos océanos de tinta impresa (siglos XIX y XX) que teníamos que atravesar, y cuando caímos en la cuenta de que tal vez las riquezas del hallazgo no justificarían la extenuante travesía, supuesto que a juzgar por lo encontrado en los tiempos nada nos aseguraba que los logros pudieran compensar nuestro esfuerzo. Sabíamos muy bien que lo que ocurre con nuestro pensamiento filosófico acontece a veces también con el historiográfico; es decir que de la misma manera que no fue casual que las primicias filosóficas de Una-

munos, Caso y Ortega, por ejemplo, vieran su primera luz en las páginas de fondo de nuestros diarios, así también ayer como hoy muchos de los temas históricos más importantes florecen primeramente en las páginas periódicas para pasar mis tarde a las de los libros consagrados. Proseguimos así nuestro examen y por último tuvimos la fortuna de encontrarnos con los tres artículos del padre Garibay, los cuales nos compensaron con creces de la gran cantidad de material vulgar periodístico sobre Humboldt que hemos leído hasta hace poco.

Los tres artículos publicados sucesivamente en *El Universal* (9, 16, 30 de marzo de 1959) por el padre Ángel María Garibay K., son extremadamente valiosos por cuanto, según observará el lector a la vista de nuestro análisis crítico, están desembarazados totalmente del pesado lastre de las ideas y tópicos comunes. Garibay reconoce modestamente en los susodichos artículos (“Modelo de sabios”, “Viajero incansable” y “Saber humano”) que escribe para los lectores que leen los diarios, “los humildes de poca información” y, pues, para ellos elabora un esquema de la vida y de la obra del sabio barón. Labor, por tanto, de pocas pretensiones; pero que realizada por un auténtico humanista, como lo es el padre Garibay, adquiere perfiles inolvidables de sapiente humildad intelectual, la cual queda ahí para lección de tantos soberbios mentecatos cuya supuesta ciencia infusa no les permite descender, según ellos, de las elevadas esferas para codearse con los más necesitados de conocimientos. Para Garibay, conviene aclararlo, este codeamiento no significa vulgarización ni interpretación torcida del pensamiento ajeno; sino que significa, tal y como lo cumple en este caso, la presentación breve y resumida de la obra, de los viajes y de la vida de Humboldt, a fin de que sus lectores conozcan la “enorme grandeza de ese alemán de tan alta cepa”; de ese alemán al que “México [le] sale a cada paso bajo su pluma” y por el que “tuvo un amor entrañable”. Éste es el programa que expone el articulista y que cumple fielmente en sus tres artículos.

Humboldt es visto como un hombre abierto a todo lo humano, lo cual es cierto y lo cual constituye asimismo la característica esencial del propio Garibay; por eso le preocupa que sus lectores no confundan a Humboldt con un turista, “uno de esos tipos –escribe con simulada indignación–, que pertenecen a este siglo de turismo. Gente que pasa dos semanas en una nación y se descuelga escribiendo un libro en que pretende hablar del pasado, del presente y del porvenir de ella. También el barón escribía libros, pero ¡qué libros! Hoy tenemos que buscarlos y hallamos en ellos lo que ni en ciertas obras de aspecto científico riguroso puede hallarse”.

Como Garibay no vive apremiosamente, sino que es un hombre que marcha con paso firme y reposado por los caminos de la cultura, con un ritmo igual o parecido al que llevó el propio Humboldt, con el que coincide asimismo en la síntesis científica, humanística y estética, se nota en seguida que su conocimiento de Humboldt se aparta de la trivial imagen anecdótica y se interesa más por calar en la significación de las obras del barón. Sin duda los lectores de Garibay se habrán quedado no poco asombrados de que el articulista, que analiza las obras principales de Humboldt a la par que va marcando el extraordinario itinerario viajero del sabio, ni una sola vez menciona el famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (aunque sí se refiere al *Ensayo político sobre la isla de Cuba*, obra en la que se presenta por primera vez al mundo científico un país de América). Pero si el articulista no lo menciona directamente, ello no quiere decir que no haya pensado en él en su plan (sueño-homenaje) editorial a base de las obras “referentes a México principalmente” y del *Cosmos*, “de tan rara belleza”. Garibay es el segundo mexicano de nuestro tiempo que se ha puesto a leer cuidadosamente esa obra de tan “encantadora lectura”: “Obra breve, hasta cierto punto –más de seiscientas páginas en una edición castellana que corre por ahí– pero una de las más hermosas que se han escrito sobre el Universo”. Agotado en sí mismo el *Ensayo* después de cerca de siglo y medio de interpretaciones históricas que acaban siempre en un mero repetir de anécdotas o de informaciones ya inoperantes, Garibay, con clara visión del nuevo campo interpretatorio que se abre con la lectura del *Cosmos*, dedica su atención a tan extraordinario libro, porque en él, más que en ningún otro, resolvió Alejandro de Humboldt prácticamente la fundición excelsa del saber científico y del saber humanístico; enlace cósmico entre la naturaleza y el poder del espíritu: libro prodigioso que abarca al universo en su conjunto, y que estudia la conexión íntima de los fenómenos y su mutua dependencia. El principio humboldtiano referente a la realidad una y a la unidad del conocimiento le parece al comentarista de oro, porque él mismo lo vive como principio rector de su desenvolvimiento intelectual. Garibay marca con sus tres artículos cuál debe ser la futura orientación de los estudiosos de Humboldt en México: la lectura y el estudio del *Cosmos*.

Junto al plan editorial (todavía un proyecto editorial necesario) sitúa el articulista la formación integral del barón como digna de ser imitada y elevada al rango de *modelo* ideal para el hombre estudioso mexicano; un hombre, según lo imagina generosamente Garibay, incluso, para el cual, como

en la feliz fórmula antigua, nada de lo humano le sea indiferente. Garibay, insistamos en esto, en sus tres breves artículos ha sabido librarse del estancamiento biográfico anecdótico en el que se ha quedado y aún se queda la mayor parte de los comentaristas que tributan su atención al *Ensayo*, especialmente los historiadores-periodistas o los aficionados a la historia. Como verdadero historiador y consumado humanista, Garibay se ha interesado más, naturalmente, por el *Cosmos*, y, por el “hombre” integral (Humboldt) que refleja esta obra, que por el sabio especialista que transparenta el *Ensayo*: éste es un resumen útil de un momento histórico determinado; aquél un libro clásico y por lo tanto inmortal; con valores formativos propios para todos los hombres y para todas las épocas, lo cual explica indudablemente la preferencia del articulista.

### Eutrapelia histórica

Con motivo del centenario de la muerte de Humboldt, la Academia de Ciencias de Berlín ha publicado a fines de marzo del presente año un volumen conmemorativo formado por diversos trabajos científicos, entre los cuales se encuentra uno en español escrito por los señores González-Reyna y García-Rojas relativo a la influencia ejercida por Humboldt en el desarrollo posterior de México. Según estos autores la citada Academia alemana los invitó a participar en el homenaje internacional en memoria del sabio que fue no solamente el más eminente de Alemania en su tiempo, sino de todo mundo y por supuesto de México, “a quien también le pertenece y donde su memoria es bien querida”.<sup>56</sup> Artículo indicado lleva un título interesante que sugiere bastante más de lo que tiene como contenido dicho trabajo: “El barón Alexander von Humboldt y su influencia en el desarrollo científico y económico de México”. Consta el artículo de una introducción y de tres secciones: “Humboldt y su preparación científica”, “Viaje a América” y “Las investigaciones de Alexander von Humboldt en Nueva España”. Esta última sección es la mejor y la que constituye el meollo del trabajo.

En la introducción se acude además al tan manoseado tópico de que es un placer así como una obligación de los mexicanos rendir el tributo debido a Humboldt por lo mucho que él amó a estas tierras, y por el tiempo que dedicó el viajero y geógrafo insigne al estudio de la naturaleza mexicana; que lo deben

<sup>56</sup> Introducción, p. 219.

recordar asimismo todos los mexicanos con gran respeto y veneración, supuesto que además de lo dicho fue el gran sabio un economista, que previó el futuro desarrollo industrial del país, y fue, por tanto, un hombre filósofo y humano que pertenece por ello a México. Por supuesto nada de lo expresado es criticable, lo que sí resulta censurable es que tan brillante programa se quede en puro sumario dentro de las 17 páginas y media del texto, cosa que por lo demás admiten los propios autores, al declarar públicamente que su trabajo es una rápida e inadecuada apreciación de la gigantesca obra del barón.<sup>57</sup>

Las secciones primera y segunda son, por tanto, un resumen biográfico sin mayores pretensiones, originalidades o novedades; simples refritos de sobadas noticias y materiales que todo el mundo conoce, extraídos principalmente de la *Memoria* alemana de Krumm-Heller y del prólogo de Vito Alessio Robles. Los autores no dejan de reconocer el aporte eficaz de la ciencia y estadística novohispana en la elaboración del *Ensayo político*, y asimismo subrayan el papel importante representado por el virrey Iturrigaray gracias a las facilidades que brindó al ilustre viajero alemán. A pesar de que la obra biográfica de De Terra hacía ya tres años que estaba traducida y publicada en México (1956), los autores recurren una vez más al socorrido expediente novelesco de los amores de Alejandro de Humboldt con la inquieta y hermosa Güera Rodríguez: último tributo romántico mexicano a la leyenda donjuanil trenzada compensatoriamente, como ya sabemos, en torno a la extraña personalidad de Humboldt.

La sección tercera comienza por resaltar la obra científica del barón en relación con la Nueva España, y se pone como ejemplo el valor cartográfico del famoso *Atlas*. Los articulistas consideran también a Humboldt como el iniciador de las ciencias geográficas y humanas, sobre las cuales descansa hoy día la economía de cualquier país,<sup>58</sup> y exaltan además la obra climatológica realizada por el incansable viajero, cuyas observaciones sirvieron posteriormente, y mucho, para crear una ciencia que pronto sería de gran utilidad para la navegación y la agricultura. Los autores destacan la importancia que poseen los estudios biogeográficos y fitogeográficos realizados por el barón en México, que quedaron recogidos en parte en el *Ensayo político*. Junto a estos valores ponen asimismo los articulistas otros no menos importantes, como son el estudio de la distribución geográfica de los animales en la Nueva España,

57 *Op. cit.*, p. 235.

58 *Op. cit.*, p. 236.

las observaciones geológicas, las investigaciones mineralógicas y las descripciones petrográficas y geológicas. Realmente el aquilatamiento científico de la obra de Humboldt llevado a cabo por los dos autores nos parece que se inspira en la obra de Stevens (no mencionada) analizada ya por nosotros.

Prosiguen después ambos autores el estudio de la obra del barón, el *Ensayo* casi exclusivamente, y nos ponen de relieve la repercusión favorable que tuvo para la Nueva España la investigación de Humboldt, sobre todo en abono de la agricultura y de la industria. Para González-Reyna y para García-Rojas, Humboldt previó también la Independencia; en lo político así como en lo económico y científico los estudios de Humboldt en la Nueva España les resultan una muy clara aportación del sabio al desarrollo del mundo moderno. En resumidas, el artículo que aquí comentamos no es sino uno más en la machacona serie ya conocida, que no aporta nada nuevo en el orden científico o en el humanístico. No comprendemos, por lo mismo, por qué motivo el corazón de cada escritor tuvo que palpar más de prisa por causa de la lectura de algunos de los párrafos de la introducción de Alessio Robles; una introducción, según ellos, basada “en fuentes tan autorizadas como Carreño, Corpancho y Krumm-Heller”.<sup>59</sup>

Realmente todos estos trabajos supuestamente críticos lo son única y efectivamente de ocasión o de encargo; loas consabidas endilgadas a una estatua intelectual y que sólo rozan levísimamente la figura y la obra auténticas del sabio sin par. Hasta ahora –y ojalá que el centenario en puertas nos obligue a rectificar este criterio–, no ha habido un autor nuestro que se haya dedicado seriamente a examinar y analizar el espíritu liberal del barón, reflejado en casi todas sus obras y esencialmente en sus cartas; que le llevó a justificar e incluso aplaudir jeffersonnariamente los proyectos de expansión territorial del Coloso del Norte a costa del degenerado, conservador y aristocratizante vecino: México. La correspondencia de Humboldt con algunos de los prohombres norteamericanos más representativos es definitiva al respecto y bien valdría la pena exhumarla, anotarla y comentarla. Por fortuna el profesor Miranda, a quien le agradecemos el informe, lleva ya bastante adelantado su trabajo sobre Humboldt, en el cual uno de los capítulos estará reservado al estudio crítico de tan importante cuanto reveladora correspondencia. Desde aquí, por tanto le pedimos perdón a nuestro amigo, el docto profesor José Miranda, por habernos tomado la licencia de adelantar esta noticia, que en verdad no nos podíamos callar.

<sup>59</sup> *Op. cit.*, p. 235.

## “Humboldt en Quito”

En el periódico *El Popular* (5 de septiembre de 1959) ha aparecido este artículo de divulgación del historiador ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, escrito para la UNESCO, con motivo, sin duda, del centenario humboldtiano, y recogido por el citado diario mexicano de alguna de las publicaciones de la mencionada institución internacional. El articulista nos presenta a su Humboldt cruzando las tierras del Ecuador y a la par nos va indicando las diversas observaciones, mediciones astronómicas, experiencias y estudios del infatigable viajero alemán y de sus compañeros de aventuras científicas, el botánico francés Aimé de Bonpland y el joven quiteño Carlos Montúfar, hijo de los marqueses de Selva Alegre, apasionado por la ciencia, que encontró en el también joven Humboldt el modelo ideal del sabio y del amante de la libertad. Carrera Andrade nos cuenta la historia de la familia prócer: don Juan María de Montúfar y Larrea había educado a sus hijos Carlos y Francisco para la causa de la emancipación americana; una afirmación que nos parece excesivamente aventurada puesto que sólo *a posteriori* es posible deducir una tal orientación educativa. Mucho más congruente sería haber dicho que les proporcionó a los dos varones una educación ilustrada que les permitió más tarde sumarse a la causa de la independencia de América. Nos añade el articulista que aquel gran señor ilustrado reunía en su casa una de aquellas famosas tertulias dieciochescas a la que acudían los mestizos y criollos más distinguidos: Antonio Ante, Mejía, el cura Rodríguez, Morales, etcétera. Todo esto explica perfectamente que el joven Carlos Montúfar acompañara a Humboldt por las tierras ecuatorianas, peruanas, novohispanas, cubanas y norteamericanas e incluso siguiera con él hasta Europa. Estando en el Ecuador examinan los tres el volcán Cotopaxi; ascienden al Chimborazo hasta los 5 810 metros de altitud; visitan el nevado del Altar y cruzan el páramo de Azuay, comprobando Humboldt que nevaba allí durante los meses de junio, julio y agosto; observan el monumento militar de Ingapirca y examinan la quebrada del sol (Inti Guaicu). Auxiliado por Montúfar y Bonpland estudia Humboldt el precioso árbol de la quinua y el no menos notable de la leche, llamado por los indios “vaca vegetal”. Encontrándose los tres en Ibarra estudian los restos del “elefante carnívoro”, y las obsidias del Quinche. Pasan luego, descendiendo por el Laja, a las riberas amazónicas, penetran en la selva, vuelven al Perú y se embarcan para la Nueva España. En México viven un año; se embarcan des-

pués para Cuba; conocen poco después los Estados Unidos; visitan a Jefferson y finalmente emproan hacia Europa desembarcando en el puerto de Burdeos el 1 de agosto de 1804.

Desde luego una de las cosas que más le interesa a Carrera Andrade hacer destacar en su artículo es el papel que representó el héroe quiteño junto al sabio y liberal alemán. Carlos Montúfar actúa como secretario de Humboldt en la obra prodigiosa de éste; pone en orden sus escritos y sus notas. Empero lo más importante, según el articulista, es la influencia que ejerce el pensamiento político de Humboldt, tan opuesto a los absolutismos del Estado y de la Iglesia en las posesiones americanas de España, en el aristócrata quiteño. La realidad de una vida como la de Humboldt, dedicada toda ella a la acción y en extremo inclinada a la independencia personal, había de impresionar, sin duda, al joven criollo, quien junto con su *modelo* visitó Italia y conoció allí a Guillermo de Humboldt, a Gay-Lussac y al ardiente patriota caraqueño Simón Bolívar. “Diez años más tarde –escribe el articulista– Montúfar ofrendará su vida por la emancipación de su país.”

Carrera Andrade nos presenta después de lo dicho al Humboldt científico aureolado de la fama, al hombre de ciencia que brilla en todas las academias e institutos de Europa; pero también al hombre ya cansado y cercano a la vejez, que añora el paisaje americano que tan dentro tenía en su corazón, y que aspira, como le ocurrió con México, a volver a los Andes ecuatorianos para instalar sobre ellos una especie de observatorio mundial. Por último el articulista nos relata que Bonpland, más afortunado que su compañero, sí pudo regresar a América; aunque para su mala fortuna fue arrojado a una prisión por el “dictador de los gauchos”, el doctor Rodríguez Francia. Este personaje recibió cierto día una carta de Simón Bolívar, en la que éste intercedía por la libertad de Bonpland; en el exordio de esta misiva se lee lo siguiente: “Desde los primeros años de mi juventud tuve la honra de cultivar la amistad del señor Bonpland y del barón de Humboldt, cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos sus conquistadores”.

### *El Ensayo político sobre la isla de Cuba*

Aunque ya se ha dicho más de una vez, y muy autorizadamente, no estará por demás repetir que resulta culturalmente reconfortante ver la proyección continental que ha alcanzado nuestra revista mexicana *Cuadernos Americanos*

como portavoz liberal de la cultura hispanoamericana y española. Esto viene a cuento por la publicación en dicha revista, en fecha reciente (v. 5, septiembre-octubre de 1959), de un ensayo del geógrafo cubano Levi Marrero, cuyo título reza así: “Humboldt, la geografía moderna y Cuba”. Este ensayo responde al interés mundial, y dentro de él, por supuesto, al iberoamericano, despertado con motivo del primer centenario de la muerte de Alejandro de Humboldt. “La voz de Cuba –como afirma el ensayista–, no podía faltar en el amplio y fecundo cielo de resonancias humboldtianas.” Resulta por demás curioso observar cómo los hombres americanos más representativos han coincidido y coinciden en sus justipreciaciones sobre la obra de Humboldt. Parafraseando al distinguido sabio cubano Fernando Ortiz, el ensayista recoge una idea de éste que es semejante a otra que se ha repetido frecuentemente en México: “El autor de la obra *Cosmos* pertenece al mundo; el ilustre sabio pertenece a Alemania; el autor del *Ensayo político sobre la isla de Cuba* a esta patria cubana pertenece”. Ortiz y Marrero están en lo justo; en realidad, y ampliando más continentalmente la visión, Humboldt pertenece a toda Hispanoamérica.

Después de esta breve introducción o motivación temática, el ensayista y geógrafo cubano da comienzo propiamente a su trabajo crítico, y para ello lo divide metódicamente en los tres apartados siguientes: Humboldt y la geografía moderna; Humboldt y el *Ensayo*; Humboldt el liberal. Marrero nos explicita cuál es el motivo inmediato de su preocupación humboldtiana: presentar aquellos aspectos de la obra del barón que están más próximos a los intereses geográficos del propio ensayista, a la vez que indicar los rasgos más significativos del *Ensayo* por los análisis lúcidos, sinceros y valientes que el mismo encierra sobre la realidad de Cuba durante el primer cuarto del siglo XIX. Humboldt es para Marrero, y en esto coincide con Stevens y con otros muchos geógrafos mexicanos, “el creador máximo de la geografía moderna”. Las cualidades que otorgan a Humboldt tal mérito son dos: su capacidad genial para descubrir los hechos geográficos, para entrelazarlos y relacionarlos, y su visión científico-geográfica inspirada en el mundo prístino de América, que como un inmenso laboratorio permitió al genio creador que madurase la idea sobre el sentido de las relaciones geográficas. Lo que aproxima las ideas de Marrero a las de Stevens y Koerdell, entre otros, no es, a nuestro modo de ver, sino la tributación que todos deben al creador de la geografía histórica, Conrado Kretschmer.

Por lo que toca al *Ensayo*, éste es considerado como la primera descripción científica de Cuba, y por lo mismo constituye un motivo de orgullo para

todo cubano culto. Coincidiendo también ahora con la idea de Pereyra, Marrero nos dice que el *Ensayo* sobre Cuba ha sido muchas veces mencionado, pero poco leído; sobre todo por las últimas generaciones cubanas. Levi Marrero espera, por ello, confiado en que el homenaje centurial presente devuelva a Humboldt una actualidad tal que lo haga una lectura obligada en todos los medios culturales de la isla. Pasa a continuación Marrero a explicar brevemente las circunstancias viajeras que hicieron posible la redacción del *Ensayo*, y, aunque de pasada, hace justicia a los colaboradores cubanos de Humboldt, que de 1803 a 1825, fecha de aparición de la obra, no dejaron de estar en comunicación con el sabio proporcionándole informes y enviándole recopilaciones que le permitieron analizar los hechos y establecer las relaciones sociogeográficas. “Su libro –escribe Marrero–, al publicarse estaba al día y reflejaba la realidad de la Isla [...]. El contacto que había sostenido Humboldt con la realidad cubana a través de su correspondencia con las figuras más notables de la isla, le permitió llevar a su *Ensayo* las cifras más exactas y más actuales entonces disponibles.” Véase también que en Cuba así como en la Nueva España o en cualesquiera otros lugares de Hispanoamérica, Humboldt no fue el demiurgo o el Prometeo consagrado de los discursos patrióticos, sino el sapientísimo organizador, reflexivo y deductivo del inmenso cúmulo de materiales diversos puestos bondadosa y desinteresadamente a su disposición. A continuación nos relata también brevemente Marrero los diversos viajes de Humboldt por el continente americano; nos describe sus trabajos científicos, sus exploraciones y experimentos, y especialmente la determinación exacta de la longitud de la ciudad de La Habana (la cual llevó a cabo Humboldt desde la azotea de la residencia del conde de O’Reilly), en la que descubrió un error de grado y medio en comparación con las medidas anteriores que se tenían. Ahora bien, el comentarista en lugar de rasgarse las vestiduras y proclamar la negación de la ciencia colonial, nos da sencillamente esta explicación justificatoria:

No es para asombrarse, porque en la Carta Militar oficial de Cuba, según han revelado recientes estudios geodésicos y cartográficos norteamericanos, muchas estaciones están a seis kilómetros de los puntos señalados en el único mapa oficial de la República y muchos poblados aparecen en el lado contrario de una carretera o ferrocarril. Al mismo tiempo observaciones astronómicas recientes han revelado que la Isla de los Pinos se encontraba en los mapas cerca de 27 kilómetros fuera de posición.

Como Cuba, según se sabe, no logró su independencia de España sino hasta 1898, es natural que el *Ensayo político sobre la isla de Cuba* no puede presentarse, como le ocurre a nuestro *Ensayo*, como el precursor ideológico de la emancipación; pero no obstante Marrero lo considera tácitamente como una obra que permitió el despertar de la sociedad colonial. La prueba, aunque negativa, la proporcionó el propio cabildo habanero al prohibir la circulación del libro, puesto que en él se presentaba al desnudo el drama social que vivía Cuba y el estado aflitivo por el que pasaba la sociedad humana en la isla; es decir la situación provocada por el auge del tráfico esclavista fomentado por el progreso azucarero. Humboldt, escribe Marrero, hombre de conciencia libre, condenó el “comercio bárbaro” y se sublevó contra la “trata”; si bien reconoció que el esclavo recibía en Cuba mejor tratamiento que en otras partes (Norteamérica, Antillas francesas, etcétera). Considerado todo lo dicho, el ensayista estima que se hace necesaria y urgente una edición popular del *Ensayo* sobre Cuba. Como parte del homenaje nacional cubano a Humboldt, nuestro geógrafo propone una edición de esta naturaleza para que “muchos de los que nunca lo leyeron antes descubran su genio como él había ya descubierto las vastas posibilidades de lo que era entonces una colonia semiolvidada”. Todavía más, Humboldt posee hoy día un valor utilitante único como expresión y programa premonitorio de la Cuba revolucionaria de nuestros días: “Aun hoy –escribe Levi Marrero–, podemos suscribir muchos de sus diagnósticos –tan poco ha cambiado nuestra realidad en tantos aspectos negativos–, como cuando criticó [Humboldt] la importación excesiva de víveres, contrasentido secular de un país agrícola, y sugirió una adecuación de las divisiones territoriales a la realidad geográfica, cosa de que aún carecemos.

Levi Marrero cataloga a Humboldt de liberal; de aquí que a la nueva Cuba le venga como anillo al dedo la figura venerable del patriota alemán, el defensor de la “libertad cultural”. “En su *Cosmos* –como asienta el escritor cubano–, vive todavía un mensaje que los pueblos hoy llamados subdesarrollados, entre los cuales figura el nuestro, deben reactualizar, porque es un llamado al estudio, a la investigación y a la justicia.” Marrero se complace, por último, en presentarnos un párrafo más del *Cosmos*, con el que podría delinarse todo un programa futuro nacional “de ancho aliento” para Cuba; helo aquí:

El hombre no tiene acción sobre la naturaleza ni puede apropiarse ninguna de sus fuerzas, sino en tanto que aprenda a medirlas con previsión,

a conocer las leyes del mundo físico. El poder de las sociedades humanas, Bacón lo ha dicho, es la inteligencia; este poder se eleva y se hunde con ella. Pero el saber que resulta del libre trabajo del pensamiento no es únicamente uno de los goces del hombre, es también el antiguo e indestructible derecho de la humanidad, figura entre sus riquezas, y es frecuentemente la compensación de los bienes que la naturaleza ha repartido con parsimonia sobre la tierra.

Los pueblos que no toman una parte bastante activa en el movimiento industrial, en la elección y preparación de las materias primas, en las aplicaciones felices de la mecánica y de la química, en los que esta actividad no penetra todas las clases de la sociedad, deben infaliblemente caer de la prosperidad que hubiesen adquirido.

Para Marrero, insistamos en lo ya apuntado, el programa que presenta Humboldt en el *Ensayo* cubano y en el *Cosmos* es valioso y útil aún para la Cuba nueva y libre que se levanta en nuestros días orgullosa frente a los viejos y corrompidos entreguismos postcoloniales. Humboldt, nos explica el articulista, reclamaba la libertad para que la cultura pudiera florecer; pero exigía una base de sustentación económica para poder asegurar la libertad. Más aun, Humboldt, prosigue el comentarista, expresaba que la cultura debía ser un esfuerzo constante hacia la comprensión de la naturaleza, para que los recursos de ésta fuesen más beneficiosos para el hombre. La Cuba de hoy sabe asimismo como Humboldt lo sabía, que cuanto más inteligentemente pueda el hombre cubano servirse de los dones de la naturaleza, más garantizado tendrá el fundamento material de su libertad humana, puesto que, como parafrasea Marrero, la libertad del hombre no puede florecer en la miseria. ¡Hermosísimo plan de regeneración material y espiritual, que sin mayores dificultades podría hacerse extensivo a la mayor parte de las naciones hispano-americanas!

### Donald D. Brand y el *Ensayo político*

El geógrafo norteamericano Donald D. Brand, invitado, según nos parece, por la revista de la Universidad Veracruzana, *La Palabra y el Hombre*, ha escrito un excelente ensayo sobre el tema humboldtiano, que traducido por el señor C. A. Castro ha sido publicado con el título siguiente: “El *Ensayo político sobre*

*el reino de la Nueva España de Humboldt*". Este trabajo se inicia con esta afirmación previa: que en la obra de Humboldt citada se concede especial atención a la concepción de la geografía económica; es a saber que Humboldt se preocupó fundamentalmente de las fuentes de riqueza novohispana y de la distribución y utilización de las mismas. El articulista analiza, pues, en primer término la valoración económica del *Ensayo* del célebre barón alemán y para ello pasa revista a diversos estudios que se refieren a México en relación con la citada obra. Cuatro son los autores que, según Brand, han estudiado este tema, si bien lo han hecho de un modo subsidiario en relación con México: Peschel (1872), Döring (1931), Soscie (1954) y Stevens (1956).

A continuación se refiere a la estancia de Humboldt en México y a la atracción que ejerció sobre éste nuestra tierra, lo que unido al temor del viajero de descender a las febriles regiones de Veracruz, dio por feliz resultado una estadía de un año en el país, que aquel aprovechó para gozar de la hospitalidad y amabilidad que le brindaron en la Nueva España tanto las autoridades como los ciudadanos en general, así como para disfrutar del ocio necesario para poder dedicarse a sus estudios favoritos (fitología y geología) y a la investigación económica, aprovechando para ello el inmenso acervo documental recopilado en el virreinato, del que, por otra parte, nos dice Brand, Humboldt sólo utilizó una décima parte. Como Salado Álvarez y otros comentaristas que ya hemos citado, Brand se muestra injusto o recortado en sus juicios sobre el siglo ilustrado hispanoamericano, dado que para poder explicarse el entusiasmo que México le despertó a Humboldt tiene que *imaginar* que en la América del Sur dominaba la incuria cultural. Nadie, efectivamente, puede negar las *diferencias* y los *contrastos*; pero habrá que convenir con nosotros una vez más, que unas y otros no son tan absolutos como pretende el señor Brand, porque a decir verdad los adelantos científicos y culturales de las capitanías y virreinos marchaban relativamente parejos. Cuando Humboldt llegó a México, el esplendor novohispano, eso sí, le produjo un viraje intelectual o cambio en la tarea específica viajera que se había trazado desde el punto y hora en que proyectó su exploración científica por las Indias Occidentales. Más aún, conforme el viajero fue progresando en su viaje sudamericano, sin abandonar sus temas preferidos fue dando entrada a otros imprevistos, insospechados, que la realidad económica, social, política e intelectual le impuso, y que le inclinaron lentamente a ver las cosas con una nueva perspectiva. La visita de Humboldt a la capital de la Nueva España sírvele, por último, de cata-

lizador espiritual, como lo manifiesta la nueva temática en la cual persevera al visitar por segunda y última vez la isla de Cuba. La Habana no era, por supuesto, desde un punto de vista científico-cultural, como la capital mexicana; pero tenía también lo suyo, y lo prueba mejor que nada el *Ensayo sobre la situación política de la isla de Cuba*. En suma, por dondequiera viajó Humboldt encontró sociedades científicas, sabios con quienes cambiar impresiones, y manuscritos y recopilaciones estadísticas que aprovechar. En Quito la familia Montúfar mantenía encendida la llama viva de la cultura, y al amparo del mecenazgo ilustrado del noble marqués de Selva Alegre proliferaban, según sabemos, los Antes, Mejías, Rodríguez, Morales, etcétera. En Colombia poco o casi nada hubieran podido realizar Humboldt y Bonpland sin la generosa ayuda del sabio español don Celestino Mutis y Bosio, ese “príncipe de los botánicos americanos; nombre inmortal –a decir del famoso Linneo–, que ninguna edad jamás olvidará”. (*Nomen immortali quod nulla aetas nunquam delebit, Phitologarum americanorum princeps.*) Cuando Humboldt y Bonpland publicaron sus *Plantas equinociales* no pudieron menos que estampar el retrato del jefe de la famosa *Expedición botánica* junto con esta dedicatoria significativa: “A don José Celestino Mutis, Director principal de la real expedición botánica del Nuevo Reino de Granada, astrónomo en Santa Fe de Bogotá, como débil muestra de admiración y de reconocimiento”.

Junto a Mutis, mas brillando con luz propia, se encontraban también otros insignes varones: el matemático y naturalista Francisco Zea, el zoólogo José Tadeo Lozada, el fecundo polígrafo Francisco José Caldas, el matemático y naturalista Eloy Valenzuela, el astrónomo fray Diego Domingo Pétrez; los cinco diestros dibujantes, que tanto ayudaron al sabio botánico gaditano, entre los cuales destacan fundamentalmente Javier Matis y Salvador Rizo; y pongamos, por último, al insigne mineralogista José Elhuyar, hermano de nuestro sapiente, celebre y soberbio don Fausto. He aquí, por tanto, un equipo científico que, *nolens volens*, bien puede compararse con su coetáneo de México; de donde lo impropio del juicio de Brand, quien, como apuntamos, se explica el cambio de Humboldt, porque éste se quedó “admirado por la gran diferencia que había entre la civilización cultural de la América del Sur y la Nueva España”. Brand se apoya indudablemente en el propio testimonio de Humboldt,<sup>60</sup> en el prefacio al volumen primero; mas debiera haber caído en

<sup>60</sup> *Ensayo*, I, 127.

la cuenta de que el propio barón contradiría sus asertos al afirmar más adelante que los progresos intelectuales eran notables no sólo en México, sino también en La Habana, Quito, Popayán y Caracas;<sup>61</sup> así como que en Santa Fe y Lima los estudios en matemáticas, química, mineralogía y botánica estaban más generalizados que en cualquiera otra parte, e incluso más que en la propia España. Hay que recordarle asimismo al señor Brand, que por la época de Humboldt un ecuatoriano, oriundo de Guayaquil, Pedro Franco Dávila, fue el organizador y director del Gabinete de Historia Natural de Madrid, y que en Lima, “la casa de los sabios”, es decir la del Lechugal, en la que vivía el gran Unanue, cobijó bajo su techo a lo más granado y selecto del espíritu limeño. Todavía más, si Humboldt hubiese prolongado su excursión hasta el lejano Chile, hubiese encontrado también entre la brillante generación de jóvenes ingenieros, abogados y médicos egresados de la Universidad de San Felipe, fundada en 1756, y sobre todo de la famosa Academia de San Luis, fundada a fines del siglo XVIII por el benemérito sabio y patriota chileno Manuel de Salas, hombres de quienes aprender y a quienes asimismo enseñar; y lo que decimos de Chile se puede aplicar incluso al virreinato del Río de la Plata.

La parte más interesante del trabajo de Brand se refiere a lo que podemos llamar las fuentes del *Ensayo político*; en este sentido, y sin habérselo propuesto críticamente, escribe el mejor alegato o prueba a favor de la cultura y de la ciencia colonial novohispanas. Brand, en este punto, incluso le enmienda a veces la plana a Humboldt al señalar los escamoteos bibliográficos y documentales del barón, sus errores e inclusive su imprecisión ante ciertas fuentes (Estala, etcétera). Nuestro ensayista aumenta la lista documental que utilizó el viajero, así como la de sus generosos y gratuitos colaboradores. Por lo que se refiere a las fuentes manuscritas, Brand censura a Humboldt que las *referencias*, cuando las daba, no contenían exactamente el título, ni la fecha ni la localización de las mismas, con excepción por lo que respecta a los mapas, a los datos de la minería, del desagüe y a los testimonios geográficos y geológicos. Para nosotros, tan aficionados al incienso discursivo y a la apología consagrada, la libertad que se toma Brand de criticar el *Ensayo* resulta inusitada y refrescante. El ensayista norteamericano admite que la organización básica o de conjunto de dicha obra era aceptable; pero que en detalles resultaba algo caótica y estaba técnicamente mal escrita. “Hay en ella muchos apartes, ex-

<sup>61</sup> *Ibid.*, II, 121.

plicaciones y complementos, todos los cuales tienen gran valor e interés, pero dan como resultado un notable desequilibrio.”

Brand analiza asimismo la obra desde un punto de vista geográfico-humano, y encuentra que no se distingue el ilustre viajero alemán por su manera de interpretar las razas y las castas novohispanas, como lo prueba el hecho, entre otros, que empleó muy poco los censos y ni siquiera tomó muestras de los triples registros parroquiales (criollos, castas e indios). Lo amonesta porque a pesar del impresionante número de fuentes históricas que cita, en realidad se apoyó Humboldt en las más recientes y especialmente en Clavijero. Lo más efectivo, según el comentarista, es la cantidad y calidad de las comparaciones; pero aunque hábil en el manejo de la estadística absoluta y comparada, Humboldt deja mucho que desear en cuanto al alcance de sus materiales y de algunos de sus análisis y razonamientos, fundamentalmente sobre la agricultura, la técnica, el comercio y el sistema de explotación agrícola. Hasta en lo relativo a la minería encuentra Brand algunas limitaciones.

Brand, que sabe calar hondo, se da cuenta, como en su tiempo lo percibió Pereyra, que el *Ensayo* es por entero un panegírico de la Nueva España. Contrariamente a lo que imaginaba “el Nigromante”, y con él la multitud de comentaristas liberales, no es el proceso de la sociedad colonial lo que se fulmina en las páginas famosas de Humboldt, sino antes bien la justificación y salvación histórica de la misma, y con ella, por lo tanto, la de la obra española; pero como Brand no puede estar interesado, como el historiador saltillense lo estuvo, en salvar a España, al condenar, como él lo hace, a Humboldt, rechaza las afirmaciones positivas de éste a favor de la sociedad colonial. Estas y otras críticas menores de Brand no disminuyen, naturalmente, el valor de la obra del sabio barón, como el propio crítico lo asegura: “la consideración de que pudo haber escrito una obra mejor no implica la negación de la grandeza del *Ensayo*”. Humboldt queda asimismo clasificado como un fisiócrata, y es considerado además por Brand como uno de los continuadores de Adam Smith. El crítico norteamericano rechaza que a Humboldt se le considere como un ciego determinista por causa de las relaciones establecidas y estudiadas por él entre el hombre y el medio, y lo ejemplifica con el hecho manifiesto de que en el *Ensayo* no se atribuye la ignorancia del pueblo novohispano a la geografía, sino al medio social.

En cinco puntos resume Brand su análisis sobre el *Ensayo* de Humboldt: 1) el reconocimiento de la importancia primaria de la agricultura y de la mi-



nería, y de sus relaciones; 2) la consideración del marco geográfico e histórico; 3) el examen de la distribución regional de la agricultura y de la minería; 4) la consideración de los factores críticos que condicionan la producción, tanto los generales (clima y mercado para la agricultura, y geología y capital para la minería) como los particulares (abastecimiento de agua para la agricultura y abastecimiento de mercurio y pólvora para la minería); y 5) la comparación detenida y extensa de hechos análogos. Por último, el geógrafo norteamericano compendia sus ideas sobre el *Ensayo político* en este determinante párrafo: “Permanece como advertencia monumental de que la más alta y satisfactoria expresión de la geografía debe encontrarse quizá, en la geografía regional de una entidad política, de la que el conocimiento enciclopédico se fundamenta en el análisis, la síntesis y la comparación”.<sup>62</sup>

<sup>62</sup> *Op. cit.*, p. 364.

## Apéndice

165

### Homenaje centuriai (1859-1959) en México

Conforme se aproximaba la fecha del centenario de la muerte de Humboldt (6 de mayo de 1959), los diarios y revistas de la capital fueron dando cuenta de los diversos proyectos ideados para honrar la memoria del insigne sabio y viajero, que tan intensa tarea realizó a favor de México, y se dieron a publicar artículos de divulgación, que si no todos buenos, por lo menos contribuían a divulgar el conocimiento de Humboldt y a exaltar los valores mexicanistas de su obra, los del *Ensayo* principalmente. Como ya hemos dicho en el prólogo, no nos es posible ni siquiera recoger lo últimamente aparecido en semejantes fuentes de información, dada la dispersión de las mismas y considerando fundamentalmente que dichos artículos, en su mayor parte, no se distinguen ciertamente por sus novedades críticas ni por sus puntos de vista originales. En ellos se vuelve una y otra vez, con desesperante insistencia, sobre tópicos y anécdotas archiconocidos o se torna de nuevo a la problemática del siglo pasado, sin percibir los autores que lo que entonces tenía su necesaria justificación no puede tenerla ahora en la misma justa tasa. El Humboldt instrumental enarbolado liberalmente para condenar el pasado colonial no puede utilizarse hoy en la misma medida, dado que conocemos los extraordinarios esfuerzos teóricos y prácticos, muchos más de los segundos que de los primeros, llevados a cabo durante el siglo XVIII en España y, por supuesto, en sus Indias.

Queremos salvar de esta crítica de montón las notas periodísticas de Francisco Monterde y de Juan Rejano (*El Nacional*, 10 de mayo de 1959) y naturalmente la de Alfonso Reyes (*Excélsior*, 3 de mayo de 1959). Esta última la utilizaremos más adelante cuando nos refiramos al eminente escritor, quien empleó dicho artículo para montar sobre él su fino discurso en honor de Humboldt. También salvamos de este tamiz desfavorable al artículo del culto doctor Andreas Bauer, agregado cultural de la embajada alemana en México, publicado en *El Universal* (3 de mayo de 1959), intitulado *La presencia de Humboldt en México*, que está escrito en un español correctísimo, que honra al autor y que honra asimismo nuestra cultura. Este trabajo o ensayo tiene un doble objetivo: presentar al lector los valores inmarcesibles del *Ensayo* y del *Cosmos*, y comunicarle asimismo el programa detallado que en honor de Humboldt preparaba el llamado Comité Humboldt, que estaba formado por el secretario de Educación, por el rector de la Universidad Nacional, por los embajadores de Alemania y Francia, por Alfonso Reyes, por el doctor Graef Fernández, por el doctor Fritz de Twardowski, ex embajador en México, y por el doctor Guillermo de Humboldt, residente en México.

Comienza el doctor Bauer su artículo de divulgación presentándonos a un Humboldt viajero ya por las costas de Sudamérica, en las que desembarca el 16 de julio de 1799, dando así comienzo a su fabuloso viaje que no terminó sino al cabo de cinco años, justamente el 9 de julio de 1804. El articulista nos va perfilando las actividades múltiples del viajero por tierras hispanoamericanas, así como sus diversas tareas científicas, para presentárnoslo por último en sus andanzas por tierras de la Nueva España. De esta suerte arriba el doctor Bauer a su objetivo inmediato: expresar cuál es para él el valor del *Ensayo político*; y cuál el grado de significación que posee tal obra. En breves palabras nos entrega una de las mejores y más incisivas valoraciones que hasta ahora se hayan escrito en español:

*El Ensayo político sobre la Nueva España* constituye la parte más integrada y de mayor universalidad de la extensa obra [los 30 volúmenes de Humboldt, París, 1805-1835]. No es sólo una revelación científica, sino un panorama global y grandioso de México. El “segundo descubridor de América” no explora, investiga y observa este país en la “interrelación de todas las fuerzas naturales”, como define él mismo la meta fundamental de sus viajes. Impulsado por el mismo espíritu de comprensión intuitiva y empírica con que

captaba a la naturaleza, observó y estudió las costumbres y la lengua del pueblo y las manifestaciones más diversas del modo de ser mexicano. Emite su opinión autorizada en calidad de naturalista a la vez que de historiador y economista, y no menos se muestra conocedor profundo de las cuestiones públicas. Su humanismo auténtico le inspira un hondo y compasivo interés por la suerte del pueblo en su totalidad aun del más modesto. A guisa de prueba pueden señalarse, entre otros, sus comentarios críticos sobre la explotación de los indios en las minas de Taxco. Humboldt, el gran amigo de Goethe, con quien compartía los grandes ideales del humanismo, defendía enérgicamente el principio de igualdad social y racial.

Esta defensa de los humildes y de las razas consideradas entonces inferiores la encuentra también el articulista en el *Cosmos*, en ese célebre párrafo donde Humboldt propugna la unidad de las razas, donde rechaza la siniestra suposición de las diferencias raciales y afirma la participación futura de todas en la libertad. Gracias a este credo magnífico, prosigue el doctor Bauer, Humboldt es conocido en México mucho más allá del ámbito científico; México rinde homenaje no sólo a la grandeza objetiva de su ciencia, sino sobre todo al *cómo* de esta ciencia. El Humboldt que admira Andreas Bauer es sin duda el científico; pero sobre todo el humanista; el hombre honrado que únicamente admitía la supremacía del espíritu. Al articulista se le antoja también ver en su héroe el precursor del ímpetu liberal que anuncia las Leyes de Reforma y la Constitución de 1857. Realmente el comentarista no yerra y el lector se queda gratamente sorprendido por un juicio tan perspicaz como éste, y que lo es mucho más cuando se cae en la cuenta de que proviene de una persona ajena a nuestra circunstancia histórica. El doctor Bauer termina la primera parte de su artículo, que es la sustancial, con estas palabras que queremos trasladar íntegramente aquí:

Desde que partiera [Humboldt] de este país hace 155 años, país cuyo preconizador había de llegar a ser, ha acrecentado la popularidad de su nombre. El pueblo lo venera como quizás a ningún otro extranjero. Sería equivocado considerarlo como una figura histórica: en su modo de ver y de anhelar coincide con el pensar y sentir del México de hoy. Y así México rinde homenaje con especial cariño a su gran amigo en ocasión del centenario de su muerte.

Se hace notable el tacto, la medida y prudencia con que el doctor Bauer ha escrito su ensayo; contrasta notablemente con todo lo que sobre el mismo personaje ha realizado en otras épocas la representación alemana en México. Aquí no hay propaganda descarada o latente; no hay arrogancias germanas ni hurras cuarteros, tampoco reclamos imperialistas, antidemocráticos o nazistas; sólo un fino espíritu weimariano que al presentar con discreción al gran sabio nos dice simple y llanamente: he ahí, México, al hombre; al héroe puro, tu héroe.

Paralelo a este caldeamiento espiritual que iniciaba la prensa y que despertaba con ello el interés del público, se iban realizando los preparativos del fausto homenaje que México ofrecía a Humboldt en este primer centenario de su muerte. Si esta conmemoración hay que compararla con alguna otra de las ya citadas, lo mejor será hacerlo poniéndola en parangón con el homenaje de 1910 rendido a Humboldt con motivo de la inauguración de la estatua que el káiser alemán Guillermo II regaló al pueblo de México. También ahora un presidente de la república, por supuesto mucho más discreto y menos exclusivista que la esfinge porfiriana, y un culto secretario de Educación se asociaban al acto-homenaje. En tanto que el primero decretaba pocos días antes que la carretera de México a Veracruz en lo sucesivo se denominaría “Camino A. de Humboldt”; el segundo, asumiendo su representación, acudía al lugar de la cita-homenaje, que no podía ser otro sino ese viejo jardincillo en donde se alza en uno de sus extremos la famosa estatua del barón ejemplar. Empero si tenemos que subrayar alguna diferencia entre el homenaje actual y el de antaño, la más notable consiste en que si ayer Humboldt fue un mero pretexto, hoy era algo más que real admiración: auténtico rendimiento de parias intelectuales. Las fotografías de los periódicos, por ejemplo, de 1910 contrastan curiosamente con las fotos de hoy; aquellas apuntaban, según dijimos, al dictador y a su brillante séquito, olvidando al Humboldt de la estatua; éstas enfocan al Humboldt mármoreo y subordinan a él a los circunstantes y cóeforos. El homenaje oficial lo rendía el gobierno de México en representación de todo el pueblo mexicano, y el hombre de la calle, entre curioso, conmovido y agradecido, participaba realmente por vez primera en la solemnidad de honrar al que tanto nos honró. El aspecto de la ceremonia realizada el día 6 de mayo del año en curso, a las 11 de la mañana, presentó sin duda alguna un aire mucho más cívico que el de 1910; no hubo mayor despliegue marcial, y en lugar de soldados y marinos extranjeros montaron cándida guardia los niños de nuestras escuelas.

## El discurso de Andrés Serra Rojas<sup>1</sup>

La intervención de este orador se hizo en seguida notar por la pirotécnica oratoria que puso en juego y que, por lo mismo, dejó en segundo plano el contenido formal del discurso. Todo pareció obedecer en Serra Rojas a la impresión subitánea, y a ella sacrificó desgraciadamente la previa preparación. Fue su discurso una pieza de esas que buscan provocar los máximos efectos en la galería, como lo prueban los títulos que encabezan las galeras periodísticas: “notable discurso” (*El Nacional*), “vibrante pieza oratoria” (*El Universal*). El licenciado Serra Rojas comenzó rindiendo tributo al genial europeo que tan intensamente amó a México, y al cual entregó un generoso y luminoso mensaje fundado en la ciencia, de la que fue su impulsor y regenerador desde los veinte años. Señaló que precisamente en aquel mismo lugar, el día 13 de septiembre de 1910, el maestro Justo Sierra descubrió y ponderó ante la estatua de Humboldt las excelsitudes del sabio;<sup>2</sup> e indicó también Serra Rojas el *simbolismo* que representa la erección de la estatua precisamente en aquel lugar, corazón de la ciudad y de la patria mexicana. A continuación el orador presentó los rasgos esenciales de la biografía de Humboldt, e hizo destacar sus aspectos de eterno estudiante y su formación en parte de autodidacta. Se refirió después a los viajes de Humboldt, a sus exploraciones por el sur del continente, y terminado este descriptivo recorrido lo situó en México. Humboldt es el observador incansable de nuestra tierra, de la naturaleza y de nuestra sociedad. Con feliz improvisación, como nos indica el reportero de *Novedades*, y saliéndose del encadenamiento lógico del discurso, Serra Rojas se dedica a describir el viaje de Humboldt por la Nueva España y por los Estados Unidos. Humboldt es el hombre que tuvo fe en la independencia de México vislumbrada por él; el hombre al que rinden justicia los grandes historiadores como Pereyra, Carreño y Alessio Robles, que son las fuentes de información del orador, y al que rinden asimismo tributo por sabio y por liberal. México, prosiguió Serra Rojas,

1 Nuestras fuentes para reseñar este discurso, así como los siguientes (Humboldt-Dachroeden, Torres Bodet, Graef Fernández, Carl Troll y Alfonso Reyes), han sido los resúmenes de la prensa capitalina del día 7 de mayo del año actual (*El Nacional*, *El Universal*, *Novedades* y *Excélsior*). Comprendemos perfectamente que son fuentes de información insegurísimas; pero no hemos podido disponer de otras.

2 Yerra Andrés Serra Rojas, pues fue don Porfirio el que descubrió la estatua y fueron los señores Sosa y Carreño los encargados de los discursos de rigor. (Véase *El Imparcial*, 13 y 14 de septiembre de 1910.)

del uno al otro confín honra al héroe. Desde luego hay que admitir con el orador que los tres historiadores citados admiran a Humboldt; pero sólo uno de ellos por las virtudes liberales: el tercero de los mencionados. Salta de nuevo Serra Rojas y localiza ahora a su héroe en Europa, donde lucha contra muchas de las hipótesis científicas de aquella época y en donde se codea con lo más granado de la sociedad científica del Viejo Mundo. De pronto percibe el orador a los escolares que se hallan presentes, y se dirige a ellos para hacerles notar el valor instructivo que adquiriría su presencia en el acto, porque así aprenderían más tarde a exaltar las virtudes y a rendir el homenaje debido al hombre que tanto amó a la patria mexicana; vuelve otra vez el orador a su cauce normal discursivo, y señala que la gran obra del barón merece ser todavía consultada. En llegando aquí da nuevo brinco Serra Rojas y se siente irremisiblemente atraído por un tema secundario, el de los valores eternos de la cultura alemana, poniendo como ejemplo a Goethe, a Shiller, a Beethoven y por supuesto a los Humboldt, haciendo además votos para que el pueblo alemán vuelva nuevamente a unificarse a fin de que el renacimiento inmediato que produzca tal unificación se trueque inmediatamente en grandes figuras que, como las de antaño, permitan a los alemanes incorporarse otra vez a la historia de la ciencia. Al parecer el futuro del pueblo alemán se finca esencialmente en la unión política; mas el orador parece no reparar en que los ejemplos excelsos que presenta como modelos se dieron justamente en una Alemania hendida toda ella en multitud de pequeños Estados político-culturales, en los cuales se forjaron los valores eternos de la Germania que todos amamos.

### El discurso de Humboldt-Dachroeden

Terminado el discurso del licenciado Serra Rojas, tomó la palabra el señor Dachroeden. Con ésta es la segunda vez que en México, en un acto público en honor de Humboldt, toma parte dicho señor, descendiente, según ya sabemos, de Guillermo de Humboldt. Su discurso es la típica apología emocionada y agradecida en honor del héroe, cuya vida es presentada detalladamente por el orador, que sigue para ello el esbozo biográfico escrito hacía 49 años por Krum-Heller en la *Memoria famosa*. Para el orador la cita en torno a la estatua del sabio tiene por objeto principal exaltar la memoria de Alejandro de Humboldt, el gran hombre, el gran viajero y el amante de México. A continuación el señor Dachroeden hace una sucinta, pero exacta relación de los viajes y tra-

bajos de Humboldt, y nos lo presenta con cierta delectación al referirse a las andanzas de éste por la tierra mexicana. Aludió como es natural a la importancia que cobra el *Ensayo* para México, tópico obligado, como hemos visto, de todo discurso apologético que tiene como punto de partida la circunstancia histórica mexicana, y se refirió después a la trascendencia que posee el *Cosmos* para todo el mundo. Esta afirmación es exacta; pero conviene aclarar que hoy día, sin desdeñar los valores mexicanistas de la obra primera, preferimos calibrar la importancia universal de la segunda por lo que tiene de eterna; es decir de clásica. Recordó el orador que Humboldt fue un gran sabio y un gran humanista; un “moderno Aristóteles”, añadió repitiendo esta expresión consagrada; recordó asimismo, citando también a un contemporáneo, que Humboldt fue “el padrino espiritual de la independencia mexicana”, y puesto ya el orador por su propio gusto en esta fácil y atractiva vía conmemorativa, se referirá también a los honores que le ha tributado México a Humboldt, y especialmente el que le tributó el presidente Juárez al declararlo “Benemérito de la Patria”. Según Dachroeden la verdadera razón para este título y privilegio acordado por México a un extranjero, el primero y único que hasta ahora lo haya recibido, no estriba únicamente en los trabajos realizados por Humboldt en y sobre México, ni en el hecho de su admiración por la cultura mexicana que le fue dable contemplar, o por la de los antiguos habitantes del país; sino por la visión que tuvo de que México ya estaba maduro para su independencia, y de que México tenía ya también facultades lo suficientemente desarrolladas como para convertirse en una gran nación.

Terminó su discurso el señor Dachroeden subrayando que Humboldt alumbró el futuro camino de la humanidad, puesto que sus dos grandes y generosas convicciones –amores diríamos nosotros–, fueron la libertad del individuo y los derechos humanos.

### Las dos intervenciones informales del secretario de Educación

El señor don Jaime Torres Bodet, titular de la Secretaría de Educación Pública, fuera de programa, tomó la palabra en la mañana del 6 de mayo, al pie de la estatua de Humboldt, para sumarse con sincero fervor al homenaje que se rendía ese día dentro y fuera de México a la memoria de un gran alemán, que fue a la vez un gran europeo que supo ser igualmente un gran espíritu universal. Esta tan sabia cuanto intencional, genérica y específica clasificación

se hacía necesaria después de los coqueteos retóricos germanizantes del primer orador, y era asimismo imprescindible tras la muy comprensible determinación nacionalista del señor Humboldt-Dachroeden. Situado frente al universalismo de la cultura occidental sustentado por Humboldt, no podía menos el improvisado orador, no por mexicano menos universal, sino antes bien al contrario, que destacar dicho generoso e imprescindible valor humboldtiano.

Con palabras poéticas destaca el orador que a cien años de distancia se acusan nítidas las líneas del perfil histórico de Humboldt acuñado por la celebridad en el bronce de las más justas medallas. Hace después el balance histórico de los 31 lustros de vida mexicana que han transcurrido entre la Nueva España que recorrió el viajero y el México que le celebraba en ese momento, destacando en esos 155 años los tres periodos que fueron decisivos para el progreso del pueblo mexicano: la Independencia, la Reforma y la Revolución de 1910. Reconoce que no todos los problemas que denunciara otrora Humboldt estaban aún resueltos pese a los tres grandes periodos de luchas ya citados; pero que al admitirlo así no se deprimía la conciencia mexicana que en ese momento hablaba por él, sino que se exaltaba al conocer que un pueblo consciente de su destino es continuo esfuerzo e incesante y fecundo anhelo de autenticidad, de honradez y de afirmación. El orador ni se engañaba ni engañaba a nadie; para darse cuenta de esta verdad no hay cosa mejor que poner como contraste de sus ideas las de los discursos de 1904 (Salado Álvarez-Aguilera) y las de 1910 (Sosa). Torres Bodet no enmascara la realidad ni vive en el mejor de los mundos posibles; antes bien reconoce con serenidad y patriotismo los logros de nuestro tiempo y las lacras y fallas del mismo.

De acuerdo con el orador, Humboldt estaba dotado de una luminosa mente científica y de un entrañable sentido humano; era también un maestro en el arte de descubrir lo que examinaba y de definir con inteligencia y rigor lo que descubría; mas esto obsta para que los valores científicos de la época de Humboldt permanezcan inoperantes hoy, supuesto que no corresponden a nuestro tiempo. Lo que permanece inmutable e intacto es la imagen de los seres que, a semejanza de Humboldt, se sienten dignos de consagrar su existencia entera al conocimiento, al respeto y a la difusión de la verdad. En este momento hablaba el pedagogo; el maestro que una y otra vez tiene que insistir frente a sus alumnos en los valores inmutables de lo humano, que son la base sobre la cual descansa el progreso y se finca la fraternidad de todos los pueblos

de la tierra. Como prueba de esa solidaridad esencial de las vocaciones que convergen en el cauce de la cultura, nos presenta el propio caso de Humboldt al escoger a su colaborador francés, a Aimé Bonpland, “a quien no podíamos olvidar citar en estos momentos”, aclara justamente, quien le acompañará a lo largo de la excitante aventura exploradora americana. Generosamente Jaime Torres Bodet, al igual que Gabino Barreda e Ignacio Ramírez en 1869 y que don Agustín Aragón en 1904, destaca el papel del joven francés colaborador de Humboldt y expresa asimismo su gratitud por la participación que tuvo aquél en el redescubrimiento de la Nueva España. Terminó su alocución recordando que don Benito Juárez proclamó al barón “Benemérito de la Patria” y lo calificó de “sabio y benéfico viajero”. Su recuerdo, prosiguió, vive en nosotros con fuerza impercedera; al conmemorar el primer centenario de su fallecimiento, añadió, rendimos un emocionante tributo de admiración a la calidad de su obra, a la tenacidad de su esfuerzo y a la ejemplaridad de su vida.

El ciudadano secretario de Educación Pública, en el banquete que ofreció después a diversas autoridades, a algunas de las personas que habían participado en el homenaje a Humboldt y a los representantes alemanes venidos expresamente de Alemania, tomó también la palabra para ofrecer el convivio, lo cual le permitió redondear las ideas antes expresadas. Confirmó los valores universales que representó Humboldt, y expresó que todos los mexicanos testimoniaban por boca suya el respeto y la admiración que sentían por el hombre que tuvo como suprema vocación la cultura universal; agradeció la presencia de la inteligencia alemana representada por los profesores universitarios asistentes al banquete; hizo el elogio del fervor que experimentó Humboldt por los países del Nuevo Continente; indicó que el sabio germano derramó la luz a raudales sobre los países americanos; e insistió por último en llamar la atención sobre la universalidad de la cultura al servicio del hombre.

El acierto de don Jaime Torres Bodet no fue en sus dos intervenciones –en realidad una y la misma–, sino el que se deriva de su experimentado e inteligente toque diplomático, lo que le permitió encomiar justamente a Humboldt por la universalidad de su pensamiento y de su obra. Al insistir sobre esto ponía el acento en el valor general extraordinario que puede ser motivo de todos los requiebros y repiques sin causar recelos y sin comprometer ni comprometerse. En lugar de destacar al hombre paradigmático alemán, nuestro ministro se empeñó admirablemente, y lo consiguió, en poner de relieve al héroe de la cultura universal: lo esencial y también trascendental de la fi-

gura humboldtiana es lo segundo tal y como lo entendió el orador; lo primero un notable accidente particular, pero no decisivo y excluyente.

En nombre de la delegación alemana el doctor Fritz de Twardowsky dio las gracias al ministro y manifestó que se hallaba profundamente impresionado por la admiración de que gozaba su compatriota, el ilustre y sabio viajero, no ya tan sólo en México, sino en todos los países americanos que recorrió hacia siglo y medio. Desentendiéndose del esquema anterior redujo a Humboldt a *su* plan nacionalista, y asentó que el pueblo de Alemania y el de México siguen considerando, a través del *Ensayo*, al viajero esclarecido como *suyo*, y llamó la atención sobre el hecho de que el fecundo intercambio cultural entre las dos naciones crea lazos cada vez más firmes de solidaridad internacional y de mutua comprensión.

## La velada conmemorativa en el Palacio de Bellas Artes

Como culminación del día (6 de mayo) que dedicaba México a honrar la memoria de Humboldt en el centenario de su muerte, se efectuó en el Palacio Bellas Artes una solemne y emotiva velada organizada por la Secretaría de Educación Pública, por la Universidad Nacional Autónoma de México y por el Instituto Cultural Mexicano Alejandro de Humboldt. El presidente de la república, licenciado don Adolfo López Mateos, que respaldaba el acto, estaba ausente; pero su representación fue asumida por el titular de la Secretaría de Educación Pública, doctor Jaime Torres Bodet, quien asistió acompañado de diversas personalidades políticas del país, y de los señores embajadores de Alemania y Francia, amén de otras personas e invitados especiales. El primer orador en turno en el uso de la palabra fue el doctor Carlos Graef Fernández, destacado científico de fama mundial, director de Facultad de Ciencias y presidente del Instituto Mexicano Alemán Alejandro de Humboldt.

### El discurso de Carlos Graef Fernández

Comenzó el doctor Graef Fernández por asentar diferencia establecida desde bien antiguo por los griegos entre caos (el desorden) y cosmos (la ordenación), de acuerdo con la vieja fórmula de Anaxágoras, según la cual el hombre prefiere el ser al no ser “por la contemplación del orden esparcido por todo el cosmos”. Esta expresión es el umbral conceptual que le permite pasar

en seguida al tema de Humboldt, porque para éste, entender el cosmos no sólo era reunir una suma de conocimientos sobre el universo, sino comprender esencialmente el orden riguroso del mismo; es decir sentir su armonía mediante el conocimiento de las fuerzas y leyes del mismo; viendo, pues, estructura y diseño allí donde únicamente parece haber hacinamiento y confusión; percibiendo en suma unidades donde sólo parece diversidad. Humboldt, prosiguió el notable científico y humanista, es un espíritu afín a Anaxágoras por cuanto los dos preferían el espectáculo entitativo, dado que éste, contrariamente al no ser, proporcionaba la contemplación cósmica a que hicimos referencia líneas arriba. Humboldt, con mirada de griego, ve asimismo al universo con los ojos de la ciencia: “en su obra máxima, el *Cosmos*, presenta como en una escala ascendente primeramente la descripción pictórica, en seguida la descripción poética y culmina en la comprensión científica del cosmos”. Lo que aquí nos relata con apretado rigor sintético el orador es la teoría de la contemplación y del goce analizada por O’Gorman, y resumida por nosotros brevemente páginas atrás. Resulta confortante ver cómo nuestro primer hombre de ciencia y nuestro primer historiólogo coinciden en otorgar al *Cosmos* la supremacía por sobre toda la inmensa obra del barón, incluyendo naturalmente el *Ensayo político sobre la Nueva España*; y cómo concuerdan también ambos en la exaltación del riguroso orden jerárquico del *Cosmos* así como en sus valores pictóricos, poéticos y científicos, o proceso cumbre del goce que proporciona el conocimiento *último*. Graef Fernández ve también esta obra de Humboldt como una síntesis genial de las ciencias de la naturaleza, que posibilita la visión íntegra del universo de acuerdo con los conocimientos de aquella época. Se refiere inmediatamente a la sabia división del *Cosmos*: la parte uranológica, que corresponde al estudio de los fenómenos celestes, y la parte telúrica relativa a los fenómenos terrestres. El orador en llegando a este punto humboldtiza su pensamiento; e incluso recurre a las metáforas poéticas, siguiendo a su modelo, para dar mejor curso a su propio pensamiento, y para poder exponer también brevemente la concepción cósmica según la entendía el genial sabio alemán:

Para Alejandro de Humboldt el *Cosmos* es como una gigantesca orquesta sinfónica que toca una música en la se mezclan armoniosamente los acordes uránicos y telúricos. La música cósmica la producen las nebulosas al girar y alejarse; la producen las estrellas al danzar unas en torno

otras; la entonan los planetas al girar en torno del Sol y la canta el astro al girar en torno de su eje y huir por el espacio. Los cometas, los asteroides y los meteoritos participan todos en esta sinfonía. También colabora la atmósfera y el mar con sus huracanes, rayos y tempestades.

Esta música tan platónica de las esferas celestes, que pudiera extrañar a más de uno por el hecho de hallarla puesta en boca de un connotado científico y comentarista de Humboldt, es bien conocida por los hombres de ciencia, y por lo mismo nada tiene de extraño que Graef Fernández, que conoce muy bien la partitura cósmico-moderna, tan coincidente por otra parte con la cósmico-platónica, pueda seguir deleitando a su auditorio refiriéndose también en términos humboldtianos a la música grandiosa que toca la tierra con sus volcanes y erupciones; sus tormentas magnéticas; sus auroras boreales; sus sismos y montañas; sus ríos, sus plantas y sus animales. Todos los seres del mundo participan en esta sinfonía y, consiguiente, no podía estar exento de ella el hombre, el cual tañe sus penas y sus alegrías. Las leyes de naturaleza gobiernan esa música cósmica; música sólo comprensible para el que entiende el solfeo de la ciencia. El iniciado deriva el máximo placer estético de la contemplación integral y comprensiva del cosmos.

Graef Fernández está en este respecto dentro de la generosa y fecunda composición, y reconoce que Humboldt fue el primer científico que le asignó a la ciencia el valor que hoy posee dentro de la cultura actual. La ciencia proporciona así al hombre un mensaje cada vez más preciso de la realidad, y le indica también cuál es el lugar que él mismo ocupa en el cosmos: de aquí el valor cultural tan destacado que tiene la ciencia modernamente.

La segunda gran aportación de Humboldt a la ciencia de nuestro tiempo, fue su previsión de que en lo porvenir la ciencia sería cada vez más importante por ser el fundamento de la técnica, y porque por medio de ella le proporciona al hombre un dominio cada vez mayor sobre la naturaleza. El conferenciante resumió acto seguido la aportación realizada por Humboldt a las disciplinas científicas: la actitud de Humboldt ante el cosmos le hace un científico de interés múltiple; le apasionan la astronomía, la antropología, la geología, la mineralogía, la geografía y la fisiología; fascinado por la interacción de las fuerzas que gobiernan el universo funda la geografía botánica y la ecología, es decir las dos disciplinas en las que se funden dos ramas de la ciencia. Estudió también Humboldt el geomagnetismo y exploró a Amé-

rica. Esta exploración americana queda calificada como un verdadero programa de investigación geofísica, con estudiosa complementación sobre la fauna y la flora; observa además Humboldt, en el Perú, el paso de Mercurio por el disco del Sol; estudia el efecto de las corrientes eléctricas sobre su propia piel; y determina la longitud y la latitud de numerosas localidades México y Sudamérica. Minuciosamente y con rigor y delectación científica se van enumerando los méritos del sabio alemán, y vase asimismo realizando el balance crítico de las aportaciones científicas de éste en los múltiples y prodigiosos planos de la ciencia. Humboldt trazó las líneas de igual intensidad magnética; forzó el concepto y determinó las isotermas de los países que visitó; estudió las corrientes marinas y señaló su importancia para la distribución del hombre sobre la tierra; sugirió incluso experiencias científicas como la de la balsa Kon-Tiki, realizada en nuestra época; y fundó la Unión Internacional para el estudio del magnetismo terrestre, dando así el primer paso en los programas científicos internacionales de cooperación: Humboldt fue así un científico en escala cósmica.

Por lo que toca a nuestro México, el orador se refirió al hecho de que Humboldt vio al país con ojos de enamorado:

A Alejandro de Humboldt, hombre de los grandes entusiasmos, sabio que se quedaba extasiado al contemplar la interacción de las fuerzas de la naturaleza, es natural que le fascinara México. Encontró aquí todos los climas y una riqueza fabulosa de flora. Vio la zona de la costa veracruzana, húmeda, con su riquísima vegetación tropical. Coleccionó cactáceas en las regiones semidesérticas del Altiplano. Conoció los bosques de coníferas del Nevado de Toluca y los bosques follajosos de encinos y de las inmediaciones de Tasco. Vio nuestros pedregales que contrastan el verde jugoso de la rica vegetación con el negro de la roca volcánica. Admiró nuestros lagos y nuestras montañas. Conoció nuestros volcanes ¡y se enamoró de México!

Acerca del *Ensayo* opinó Graef Fernández que es una obra en la que Humboldt presentó las excelencias y perfecciones de la patria; pero también nuestros defectos y flaquezas. Este libro, síntesis económica, social y cultural del México de principios del siglo XIX, desempeñó –y no se equivoca el comentarista– un papel importante para afirmar nuestra nacionalidad al rea-

lizarse la Independencia. La fe de Humboldt en México contagió a los pensadores que prepararon la liberación del país, y a los que empezaron a forjar a la patria naciente. Apasionado por el estudio de los fenómenos sociales y económicos, combatió con sus escritos la discriminación racial y aplaudió las realizaciones de los grandes grupos culturales indígenas de México. En la pieza oratoria se destaca también el hecho de que Humboldt quiso fundar aquí, en nuestra capital, una especie de Universidad Central de la América Latina para el estudio de las ciencias naturales, y se hace referencia, por último, a los diversos homenajes y reconocimientos con que México ha procurado siempre honrar su memoria y agradecerle sus estudios. Para el doctor Carlos Graef Fernández el decreto del 29 de junio de 1859, firmado en Veracruz por Juárez, por el que se proclamó al barón de Humboldt “Benemérito de la Patria”, es el más emotivo y digno que jamás haya expedido un gobierno mexicano a favor de un extranjero.

### El discurso del doctor Carl Troll

Este ilustre visitante, profesor de la Universidad de Bonn y enviado especial del gobierno alemán para conmemorar en México el centenario del fallecimiento de Humboldt, tomó la palabra para hablar sobre “La misión científica de Alejandro de Humboldt”. Después de referirse a la niñez del sabio hizo una amplia relación sobre la vida del científico y del humanista. Ante el auditorio fue presentando con el rigor de una persona entendida en el asunto, los distintos experimentos realizados por el barón así como las diversas ideas filosóficas que movieron su pensamiento a lo largo de su fecunda vida. Según afirmó el doctor Troll realizó Humboldt más de 4 000 experimentos, algunos en su propio cuerpo, sobre la naturaleza y origen de la electricidad animal, y fundó el concepto de la química vital sentando así las bases de la bioquímica. Se refirió también a los viajes de Humboldt por América, señalando la decisión y el arrojo de éste para atravesar selvas, escalar montañas ingentes y vencer la cumbre del Chimborazo, con lo cual logró conquistar –indica deportivamente el autor, tomando acaso nuestra cultura por la norteamericana– la marca internacional de altura hasta 1838. Fue su misión científica, expresó, la mayor que hasta ahora se haya acometido en América; formó un herbario que comprendía más de 60 000 plantas con varios millares de especies nuevas. Sobre todo, según el doctor Troll, un gran aporte científico de

Humboldt fue el haber rechazado la concepción vitalista que atribuía los fenómenos a unas causas misteriosas, sosteniendo en su lugar que los fenómenos obedecían a la concomitancia de las fuerzas naturales y a circunstancias conocidas. Humboldt es llamado modificador de la ciencia, y el doctor Troll subrayó además que ignoramos aún hasta qué punto los sistemas y métodos de investigación científica, considerados actualmente rutinarios, se debieron a él. El osado e ilustre viajero fue asimismo el investigador universal de los fenómenos terrestres, y en cuanto tal no se limitó exclusivamente al campo de lo natural, sino que prolongó su curiosidad científica hasta abarcar el campo de las ciencias sociales y económicas. Humboldt, soltó inesperadamente el orador, en la historia de los derechos humanos resiste la comparación con fray Bartolomé de las Casas, el Apóstol de las Indias. Es curioso que el invitado alemán haya incurrido en la misma comparación empleada por nuestro historiador Pereyra; si bien el signo y valoración de la misma no arroja los mismos resultados. El doctor Carl Troll se complace una y otra vez en presentar los merecimientos científicos de su compatriota; y a los méritos ya descritos añade los que se derivan de las 124 mediciones geomagnéticas, además del mapa o carta que compuso más tarde con tales medidas, y de las mil determinaciones astronómicas de posición que realizó en Hispanoamérica, rectificando de paso algunos errores, amén del crédito que recibió por haber ejecutado el primer mapa isotérmico de América.

Indicó asimismo el conferenciante que el material acopiado por Humboldt en América le exigió al sabio siete años de intenso trabajo, y la colaboración técnica de un inmenso grupo de técnicos, ayudantes y dibujantes con los cuales pudo dar cima a la importante edición de treinta volúmenes en folio, de los cuales cuatro están profusamente ilustrados. A esa gran obra hay que añadir todavía la descripción del *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Mundo* y el *Atlas de América* formado por más de treinta cartas, perfiles de montañas, determinaciones astronómicas de situación, mediciones hipsométricas y cálculos barométricos, clasificación de plantas y animales, y vistas de volcanes y monumentos de los pueblos antiguos y modernos de América. Como el orador es un científico alemán, que como tal se encuentra al margen del tema mexicano, todavía crucial, relativo a la *instrumentación* histórica o utilización partidista que se hace aún de Humboldt, no le cuesta ningún trabajo llamar la atención sobre la importante colaboración que recibió el sabio de sus colegas americanos, y también sobre

los materiales abundantísimos que recopiló y que le llevaron siete años de intenso traspaso intelectual.

El doctor Troll discurre sobre el hecho de que en Europa el hombre de más fama después de Napoleón fue Humboldt; un consenso general que le vino por su contribución a la ciencia, como lo prueban las numerosas academias y sociedades científicas de todos los países que le colmaron con los máximos honores. Schelling, prosiguió el disertante, lo llamó el segundo Colón; Darwin lo elogió como el mayor investigador viajero de todos los tiempos; y la Academia de París mandó grabar una medalla conmemorativa en donde se le llama “el nuevo Aristóteles”. Latinoamérica también ha llenado de honores a Humboldt; vio en él al paladín de las libertades cívicas y de la independencia en la investigación; México, por último, lo proclamó “Benemérito de la Patria”. El *Ensayo*, añadió finalmente el doctor Troll, es una obra importante que ocupa un lugar prominente en la gran serie, y es digno de meditación el hecho asentado en él, de que el año de 1803 en que Humboldt estuvo en la Nueva España, el valor de la producción agrícola fue un 25% mayor que el de la minería, no obstante ser un país rico en minas; por consiguiente la prosperidad de la Nueva España no radicaba únicamente en la explotación minera, sino en la producción agrícola, la cual, añadió, llevando así el agua a su molino industrial exportador, constituye la base del sistema de bienestar popular. Para terminar su exposición se refirió brevemente el doctor Troll a la visión que tuvo Humboldt sobre el cultivo y culto que se le rendía a la ciencia en la Nueva España, y aludió, para ejemplificar el caso, a la famosa carta del barón en la que éste se refiere a su deseo de acabar sus días felizmente en México, y a su generoso proyecto de fundar aquí una academia central de las ciencias para toda la América Latina.

### El discurso de Alfonso Reyes

El platillo fuerte de la velada había sido reservado para el tercero y último orador, el doctor Alfonso Reyes, presidente de la Academia Mexicana de la Lengua y uno de los más grandes escritores de nuestro idioma. Como escribimos páginas atrás, este discurso había sido en parte publicado anteriormente como un artículo suelto en el Diorama de la Cultura (*Excelsior*, 3 de mayo de 1959); mas como el escritor añade, toca, retoca, afina y refina tanto sus artículos, entre éste y el discurso del 6 de mayo las diferencias son notables y

los añadidos e interpolaciones muchos. Comenzó el orador su discurso situando históricamente al héroe en la circunstancia de su tiempo; es a saber lo que el escritor llama “combinaciones estéticas imaginadas al parecer por la poesía”. A la constelación del idealismo alemán weimariano sigue la vanguardia romántica alemana y en pos de ella los dióscuros, los hermanos Humboldt o dioses gemelos del momento: estadista y filólogo Guillermo, fundador de la universidad de Berlín; gran demiurgo de la ciencia y del humanismo Alejandro, cuyo recuerdo servía en ese momento en el centenario de su muerte. Durante la larga vida de *nuestro* Alejandro (1769-1859) la historia de Europa experimenta grandes convulsiones: luchas entre el absolutismo y el liberalismo; mudanzas técnicas vertiginosas; racionalismo e ilustración; revolución francesa e independencia americana; audacias románticas y nuevas inquietudes sociales; retrocesos parciales y clarinadas primeras del comunismo. Reseñado así concisa pero atinadamente el escenario histórico a través del cual ha de deambular la vida del héroe, el maestro Alfonso Reyes nos presenta primeramente a su Humboldt, cuando éste tenía dieciséis años y su vocación no estaba todavía definida perfectamente; lo vemos asimismo como estudiante de diversas disciplinas y viajero prematuro y fracasado. Lo seguimos por España y lo contemplamos poco después, ya en compañía de Bonpland, cruzando el Atlántico y descubriendo los vastos dominios del rey de España. Visita Humboldt seis países y recorre 6 000 leguas, de las cuales una parte no pequeña corresponde a sus correrías por México, lo que le permite establecer los fundamentos de la geografía moderna, de nuestra geología y de nuestra filosofía social. En segundo lugar, el escritor pasa a señalar las características más notables de aquel genio viajero; con Humboldt se disfruta, sobre todo, el espectáculo de un hombre de ciencia que no ha roto con las más nobles esperanzas humanas, armonía que hoy vamos perdiendo para nuestro mal y que bueno fuera recordar –añade–, si es que hemos de sobrevivir. También es notable en Humboldt su capacidad generalizadora; el hábito y la capacidad de pensar con la plena respiración del alma, abrazando en círculos cada vez más anchos los fenómenos particulares. Llama la atención en él, prosigue nuestro moderno humanista, su constante atención por las relaciones entre el hombre y su morada terrestre, que lo lleva a escribir páginas que poseen cierta majestuosidad de poema cosmogónico; si bien Humboldt no llegó a ser un gran escritor. El Humboldt que se nos va perfilando es el genial creador de la gran generalización en que se funda la geografía científica y la geopsíquica; es el

curioso y vagabundo viajero, de ojos bien abiertos para percibir al mismo tiempo lo grande y lo pequeño de la naturaleza. Pero Humboldt no es solamente esto, es también el hombre que presta gran atención a las enseñanzas venidas de la Francia revolucionaria; de aquí, según Alfonso Reyes, sus simpatías por los judíos y sus desvelos por mejorar las condiciones morales y físicas de los mineros alemanes y mexicanos; todo lo cual nos remite en última instancia a las virtudes de sensibilidad y armonía que el romanticismo había cultivado en el alma de Humboldt, y que por lo mismo le permiten prestar atención no solamente al dato material y a la cifra, sino también a los profundos problemas humanos, a las costumbres y a la diversidad de las civilizaciones. Este Humboldt “ejemplo de la ciencia casta”, es decir de la ciencia puesta al servicio del bien y “no obligada todavía a convertirse en la hembra de los ejércitos”, se dio íntegramente en la creación de la gran obra americana, que es un verdadero monumento y que es, según Alfonso Reyes, la que mejor ha resistido las injurias del tiempo; la que le ha dado también más renombre a su autor; y la que le llenó su vida por algo más de 27 años, el primer tercio del siglo XIX, por lo que sin temor a dudas se puede decir “que lo mejor de su genio nos pertenece”. La visión de América, la hispana por supuesto, o para decirlo expresamente con las propias palabras del escritor, “la visión del orbe hispanoamericano” quedó localizada o focalizada mejor que nada en las páginas del famoso *Ensayo*, que constituye la base de nuestra literatura sociológica; que prepara en cierto modo los trabajos de Alamán, Zavala y Mier, así como inspira a Prescott para escribir la *Historia de la conquista de México*. Don Alfonso Reyes nos recuerda a continuación, inspirado al parecer en las ideas de Pereyra, que la lectura del *Ensayo* es indispensable para quienes deseen entender a nuestros países, y que a él le resulta inexplicable [lo mismo que al historiador saltillense le parecía hace ya más de 35 años], que España parezca haber olvidado este documento expresivo y fehaciente de su propia reivindicación histórica.

Se refiere asimismo al proyecto de Humboldt de establecer aquí en México un instituto científico para todas nuestras repúblicas, y a su deseo expresado de querer acabar sus días entre nosotros, en México, donde se sentía tan querido, de modo agradable y útil para la ciencia. El Humboldt de Alfonso Reyes es naturalmente un Humboldt progresista; el sabio generoso e indulgente que vio venir sin miedo, desde los días de la Santa Alianza, las independencias americanas; el que complacido se congratulaba del buen ca-

mino político emprendido por nuestro primer gobierno republicano federal; aquél que era amigo de Alamán y el mismo que recibió complaciente la Gran Cruz de la orden de Guadalupe.<sup>3</sup>

Por último su Humboldt es el gran liberal que por los servicios prestados a México mereció de otro gran liberal, Juárez, el título de “Benemérito de la Patria”.

El humanista sale también al paso de las críticas que se han lanzado a veces injustamente contra Humboldt, y señala que la obra de éste, como humana, siempre tendrá necesidad de ser rectificadas: rectificaciones que su propio autor ya se encargó en buena parte durante su vida de hacer. No fue tampoco Humboldt insensible a las desgracias de América, y de las cuales fue un entristecido espectador:

Las desgracias de América que más tarde le tocó presenciar no lo dejaron indiferente y por cierto hubieran destemplado a un acero de menor ley: Sucre asesinado, Bolívar proscrito, su amigo Alamán en desgracia, su compañero Bonpland cautivo durante diez años por capricho del doctor Francia; México sometido a desmembraciones e invasiones, la gran Colombia despedazada, los atentados del Viejo Mundo en el Río de la Plata [...] pero todas esas crisis, aunque dolorosas, le parecían males contingentes y seguía concediéndonos para el porvenir algo como un generoso crédito moral, sin admitir nunca la derrota de sus esperanzas. Humboldt ha dejado a la posteridad una obra que pudiera llamarse “La nueva grandeza mexicana”. Ayer merecíamos el elogio de este testigo insobornable. Imaginemos que vuelve hoy entre nosotros y procuremos seguir mereciendo ahora y siempre la aprobación de Humboldt.

Alfonso Reyes es, como puede comprobarse, muy magnánimo con Humboldt; bastante más de lo que juzgando por la correspondencia del barón con Jefferson y otros personajes norteamericanos se merecía, sin duda, aquél. Si pensamos en los juicios críticos del sabio germano a raíz de la guerra del 47, su crédito desmerece asimismo bastante a nuestros patrióticos ojos; empero no hay que olvidar el fondo liberal irreductible del sabio que yacía en lo más

<sup>3</sup> Reyes cree que fue el presidente Comonfort quien se la otorgó; pero sabemos que fue S. A. S. Santa Anna (*Vid.* p. 29).

hondo de aquellas *justificaciones*, las cuales, aunque nos parezcan desfavorables e inclusive injustas, tenían al menos la gran excusa de provenir de un hombre que por su odio al despotismo militar y clerical más de una vez se le vio marchando a la cabeza de las manifestaciones obreras parisinas en medio de un océano de rojas banderas (febrero de 1848).

### Otra vez O’Gorman

La Universidad Nacional de México no podía menos de conmemorar también de modo adecuado el tránsito de Humboldt, y organizó un homenaje que tuvo lugar durante el mes de junio para no infirmar ni disminuir los realizados durante el mes de mayo por la Secretaría de Educación Pública y por otras sociedades científico-culturales mexicanas. Los actos académicos del homenaje universitario consistieron en una velada –6 de julio– (amenizada por música de cámara), en la que tomaron parte como oradores el doctor Edmundo O’Gorman y el rector de la Universidad, doctor Nabor Carrillo Flores; en un curso de verano sobre Humboldt, en la Facultad de Filosofía y Letras, a dos lecciones por día (del 7 al 21 de julio); y en una exposición de libros sobre Humboldt, a la que contribuyó fundamentalmente el excelente acervo de nuestra Biblioteca Nacional.

El rector se refirió a la importancia y valoración de Humboldt dentro del campo de la ciencia, e hizo hincapié en los méritos del viajero en relación con su paso y obra por la Nueva España. Añadió que no iba a adelantar ningún dato crítico, para de esta manera no inferir en el contenido de las futuras lecciones que los científicos y humanistas mexicanos habían preparado, y terminó diciendo y coincidiendo también con Beristáin, que Humboldt fue notable por tres cosas: por su amor a la ciencia, por su amor a las humanidades y por su amor a la humanidad. México y los mexicanos debían asimismo de agradecer al ilustre sabio el amor que siempre le tuvo al país.

Antes de que el rector expresara estas palabras con las que quedó inaugurado el curso estival sobre Humboldt, el doctor O’Gorman leyó una interesante alocución intitulada así: “Alejandro Humboldt y la Calumnia de América”.<sup>4</sup> El

4 El doctor Edmundo O’Gorman nos facilitó una copia mecanográfica de dicha alocución, gentileza que agradecemos profundamente desde aquí. Véase también la publicación de esta alocución en la revista *Universidad de México*, núm. 12, agosto, 1959.

objetivo que se propuso alcanzar el orador fue el mismo que ya conocemos por nuestro anterior análisis. Para obtener una perspectiva más amplia sitúa O’Gorman la figura de Humboldt frente al telón de fondo de la filosofía ilustrada y del romanticismo; de este modo el *Ensayo* aparece sólo como un fragmento de una obra más vasta y universal, cuyo sentido principal para nosotros no es otro sino la ruptura que ella implica contra las injustas y mal consagradas ideas con que la Ilustración había abordado el tema de América. Para precisar el orador lo que él mismo ha llamado hace ya tiempo “la calumnia de América”, se refiere en primer lugar al ajuste dramático que la cultura cristiano-occidental hubo de realizar para poder encajar a América en el rancio esquema tradicional; y en segundo término alude al desdén y a la ignorancia con que la Europa ilustrada, la francesa principalmente, miró a la América, lo que se tradujo en exageraciones y calumnias, o en alegatos de inmadurez descargados contra la naturaleza física y moral del Nuevo Continente, fundamentalmente contra la parte hispánica del mismo: una tarea denigratoria en la que destacarán incluso el gran naturalista Buffon, y sobre todo el mendaz prusiano Cornelio de Pauw en sus famosas *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*.

Contra esta imagen, deformada y sombría del Nuevo Mundo forjada por el siglo de las luces, no faltaron las reivindicadoras voces criollas de un Jefferson y de nuestro Clavijero, escribe O’Gorman; empero, especialmente no faltó la presencia del nuevo “caballero andante de la ciencia”, Alejandro barón de Humboldt. Para nuestro historiador, Humboldt no es un ilustrado, aunque nació y se nutrió en el siglo luminoso, sino que es más bien un romántico y por lo mismo un hombre que no podía admitir la distinción radical postulada entonces entre pueblos y razas superiores e inferiores, o entre naciones bárbaras y civilizadas. La desigualdad que se ofrece a la vista, pensaba Humboldt, que lo había aprendido de Herder, no es absoluta, sino relativa a la evolución alcanzada en un momento determinado de acuerdo con las circunstancias favorables o adversas del ambiente. Es decir no existe un patrón único para juzgar según éste a todos los pueblos y culturas, y por lo mismo para sopesar los logros de las antiguas civilizaciones americanas. Humboldt rompe lanzas, por consiguiente, por nuestra América y deshace entuertos, calumnias e interpretaciones negativas y sobre todo ridículas. Humboldt se burla de las anticuadas opiniones filosóficas que establecían distingos geológicos y biológicos entre el Antiguo y el Nuevo Continente, y restituye así a América una realidad física y espiritual que no desmerece nada frente a la de Europa.

Como se ve, O’Gorman insiste en la idea de abordar a Humboldt por el lado filosófico; el conocimiento de la concepción del mundo, según la entendía Humboldt, nos proporciona, en suma, un saber mucho más auténtico que todos los intentos de querer interpretarlo, como se ha hecho hasta ahora en México por la mayor parte de los estudiosos, en función de los análisis más o menos completos del contenido geográfico, político, económico y sociológico del famoso *Ensayo*. Conocer e interpretar la urdidumbre conceptual del pensamiento humboldtiano es la lección definitiva que se desprende de la interpretación de O’Gorman. Persiguiendo ese objetivo y utilizando el método magistral apropiado es como puede el comentarista ofrecernos este último párrafo revelador:

He aquí el sentido más íntimo y general de la gran obra que Humboldt dedicó a América. Ciertamente, no fue el único, ni el primero en poner esfuerzo y talento al servicio de la causa del Nuevo Mundo, pero no cabe duda que por la inmensa autoridad científica de que gozó y por haber sabido enfocar la defensa de América a la luz de la filosofía entonces predominante, es Alejandro von Humboldt a quien le debemos la definitiva rehabilitación en la conciencia europea de todo cuanto nuestro continente ofrece de original y propio.



## Trabazón sumaria

187

### La primera etapa

La toma de contacto de la conciencia mexicana con Alejandro de Humboldt se desarrolla primeramente en el plano vital de las relaciones sociales. Ante todo, lo que cuenta es la presencia viva del propio barón en la Nueva España; después el *Ensayo*; pero ambos contribuyen práctica e idealmente a madurar los ideales de independencia y a orientar las aspiraciones de los hombres que la llevaron a cabo. Humboldt, por su vida y por su obra, sirvió de acicate o de inspiración para la acción política; el famoso libro sobre México sirvió también de catalizador de casi todos los planes y realizaciones políticas independientes; libro en mano, los liberales y los conservadores verificaron sus proyectos y justificaron sus contrapuestos puntos de vista. En el plano de las relaciones diplomáticas así como en el de la interesada curiosidad viajera, el *Ensayo* rindió servicios inapreciables, promoviendo por un lado el reconocimiento de la joven república y desencadenando por el otro la aventura inversionista, comercial y financiera.

Esta primera visión utilitarista de México provocada por el *Ensayo*, se prolongó más allá incluso de la primera mitad del siglo XIX y dejó una huella profunda entre los administradores y usurpadores de la cosa pública. El agradecimiento expreso de Alamán, de Mora, de Zavala y el de Fernando Ramírez

en 1857 ponen de relieve que el general y unánime reconocimiento de México en relación con el barón y su obra mexicanista, descansaba en los valores prácticos descubiertos en esta última. También, como con el célebre Cid, se ganan batallas propagandísticas ya muerto el barón; los liberales de Veracruz (1859) y los de 1869 en la capital, honrando al héroe de la ciencia, del progreso y de la libertad se honran a sí mismos, sobre todo, comunican su justiciera verdad a Europa y justifican sus actos.

Mas no todo ha de ser inspiración política; en la empresa cultural y arqueológica de Humboldt hallan los especialistas los primeros brotes modernos de la ciencia mexicana y del conocimiento científico del México antiguo. Por lo que toca a esta última herencia, Fernando Ramírez reconoce la deuda prehispánica que él ha contraído con el barón, al cual, según confiesa, le debió mayormente su afición por la historia indígena. La rama vigorosa que parte de Humboldt y que florece en la afición de Ramírez, debida también a otras raíces (Kingsborough, Gondra, Sánchez y Mora, Bustamante, José Gómez, etcétera) se desarrolla hasta reverdecer por último con Chavero, arqueológica y estéticamente, así como con Del Paso y Troncoso, Peñafiel y Orozco y Berra, y penetra vigorosa en este siglo hasta alcanzar nuestro propio presente. Este ramal o corriente se fortalece también con la que partiendo asimismo de Humboldt desemboca precisamente en dos de los trabajos alemanes de la *Memoria científica* de 1910: Hermann Beyer (*Sobre un jeroglífico de un nombre tomado del Códice Humboldt y El ídolo azteca de Alejandro de Humboldt*). Y como el sabio alemán es un mundo, de él también parte la línea científica puramente técnica y práctica que “humboldtiza” a México. En 1863 el ingeniero Francisco Díaz Covarrubias rectifica inclusive las cifras de la posición geográfica de México obtenidas por el barón después de diversas observaciones y cálculos, y respetuosamente restaura el crédito científico de los sabios Galiano y León y Gama, un tanto ajado por las críticas de Humboldt. En Díaz Covarrubias está, por lo mismo, el antecedente más antiguo de todo ese efervescente movimiento reivindicativo de la cultura científica mexicana que hoy día preocupa a mucha gente, y que revela frente al siglo XVIII novohispano un punto de vista más comprensivo, patriótico y propio que el de la absoluta conciencia histórica liberal del siglo pasado y parte del presente. Esta última línea de influencia es la más determinante y se prolonga hasta fines del siglo XIX a través de diversas publicaciones eruditas, científicas e históricas. Dicha línea, cuando ya parece extinguirse, se vigoriza nuevamente gracias asimismo a la

citada *Memoria* de 1910, en la que destacan el trabajo de Waitz (*El Nevado de Toluca*), el de Dann y Palacio (*Los estudios zoológicos de Alejandro de Humboldt*), el de Hoffmann (*Noticias de Humboldt acerca de los gusanos de seda indígenas de México*), el de Henning (*La actitud de Alejandro de Humboldt con respecto a los problemas de la antropología americana*) y el de Wittich (*Apuntes sobre el desarrollo de la minería mexicana*).

Con el trabajo de Díaz Covarrubias se delinea también, aunque levisísimamente, un Humboldt de utilización más general; más americano que mexicano. El sabio revela a Europa, es decir al mundo civilizado, según se creía y decía entonces, las maravillas y secretos del Nuevo Mundo; es, pues, este trabajo tan técnico y tan decisivamente geográfico y especializado, el que ha de servir de enlace para una visión continental. Ya no será el exclusivismo mexicano del *Ensayo* el que servirá de guía, sino toda la obra americanista del viajero. Paralelo a este intento de universalización, que sólo podrá cuajar definitivamente en la conciencia mexicana de nuestros días, se halla la interpretación del embajador del Perú en el México de 1863; para el diplomático, Humboldt es precisamente un segundo Colón y en cuanto tal se cumple en él y con él la develación de todos los secretos americanos. Toda la América revela sus misterios por igual a los europeos y a los americanos.

La comparación citada líneas arriba casi llega a convertirse en un tópico obligado de todos los discursos o escritos de compromiso que tienen por mira la negación histórica del pasado colonial; nada mejor revela la concepción ontologista de la historia de América que esta serie de segundos descubridores, cuyo número podrá elevarse tanto como se desee con sólo postular la posibilidad de descubrir algo en verdad original, y de esta suerte habrá tantos nuevos Colones cuantos sean los entes descubribles en el campo de la física, de la química o de la arqueológica americana. La comparación es la exigencia patente que se utiliza para asegurar la entidad americana por encima del tiempo, del espacio y de lo humano de la historia. Ahora bien, esta floración colombina (cuatro son, como ya sabemos, los Colones por los que clamaba, según Von Hagen, la anhelante Suramérica para que le descubriesen sus últimos secretos), pone de manifiesto no únicamente el tradicional substancialismo histórico americano, sino también patente historicidad.

Para estos confrontadores e intérpretes de la historia, formados en un sentido positivista lato, que comienza en la segunda mitad del siglo XIX como reacción frente a los filosofemas romántico-especulativos, el primer Colón y

el segundo preparan el camino para un tercero; un Colón múltiple, que bien pueden ser ellos mismos, puesto que ya no les quedan secretos que conocer y manifestar. En términos ahora restringidos, es decir comtianos, no sería muy errado imaginar que piensan algo así como un descubridor teológico (Colón), un descubridor metafísico (el Humboldt del *Cosmos*) y un descubridor positivo (el Humboldt del *Ensayo*, de los *Cuadros*, *Sitios*, etcétera), que encajaba en la etapa utilitaria.

La imagen de un Humboldt positivista, considerada no solamente en su concepción comtiana estricta, sino en un sentido más extenso, es a saber materialista, pragmática, sensualista, economista, etcétera, logra su máxima acuidad interpretativa en la sesión de la mañana del 14 de septiembre de 1869. En esta reunión alcanza Humboldt la categoría máxima, la suma entronización como tercer descubridor y, por tanto, los mesurados aplausos anti-metafísicos, antiapriorísticos, antiintuitivos y antirrománticos de los hombres positivos. La suprema eficacia positivista-utilitante que se hace de Humboldt se despliega en los discursos de los jóvenes López Monroy y Bustamante, para los cuales el gran sabio es un fanal inextingible de ciencia positiva que debe alumbrar a todo México; para don Ignacio Ramírez, la vida de Humboldt, consagrada al estudio de la ciencia, es el mejor ejemplo que presentar a la juventud mexicana con vista a la “humboldtización” o regeneración de la patria en lo científico, en lo moral y, por ende, en lo político. El México de este momento es un Jano enigmático y justiciero que presenta al mundo ora la cara luminosa de *modelo* Humboldt, ora la máscara trágica del iluso emperador fusilado. La imagen que en su turno presenta Barreda, es la de un Humboldt resucitado subjetivamente para convertirse en abanderado del progreso, del orden y por consiguiente de la libertad.

A partir de 1869 comienzan poco a poco a marchitarse los valores políticos y didácticos encontrados en Humboldt; aunque aumentan los científicos, y a pesar de la edición jalapeña del *Ensayo* (1870); éste se lee cada vez menos y lentamente va perdiendo el interés que antes poseía como modelo y guía de políticos y gobernantes, puesto que los problemas y las dificultades a vencer del México moderno ya no son, según se cree, los mismos que los del México de la primera mitad del siglo XIX. Cuando aparece la edición del *México, su evolución social*, se puede decir que ya el país se ha modernizado y occidentalizado hasta tal punto, que los *científicos* creen que no hay apenas ninguna relación entre las denuncias formuladas por Humboldt un siglo antes y las

realidades del actual; lo cual explica el poco o casi ningún empleo que se hace de las ideas humboldtianas en dicha obra, que en cierta manera puede considerarse como un progresista y optimista balance de lo alcanzado en el lapso que se extiende entre 1811 y 1900. El *México, su evolución social*, por el objetivo propagandístico que se le asignó, viene a ser una rendición de cuentas y un reclamo inversionista; por eso junto con la edición en español aparecieron la inglesa y la francesa. La curva del interés mexicano político, social y económico por el *Ensayo*, que culmina en 1869, baja a fines del siglo muy raudamente y casi desaparece del todo, sin que le valga de mucho la inyección romántico-interpretativa de Heriberto Rau; aunque ella sirva de puente en las relaciones políticas y económicas de la Alemania, vencedora de la Francia de 1870, con el México liberal triunfador del imperio. La obra de Rau, a pesar de lo romántica o acaso justo por ello, se utiliza para explorar y penetrar en el campo de los intereses franceses abandonados por Francia en tal época. Exhaustas todas las posibilidades que brindaba el *Ensayo*, sólo queda por explotar el venero anecdótico, que comienza con el propio Humboldt desde 1803; y que se continúa a través de los diarios y comentarios viajeros hasta que encuentra en la obra de Rau las máximas posibilidades de exploración romántica. Mas como esta obra apenas si se refiere a las aventuras de Humboldt en México, no pudo encontrar mayor eco local y murió también sin dejar la menor huella. La renovación romántica del tema humboldtiano partirá, como tantas otras cosas, de la *Memoria* alemana de 1910; en ella se resucitan viejas ideas y nacen otras nuevas, porque dicha obra, como enlace de dos épocas, sirve de lazo para que los temas ya agotados en el siglo XIX cobren nueva vida en el XX, y para que se renueve el interés de México por Humboldt.

## La segunda etapa

La mencionada *Memoria* revive, como hemos dicho, el interés mexicano por Humboldt; mas tiene que pasar antes un buen trecho de tiempo para que dicho interés pueda trocarse en obras arqueológicas, etnográficas, históricas y técnicas, dado que el clima de la Revolución no es por el momento el más propicio para tales estudios. Lo que importa más destacar es que la *Memoria científica* dirige por un lado la corriente biográfica e histórico-anecdótica, que llega hasta nuestra época para consumirse y no dar más de sí; y por el otro suscita la renovación de los estudios científico-técnicos y de los trabajos his-

tóricos, económicos y sociales. Aunque muy lejos ya de la influencia de la *Memoria*, a ella responden, o dentro de sus lineamientos generales se desarrollan, las investigaciones geográficas de Stevens-Middleton, de Brand, de Alessio Robles (prólogo al tomo V, *Atlas*), parte del ensayo de Cosío Villegas, el ensayito de González-Reyna y García-Rojas, y el artículo y el estudio último de José Miranda. El señor Krumm-Heller, que fue quien escribió en la multitudada *Memoria* el *Esbozo biográfico del barón Alejandro de Humboldt*, y el señor E. Wittich, que redactó todo lo relativo a los *Viajes de Humboldt en México*, abonan el terreno que cultivarán preferentemente Carreño, Pereyra y Alessio Robles entre otros. Humboldt es rescatado del abismo de indiferencia, olvido y antiintelectualismo en que había caído, y es recuperado y sus ideas puestas de nueva cuenta en circulación en las décadas relativamente tranquilas que siguen al máximo furor revolucionario de los años veinte.

Esta segunda etapa es asimismo, como la anterior, utilitante. El ciclo de 1803, que quedó apurado al término de la centuria, comienza su nuevo giro entre 1904 y 1910; nos queda así una década que cubren perfectamente los tres discursos en memoria de Humboldt pronunciados en 1904: el de Salado Álvarez, de filiación germanófila, como correspondía a los coqueteos del régimen con Alemania; el del ingeniero Aguilera, que ignora a Orozco y Berra e insiste en las contradicciones de 1850 y 1859; y el de Aragón León, rendido homenaje positivista, aunque sin alcanzar las alturas del Barreda de 1869. El Humboldt pretexto de estos diez años es el más antiintelectual de todos los que se han vivido en México, y refleja por lo mismo el interés diplomático, político y fundamentalmente económico mexicano-alemán, que llega a su cenit con la inauguración de la famosa estatua regalada por el káiser “al pueblo mexicano”, pero obsequiada realmente al impasible don Porfirio (1910). Esta estatua, que estaba destinada a servir de permanente propaganda alemana desde el momento en que fuese erigida en una de las plazas de la ciudad, pudo ser levantada en el recoleto jardín de la Biblioteca Nacional gracias a que la conciencia cultural mexicana no estaba del todo dormida. Don Francisco Sosa nos da la razones del emplazamiento: porque “era cuerdo sospechar que entre los habituales frequentadores de teatros y paseos no ha de encontrarse mayor número de admiradores de un sabio, que entre los que andan a la Biblioteca Nacional sedientos de instruirse o de ensanchar sus conocimientos, y que, por lo mismo no ignoran, o no quieren ignorar los títulos que a la admiración y a la gratitud de los mexicanos tiene el explorador y re-

velador de los tesoros naturales que nuestro suelo encierra”. Un sector del pensamiento intelectual mexicano creía mejor ofrecer la visión inspiradora de la estatua a los estudiosos que a los paseantes.

En las dos grandes obras, ya citadas por nosotros, de fines del siglo, vimos cómo se liquidan los temas mexicanos de Humboldt y cómo se agotan todas las posibilidades biográficas e histórico-aneecdóticas que ofrecía el *Ensayo*; el propio discurso de Sosa se dirige a un público frívolo completamente olvidado, de lo que significó Humboldt, y dispuesto por lo tanto a escuchar cosas de poca sustancia. Era un público que se concretaba cómodamente a creer con los “científicos” que la situación crítica denunciada otrora por Humboldt estaba ya superada. Tampoco tenía mayor atractivo intelectual Humboldt para la inmensa mayoría del pueblo, supuesto que esa mayoría vegetaba y hacía ya más de lo que podía exigirse de ella, si consideramos los titánicos esfuerzos que realizaba para supervivir. La inauguración de la estatua disimulaba perfectamente la falta de una valoración crítica auténtica, ésta es la causa por lo que Sosa, que conoce bien su ambiente, discursa para procurar el “solaz del auditorio”, la “distracción pasajera” del mismo y evitar sus censuras. Lo que ennoblecía y salva a Sosa es que, a pesar de la consigna oficial, en su alocución, inspirada en parte en Ramírez, se refiere al espíritu liberal del barón, a su carácter moral y a su religiosidad inmanente; mas pese a todo, Sosa nada o casi nada expresa del *Ensayo*, porque el creyó también, al igual que tantos mexicanos del siglo XIX, que esta obra ya nada tenía que decir a los hombres de aquella generación. El *Ensayo* es para él pura prehistoria social; el falso optimismo evolucionista, por un lado, y por el otro la espesa atmósfera anecdótica que envolvía (y envuelve) la obra no le dejó ver a él, ni a los posteriores que se han ocupado de la misma la *weltanschauung* inmersa en ella, y a la cual responde su estructura, así como los elementos técnicos de todo orden que todavía son aprovechables como fuentes comparativas de estudio.

Años más tarde, Carreño (1922), que estuvo también en la inauguración de 1910, prosiguiendo la aventura recuperadora del sabio barón, iniciada abiertamente, por supuesto, por la *Memoria* y también, aunque levemente, por el discurso de Sosa, pone en primer término al sabio, al que tanto debía México por causa del *Ensayo*; y en segundo lugar al creyente, al beneficiador de los materiales novohispanos, y al hombre poseedor de una elevada moral de sentido trascendente y no inmanente como pensó Sosa. El Humboldt de Carreño es un buen hombre de carne y hueso y no una estatua. El discurso

de Carreño se nos presenta como punto de enlace entre la indiferencia y el olvido de 1910, excepción hecha, y un tanto relativa, de Sosa, y el despertar de la conciencia pereyriana al tema de Humboldt.

El valor de transición que acordamos al discurso de Carreño no nos asegura que Pereyra lo haya conocido, aunque hay ciertos motivos para sospechar que sí; pero de todas formas las líneas de influencia que presentamos aquí, sin desdeñar el influjo directo, se refieren más bien a constantes espirituales que fortalecen y renuevan periódicamente la cultura hispánica y que provienen de muchos sitios a la vez. El Humboldt de Pereyra es el más utilitante y salvador de todos, supuesto que abarca ampliamente el despertar moderno de la conciencia hispanoamericana y española. El título y el contenido del libro indican que éste no está únicamente al servicio de México, sino de una idea superior multinacional y supercultural. El Humboldt de Pereyra es el instrumento de nuestra regeneración intelectual y política; de nuestra justificación histórica; de aquí la urgencia, de acuerdo con Pereyra, de las ediciones eruditas y populares. El plan o tesis del historiador saltillense deshumaniza ciertamente a Humboldt, porque lo convierte en un instrumento al servicio de un posible futuro de unidad cultural y política iberoamericana. Sánchez Sarto, que queda del lado de la vertiente pereyriana, recoge el plan editorial regenerador, mas nada nos dice de la proyección imperial del mismo. Su Humboldt es también un instrumento; pero puesto ahora simplemente al servicio de un plan de elevación cultural. Alessio Robles, que lleva a cabo, en mínima parte, la estrictamente mexicana, el proyecto editorial de Pereyra, nada entiende o nada quiere saber del mensaje pereyriano, y reduce el utilitarismo continental del mismo a un pragmatismo netamente mexicano: edición del *Ensayo*. En veinte años, los que median, cuentas redondas, entre el proyecto de Pereyra y la edición de Vito Alessio Robles, han pasado muchas cosas y ninguna favorable a la realización del ideal pereyriano. Aparte del valor utilitario de la edición de don Vito, el estudio preliminar de éste dejó sin porvenir las posibilidades biográficas y anecdóticas del tema, y cegó, por tanto, las fuentes del mismo. Lo que realiza Vito Alessio Robles para México (1941) lo hace asimismo Carrera Andrade para el Ecuador, Marrero para Cuba y Estuardo Núñez para el Perú; el Humboldt de éste es también anecdótico y se utiliza sobre todo para reivindicar la cultura limeña ilustrada de fines del siglo XVIII. Núñez, en pleno y eufórico proceso emulativo y romántico, tributa a su héroe la máxima confirmación viril hispánica y, pues, lo donjuaniza al igual que se ha hecho en México y se hizo en Cuba.

El creciente interés por la vida y obra del barón llevó a los editores mexicanos a publicar la biografía escrita por De Terra (1956) y el ensayo realizado por Von Hagen (1945). La primera fue especialmente una ducha de agua helada que ha enfriado bastante al público lector mexicano, tan inclinado de suyo a la idealización tenoríesca del héroe. Con la publicación de esta biografía de De Terra se clausuró casi definitivamente la vena utilitante biográfica, anecdótica y romántica que recomenzó en 1910 con la *Memoria* de marras. Pero todavía queda otro venero utilitario que puede ser prácticamente explotado sin temor a que se seque, y que ya ha comenzado a ser beneficiado por Stevens-Middleton, entre otros, quien está interesado en realzar la contribución científica de Humboldt a la ciencia geográfica moderna, y especialmente a la geografía regional contemporánea. Con Stevens alcanza su punto más alto la pura científicación, permítasenos esta palabra, de Humboldt; pero queda aún por realizar la verificación histórica del *Ensayo* y de sus materiales por el lado de la economía, de la estadística, de la sociología, de la política y de la cultura filosófica. El más reciente intento de rescate del Humboldt del *Ensayo* lo ha efectuado José Miranda, preparando la edición (aún inédita) crítica del mismo, prologándola y escribiendo últimamente los artículos que en páginas atrás hemos estudiado y que bondadosamente puso a nuestra disposición.

Todo parece indicar que el abordaje futuro de Humboldt tiene que hacerse por la banda filosófica; que hay que partir de la concepción del mundo que saturaba el espíritu de Humboldt, que correspondía perfectamente a la de su mundo en torno; y que hay que verlo a la luz de la filosofía de su tiempo. Humboldt, sabido es, aborrecía a la filosofía; pero su *Cosmos* es la síntesis más genial del pensamiento científico y del humanístico gracias a la concepción filosófica que informa y rige a la obra. El primer intento de restitución de Humboldt; es decir de verlo en su pura valoración idealista y romántica, lo ha realizado Edmundo O'Gorman. Antes que él, en efecto, habían leído el *Cosmos* Corpancho, García Icazbalceta, Barreda, Ramírez, los dos Velázquez, López, Aragón, Sosa, Orozco y Berra, Salado Álvarez y Pereyra; mas ninguno de ellos lo había estudiado y penetrado como O'Gorman lo ha hecho con el más fino instrumental heurístico. La hermenéutica rigurosa de O'Gorman en relación con la interpretación idealista y romántica que da Humboldt del hecho histórico del descubrimiento de América, nos arroja un saldo postkantiano y nos abre el camino hacia una concepción menos consagrada, rutinaria y monumental. Lo verdaderamente valioso es que el estudio de O'Gorman desborda

ampliamente la reducida y positiva visión histórica mexicana, limitada hasta hoy al *Ensayo*. El análisis exhaustivo de la *weltanschauung* humboldtiana es un estupendo ejemplo, clásico en el género, de claridad y un magnífico instrumento con el que comprobar la estructura filosófica sustentante de no importa qué obra del barón: el *Ensayo*, pongamos por caso.

Resulta hartamente consolador observar que O’Gorman, que hasta ayer estaba prácticamente solo, se encuentra hoy doblemente acompañado en su copernicano intento revolucionario de situar en el centro de la atención mexicana no al *Ensayo*, como hasta ahora ha sido el caso, sino al *Cosmos*. Graef y el padre Garibay colocan también en el foco inmediato de su observación a tal obra y la proclaman clásica. No sabemos si Garibay leyó o no a O’Gorman; pero de cualquier manera que haya sido, sea que se demuestre la positiva o la negativa, sus tres importantes artículos revelan que él también es consciente del agotamiento del *Ensayo*, y de la necesidad de acercarnos a Humboldt siguiendo una nueva vía especulativa que nos descubra perspectivas universales más ampliamente estéticas, históricas y filosóficas.

### Afirmación y negación

La presencia del barón Alejandro de Humboldt en 1803 en la Nueva España causó, como sabemos, gran admiración; con todo la provocó bastante menos de lo que corrientemente nos figuramos. Beristáin, por ejemplo, admiró al joven y sabio explorador, al que presentó como ejemplo de honestidad y de sapiencia ante los alumnos del seminario metálico; empero el canónigo de la catedral metropolitana en ningún momento experimentó ese rendido asombro que la leyenda posterior ha inventado; por una parte porque Beristáin, al igual que los otros sabios mexicanos y españoles de la segunda mitad del siglo XVIII, tenía conciencia, no reñida con la natural modestia, de su propio valor; y por la otra dado que el joven Alejandro de Humboldt, aunque dueño ya por 1803 de cierta notoriedad científica por algunos trabajos, sólo era más bien gran promesa que definitiva consagración. Del Río, que había sido discípulo de Humboldt, era excesivamente modoso y lo suficientemente confiado para poner en manos de su amigo su más importante análisis, el del plomo pardo de Zimapán (vanadio); pero cuando llegó el caso (1805), dolido por la indiferencia y aun desdén que mostraba al parecer Humboldt, no tendrá empacho en defender su descubrimiento (eritronio) y sus famosos *Elementos de*

*orictognosia*. Estas críticas así como el desenfado que en cierta manera exteriorizaba el padre Mier contra Humboldt, no son, pese a todo, sino celos profesionales, muy bien fundados ciertamente en el caso de Del Río; o ligerezas críticas de fray Servando, el hombre que jamás pudo tener la boca cerrada. Pero en ningún momento tales opiniones pueden suponer una desvalorización de la obra total humboldtiana, y menos todavía un balance patriótico de las aportaciones novohispanas al *Ensayo*, porque ciertamente, y bueno será advertirlo, el derecho de propiedad intelectual no estaba tan radicalmente determinado como hoy día, y los científicos, aunque citaban a sus inspiradores y fuentes, traficaban las más de las veces con los descubrimientos de los otros; en suma no se tenía, no se podía tener la escrupulosidad que tenemos actualmente y que mucho se debe a la escuela histórica alemana de la segunda mitad del siglo XIX.

La primera crítica sería de que tengamos noticia, aunque expresada naturalmente con gran respeto, parte, como vimos, del ingeniero Francisco Díaz Covarrubias (1863), quien se atreve a rectificar las mediciones astronómicas del sabio alemán y a cancelar las censuras de éste contra las posiciones logradas por Galiano y por Gama. Se trata en este caso de una legítima revaloración, según apuntamos, de la ciencia novohispana y, por tanto, de la cultura colonial. Dentro de este marco histórico comprensivo está situado también García Icazbalceta (1864), que está empeñado ardientemente en destacar los valores propios de dicha cultura, y que de rechazo ha de rectificar los juicios un tanto atropellados de Humboldt. En 1869 participa Gabino Barrera de esta conciencia histórica mexicanista reivindicadora de lo propio, y si bien no se enfrenta ni con mucho al relativo silencio de Humboldt respecto a las fuentes novohispanas que éste utilizara y que apenas indicara, se mantiene al margen de las críticas de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y de los tres oradores de turno que participaron en la memorable sesión. Justamente por su posición filosófica positivista y también por exigencia de su propio método, no podía Barrera renunciar al pasado, supuesto que éste no sólo parecía coincidir con el estadio teológico afirmativo de la triada, sino que de hecho representaba un punto importante de partida en la escala ascendente del progreso. Humboldt es, por tanto, el instrumento de que se valen todos ya para rescatar o para negar los trescientos años de cultura colonial.

Hasta 1881 no vuelve a reanudarse el tema desde este lado de la vertiente histórica comprensiva. Orozco y Berra al hacer la historia de la geografía co-

lonial reconoce sus logros, dentro de las naturales limitaciones, que no eran mayormente sino las que correspondían de hecho a los tres siglos de la colonia, y otorga al último, al XVIII, un valor científico muy destacado. No desconoce ni desdeña el historiador la obra geográfica de Humboldt; mas subraya la aportación importantísima de la ciencia novohispana. Todavía más, Orozco y Berra sale en defensa decidida de los geómetras mexicanos (P. Diego Rodríguez, Gabriel López Bonilla y C. Sigüenza y Góngora) que en el siglo XVIII “habían adivinado” bastante bien [contra lo que Humboldt afirmaba en el *Ensayo*] la verdadera longitud de la capital.<sup>1</sup> El contracrítico va incluso más lejos que Díaz Covarrubias.

Hasta aquí el señor Humboldt; y con todo el respeto que me merece el eminente sabio en materias científicas, me atreveré a observar que por un error de imprenta se pone que la diferencia de meridianos establecida por Rodríguez entre México y Uranienburg, es de 7<sup>h</sup> 25', cuando el original dice 7<sup>h</sup> 28'. Algo me ocurriría decir en mi ignorancia contra los asertos del señor Humboldt, que dejaré en silencio, aunque no puedo menos de advertir, en vista del desdén con que trata a nuestros hombres, que si Rodríguez, Bonilla y Sigüenza no estaban en estado de llegar a los resultados exactos que dieron, no por eso deja de ser cierto que fijaron la longitud de México con la precisión que no alcanzaron los astrónomos europeos del siguiente siglo, y pues *adivinaron* esa misma longitud. El que la adivinanza haya sido hecha por tres personas diferentes y en diversos tiempos, dice mucho en favor de la suficiencia científica de los geómetras mexicanos.<sup>2</sup>

Orozco y Berra, que cuando llega el caso ataca a la dominación española del siglo XVI, no puede ni quiere hacer lo mismo cuando se trata de justipreciar a la ciencia colonial, especialmente la correspondiente al último tercio del siglo XVIII. Él sospecha muy bien que frente a tal hecho se juega su propio ser, de aquí la necesidad urgente de sentir ya dicha ciencia como propiamente mexicana.

El despertar de la conciencia histórica mexicana cara al pasado colonial, viene a ser como el eje central en torno al cual gira un sinnúmero de historia-

1 Manuel Orozco y Berra, *Apuntes para la historia de la geografía en México*, p. 250.

2 *Ibid.*

dores o comentaristas hasta llegar a nuestros días. El objetivo inmediato de todos ellos podrá ser rectificar a Humboldt; pero el mediato será rescatar una historia tres siglos que yacía desdeñada, negada y, por lo mismo, no utilizada. Aunque con carácter crítico, Chavero (1884-1889) tiene que recurrir a la historia colonial para establecer su método histórico, con el que intenta rescatar y valorar el sumido mundo indígena anterior a la conquista. El siglo XVIII de la colonia será para él, arqueológica e históricamente, el más valioso, porque en dicha centuria se inicia la valoración indigenista, y porque León y Gama prepara el camino que recorrerá a poco Humboldt. El rescate del mundo prehispánico exigía la recuperación previa de la historiografía y arqueología coloniales; una labor que junto a Chavero realizarán también Del Paso y Troncoso y Peñafiel.

En 1919 el profesor Alberto María Carreño y en 1922, probablemente, el historiador Carlos Pereyra, sin dejar de reconocer los grandes méritos de Humboldt llaman eficazmente la atención sobre los materiales que se le proporcionaron al viajero alemán, y se complacen ambos en destacar el aporte valioso de la ciencia y de la cultura novohispanas que yace ínsito en el *Ensayo*. Pereyra va mucho más lejos que su colega, pues hace depender la contribución de las fuentes proporcionadas también por los sabios sudamericanos, que hicieron asimismo factible las otras obras de Humboldt que se refieren a la América del Sur. Pereyra esperaba confiado que algún día se haría justicia a todos aquellos varones ilustres novohispanos, peruanos y neogranadinos a los cuales conoció, trató y utilizó Humboldt. Como Carreño y Pereyra escriben ya desde la divisoria de nuestro siglo, ello puede explicar acaso el gran énfasis que ambos ponen abiertamente, y ya sin compromisos históricos auxiliares, en los valores culturales de todo tipo que adornaron al siglo XVIII *novohispano*; afirmación que en el primero procede del campo de sus creencias cristianas y en el segundo del ámbito inicial positivista que le embargó y que, andando el tiempo, espiritualizará objetivamente hasta convertirlo en católico y romano. El siglo XX se inicia larvadamente en México con la búsqueda de lo mexicano, y en esta decisiva tarea la gran Revolución de 1910 otorgará el espaldarazo final al encauzar tantas actitudes dispersas hacia un mismo objetivo. Ni Pereyra ni Carreño eran revolucionarios; mas el espíritu mexicanista de la revolución los empujaba y ayudaba paradójicamente a precisar los fines y a calar muy hondo en las raíces de lo propio, de lo nacional. El *Ensayo* fue leído de nuevo, fue analizado y discutido, y a esta nueva luz que proporcionaba la gran

convulsión político-social se fijaron los materiales novohispanos que contribuyeron a la redacción y al éxito de la obra. Vito Alessio Robles (1941), Manuel Sanchez Sarto (1942, 1944), Samuel Ramos (1943), Estuardo Núñez (1950), José Miranda (1959) y J. Gonzalez Reyna y A. García Rojas (1959) confirman dicha operación crítica, y algunos de ellos, como por ejemplo Sánchez Sarto, se referirán a la urgencia que hay de profundizar en las fuentes documentales, partiendo del *Ensayo*, para precisar así el alcance y la proyección de las ideas de Humboldt en el pensamiento político mexicano del siglo XIX. Para José Miranda, la creación del *Ensayo* sólo pudo surgir de la feliz conjunción del gran sabio con una Nueva España que había alcanzado el punto culminante de su desarrollo económico, cultural y técnico-científico.

El largo y lento proceso reivindicativo que comienza prácticamente con el ingeniero Díaz Covarrubias en 1863, remata por último en Arturo Arnáiz y Freg. Según éste, al redactar Humboldt el *Ensayo* extendió el acta de nacimiento de México; pero Humboldt no es, con todo, un demiurgo ni el Prometeo que imaginan tantos intérpretes y comentaristas, sino sólo una genial cabeza organizadora y sinóptica, sabia para ordenar y extraer y dar adecuado lugar histórico, científico, estadístico, socioeconómico y filosófico a toda una serie admirable de fuentes novohispanas y españolas. La sola lectura de la lista de tales materiales resulta impresionante y significativa; sobre todo si leída por el estupendo y efectista conferenciante que es Arturo Arnáiz y Freg.

Frente por frente a esta conciencia recuperadora del pasado colonial, que como una constante histórica aparece en el siglo XIX y se extiende hasta el nuestro, se encuentra también, y con parecidos títulos y méritos históricos, la otra constante o corriente que niega sistemáticamente dicho pasado. Esta tendencia está asimismo muy bien servida por cierto número de historiadores y comentaristas representativos. Una y otra escuela tienen legítima vigencia actualmente, y su transcurrir histórico resulta independiente de nuestras fobias o filias: ambas representan, en resumidas, dos maneras de vivir y de encararse a la realidad, supuesto que el pasado, como cosa nuestra, es decir como cosa viva que es, siempre forma parte de nuestro presente y sostiene, por lo mismo, nuestra vida. Se puede decretar, naturalmente, como se ha hecho y aun se hace en México, la abolición del pasado; pero la tarea es sumamente difícil, además de peligrosa, porque con ello decretamos la abrogación de nuestro propio ser histórico: maniobra imposible porque únicamente somos en función de lo que fuimos. Pues bien, a partir de 1850 nos encontramos con una

serie de intentos dramáticos que tienen por mira la negación o disolución del pasado colonial, utilizando para ello la obra de Humboldt. El discurso de Joaquín Velázquez de León en honor del barón y el de Miguel Velázquez de León en 1859, con el mismo objeto: la “visita” a Humboldt de José Fernando Ramírez en 1855; y la plática del embajador del Perú, señor Corpancho, en 1863, van encaminados a resaltar los servicios meritorios de Humboldt y a ignorar justamente lo que hizo posible sus merecimientos; es decir la espléndida contribución científica dieciochesca novohispana. Mas como el rechazo del pasado acarrea dificultades difícilísimas de vencer, ya que éste nunca es accidental sino substancial, lo que irremisiblemente nos ha sucedido, tales oradores se ven obligados a cantar la palinodia y a declarar paralógicamente que en la Nueva España reinaba la más absoluta oscuridad en todo; empero que los sabios novohispanos habían no obstante adelantado ya mucho por el camino de la ciencia y del saber. Humboldt es, repitamos, el instrumento más adecuado para rechazar el pasado colonial desde el punto de vista estricto de la conciencia pura o liberal.

Salvo Barreda en 1869, según hemos visto, los tres oradores restantes, López, Bustamante y Ramírez, se pronunciaron también en términos igualmente contradictorios y paradójicos. “El Nigromante” utilizará la figura de Humboldt para procesar a todo el régimen colonial con ironía volteriana. Para la conciencia histórica liberal extremada, Humboldt es el redescubridor; es a saber el segundo Colón: entre el primero y segundo héroe queda la obscuridad absoluta de los 300 años de vida colonial.

A comienzos del siglo en curso, en 1904 precisamente, Victoriano Salado Álvarez y José G. Aguilera repiten las mismas ideas e incurren, por tanto, en idénticas contradicciones; pero éstas son ahora mucho más censurables porque ellos disponían de un libro básico de la época, los *Apuntes para la historia de la geografía en México*, que al parecer ignoran, a sabiendas, por completo. El ingeniero Aragón-León, que también participó en la velada del 9 de febrero de dicho año, no fue muy explícito sobre este tema; mas por su filiación filosófica positivista y por el congruente desarrollo histórico posterior no tenemos empacho en darle el papel de puente por donde ha de transcurrir la subsiguiente conciencia histórica liberal, ya más inclinada a valuar el pasado colonial, y por lo mismo proclive a admitir el papel que representó la ciencia de la colonia en el famoso *Ensayo político*. El norteamericano Brand, sin proponérselo, realiza una buena defensa de la cultura colonial de la segunda mitad del

siglo XVIII, y su agudo trabajo es el primero que ve la luz en México, sin tener en él que recurrir a la negación; sin necesidad tampoco de aspavientos fari-saicos ni de recaídas en la beatería científica.

Sólo nos queda agregar a este resumen conclusivo un comentario apretado sobre las ideas de los oradores que tomaron parte en el homenaje que México realizó en memoria de Humboldt, al celebrar el centenario de su muerte. Lo que destaca en primer lugar es que ninguno de los participantes se preocupó ahora del viejo problema polémico relativo a la valoración o des-valoría de la cultura científica novohispana; en verdad dan dicha valuación por cierta y no se cuidan por consiguiente de fundarla en razones.

En torno al eje cultural germanizante, según vimos, gira el discurso fogoso de Serra Rojas, con lo cual prolonga éste hasta nuestro presente la línea o tendencia germanófila, que se inicia con Salado Álvarez; aunque hay que aclarar que la admiración actual no es tan bastarda ni tan política como la de 1904 y 1910. Los doctores Dachroeden y Troll prolongan a su vez la tendencia informativa y nacionalista de la *Memoria* alemana de 1910; al paso que Graef Fernández concentra en sí mismo, por un lado, la admiración y dedicación constante de los científicos mexicanos que se asoman al extraordinario panorama de la obra de Humboldt; y por el otro se suma humanísticamente a la concepción O’Gorman-Garibay, y sin desdeñar el *Ensayo* sitúa en primer término el *Cosmos*. O’Gorman insiste en la descripción conceptual de la *Weltanschauung* humboldtiana, para desde ella presentarnos a un Alejandro de Humboldt, caballero andante de la ciencia, que disipará las tinieblas y calumnias que envolvían el ser de América; y Alfonso Reyes, por último, se refiere también a la concepción del mundo y de la vida según la entendía Alejandro de Humboldt; presenta el escenario histórico de aquella época y hace desfilar por él a su héroe científico, humanista, liberal y amante, por lo mismo, de México. Entre el *Cosmos* y el *Ensayo* Alfonso Reyes se queda con los dos, puesto que si la primera obra es de majestuosidad cosmogónica, la segunda resulta una *Nueva grandeza mexicana*, y por lo mismo nadie mejor que nuestro mexicanísimo escritor para calibrarla y catarla.

## Bibliografía

203

- Aguilera, José G., *Discurso sobre Humboldt, pronunciado en la velada de noviembre de 1904 ante el presidente Díaz*, México, Secretaría de Fomento, 1904 (véase también el diario *El Imparcial*, 11 de febrero de 1904).
- Alessio Robles, Vito, prólogo al *Ensayo político*, México, Pedro Robredo, 1941, t. I. ———, *Alejandro Humboldt, su vida y su obra*, México, Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, 1945 (se trata de una edición resumida del “Prólogo” citado arriba).
- Altamirano, Ignacio, “Reseña periodística de la sesión del 14 de septiembre de 1869 en honor de Humboldt”, publicada en la revista *El Renacimiento* correspondiente a esta fecha (véase también el t. I, 2a. época, del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, 1869).
- Arai T., Alberto, *Bosquejo para una estética del paisaje*, México, *Filosofía y Letras*, 1953, núms. 51-52.
- Aragón León, Agustín, *Alocución leída en nombre de la Sociedad de Ingenieros y Arquitectos, en la velada de noviembre de 1904*, México, Secretaría de Fomento, 1904 (véase también *El Imparcial*, 11 de febrero de 1904).
- Arellano, Lorenzo S., *Mujeres de América* (selección de Emilia Romero), México, Biblioteca Enciclopédica Popular, Secretaría de Educación Pública, s. f., cit. E. Núñez, *vid. infra*.
- Arnáiz y Freg, Arturo, *Andrés Manuel del Río*, México, Edición del Casino Español, 1936.

- , Conferencia (“Las fuentes mexicanas del *Ensayo político*”), Facultad de Filosofía y Letras, Curso de Verano, México, 8 de julio de 1959.
- , *D. Fausto Elhuyar de Zubice, Revista de Historia de América*, México, núm. 6, 1939.
- , “Noticias sobre la Academia de Bellas Artes de San Carlos”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, t. I, núm. 2, 1938.
- Barreda, Gabino, “Discurso en honor de Humboldt (14 de septiembre de 1869)”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. I (2a. época), 1869.
- Bauer, Andreas, “La presencia de Humboldt en México”, *El Universal*, México (3 de mayo de 1959).
- Beaufoy, M., *Mexican Illustrations Founded upon Facts*, Londres, Carpenter & Son, 1828.
- Becher, C. C., *Mexico in den ereignissvollen Jahren 1832 und 1833*, Hamburgo, Perthes & Besser, 1834.
- Beristáin y Souza, José Mariano, véase la *Gaceta de México*, 11 de noviembre de 1803.
- Brand, Donald D., “El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Humboldt”, *La Palabra y el Hombre*, Revista Universitaria Veracruzana, Xalapa, julio-septiembre, n. 11, 1959.
- Bünz, Carlos, “Discurso en honor de Humboldt” (14 de septiembre de 1910), *Memoria Científica*, México, Müller Hermanos, 1910.
- Bustamante y Chico, José, “Discurso en honor de Humboldt (14 de septiembre de 1869)”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. I (2a. época), 1869.
- Calderón de la Barca, Marquesa (Fanny Inglis), *La vida en México*, 2 v., traducción de E. Martínez Sobral, prólogo del Marqués de San Francisco, México, Editorial Hispano-Americana, 1945.
- Carreño, Alberto María, *Federico Alejandro, barón de Humboldt*, México, Tipografía y Litografía de Müller Hnos., 1919 (se reproduce también en el t. 39 de la *Memoria de la Sociedad Científica “Antonio Alzate”*, México, Secretaría de Relaciones, 1922, p. 527-561).
- Carrera Andrade, José, “Humboldt en Quito”, *El Popular*, México, 5 de septiembre de 1959.
- Collenberg, Rudt von, “Conferencia sobre Humboldt”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 46, 1938.
- Comte, Augusto, *Catechisme positiviste*, París, Imprenta Larousse, 1890.
- Corpancho, Nicolás, “Discurso”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 10, 1863.

- Cosío Villegas, Daniel, *Extremos de América*, México, Tezontle/Fondo de Cultura Económica, 1949.
- Chavero, Alfredo, *Historia antigua y de la conquista (apud México a través de los siglos)*, t. I.
- Díaz Covarrubias, Francisco, “Determinación de la posición geográfica de México”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 10, 1863.
- Diccionario de geografía e historia*, México, 1854, t. IV.
- Dublán, M. y Lozano, J. M., *Legislación mexicana*, México, 1876-1909, v. VIII.
- Fernández, Justino, *Coatlícue. Estética del arte indígena antiguo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1959.
- Fossey, Mathieu, *Le Mexique*, París, Henri Plon, 1857.
- Gaceta de México* (11 de noviembre de 1803).
- Gaos, José, “O’Gorman y la idea del descubrimiento de América”, *Historia Mexicana*, México, núm. 3, 1952.
- García Icazbalceta, Joaquín, “Observaciones [a] la Biblioteca Hispanoamericana de Beristáin”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 10, 1863.
- Garibay K., Ángel Ma., “Tres artículos sobre Humboldt” publicados en *El Universal* (9, 16 y 30 de Marzo de 1959).
- González-Reyna, Jenaro y Antonio García Rojas, *El barón Alexander von Humboldt y su influencia en el desarrollo científico y económico de México (apud Alexander von Humboldt, 1769-1859)*, Berlín, Academia Alemana de Ciencias, 1959. Revista *Universidad Mexicana*, junio, 1959, Morelia, Michoacán.
- Graef Fernández, Carlos, “Discurso sobre Humboldt”, México (diarios *El Universal*, *El Nacional*, *Novedades y Excelsior*, del 7 de mayo de 1959).
- Hagen, Víctor Wolfgang von, *Sudamérica los llamaba*, traducción de Teodoro Ortiz, México, Editorial Nuevo Mundo, 1945.
- Humboldt, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, edición crítica de Vito Alessio Robles, México, Editorial Pedro Robredo, 1941.
- Humboldt-Dachroeden, W., “Discurso”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 47, 1938.
- \_\_\_\_\_, “Discurso sobre Humboldt”, diarios *El Universal*, *El Nacional*, *Excelsior* y *Novedades*, México (7 de mayo de 1959); *El Imparcial*, *Diario de México* (14 y 15 de septiembre de 1910).
- Koppe, C. G., “Cartas a la patria”, *Filosofía y Letras*, México, n. 4, 1955.
- Lamoneda Izquierdo, Ramón, “Humboldt, México y los judíos”, *Tribuna Israelita*, México, n. 136, 1956.
- Latrobe, Joseph, *The Rambler in Mexico*, Nueva York, Harper & Brothers, 1836.

- López Monroy, Pedro, “Discurso en honor de Humboldt”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 1, 1869.
- Maldonado-Koerdell, Manuel, “Naturalistas extranjeros en México”, *Historia Mexicana*, México, n. 5, 1952.
- Marrero, Levi, “Humboldt, la geografía moderna de Cuba”, *Cuadernos Americanos*, México (v. 5, septiembre-octubre), 1959.
- Miranda, José, *El “Ensayo político sobre el reino de la Nueva España”. Razón, entidad y trascendencia* (inédito). El autor tuvo la amabilidad de proporcionarnos una copia mecanografiada de su ensayo.
- , *La visión humboldtiana de los indios mexicanos* (inédito).
- Moreno Sánchez, Manuel, “Teoría del paisaje mexicano”, *Filosofía y Letras*, México, n. 51-52, 1954.
- Núñez, Estuardo, “América en la pasión de Humboldt”, *Cuadernos Americanos*, México, n. 2, 1950.
- O’Gorman, Edmundo, *La idea del descubrimiento de América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1951.
- , *Alejandro von Humboldt y la “Calumnia de América”* (inédito). El autor tuvo la amabilidad de proporcionarnos una copia mecanografiada de esta alocución, leída el 6 de julio de 1959, véase también *Universidad de México*, n. 12, agosto, 1959.
- Orozco y Berra, Manuel, *Apuntes para la historia de la geografía en México*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1881.
- Ortega y Medina, Juan A., “La literatura viajera alemana sobre México”, *Filosofía y Letras*, México, n. 53-54, 1954.
- Pereyra, Carlos, *Humboldt en México*, Madrid, Editorial América, s. f.
- Pferdekampf, Guillermo, *Mexicokunde in deutschen Achriftum*, Stuttgart, Institut für Auslandsziehungen, n. 5-8, 1955.
- Poinsett, Joel R., *Notes on Mexico*, Filadelfia, C. Corey & I. Lea, 1824.
- Ramírez, Ignacio, “Discurso en honor de Humboldt”, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, t. 1, 1869.
- Ramírez, José Fernando, “Una visita a Humboldt”, México, sobretiro de la revista *La Cruz* (t. v), México, 12 de mayo de 1857.
- Ramírez, Santiago, *Biografía del señor D. Andrés Manuel del Río*, México, Imprenta del Sagrado Corazón, 1891.
- Ramos, Samuel, *Historia de la filosofía en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1943.
- Rau, Heriberto, *Alejandro de Humboldt, novela histórico-biográfica*, 6 v. (traducción de Isidoro Epstein), México, 1873.

- Reyes, Alfonso, “Rumbo a Goethe”, *Sur*, Buenos Aires, n. 5, 1932, *cit.* E. Núñez, *op. cit.*, *supra*.
- , “Humboldt” (artículo en el dominical de *Excélsior*), México, 3 de mayo de 1959.
- , “Discurso sobre Humboldt”, México (diarios *El Universal*, *El Nacional*, *Excélsior*, y *Novedades*, del 7 de mayo de 1959).
- Ruxton, Jorge Federico, *Adventures in Mexico* (1847), Nueva York, Outing Publishing Co., 1915.
- Salado Álvarez, Victoriano, *Discurso sobre Humboldt*, México, Secretaría de Fomento, 1904 (véase también el diario *El Imparcial*, 11 de febrero de 1904).
- Sánchez Sarto, Manuel, “Los Cuadros de la naturaleza de Alejandro de Humboldt”, *Revista de la Universidad de Puebla*, Puebla, 1944.
- , “Humboldt, el monstruo heráldico del Orinoco”, *Cuadernos Americanos*, México, n. 3, 1942.
- Schiller, F., *Filosofía de la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956.
- Siglo Diez y Nueve (El)*, *Diario de México*, 1850, n. 711, 712 y 713.
- Sosa, Francisco, *Boletín extraordinario de la Biblioteca Nacional*, México, Imprenta de Manuel León Sánchez, 1910.
- Serra Rojas, Andrés, “Discurso en honor de Humboldt”, diarios *El Universal*, *El Nacional*, *Excélsior*, y *Novedades*, México, del 7 de mayo de 1959.
- Stevens-Middleton, Rayfred Lionel, *La obra de Alexander von Humboldt en México. Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, n. 202, 1956.
- Tamayo, Jorge L., “La minería en la Nueva España”, *El Trimestre Económico*, México, v. x, p. 287.
- Taylord, John, *Selections from the Works of the Baron Humboldt, with Notes*, Londres, 1824.
- Twardowski, Fritz von, “Breve alocución”, diarios *El Universal*, *El Nacional*, *Excélsior* y *Novedades*, México, 7 de octubre de 1959.
- Terra, Helmut de, *Humboldt, su vida y su época*, traducción de E. Ugarte, México, Editorial Grijalbo, 1956.
- Troll, Carl, “Discurso en honor de Humboldt”, diarios *El Universal*, *El Nacional*, *Excélsior* y *Novedades*, México, 7 de mayo de 1959.
- Torres Bodet, Jaime, “Discurso en honor de Humboldt”, diarios *El Universal*, *El Nacional*, *Excélsior* y *Novedades*, México, 7 de mayo de 1959.
- Valle-Arizpe, Artemio, *Historia de la ciudad de México según los relatos de sus cronistas*, México, Pedro Robredo, 1936.
- , *La Güera Rodríguez*, México, 1953.

- Wittich, Ernest (y otros), *Memoria científica para la inauguración de la estatua de Alejandro de Humboldt*, México, Müller Hnos., 1910.
- Velázquez de León, Joaquín, “Discurso pronunciado en honor de Humboldt”, *El Siglo Diez y Nueve*, México, 1850, n. 711, 712 y 713.
- Velázquez de León, Miguel, “Discurso en elogio fúnebre de Humboldt (noviembre de 1859)”, *Anuario del Colegio de Minería*, México, Imprenta de Andrade y Escalante, 1860.
- Ward, H. G., *Mexico in 1827*, Londres, Henry Collburn, 1828.
- Zea, Leopoldo, *El positivismo en México*, México, El Colegio de México, 1943.
- , *Esquema para una historia de las ideas en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956.

### Adición bibliográfica

Para registrar los diversos artículos relativos a Alejandro de Humboldt, nos hemos auxiliado con la excelente *Bibliografía histórica mexicana* de Susana Uribe, publicada en *Historia Mexicana* (n. 34, octubre-diciembre, 1959, p. 279-280, 325). Aparecen con asterisco los registros no incluidos en la susodicha *Bibliografía*.

### Periódicos

#### *Excelsior*

- Magdaleno, Mauricio, “Humboldt en su centenario” (19 de abril-9 de mayo de 1959).
- , “Datos biográficos de Alejandro de Humboldt”, 3 de mayo de 1959.
- Prats, Alardo, “Por la ruta de Humboldt, 155 años después” (8-19 de mayo de 1959).
- Montenegro, Ernesto, “Humboldt, promotor de la Independencia hispanoamericana” (6 de mayo de 1959).
- Freymann, Carlos, “Humboldt y México”, 11 de abril de 1959.
- Pacheco Reyes, Carlos, “Alejandro de Humboldt y el humanismo científico”, 3 de mayo de 1959.

#### *El Nacional*

- Uribe Romo, E., “El barón de Humboldt”, 8 de abril de 1959.
- Romero Flores, J., “Un recuerdo al barón de Humboldt”, 17 de mayo de 1959 [*Suplemento*, 633].
- , “El barón de Humboldt en Michoacán”, 26 de mayo de 1959.

\_\_\_\_\_, “Los viajeros ilustres en Morelia. Un recuerdo del barón de Humboldt”, 10 de marzo de 1959 [No se refiere a Humboldt].

Ramos Espinosa, Alfredo, “Perfil romántico de Humboldt”, 27 de julio de 1959.

Ferrer Mendiola, G., “Humboldt y México”, 6 de mayo de 1959.

Monterde, Francisco, “En el centenario de Alejandro de Humboldt” [*Suplemento*, 682; 10 de mayo de 1959].

Rejano, Juan, “Humboldt en México”, *Suplemento*, 682; 10 de mayo de 1959.

Castro, Honorato de, “¿Quién fue y qué hizo el barón Alejandro de Humboldt?”, 6 de mayo de 1959.

### *El Universal*

Serra Rojas, A., “La vida maravillosa del barón de Humboldt”, 6 de mayo de 1959.

Díaz Ruanova, D., “El ejemplo de Humboldt”, 30 de abril de 1959.

Fernández Mcgregor, J., “Lo supremo en Alejandro de Humboldt”, 16 de mayo de 1959.

Azuela, Salvador, “América y Humboldt”, 27 de junio de 1959.

Islas García, Luis, “Humboldt, publicista de México y Nueva España”, 6 de mayo de 1959.

\_\_\_\_\_, “Humboldt y la conciencia nacional”, 8 de mayo de 1959.

Graef Fernández, C., “Humboldt es un científico en escala cósmica”, 10 de mayo de 1959.

García Cortés, Adrián, “Los palacios de Humboldt”, 7 de mayo de 1959.

Islas García, Luis, “Humboldt. Añoranzas y honores”, 9 de mayo de 1959.

### *Novedades*

Mendoza, Graciela, “En memoria de Humboldt”, 6 de mayo 1959.

Tejera, Humberto, “Humboldt, el hombre”, 4, 12, 19 de mayo de 1959.

Flores Llamas, Salvador, “La lección de Humboldt”, 8 de mayo de 1959.

Moya Palencia, Mario, “México y el barón de Humboldt”, 24 de mayo de 1959.

Pereyra, Carlos, “El gran viaje”, *México en la Cultura*, 529; 3 de mayo de 1959.  
Se trata de un extracto de un capítulo del libro de Pereyra ya citado.

### *El Popular*

Carrera Andrade, Jorge, “Humboldt en Quito”, 5 de septiembre de 1959.

### *La Prensa*

“Primer centenario de la muerte de Humboldt”, 10 de mayo de 1959.



## Revistas

### *Hoy*

Calero, José, “Humboldt, el segundo descubridor de América”, 9 de mayo de 1959.

### *Jueves de Excelsior*

Díaz de León, Raquel, “Humboldt nos contó su vida”, 21 de mayo de 1959.

### *Siempre*

Rico Galán, Víctor, “Alejandro de Humboldt”, 22 de abril de 1959.

### *Todo*

Janet, José de Pascual, “Alejandro von Humboldt, nómada sublime”, 4 de mayo de 1959.

### *Boletín de la Biblioteca de la Secretaría de Hacienda*

“Alejandro von Humboldt”, 1 de mayo de 1959.

Humboldt, Alejandro, “Cinco cartas inéditas”, 1 de mayo de 1959.

Carrera Stampa, Manuel, “Humboldt y Vicente Ortigoza”, 1 de mayo de 1959.